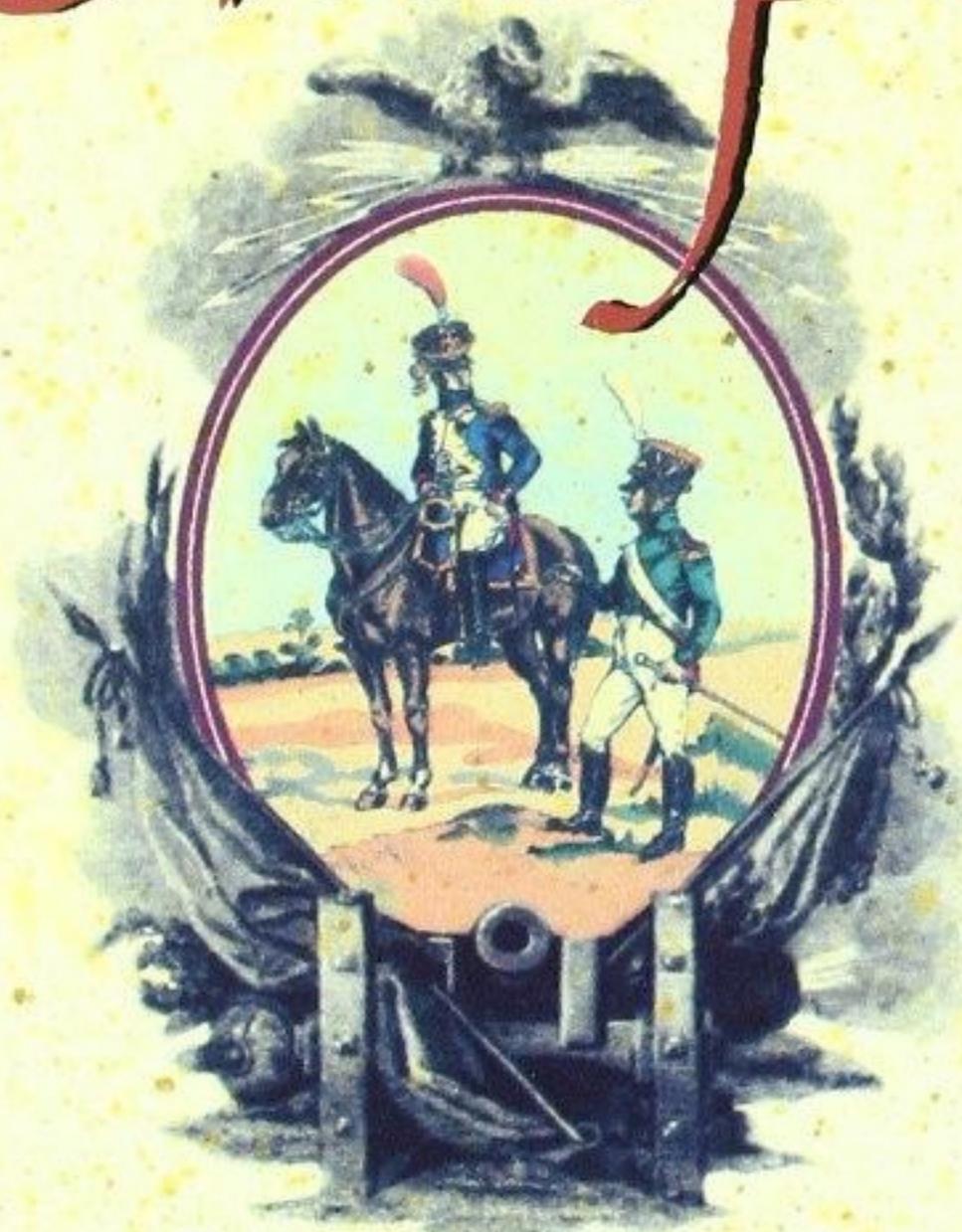


Sharpe



y el águila del imperio

Bernard Cornwell

Lectulandia

La compañía del teniente de fusileros Richard Sharpe, un soldado audaz, profesional e implacable, es enviada a destruir un puente sobre el Tajo. Pero lo que en un principio no es más que una simple demostración de fuerza se convierte en una ignominiosa derrota cuando la caballería de Napoleón aparece en el campo de batalla. Sharpe, un oficial que ha ascendido por su valentía tras largos años de servicio de el ejército, no está dispuesto a olvidar esta afrenta. El peligro acecha, y procede tanto de las tropas francesas como de su propio bando. La campaña de Talavera, en julio de 1809, le brindará la oportunidad anhelada de vengar su honor entre el humo de la pólvora, los sables ensangrentados y el incesante estampido de los cañones.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y el águila del imperio

Richard Sharpe y la campaña de Talavera.

Julio de 1809

Richard Sharpe - 8

ePub r1.0

viejo_oso 06.05.14

Título original: *Sharpe's Eagle*
Bernard Cornwell, 1981
Traducción: Carmen Soler Rodríguez

Editor digital: viejo_oso
Escaneo del texto: maperusa
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Judy.

*Todo hombre se avergüenza
de no haber sido un soldado.*

SAMUEL JOHNSON

PRÓLOGO

En 1809 el ejército británico estaba dividido en regimientos, tal como sucede hoy en día, pero la mayoría de ellos recibía un número y no un nombre; así por ejemplo, el regimiento de Bedfordshire se llamaba en realidad el 14.º, los comandos de Connaught el 88.º y así sucesivamente. Los soldados preferían los nombres, pero tuvieron que esperar hasta 1881 para que se aprobaran oficialmente. No le he dado deliberadamente ningún número al South Essex, un regimiento ficticio.

Un regimiento era una unidad administrativa; la unidad básica de batalla era el batallón. La mayoría de regimientos consistía, al menos, en dos batallones, pero algunos, como el imaginario South Essex, eran pequeños regimientos de un único batallón. He aquí por qué en *Sharpe y el águila del imperio* ambas palabras se usan indistintamente respecto al South Essex. En teoría, un batallón tenía un millar de hombres, pero las enfermedades y las bajas junto con la escasez de reclutas hacían que los batallones entraran a menudo en batalla con tan solo quinientos o seiscientos hombres.

Todos los batallones estaban divididos en diez compañías. Dos de ellas, la Compañía Ligera y la Compañía de Granaderos, eran la élite del batallón y, las compañías ligeras en particular, eran tan útiles que se reclutaban o se ampliaban regimientos enteros de tropas ligeras, como los fusileros del 95.º.

Un batallón estaba normalmente al mando de un teniente coronel, con dos comandantes, diez capitanes y, por debajo de ellos, los tenientes y alféreces. Ninguno de estos oficiales había recibido ningún tipo de preparación; esto quedaba reservado para los oficiales de ingeniería y artillería. Uno de cada veinte oficiales era ascendido. El ascenso normal se producía más por antigüedad que por méritos, pero un hombre rico, siempre que hubiera servido durante un cierto período en su graduación, podía comprar el ascenso siguiente y de esta manera colarse. Este sistema de compra podía conllevar ascensos muy injustos, pero vale la pena recordar que sin él el soldado británico de mayores éxitos, sir Arthur Wellesley, posteriormente duque de Wellington, no hubiera alcanzado una graduación lo suficientemente alta en los inicios de su carrera como para formar el ejército más sobresaliente que haya tenido Gran Bretaña; el ejército en el que Richard Sharpe luchó contra los franceses en Portugal, España y Francia entre 1808 y 1814.

CAPÍTULO 1

Los cañones se oían mucho antes de que aparecieran. Los niños se colgaban de las faldas de sus madres preguntándose qué cosa tan espantosa provocaba aquellos ruidos. Los cascos de los grandes caballos se mezclaban con el sonido metálico de tirantes y cadenas, con el estruendo hueco de las ruedas desdibujadas y, sobre todo, con el estruendo de toneladas de latón, hierro y vigas que rebotaban contra el pavimento destrozado de la ciudad. Entonces aparecieron los cañones, los arzones, los caballos y la escolta; los artilleros parecían tan duros como los cañones ennegrecidos y rechonchos que evocaban la lucha que tenía lugar al norte, donde la artillería había arrastrado sus voluminosas armas por ríos crecidos y había subido pendientes chorreantes de lluvia para machacar al enemigo hasta la derrota. Ahora lo volverían a hacer. Las madres sujetaban a sus pequeños y señalaban los cañones, seguras de que estos británicos harían desear a Napoleón haberse quedado en Córcega para dedicarse a criar cerdos, que era para lo único que servía.

¡Y por fin llegó la caballería! Los campesinos portugueses aplaudían a las filas de vistosos uniformes al trote, a los brillantes y curvados sables desenvainados que se exhibían por las calles y plazas de Abrantes, y el fino polvo levantado por los cascos de los caballos resultaba un bajo precio con que pagar la visión de los espléndidos regimientos que, según decían los ciudadanos, echarían totalmente a los franceses más allá de los Pirineos, de vuelta a las alcantarillas de París. ¿Quién podía resistirse ante tal ejército? De norte a sur, desde los puertos de la costa oeste, se estaban reuniendo y marchaban dirección este por la ruta que va hacia la frontera española y hacia el enemigo. Portugal sería libre, el orgullo de España se vería restaurado, Francia sería humillada y estos soldados británicos volverían a sus bodegas y a sus tabernas dejando Abrantes y Lisboa, Coimbra y Oporto en paz. Ellos, los soldados, no tenían tanta confianza en sí mismos. Ciertamente habían batido al ejército norte de Soult pero, al avanzar hacia sus sombras alargadas, se preguntaban qué había más allá de Castelo Branco, la ciudad más cercana y la última antes de la frontera. Pronto volverían a enfrentarse a los veteranos de Jena y de Austerlitz, que vestían capote azul, a los amos de los campos de batalla europeos, a los regimientos franceses que habían convertido a los más distinguidos ejércitos del mundo en picadillo. Los habitantes de la ciudad estaban impresionados, al menos por la caballería y la artillería, pero a ojos de un experto, las tropas que se reunían en los alrededores de Abrantes eran desgraciadamente pocas y los ejércitos franceses que amenazaban al este eran temiblemente grandes. El ejército británico que atemorizaba a los niños de Abrantes no asustaría a los mariscales franceses.

El teniente Richard Sharpe, esperando órdenes en su alojamiento a las afueras de la ciudad, miraba cómo la caballería envainaba sus sables cuando quedaban atrás los

últimos espectadores; entonces reanudó la tarea de desenrollar el sucio vendaje de su muslo.

Cuando las últimas pulgadas se hubieron despegado, algunos gusanos cayeron al suelo y el sargento Harper se arrodilló para recogerlos antes de mirar la herida.

—Ha cicatrizado, mi teniente. Estupendo.

Sharpe gruñó. El corte de sable se había convertido en nueve pulgadas de tejido cicatrizado y arrugado, limpio y rosa comparado con la piel más oscura. Se quitó un último gusano gordo y se lo dio a Harper para que lo guardara.

—Vaya, precioso, si que estás bien alimentado.

El sargento Harper cerró la lata y levantó la vista hacia Sharpe.

—Tuvo suerte, mi teniente.

Era cierto, pensó Sharpe. El húsar francés casi acaba con él; su espada estaba a medio camino de darle un tremendo golpe cuando la bala del fusil de Harper le había levantado de la silla de montar y el rostro del francés, envuelto en extrañas coletas, se convulsionó rápidamente por el dolor. Sharpe se había escurrido desesperadamente y el sable, que le apuntaba al cuello, le había cortado el muslo dejándole otra cicatriz como recuerdo de los dieciséis años en el ejército británico. No había sido una herida profunda, pero Sharpe había visto morir a muchos hombres a causa de cortes más pequeños, con la sangre envenenada y la carne descolorida y pestilente. Los médicos eran incapaces de hacer otra cosa que dejar que el herido sudara y se pudriera hasta morir en los osarios a los que ellos llamaban hospitales. Un puñado de gusanos hacía más que un ejército de doctores, devoraban el tejido enfermo y dejaban que la carne sana cicatrizara naturalmente. Sharpe se levantó e intentó mover la pierna.

—Gracias, sargento. Está como nueva.

—Me alegre, mi teniente.

Sharpe se puso el mono de caballería que usaba en vez de los pantalones verdes reglamentarios de los fusileros del 95.º. Estaba orgulloso del mono verde con refuerzos de cuero negro que le había quitado al cadáver de un coronel cazador de la guardia imperial de Napoleón el invierno anterior. El lateral exterior de cada pierna iba decorado con más de veinte botones de plata y con ese metal él se había pagado comida y bebida cuando su pequeña banda de fusileros refugiados había huido hacia el sur a través de las nieves de Galicia. El coronel había sido una buena presa; no había muchos hombres en ambos ejércitos tan altos como Sharpe pero los pantalones le iban perfectos y las botas de cuero negro, rico y suave, estaban hechas a su medida. Patrick Harper no había tenido tanta suerte. El sargento era unas cuatro pulgadas más alto que Sharpe y el enorme irlandés no había encontrado todavía unos pantalones con que reemplazar los suyos ya descoloridos, remendados y hechos jirones, que apenas servirían para espantar a los cuervos en un campo de nabos. Toda la compañía estaba así, pensaba Sharpe, con los uniformes raídos y las botas literalmente atadas

con tiras de cuero. Mientras el batallón principal estaba en casa, en Inglaterra, la pequeña compañía de Sharpe no había encontrado ni un oficial comisario deseoso de complicarse la vida con los libros de contabilidad, para proporcionarles pantalones o zapatos nuevos. El sargento Harper le entregó a Sharpe la chaqueta del uniforme.

—¿Quiere que le dé un baño húngaro, mi teniente?

Sharpe negó con la cabeza.

—Puedo soportarlo.

No había muchos piojos en la chaqueta, no los suficientes como para tener que impregnarla con el humo de un fuego hecho con hierba y oler como un carbonero durante los dos días siguientes. La chaqueta estaba tan gastada como las del resto de la compañía, pero nada, ni el cadáver mejor vestido de España o Portugal, le hubiera convencido para que la tirara. Era verde, la chaqueta verde oscuro de los fusileros del 95.º, y era el emblema de un regimiento de élite. La infantería británica iba de rojo, pero la mejor infantería británica iba de verde, e incluso después de tres años en el 95.º a Sharpe le gustaba la distinción del uniforme verde. Era todo lo que tenía, su uniforme y lo que podía cargar a sus espaldas. Richard Sharpe no tenía otro hogar que el regimiento, ni otra familia que su compañía, ni otras pertenencias que lo que le cabía en la mochila y en las cartucheras. No conocía otra forma de vivir y esperaba morir de esa manera. Se ajustó la faja roja de oficial alrededor de la cintura y la cubrió con el cinturón de cuero negro y hebilla plateada con forma de serpiente. Después de un año en la península sólo la faja y el sable denotaban su graduación de oficial e incluso su espada, al igual que los pantalones, no era reglamentaria. Los oficiales de los fusileros, como todos los oficiales de infantería ligera, llevaban un sable curvado de caballería, pero Sharpe odiaba esa arma. En su lugar llevaba la espada larga y recta de la caballería pesada; un arma horrible, mal equilibrada y brutal, pero a Sharpe le gustaba la sensación de una espada salvaje que podía derribar las finas espadas de los oficiales franceses y machacar un mosquete y una bayoneta.

La espada no era su única arma. Durante diez años Richard Sharpe había servido en las filas de los casacas rojas, primero como soldado raso, luego como sargento, cargando con un mosquete de ánima lisa por las llanuras de la India. Había resistido en la línea con el pesado fusil de chispa, había entrado aterrorizado en brechas abiertas con una bayoneta y todavía llevaba un arma larga en la batalla. El fusil Baker era su distintivo, lo diferenciaba de otros oficiales, y los alféreces de dieciséis años, recién llegados con uniformes nuevos y brillantes, miraban cautelosamente al alto teniente de pelo negro con el fusil colgado y la cicatriz que, excepto cuando reía, daba a su rostro un aire de siniestra diversión. Algunos se preguntaban si las historias eran ciertas, historias de Seringapatam y Assaye, de Vimeiro y Lugo, pero una mirada de sus ojos aparentemente burlones, o la visión de las empuñaduras gastadas de sus armas, ahuyentaban las dudas. Pocos oficiales nuevos se paraban a pensar qué

representaba realmente el fusil, la lucha más fiera que Sharpe hubiera jamás mantenido, la ascensión desde el rancho de la tropa a la comida de los oficiales. El sargento Harper miró por la ventana hacia la plaza iluminada por la luz de la tarde.

—Aquí viene Feliz, mi teniente.

—El capitán Hogan.

Harper no hizo caso de la reprobación. Sharpe y él llevaban mucho tiempo juntos, habían compartido muchos peligros y el sargento sabía perfectamente qué libertades se podía tomar con su oficial taciturno.

—Se le ve más contento que nunca, mi teniente. Debe de tener otro trabajo para nosotros.

—Dios quiera que nos envíen a casa.

Harper, quitando suavemente el seguro de su fusil con sus enormes manos, hizo ver que no oía el comentario. Sabía lo que quería decir pero el tema era peligroso. Sharpe estaba al mando de lo que quedaba de una compañía de fusileros que había sido aislada de la retaguardia del ejército de sir John Moore durante la retirada a La Coruña el invierno anterior. Había sido una campaña con un tiempo terrible, más propio de los cuentos de viajeros en Rusia que del norte de España. Algunos hombres habían muerto mientras dormían, con los cabellos helados pegados al suelo, mientras que otros se habían descolgado exhaustos de la marcha para esperar que la muerte los alcanzara. La disciplina del ejército se había derrumbado y los borrachos vagabundos habían sido carne fácil para la caballería francesa que azotaba sus cabalgaduras agotadas hasta pisarle los talones al ejército inglés. La chusma se salvó del desastre solamente gracias a que unos pocos regimientos, como el 95.º, mantuvieron la disciplina y siguieron luchando. De 1808 se pasó a 1809 y aquella pesadilla de batalla continuó, una batalla en la que se luchaba con pólvora húmeda y con los hombres congelados que se asomaban por entre la nieve para vislumbrar los capotes de los dragones franceses. Entonces, un día en que la ventisca se hinchaba como un monstruo malévol, los jinetes cortaron la retirada a la compañía. El capitán murió, el otro teniente también, los rifles no disparaban y los sables del enemigo se levantaban y caían, y la nieve húmeda amortiguaba todos los sonidos excepto los gruñidos de los dragones y los terribles tajos de las hojas que cortaban heridas humeantes al contacto con el aire helado. El teniente Sharpe y algunos pocos supervivientes se abrieron camino luchando y se escurrieron hasta unos peñascos donde los jinetes no pudieron seguirles, pero cuando la tormenta cesó y el último hombre salvajemente herido había muerto, no quedó ninguna posibilidad de reunirse con el grueso del ejército. El segundo batallón de los fusileros del 95.º había vuelto a casa, mientras que Sharpe y sus treinta hombres, perdidos y olvidados, se habían encaminado hacia el sur, alejándose de los franceses, para reunirse con la pequeña guarnición británica de Lisboa.

Desde entonces Sharpe había pedido una docena de veces que le enviaran a casa, pero los fusileros eran demasiado escasos, demasiado valiosos, y el nuevo comandante del ejército, sir Arthur Wellesley, se mostraba reacio a perder siquiera treinta hombres. Así que se habían quedado y habían luchado con cualquier batallón que necesitara el refuerzo de su compañía ligera y habían vuelto a marchar hacia el norte, desandando el camino, y habían estado con Wellesley cuando había vengado a sir John Moore echando al mariscal Soult y a sus veteranos del norte de Portugal. Harper sabía que su teniente albergaba rabia y resentimiento. Richard Sharpe era pobre, terriblemente pobre, y nunca tendría el dinero suficiente como para comprarse el siguiente ascenso. Llegar a ser capitán, incluso de un batallón ordinario, le costaría a Sharpe mil quinientas libras; de reunir esa cantidad hasta podría esperar que le nombraran rey de Francia. Solo tenía una esperanza de ascenso y era por antigüedad en su propio regimiento; subir gracias a los hombres que habían muerto o habían sido ascendidos y cuya graduación no hubiera sido comprada. Pero mientras Sharpe estuviera en Portugal y el regimiento en casa, en Inglaterra, se olvidarían de él y le postergarían una y otra vez. Esa injusticia hacía que el resentimiento fermentara en Sharpe. Veía que hombres más jóvenes que él compraban su rango de capitán, de comandante, mientras que él, mejor soldado, se quedaba en el montón porque era pobre y porque estaba luchando en vez de estar a salvo en Inglaterra.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y el capitán Hogan entró en la habitación. Vestido con el abrigo azul y los pantalones blancos parecía un oficial de marina, y afirmaba que habían confundido su uniforme con el de un francés tan a menudo que le habían disparado más veces desde su propio bando que desde el del enemigo. Era ingeniero, uno de los poquísimos ingenieros militares que había en Portugal; sonrió ampliamente mientras se quitaba el sombrero de tres picos e inclinaba la cabeza sobre la pierna de Sharpe.

—¿El guerrero restablecido? ¿Cómo está la pierna?

—Perfecta, mi capitán.

—Los gusanos del sargento Harper, ¿verdad? Bueno, nosotros los irlandeses somos diablos listos. Dios sabe dónde estarían ustedes los ingleses sin nosotros.

Hogan sacó su caja de rapé y aspiró un buen pellizco. Mientras Sharpe esperaba el inevitable estornudo clavó la mirada tiernamente en el bajito capitán de mediana edad. Durante un mes, sus fusileros habían escoltado a los hombres de Hogan, pues el ingeniero había trazado un mapa de los caminos que atraviesan los pasos más altos que llevan a España. Ya no era ningún secreto que en cualquier momento Wellesley llevaría a su ejército hacia España siguiendo el Tajo, que apuntaba como una lanza hacia la capital, Madrid, y Hogan, además de trazar interminables mapas, había reforzado los desagües y los puentes que debían soportar las toneladas de bronce y madera que la artillería de campo desplazaría en su camino hacia el enemigo. Había

sido un trabajo bien hecho y en buena compañía, hasta que llovió y los fusiles no disparaban y el húsar francés con cara de loco casi se hace un lugar entre los héroes con su carga solitaria contra los fusileros. De algún modo el sargento Harper había conseguido que la humedad no penetrara en la cazoleta de su fusil, y Sharpe aún temblaba al pensar lo que le podía haber sucedido si el fusil no hubiera disparado.

El sargento recogió las piezas del seguro de su fusil como si fuera a marcharse, pero Hogan retuvo su mano.

—Quédese, Patrick. Tengo un regalo para usted; uno que gustaría incluso a un salvaje de Donegal.

Sacó una botella oscura de su mochila y arqueó las cejas mientras miraba a Sharpe.

—¿No le importa?

Sharpe asintió. Harper era un buen hombre, bueno en todo lo que emprendía, y en los tres años que hacía que se conocían Sharpe y Harper se habían hecho amigos, o al menos eran todo lo amigos que pueden ser un sargento y un oficial. Sharpe no podía concebir la batalla sin el enorme irlandés a su lado, el irlandés temía luchar sin Sharpe, y juntos formaban la pareja más formidable que Hogan hubiera visto en el campo de batalla. El capitán apoyó la botella en la mesa y sacó el tapón.

—Coñac. Coñac francés de las bodegas del mismísimo mariscal Sault y requisadas como botín en Oporto. Con los saludos del general.

—¿De Wellesley? —preguntó Sharpe.

—El mismo. Preguntó por usted, Sharpe, y yo le dije que estaban curándole, pues de no ser así estaría conmigo.

Sharpe no dijo nada. Hogan paró un momento de verter cuidadosamente el líquido.

—¡No sea injusto, Sharpe! Usted le gusta. ¿Cree usted que ha olvidado Assaye?

Assaye. Sharpe lo recordaba perfectamente. El campo sembrado de muertos en el exterior de la aldea india, donde había sido ascendido en pleno campo de batalla. Hogan le alargó una copa de estaño.

—Usted sabe que no puede hacerle capitán del 95.º. ¡No tiene autoridad para hacerlo!

—Lo sé.

Sharpe sonrió y levantó la copa hasta sus labios. Pero Wellesley tenía autoridad para enviarlo a casa, donde podría ser ascendido. Se quitó ese pensamiento de la cabeza, sabiendo que el insulto continuo de su graduación le replicaría, y envidiaba a Hogan, que siendo ingeniero, sólo podía conseguir el ascenso por antigüedad. Eso significaba que Hogan sólo era aún capitán, a pesar de estar en los cincuenta, pero al menos no había ni celos ni injusticia porque ningún hombre podía comprar su ascenso en el escalafón. Se inclinó.

—Así pues, ¿alguna noticia? ¿Seguimos con usted?

—Así es. Y tenemos un trabajo.

Los ojos de Hogan brillaron.

—Y también es un buen trabajo.

Patrick Harper sonrió burlón.

—Eso significa un golpe duro y fuerte.

Hogan asintió.

—Está usted en lo cierto, sargento. Un gran puente que enviar al otro mundo.

Sacó un mapa de su bolsillo y lo desplegó sobre la mesa. Sharpe miró cómo el dedo calloso seguía el trazo del río Tajo desde el mar hasta Lisboa, pasaba por Abrantes que era donde estaban ahora sentados, y seguía hasta España para pararse allí donde el río giraba dando una gran curva hacia el sur.

—Valdelacasa —dijo Hogan—. Allí hay un viejo puente, romano. Al general no le gusta.

Sharpe ya sabía por qué. El ejército avanzaría por la orilla norte del Tajo hacia Madrid y el río resguardaría su flanco derecho. Había pocos puentes por los que los franceses pudieran cruzar y hostigar las líneas de avituallamiento, y esos puentes estaban en ciudades como Alcántara, donde los españoles tenían guarniciones que protegían los pasos. El de Valdelacasa no estaba siquiera marcado. Si no había pueblo no habría guarnición, y una fuerza francesa podría cruzar y hacer estragos en la retaguardia británica. Harper se inclinó y miró el mapa.

—¿Por qué no está marcado, mi capitán?

Hogan hizo un gesto despreciativo.

—Me sorprende que el mapa sitúe Madrid, ya no digamos Valdelacasa.

Tenía razón. El mapa de Tomás López, el único disponible para los ejércitos en España, era un trabajo maravilloso de la imaginación española. Hogan señaló con el dedo en el mapa.

—El puente apenas se utiliza, está en mal estado. Nos han dicho que a duras penas lo puede atravesar una carreta, no digamos un cañón, pero se puede restaurar y podríamos tener a los «pantalones viejos» a nuestras espaldas en un instante.

Sharpe sonrió. Los «pantalones viejos» era el extraño apodo que los fusileros daban a los franceses y Hogan había adoptado la expresión con gusto. El ingeniero bajó la voz con tono conspirador.

—Me han dicho que es un lugar extraño, sólo hay un convento en ruinas y el puente. Lo llaman el Puente de los Malditos.

Movió la cabeza como si se hubiera salido con la suya.

Sharpe esperó algunos instantes y suspiró.

—De acuerdo. ¿Qué quiere decir con eso?

Hogan sonrió triunfalmente.

—¡Me sorprende que tenga que preguntarlo! El Puente de los Malditos. Parece ser que, hace años, todas las monjas fueron obligadas a salir del convento y masacradas por los moros. ¡Está encantado, Sharpe, acechado por los espíritus de los muertos!

Sharpe se inclinó hacia adelante para mirar más de cerca el mapa. Dado el grosor del dedo de Hogan, el puente debía estar a sesenta millas pasada la frontera y ellos ya estaban a esa misma distancia de España.

—¿Cuándo salimos?

—Tenemos un problema —dijo Hogan mientras doblaba el mapa con cuidado—. Podemos salir hacia la frontera mañana, pero no la cruzaremos hasta que los españoles nos inviten a ello formalmente.

Se echó hacia atrás con su copa de coñac.

—Y tenemos que esperar a nuestra escolta.

—¡Escolta! —soltó Sharpe enojado—. ¡Nosotros somos su escolta!

Hogan negó con la cabeza.

—Oh, no. Así es la política. Los españoles nos dejarán volar el puente pero sólo si un regimiento español viene con nosotros. Es cuestión de orgullo, por lo que se ve.

—¡Orgullo! —dijo Sharpe mostrando su ira de forma evidente—. Si tiene usted todo un regimiento de españoles, ¿para qué narices nos necesita a nosotros?

Hogan sonrió de forma apaciguadora.

—Les necesito, pero hay algo más, ¿sabe?

Harper le interrumpió. El sargento estaba de pie junto a la ventana, ajeno a la conversación y mirando hacia la pequeña plaza.

—Qué preciosidad. Oh, mi teniente, con eso sí que tendría limpio el fusil.

Sharpe miró por la ventana. Fuera, montada en una yegua negra, estaba sentada una chica vestida también de negro; calzones negros, chaqueta negra, y un sombrero de ala ancha que le hacía sombra en la cara pero que no oscurecía su sorprendente belleza. Sharpe contempló su boca, sus ojos oscuros, sus cabellos rizados del color de la pólvora fina, y entonces ella se dio cuenta de que la observaban. Les dedicó media sonrisa y se dio la vuelta, dio una orden a un criado que sostenía el cabezal de una mula y miró fijamente hacia el camino que iba desde la plaza al centro de Abrantes. Hogan emitió un gruñido de complacencia.

—Es alguien muy especial. No se ve algo así muy a menudo. ¿Quién será?

—¿La mujer de un oficial? —sugirió Sharpe.

Harper sacudió la cabeza en señal de negación.

—No lleva anillo, mi capitán. Pero está esperando a alguien, a un bastardo con suerte.

Y un bastardo rico, pensó Sharpe. El ejército estaba congregando la usual cola de mujeres y niños que seguía a los regimientos a la guerra. Cada batallón sólo podía

llevar a las mujeres de sesenta soldados a una guerra en ultramar, pero nadie podía impedir que otras mujeres se unieran a las esposas oficiales; chicas del lugar, prostitutas, costureras y lavanderas, todas ellas viviendo del ejército. Esta chica era diferente. Olía a dinero y a privilegios, como si se hubiera escapado de una casa rica de Lisboa. Sharpe supuso que sería la amante de un oficial rico, y que formaría parte de su equipo al igual que los caballos de pura sangre, las pistolas de Manton, el servicio de mesa de plata para las comidas de campaña y los sabuesos que trotarían con obediencia tras su caballo. Había muchas chicas como ella, Sharpe lo sabía, muchachas que cuestan mucho dinero. Sintió que la vieja envidia le invadía de nuevo.

—Dios mío —volvió a hablar Harper mientras seguía mirando por la ventana.

—¿Qué sucede?

Sharpe se inclinó hacia adelante y, al igual que su sargento, no creía lo que veían sus ojos. Un batallón de infantería británica entraba marchando gallardamente en la plaza, un batallón de aquellos que Sharpe no había visto desde hacía doce meses. Un año en Portugal había convertido al ejército en la pesadilla de un sargento de instrucción; los descoloridos uniformes de los soldados habían sido remendados con la tela marrón omnipresente de los campesinos portugueses, llevaban los cabellos largos, y hacía tiempo que había desaparecido el brillo de los botones y de las condecoraciones. A sir Arthur Wellesley no le importaba; sólo le preocupaba que cada soldado tuviera sesenta cartuchos de munición y la cabeza despejada, y si sus pantalones eran marrones en lugar de blancos no tenía ninguna importancia para el desenlace de la batalla. Pero este batallón acababa de llegar de Inglaterra. Sus abrigos eran de un escarlata brillante, los cinturones de un blanco como la espuma y las botas de un negro acharolado. Todos los hombres llevaban polainas bien abotonadas y, aún más sorprendente si cabe, todavía llevaban el infame cuello; cuatro pulgadas de piel negra acharolada y rígida que comprimían la mandíbula, ya que se suponía que así mantendrían la barbilla de los hombres alta y la espalda recta. Sharpe no recordaba cuándo había visto el último de esos cuellos; una vez en campaña los hombres los «perdían», y con ellos se iban también las llagas supurantes que se producían allí donde la piel rígida se hundía en la carne suave junto a la mandíbula.

—Se han equivocado de desvío para ir al castillo de Windsor —dijo Harper.

Sharpe sacudió la cabeza.

—¡Es increíble!

Quienquiera que estuviera al mando de ese batallón debía haber convertido la vida de aquellos hombres en un infierno para conseguir que se mostraran tan inmaculados a pesar de la travesía desde Inglaterra en barcos entumecidos y asquerosos y a pesar de la larga marcha desde Lisboa bajo el calor del verano. Sus armas brillaban, su equipo estaba prístino y era el regular, mientras que sus caras estaban hinchadas y rojas a causa de los apretados cuellos y del sol al que no estaban

acostumbrados. A la cabeza de cada compañía cabalgaban los oficiales; todos, advirtió Sharpe, montaban magníficamente. La bandera iba enfundada en cuero bruñido y estaba custodiada por sargentos cuyas hojas de alabardas habían sido pulidas hasta alcanzar un aspecto brillante y resplandeciente. Los hombres desfilaban con paso perfecto, sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha, exactamente, tal como había dicho Harper, como si marcharan hacia una guardia real en Windsor.

—¿Quiénes son?

Sharpe intentaba recordar los regimientos que llevaban vueltas amarillas en el uniforme, pero éste no se parecía a ninguno de los regimientos que conocía.

—Los del South Essex —dijo Hogan.

—¿Quiénes?

—Los del South Essex. Son nuevos, muy nuevos. Recién reclutados por el teniente coronel sir Henry Simmerson, primo del general sir Banestre Tarleton.

Sharpe silbó suavemente. Tarleton había luchado en la guerra de América y ahora ocupaba un escaño en el Parlamento y era el adversario militar más duro de Wellesley. Sharpe había oído decir que Tarleton quería el mando del ejército en Portugal y se había resentido amargamente por el hecho de que hubieran preferido al joven Wellesley. Tarleton era un hombre influyente, un enemigo peligroso para Wellesley y Sharpe sabía lo bastante de política del alto mando como para darse cuenta de que la presencia del primo de Tarleton en el ejército no iba a ser bienvenida por Wellesley.

—¿Es aquél de allí? —preguntó señalando a un hombre corpulento que iba montado en un caballo gris en el centro del batallón.

Hogan asintió.

—Aquél es sir Henry Simmerson.

El teniente coronel sir Henry Simmerson tenía la cara roja surcada de venas de color púrpura y con una papada que le colgaba. Sus ojos, a la distancia que los veía Sharpe, parecían pequeños y rojos, y a ambos lados de la cara recelosa y penetrante surgían unas orejas prominentes que parecían los muñones sobresalientes a cada lado de un cañón. Parecía, pensó Sharpe, un cerdo a caballo.

—No he oído hablar de él.

—No es de extrañar. No ha hecho nada —dijo Hogan con desdén.

—Hacendado, miembro del Parlamento por Paglesham, juez de paz y, Dios nos libre, coronel de milicia.

Hogan parecía sorprendido por su propia falta de caridad.

—Tiene buenas intenciones. No se dará por satisfecho hasta que esos chicos sean el condenado mejor batallón del ejército, pero yo creo que el hombre sufrirá un sobresalto tremendo cuando vea la diferencia entre nosotros y la milicia.

Como otros oficiales regulares Hogan no tenía tiempo que perder con la milicia,

el segundo ejército británico. Se utilizaba exclusivamente dentro de Gran Bretaña, no tenía que luchar nunca, ni pasaban hambre, ni tenían que dormir en un campo abierto bajo un aguacero, sin embargo desfilaban con una pompa gloriosa y con presunción. Hogan se rió.

—No podemos quejarnos. Somos afortunados por tener a sir Henry.

—¿Afortunados? —dijo Sharpe mirando al canoso ingeniero.

—Pues sí. Sir Henry llegó justo ayer a Abrantes pero nos dijo que era un gran experto en lo relativo a la guerra. ¡El hombre ni siquiera ha visto a un francés, pero ya le ha dado lecciones al general de cómo vencerlos! —exclamó Hogan riendo y sacudiendo la cabeza—. Tal vez aprenda. Una batalla le quitaría esa rigidez.

Sharpe miraba las compañías que desfilaban firmemente por la plaza como autómatas. Las condecoraciones de cobre sobre sus chacós reflejaban el sol, pero los rostros bajo el brillo eran inexpresivos. Sharpe amaba el ejército, era su hogar, el refugio que un huérfano había necesitado dieciséis años atrás, pero lo quería sobre todo porque le daba, de una manera torpe, la posibilidad de demostrar una y otra vez que le apreciaban. Podía irritarse con los ricos y los privilegiados pero reconocía que el ejército le había sacado del arroyo y le había puesto una faja de oficial, y a Sharpe no se le ocurría otro trabajo que ofreciera a un bastardo de origen modesto y fugitivo de la justicia la posibilidad de graduación y de adquirir responsabilidad. Pero Sharpe también había sido afortunado. En dieciséis años apenas había dejado de luchar y había tenido la suerte de que las batallas en Flandes, India y Portugal hubieran convocado a hombres que, como él mismo, reaccionaban ante el peligro como un jugador reacciona ante una baraja de cartas. Sharpe sospechaba que odiaría el ejército en tiempo de paz, con sus desfiles religiosos e instrucciones sin sentido, sus mezquinas envidias y sus refinamientos interminables, y en el South Essex veía el ejército en un tiempo de paz que no le gustaba.

—Supongo que es un azote.

—Azotes, desfiles de castigo, instrucciones añadidas —contestó Hogan con una mueca—. Pida lo que quiera que sir Henry lo tendrá. Sólo quiere, eso dice, lo mejor. Y lo son. ¿Qué piensa de ellos?

Sharpe se rió ásperamente.

—Que Dios me guarde del South Essex. Eso no es mucho pedir, ¿verdad?

—Me temo que sí —contestó Hogan sonriendo.

Sharpe le miró, sintiendo que todo se acababa.

Hogan se encogió de hombros.

—Le dije que había más. Si un regimiento español marcha hacia Valdelacasa sir Arthur cree, por el bien de la diplomacia, que uno británico también debe ir. Para mostrar la bandera y ese tipo de cosas.

Echó un vistazo a las lustrosas filas y se volvió hacia Sharpe.

—Sir Henry Simmerson y sus elegantes hombres vienen con nosotros.

—¿Quiere decir que debemos cumplir sus órdenes? —preguntó Sharpe quejándose.

—No exactamente —contestó Hogan apretando los labios—. Hablando con propiedad, usted seguirá mis órdenes.

Había hablado como un jurista, de forma remilgada y Sharpe le echó una mirada de curiosidad. Sólo podía haber una razón por la que Wellesley hubiera subordinado a Sharpe y sus fusileros a Hogan, en vez de a Simmerson, y esto era porque el general no confiaba en sir Henry. Sharpe aún no sabía por qué le necesitaban; después de todo Hogan podía esperar la protección de dos batallones enteros, al menos mil quinientos hombres.

—¿Cree el general que allí habrá una batalla?

—No lo sabe —contestó Hogan encogiéndose de hombros—. Los españoles dicen que los franceses tienen un regimiento completo de caballería en la orilla sur, con artillería pesada, que ha estado persiguiendo a los guerrilleros a lo largo del río desde la primavera. ¿Quién sabe? Cree que pueden intentar impedir que volemos el puente.

—Sigo sin entender por qué nos necesita.

—Quizá no les necesite —sonrió Hogan—. Pero no habrá ninguna otra acción militar en un mes; los franceses dejarán que nos adentremos bien en España antes de darnos batalla, así que Valdelacasa será al menos una oportunidad de luchar. Y quiero conmigo a alguien en quien confíe. Tal vez sólo le quiera conmigo como un favor.

Sharpe sonrió. Un favor, criar a un coronel de la milicia que creía que lo sabía todo, pero ocultó sus sentimientos.

—Por usted, mi capitán, será un placer.

—¿Quién sabe? —dijo Hogan sonriéndole también—. Pudiera ser. La chica se marcha.

Sharpe siguió la mirada de Hogan a través de la ventana y vio que la muchacha vestida de negro saludaba con la mano a un oficial del South Essex. Sharpe tuvo la impresión de que se trataba de un hombre rubio, de uniforme immaculado, montado sobre un caballo que probablemente habría costado más que el nombramiento del jinete. La muchacha espolé su yegua hacia adelante y seguida por el criado y la mula, se unió a la retaguardia del batallón que desfilaba por el camino que llevaba a Castelo Branco. La plaza se vació de nuevo, el polvo se fijó en el calor feroz; Sharpe se echó hacia atrás y empezó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Hogan.

Sharpe señaló con su copa de coñac la chaqueta harapienta de Harper y sus pantalones agujereados.

—A sir Henry no le van a gustar mucho, que digamos, sus nuevos aliados.

La cara del sargento se volvió sombría.

—Dios salve Irlanda.

Hogan levantó su copa.

—Así sea.

CAPÍTULO 2

Los repliques de tambor se oían distantes y amortiguados, puesto que a veces se mezclaban con otros ruidos de la ciudad, pero eran insistentes y siniestros y Sharpe se alegró cuando el sonido cesó. También se alegró de haber llegado a Castelo Branco, veinticuatro horas después del South Essex, después de una jornada agotadora que había consistido en forzar las mulas de Hogan para que siguieran por un camino abierto con surcos profundos y dentados que mostraban por dónde había pasado la artillería de campaña antes que ellos. Ahora las mulas, abrumadas por los barriles de pólvora, los paquetes de hule con mechas, los picos, las palancas, las palas y todo el material que Hogan necesitaba para Valdelacasa, marchaban con paciencia tras los fusileros y los artificieros de Hogan, mientras se abrían paso entre las calles llenas de gente hacia la plaza principal. Así que salieron a la brillante luz del sol las sospechas de Sharpe respecto a los repiques de tambor se confirmaron.

Alguien había sido azotado. La víctima ya no estaba allí, y Sharpe, al ver la formación en cuadro hueco del South Essex, recordó su propia paliza, años atrás, y la lucha por acallar la agonía, para no mostrar a los oficiales lo que dolía el látigo. Sharpe llevaría las cicatrices de haber sido azotado hasta la tumba, pero dudaba que Simmerson supiera cuán salvaje era el castigo que acababa de dar a su batallón.

Hogan refrenó su caballo a la sombra del palacio del obispo.

—Éste no parece ser el mejor momento para hablar con el bueno del coronel — pensó.

Unos soldados estaban llevándose cuatro triángulos de madera que estaban apoyados contra la pared más alejada de la plaza. Cuatro hombres azotados. Dios bendito, pensó Sharpe, cuatro hombres. Hogan giró su caballo de manera que su espalda diera al batallón.

—He de guardar la pólvora bajo llave, Richard. Si no robarán cada maldito grano. Nos encontraremos aquí.

Sharpe asintió.

—De todas formas, necesito agua. ¿Diez minutos?

Los hombres de Sharpe se derrumbaron a los pies del muro, tiraron los pertrechos y fusiles y su humor se agrió al advertir una disciplina que los regimientos de fusileros habían descartado ya hacía tiempo. Sir Henry condujo su caballo delicadamente hacia el centro de la plaza y dirigió su voz claramente a Sharpe y a sus hombres.

—He azotado a cuatro hombres porque los cuatro han desertado.

Sharpe levantó la mirada, asombrado. ¿Desertores ya? Miró al batallón, sus rostros eran inexpresivos, y se preguntó cuántos más estarían tentados a huir de las filas de Simmerson. El coronel estaba medio erguido sobre su silla de montar, sin

duda disfrutando del momento.

—Algunos de ustedes saben cómo estos hombres planearon su delito. Algunos de ustedes les ayudaron. Pero ustedes prefirieron el silencio, así que he azotado a cuatro hombres para recordarles su deber.

Su voz era curiosamente aguda; hubiera sonado divertida si él no fuera tan grande. Había hablado de una forma controlada, pero de repente sir Henry se volvió a izquierda y derecha y agitó un brazo como para señalar a cada hombre que estaba a su mando.

—¡Ustedes serán los mejores!

La sonoridad fue tan repentina que las palomas volaron asustadas de las cornisas del convento. Sharpe esperaba más, pero no sucedió nada, el coronel giró el caballo y se alejó montado dejando el grito de batalla demorándose tras él como una amenaza.

Sharpe llamó la atención de Harper y el sargento se encogió de hombros. No había nada que decir, las caras de los del South Essex pregonaban el fracaso de Simmerson; simplemente no sabían cómo ser los mejores. Sharpe observó cómo las compañías se alejaban de la plaza y sólo vio malhumor y resentimiento en su expresión. Sharpe creía en la disciplina. La desertión ante el enemigo merecía la muerte, algunas infracciones merecían azotes y si un hombre era colgado por saqueo era culpa suya pues las reglas eran simples. Y para Sharpe, la clave era ésta: reglas simples. Él exigía tres cosas a sus hombres: que lucharan como él, con una profesionalidad cruel; que sólo robaran al enemigo y a los muertos si padecían hambre, y que nunca se emborracharan sin su permiso. Era un código simple, fácil de entender por hombres que en su mayoría se habían unido al ejército porque habían fracasado en otros lugares, y funcionaba. Estaba respaldado por el castigo y Sharpe sabía que, por mucho que gustara a sus hombres y que le siguieran gustosamente, temían su ira cuando quebrantaban su confianza. Sharpe era un soldado.

Cruzó la plaza hacia un callejón en busca de una fuente, y se fijó en un teniente de la compañía ligera del South Essex que cabalgaba hacia el mismo hueco sombrío entre los edificios.

Era el hombre que había saludado con la mano a la muchacha vestida de negro y Sharpe sintió una puñalada de irritación al entrar primero en el callejón. Eran celos irracionales. El uniforme del teniente estaba cortado con elegancia, el sable curvado de la infantería ligera era caro y el caballo negro que montaba valía probablemente tanto como el nombramiento de teniente. Sharpe se sentía resentido por la riqueza de aquel hombre, por sus privilegios, por la fácil superioridad de un hombre nacido de terratenientes, y esto le molestaba porque sabía que el resentimiento se basa en la envidia. Se arrimó contra un lado del callejón para dejar paso al jinete, levantó la mirada, movió la cabeza afablemente, y tuvo la impresión de ver una cara delgada y elegante envuelta en cabello rubio. Esperaba que el teniente hiciera caso omiso de su

presencia; Sharpe no era bueno para las conversaciones intrascendentes, y no tenía ningún deseo de mantener una conversación elevada en un callejón pestilente cuando sin duda iba a ser presentado a los oficiales del batallón a lo largo del día.

Pero Sharpe se sintió pronto desilusionado, pues el teniente se detuvo y miró al fusilero.

—¿No les enseñan a saludar en los fusileros?

La voz del teniente era tan suave y rica como su uniforme. Sharpe no dijo nada. Su charretera había desaparecido, rasgada en las luchas del invierno, y se dio cuenta de que el rubio teniente le había confundido con un soldado raso. No era de extrañar. El callejón era muy oscuro, y el perfil de Sharpe, con el fusil en cabestrillo, ayudaba a explicar la confusión del teniente. Sharpe levantó la mirada hacia la cara fina y los ojos azules, y estaba a punto de explicarse cuando el teniente sacudió su fusta y golpeó el rostro de Sharpe.

—¡Maldito hombre, contesta!

Sharpe sintió que la cólera le invadía, pero se quedó callado y esperó su turno. El teniente retiró la fusta.

—¿Qué batallón? ¿Qué compañía?

—Segundo batallón, cuarta compañía.

Sharpe habló con deliberada insolencia y recordó los días en que no tenía protección contra oficiales como éste. El teniente volvió a sonreír sin un ápice de simpatía.

—Me llamará «mi teniente», sabe. Ya verá. ¿Quién es su oficial?

—El teniente Sharpe.

—¡Ah! —dijo el teniente mientras mantenía la fusta levantada—. El teniente Sharpe de quien todos hemos oído hablar. El que salió de las filas, ¿no es así?

Sharpe asintió y el teniente echó la fusta hacia atrás.

—¿Por eso no dice «mi teniente»? ¿Tiene el señor Sharpe extrañas ideas respecto a la disciplina? Bien, tendré que ver al teniente Sharpe y ordenar que le castiguen por su insolencia.

Bajó la fusta de golpe hacia la cabeza de Sharpe. Éste no tenía sitio para recular, pero no le hizo falta ya que, en su lugar, puso ambas manos bajo el estribo del hombre y lo levantó con todas sus fuerzas. La fusta se detuvo a medio golpe, el hombre empezó a gritar y al instante siguiente se encontró estirado de espaldas y a los pies de su caballo, allí donde otro caballo había cagado anteriormente.

—Tendrá usted que lavarse el uniforme, teniente —sonrió Sharpe.

El caballo del teniente había relinchado y se había alejado unos pasos. El furioso oficial forcejeaba con sus pies y puso la mano en el puño de su sable.

—¡Hola! —gritó Hogan al tiempo que se asomaba al callejón—. ¡Creí que le había perdido!

El ingeniero llevó su caballo hasta los dos hombres y miró con jovialidad al fusilero.

—Las mulas ya están en el establo y la pólvora guardada.

Se volvió hacia el airado teniente y se levantó el sombrero.

—Buenas tardes. Creo que no nos conocemos. Me llamo Hogan.

El teniente soltó su espada.

—Gibbons, mi capitán. Teniente Christian Gibbons.

Hogan sonrió burlonamente.

—Veo que ya conoce usted a Sharpe. El teniente Richard Sharpe de los fusileros del 95.º.

Gibbons miró hacia Sharpe y sus ojos se abrieron con sorpresa al darse cuenta, por primera vez, de que la espada que colgaba del cinturón de Sharpe no era la espada bayoneta usual que llevaban los fusileros, sino una hoja de tamaño normal. Levantó la vista para mirar nervioso a Sharpe. Hogan siguió hablando animadamente.

—Seguro que ha oído hablar de Sharpe, como todo el mundo. Es el tipo que mató al sultán de Tippoo. Después, déjeme ver, hubo aquel horrible asunto en Assaye. Nadie sabe a cuántos mató Sharpe allí. ¿Usted lo sabe, Sharpe?

Hogan no hizo caso de ninguna de las previsibles respuestas, y siguió machacando sin ningún remordimiento.

—Es un tipo terrible, nuestro teniente Sharpe, igualmente mortal con una espada que con un fusil.

Gibbons no podía equivocarse con el mensaje de Hogan. El capitán había visto la riña y estaba previniendo a Gibbons de las posibles consecuencias de un duelo formal. El teniente tomó la salida propuesta. Se inclinó y recogió el chacó de compañía ligera e inclinó la cabeza hacia Sharpe.

—Ha sido culpa mía, Sharpe.

—El gusto ha sido mío, teniente.

Hogan miró cómo Gibbons recuperaba su caballo y desaparecía del callejón.

—No es usted muy cortés al recibir una disculpa.

—No fue ofrecida con gran cortesía —dijo Sharpe frotándose la mejilla—. En cualquier caso, el bastardo me golpeó.

—¿Qué? —preguntó Hogan riendo con incredulidad.

—Me golpeó con su fusta. ¿Por qué cree que le tiré sobre la mierda?

—No hay nada que produzca mayor satisfacción que una relación amistosa y profesional entre oficiales compañeros, querido Sharpe —dijo Hogan sacudiendo la cabeza—. Ya veo que este trabajo será un placer. ¿Qué quería?

—Que le saludara. Creía que era un soldado raso.

Hogan volvió a reír.

—Dios sabe qué pensará Simmerson de usted. Vayamos a averiguarlo.

Fueron conducidos hasta la habitación de Simmerson y encontraron al coronel del South Essex sentado en su cama sin más ropa que un par de pantalones. Había un doctor arrodillado a su lado que levantó la vista nervioso cuando los dos oficiales entraron en la habitación; el movimiento impulsó una sacudida impaciente de la mano de Simmerson.

—¡Adelante, venga, no tengo todo el día!

El doctor sostenía en su mano algo que parecía una caja metálica con un gatillo montado en la tapa. Lo dejó suspendido sobre el brazo de sir Henry y Sharpe vio que estaba intentando encontrar un trozo de piel que no estuviera aún marcado con señales extrañamente simétricas.

—¡Escarificación! —rugió sir Henry a Hogan—. ¿Usted se sangra, capitán?

—No, mi coronel.

—Pues debería. Es muy sano. Todos los soldados deberían sangrarse.

Se volvió hacia el doctor, que todavía dudaba sobre el antebrazo cubierto de cicatrices.

—¡Venga ya, idiota!

En su estado de nervios el doctor apretó el gatillo por equivocación y se oyó un chasquido agudo. En la parte inferior de la caja Sharpe vio un grupo de pequeñas hojas malvadas que se disparaban hacia el exterior como lenguas de acero. El doctor retrocedió.

—Lo siento sir Henry. Un momento.

El doctor metió a la fuerza las hojas de nuevo en la caja y Sharpe de repente se dio cuenta de que era una máquina de sangrar. En lugar de la antigua lanceta en la vena, sir Henry prefería el moderno escarificador ya que se suponía que era más rápido y efectivo. El doctor colocó la caja sobre el brazo del coronel, echó una mirada nerviosa a su paciente y entonces apretó el gatillo.

—¡Ah, eso está mejor!

Sir Henry cerró los ojos y sonrió momentáneamente. Un chorrito de sangre corrió por su brazo y se escapó de la toalla con la que el doctor daba unos golpecitos sobre el chorro.

—¡Otra vez, Parton, otra vez!

—Pero sir Henry... —replicó el doctor sacudiendo la cabeza.

Simmerson abofeteó al doctor con la mano libre.

—¡No discuta conmigo! ¡Maldito hombre, sángrame! —exclamó mirando a Hogan.

—Hay demasiado mal humor después de unos azotes, capitán.

—Eso es muy comprensible, mi coronel —dijo Hogan con su acento irlandés, y Simmerson le miró con suspicacia.

La caja volvió a chascar, las hojas saltaron sobre el grueso brazo y más sangre

escurrió por las sábanas. Hogan llamó discretamente la atención a Sharpe, pues vislumbró en él una sonrisa que se podía convertir muy fácilmente en risotada.

Sharpe volvió a mirar a sir Henry Simmerson, que se estaba poniendo la camisa.

—Usted debe ser el capitán Hogan.

—Sí, mi coronel —asintió Hogan con tono afable.

Simmerson se volvió hacia Sharpe.

—¿Y quién diablos es usted?

—El teniente Sharpe, mi coronel. Fusileros del 95.º.

—No, nada de eso. ¡Usted es una maldita vergüenza, eso es lo que es!

Sharpe no dijo nada. Se quedó mirando por encima del hombro del coronel hacia la ventana, más allá de las lejanas colinas azules donde los franceses concentraban sus fuerzas.

—¡Forrest! —gritó Simmerson ya de pie—. ¡Forrest!

La puerta se abrió y el comandante, que debía estar esperando la llamada, entró. Sonrió asustado a Sharpe y a Hogan y entonces se volvió hacia Simmerson.

—¿Coronel?

—Este oficial necesita un uniforme nuevo. Proporcióneselo, por favor, y disponga que se lo descuenten de la paga.

—No —contestó Sharpe con contundencia.

Simmerson y Forrest se volvieron para mirarle fijamente. Por un momento sir Henry no dijo nada, no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, y Sharpe continuó.

—Soy un oficial de los fusileros del 95.º y llevaré su uniforme mientras tenga ese honor.

Simmerson empezó a ponerse rojo y sus dedos se agitaban a su lado.

—¡Maldito Sharpe! ¡Usted es una vergüenza! ¡No es un soldado sino un barrendero! Ahora está bajo mis órdenes y yo le ordeno que vuelva dentro de quince minutos...

—No, mi coronel.

Esta vez había hablado Hogan. Sus palabras detuvieron a Simmerson en pleno discurso, pero el capitán no dio tiempo a que el coronel lo retomara. Mostró todo su encanto irlandés, empezando con una sonrisa de sensatez tan dulce que hubiera encantado a un pez para que saliera del agua.

—Usted verá, sir Henry, Sharpe está bajo mis órdenes. El general es muy específico. Tal como yo lo entiendo, sir Henry, nos acompañamos mutuamente a Valdelacasa, pero Sharpe irá conmigo.

—Pero...

Hogan levantó la mano deteniendo la protesta de Simmerson.

—Tiene usted razón, mi coronel, por supuesto. Pero, claro está, entenderá usted

que las condiciones en el campo pueden no ser las que deseamos y también pudiera ser, mi coronel, qué le voy a decir yo a usted, que necesite disponer de los fusileros.

Simmerson se quedó mirando a Hogan. El coronel no había entendido ni una palabra de las tonterías de Hogan, pero lo había dicho todo de una manera tan lógica y tan de soldado a soldado, que Simmerson estaba intentando desesperadamente encontrar una respuesta que no le hiciera parecer idiota. Miró a Hogan un momento.

—¡Pero qué decisiones me quedan a mí!

—¡Cuánta razón tiene usted, mi coronel, cuánta! —dijo Hogan con énfasis pero cálidamente—. Normalmente, las de este tipo. Pero yo creo que el general tenía la idea, mi coronel, de que usted estaría muy abrumado con los problemas de nuestros aliados españoles, y claro, mi coronel, hay exigencias de la ingeniería que el teniente Sharpe conoce.

Se inclinó con gesto conspirativo.

—Necesito hombres que puedan cargar, mi coronel. Usted me entiende.

Simmerson sonrió y soltó una risotada ronca. Hogan había hecho que mordiera el anzuelo. Señaló a Sharpe.

—Viste como un vulgar obrero, ¿eh, Forrest? ¡Un obrero!

Estaba encantado con su broma y se la repetía a sí mismo mientras se ponía su amplia casaca escarlata y amarilla.

—¡Un obrero! ¿Eh, Forrest?

El mayor sonreía obligado. Parecía un vicario resignado asaltado continuamente por los pecados de un rebaño impenitente y cuando Simmerson estaba de espaldas le dirigió a Sharpe una mirada de disculpa. Simmerson se abrochó la hebilla del cinturón y se giró hacia Sharpe.

—¿Así que ha servido mucho de soldado, Sharpe?

—Un poco, mi coronel.

Simmerson rió entre dientes.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos, mi coronel —contestó Sharpe mirando firmemente al frente.

—Treinta y dos, ¿eh? ¿Y aún es teniente? ¿Qué sucede, Sharpe? ¿Es cuestión de incompetencia?

Sharpe vio que Forrest le hacía señales al coronel pero éste las pasó por alto.

—Me alisté, mi coronel.

Forrest dejó caer la mano. El coronel calló. No había muchos hombres que pudieran dar el salto de sargento a alférez y los que lo habían conseguido difícilmente podían ser tachados de incompetentes. Sólo había tres requisitos que necesitara un simple soldado para ser ascendido. El primero era que debía saber leer y escribir, y Sharpe había aprendido en la prisión del sultán Tippoo acompañado de los gritos de tortura de otros prisioneros británicos. Segundo, el hombre debía haber realizado

algún acto de valentía suicida, y Sharpe sabía que Simmerson se estaba preguntando cuál era el que él había realizado. El tercer requisito era tener una suerte extraordinaria, y Sharpe a veces se preguntaba si eso no era un arma de doble filo. Simmerson dio un bufido.

—¿Así que usted no es un caballero, Sharpe?

—No, mi coronel.

—Bueno, pero podría intentar vestir como tal, ¿no? No porque haya usted crecido en una pocilga tiene que vestir como un cerdo.

—No, mi coronel.

No había nada más que decir.

Simmerson se inclinó hacia atrás sobre su voluminoso vientre.

—¿Quién le ascendió a usted, Sharpe?

—Sir Arthur Wellesley, mi coronel.

Sir Henry soltó un rebuzno de triunfo.

—¡Lo sabía! ¡Ninguna norma, ninguna norma en absoluto! ¡Ya he visto este ejército, su aspecto es una vergüenza! No se puede decir lo mismo de mis hombres, ¿verdad? ¡No se puede luchar sin disciplina!

Miró a Sharpe.

—¿Qué cualidad ha de tener un buen soldado, Sharpe?

—La habilidad de disparar tres cartuchos por minuto con lluvia, mi coronel.

Sharpe dio a su respuesta un tono de insolencia. Sabía que la contestación molestaría a Simmerson. El South Essex era un batallón nuevo y dudaba que sus mosqueteros estuvieran al nivel de otros batallones más antiguos. De todos los ejércitos europeos sólo el británico hacía las prácticas con cartuchos cargados, pero se tardaban semanas, a veces meses, para que un soldado aprendiera las complicadas instrucciones de cargar y disparar un mosquete con rapidez, sin pánico, sólo concentrándose en disparar mejor que el enemigo.

Sir Henry no esperaba esa respuesta y se quedó mirando pensativo al fusilero lleno de cicatrices. Honestamente, y a sir Henry no le gustaba ser honesto consigo mismo, temía al ejército que había encontrado en Portugal. Hasta entonces sir Henry había creído que servir de soldado era una cuestión gloriosa de hombres obedientes en filas bien rectas, con sus abrigoes escarlatas brillando al sol, y en vez de eso se había encontrado con oficiales desaliñados y desenfadados que se reían de la instrucción de su milicia. Sir Henry había soñado con llevar a su batallón a la lucha, montado en su caballo de guerra, con la espada en alto, ganando la gloria imperecedera. Pero mirando fijamente a Sharpe, ejemplo típico de tantos oficiales que había conocido en el breve tiempo que llevaba en Portugal, se preguntaba si había algún oficial francés que se pareciera a Sharpe. Se había imaginado el ejército de Napoleón como una manada de soldados ignorantes pastoreados por oficiales

afectados y se estremecía por dentro al pensar que pudieran resultar ser hombres enjutos y endurecidos como Sharpe que pudieran arrancarle de su silla antes de que hubiera tenido la oportunidad de verse pintado al óleo como héroe conquistador. Sir Henry ya tenía miedo y aún no había visto al enemigo, pero antes tenía que vengarse sutilmente de este fusilero que lo había desconcertado.

—¿Tres cartuchos por minuto?

—Sí, mi coronel.

—¿Y cómo les enseña a sus hombres a disparar tres cartuchos por minuto?

Sharpe se encogió de hombros.

—Paciencia, mi coronel. Práctica. No hay nada mejor que una batalla.

Simmerson se mofó de él.

—¡Paciencia! ¡Práctica! No son niños, Sharpe. ¡Son borrachos y ladrones! ¡Basura del arroyo!

Su voz se volvía a elevar.

—¡Azótelos, Sharpe, azótelos! ¡Es la única manera! Deles una lección que no olvidarán. ¿No es así?

No se oía nada. Simmerson se volvió hacia Forrest.

—¿No es así, comandante?

—Sí, mi coronel —contestó Forrest sin convicción.

Simmerson se volvió a Sharpe.

—¿Sharpe?

—Es el último recurso, mi coronel.

—El último recurso —dijo Simmerson imitando a Sharpe secretamente complacido.

Era la respuesta que quería.

—¡Es usted un blandengue, Sharpe! ¿Puede enseñar a los hombres a disparar tres descargas por minuto?

Sharpe sentía el desafío en el aire pero ya no tenía escapatoria.

—Sí, mi coronel.

—¡Perfecto!

Simmerson se frotó las manos.

—Esta tarde. ¿Forrest?

—¿Mi coronel?

—Dele al señor Sharpe una compañía. La ligera estará bien. ¡El señor Sharpe les mejorará el tiro!

Simmerson se giró e hizo una reverencia a Hogan con gran ironía.

—Eso si el capitán Hogan está de acuerdo en cedernos los servicios del teniente Sharpe.

Hogan se encogió de hombros y miró a Sharpe.

—Por supuesto, mi coronel.

Simmerson sonrió.

—¡Excelente! Así, señor Sharpe, ¿enseñará usted a mi compañía ligera a disparar tres cartuchos por minuto?

Sharpe miró por la ventana. Hacía calor, el día era seco y no había razón alguna para que un buen hombre no disparara cinco veces en un minuto con este tiempo. Dependía, por supuesto, de lo malos que fueran los de la compañía ligera. Si sólo eran capaces de hacer dos disparos por minuto era casi imposible convertirlos en expertos en una tarde pero intentarlo no haría daño. Volvió a mirar a Simmerson.

—Lo intentaré, mi coronel.

—Por supuesto que lo intentará, señor Sharpe, por supuesto. Y puede decirles de mi parte que si no lo consiguen haré azotar a uno de cada diez. ¿Me entiende, señor Sharpe? Uno de cada diez.

Sharpe entendía perfectamente. Simmerson lo había engañado para que realizara una tarea probablemente imposible y el resultado sería que el coronel tendría su orgía de azotes y él, Sharpe, sería el culpable. ¿Y si lo conseguía? Entonces Simmerson afirmaría que la amenaza de azotes había funcionado. Vio el triunfo en los pequeños ojos rojos de Simmerson y sonrió al coronel.

—No les hablaré de azotes, coronel. No querrá usted que se distraigan, ¿verdad?

Simmerson le devolvió la sonrisa.

—Utilice sus propios métodos, señor Sharpe. Pero dejaré el triángulo donde está; me parece que lo necesitaré.

Sharpe se encajó el chacó deformado en la cabeza y saludó al coronel con enérgica precisión.

—No se preocupe, mi coronel. No necesitará un triángulo. Buenos días, mi coronel.

Ahora falta conseguir que así sea, pensó.

CAPÍTULO 3

—No me lo puedo creer, mi teniente. Dígame que no es verdad.

El sargento Patrick Harper sacudió la cabeza mientras miraba junto a Sharpe cómo la compañía ligera del South Essex disparaba dos descargas a las órdenes de un teniente.

—Envíe este batallón a Irlanda, mi teniente. ¡Seríamos un país libre en dos semanas! ¡No rechazarían ni al coro de una iglesia!

Sharpe asintió tristemente. No era que los hombres no supieran cargar los mosquetes y dispararlos; era simplemente que lo hacían con una lentitud indolente y siguiendo fielmente el libro de instrucciones que los sargentos imponían rigurosamente. Oficialmente había veinte movimientos para cargar y disparar un mosquete, de los cuales cinco se referían a cómo debía usarse la baqueta de acero para meter la bala y cargar el cañón, y la insistencia del batallón en hacerlo conforme el libro significaba que Sharpe había cronometrado para los dos tiros de prueba un tiempo de más de sesenta segundos. Tenía tres horas, como mucho, para hacerles llegar a veinte segundos por tiro y entendía la reacción de Harper ante semejante tarea. El sargento era claramente insolente.

—¡Dios nos libre de tener que emprender una escaramuza al lado de estos tipos! ¡Los franceses se los comerán de desayuno!

Tenía razón. La compañía no estaba siquiera bien instruida para mantenerse en el frente de batalla, no digamos para llevar a cabo escaramuzas con las tropas ligeras frente al enemigo. Sharpe hizo callar a Harper cuando un capitán a caballo se dirigió hacia ellos al trote. Era Lennox, capitán de la compañía ligera, y sonrió burlescamente a Sharpe.

—Tremendo, ¿verdad?

Sharpe no sabía cómo contestar. Asentir podía ser considerado como una crítica por ese escocés entrecano que parecía bastante amistoso. Sharpe dio una respuesta poco comprometida y Lennox se descolgó de la silla para ponerse a su lado.

—No se preocupe, Sharpe. Ya sé lo malos que son, pero su eminencia insiste en hacerlo de este modo. Si me dejara a mí haría que los bastardos lo hicieran adecuadamente, pero si nos saltamos cualquier línea del reglamento entonces son tres horas de instrucción con las mochilas llenas —dijo mirando a Sharpe con sorna—. ¿Usted estuvo en Assaye?

Sharpe asintió y Lennox volvió a sonreír.

—Sí, me acuerdo de usted. Se ganó un nombre aquel día. Yo estaba con el 78.º.

—También ellos se ganaron un nombre.

A Lennox le gustó el cumplido. Sharpe recordó el campo indio y la imagen del regimiento Highland desfilando en perfecto orden para asaltar las líneas de Mahratta.

Se abrieron grandes brechas en las filas escocesas mientras marchaban lentamente hacia la tormenta de artillería, pero los escoceses habían hecho bien su trabajo masacrando a los artilleros, y habían recargado con osadía frente a una enorme masa de infantería enemiga que no tuvo el valor de contraatacar a un regimiento que parecía invencible. Lennox sacudió la cabeza.

—Ya sé lo que piensa, Sharpe. ¿Qué diablos hago aquí con esta banda? —No esperó la respuesta—. Soy un hombre viejo, estaba retirado, pero mi mujer murió, la media paga ya no daba de sí y necesitan oficiales para sir Henry «Sanguinario» Simmerson. Así que aquí estoy. ¿Conoce usted a Leroy?

—¿Leroy?

—Thomas Leroy. Él también es capitán aquí. Es bueno. Forrest es un tipo decente. ¡Pero el resto! Sólo porque se ponen un uniforme elegante se creen guerreros. ¡Mire aquél de allí!

Señaló a Christian Gibbons, que cabalgaba sobre su caballo negro hacia el campo.

—¿El teniente Gibbons? —preguntó Sharpe.

—¿Ya le conoce? —se rió Lennox—. Entonces no le diré nada del señor Gibbons, excepto que es sobrino de Simmerson, que no le interesan más que las mujeres y que es un bastardo arrogante. ¡Maldito inglés! Discúlpeme, Sharpe.

Sharpe se rió.

—No todos somos tan malos.

Observó que Gibbons llevaba delicadamente el caballo al paso y se detenía a pocos metros de ellos. El teniente se quedó mirando fijamente y con arrogancia a los dos oficiales. ¿Así que éste, pensó Sharpe, es el sobrino de Simmerson?

—¿Nos necesitan aquí, mi capitán?

Lennox negó con la cabeza.

—No, señor Gibbons. Dejaré a Knowles y a Denny con el teniente Sharpe mientras obra sus milagros.

Gibbons se tocó el sombrero y se marchó espoleando el caballo.

Lennox le miró alejarse.

—Éste no hace nada mal. Es la niña de los ojos irritados del coronel.

Se giró y saludó a la compañía.

—Le dejo al teniente Knowles y al alférez Denny, son ambos buenos chicos pero mal enseñados por Simmerson. Tiene algún que otro soldado veterano, eso le será de ayuda, y buena suerte para usted, Sharpe, ¡la necesitará! —gruñó mientras se lanzaba sobre la silla de montar—. ¡Bienvenido al manicomio, Sharpe!

Sharpe se quedó con la compañía, con sus oficiales jóvenes, y con las filas de caras mudas que le miraban fijamente como temerosas de algún nuevo tormento planeado por su coronel. Caminó hasta el frente de la compañía, mirando las caras rojas que se hinchaban con los cuellos apretados y brillantes del sudor causado por el

calor intenso, y volvió el rostro hacia ellos.

Él llevaba la casaca desabrochada, la camisa abierta y no usaba sombrero. Para los hombres del South Essex era como un visitante de otro continente.

—Ahora están en guerra. Cuando encuentren a los franceses muchos de ustedes morirán. La mayoría.

Sus palabras los asustaban.

—Les diré por qué.

Señaló hacia el horizonte, al este.

—Los franceses están por allí, esperándonos.

Algunos de los hombres miraron hacia allí como si esperaran ver venir al mismísimo Bonaparte a través de los olivares a las afueras de Castelo Branco.

—Tienen mosquetes y todos ellos pueden disparar tres o cuatro cargas por minuto. Dirigidas a ustedes. Y les matarán porque son ustedes unos malditos lentos. Si no les matan ustedes primero, ellos lo harán con ustedes, es así de sencillo. Usted —dijo señalando a un hombre de la primera fila—. ¡Tráigame su mosquete!

Al menos había atraído su atención y algunos de ellos entenderían el hecho bien simple de que el bando que disparara más balas tenía más posibilidades de ganar. Tomó el mosquete del hombre, un puñado de cartuchos y dejó su rifle. Sostuvo el mosquete sobre su cabeza y empezó por el principio.

—¡Mírenlo! Un mosquete del tipo India. Cincuenta y cinco pulgadas y un cuarto de largo con un cañón de treinta y nueve pulgadas. Dispara balas de tres cuartos de pulgada, casi tan anchas como su dedo gordo, ¡y hasta mata franceses!

Se oyó alguna risa nerviosa, pero estaban escuchando.

—Pero ustedes no matarán ningún francés con él. ¡Son demasiado lentos! En el tiempo que tardan en realizar dos disparos el enemigo probablemente consiga hacer tres. Y créanme, los franceses son lentos. Así que esta tarde aprenderán a disparar tres descargas por minuto. Con el tiempo dispararán cuatro por minuto y si son realmente buenos ¡podrían llegar a cinco!

La compañía observaba cómo cargaba el mosquete. Hacía años que no disparaba con un fusil de ánima lisa pero comparado con el fusil Baker era ridículamente fácil. El cañón no tenía ranuras para sujetar la bala y no era necesario forzar la baqueta con fuerza bruta ni incluso encajarla a golpes. Un mosquete se cargaba tan rápidamente que por eso la mayoría de ejércitos lo utilizaban en lugar del más lento pero mucho más preciso fusil. Comprobó el pedernal, que era nuevo y estaba bien colocado, así que cebó el arma y lo levantó.

—¿Teniente Knowles?

El joven teniente se puso firme.

—¡Sí, mi teniente!

—¿Tiene usted reloj?

—Sí, mi teniente.

—¿Puede cronometrar un minuto?

Knowles extrajo una enorme saboneta de oro y abrió la tapa de golpe.

—Sí, mi teniente.

—Cuando yo dispare usted observará ese reloj y me avisará cuando haya pasado un minuto. ¿Entendido?

—Sí, mi teniente.

Se apartó de la compañía y apuntó con el mosquete hacia una pared de piedra. Por Dios, rezó, que no falle el tiro, y apretó el gatillo. El cuello de cisne con su pedernal agarrado dio un latigazo hacia adelante, la pólvora de la cazoleta se encendió y un momento después la carga principal explotó y él sintió el fuerte culatazo cuando la bala de plomo salió disparada entre un humo blanco y espeso.

Ahora todo era ya instintivo; los movimientos que nunca se olvidan. La mano derecha fuera del gatillo, dejar caer el arma sobre la mano izquierda y cuando la culata toca el suelo la mano derecha ya tiene el siguiente cartucho. Arrancar con los dientes la funda. Verter la pólvora en el cañón pero acordándose de guardar una pizca para el cebo. Escupir en la bala. Baquetear arriba y abajo el cañón. Un empujón rápido y ya está fuera otra vez, el cañón hacia arriba, el percutor en su sitio, cebar la cazoleta y disparar hacia el humo que queda del primer tiro.

Así una y otra vez, y los recuerdos de permanecer en la línea junto a camaradas sudorosos y con ojos enloquecidos e ir siguiendo los movimientos como en una pesadilla. Sin hacer caso de las oleadas de humo, de gritos, acercándose por la derecha y por la izquierda para llenar los agujeros que dejan los muertos, sólo cargar y disparar, cargar y disparar, dejando que las llamas escupan hacia la bruma de humo de pólvora, que las balas de plomo se estrellen contra el enemigo no visto y esperando que se repliegue. Entonces oyes la orden de alto el fuego y te paras. Tienes la cara negra y picada por las explosiones de pólvora en la cazoleta sólo a unas pulgadas de tu mejilla derecha, tus ojos están escocidos por el humo y por los granos de pólvora, y cuando esa fantasmagórica cortina se levanta aparecen los muertos y heridos delante, y tú te apoyas en el mosquete y rezas para que la próxima vez el arma no parta el pedernal o simplemente se niegue a disparar.

Apretó el gatillo por quinta vez, y la bala golpeó a lo lejos en el campo; el mosquete estaba ya apoyado en el suelo y la pólvora en el cañón antes de que Knowles gritara: ¡Se acabó el tiempo!

Los hombres vitorearon, rieron y aplaudieron porque un oficial se había saltado las normas y les mostraba que podía hacerlo. Harper sonreía ampliamente. Él al menos sabía lo difícil que era realizar cinco disparos en un minuto y Sharpe sabía que el sargento se había dado cuenta de que astutamente había cargado el primer disparo antes de que se empezara a cronometrar. Sharpe acalló el ruido.

—Así es como utilizarán el mosquete. ¡Con rapidez! Ahora lo van a hacer ustedes.

Se hizo el silencio. Sharpe sintió el diablo en el cuerpo; ¿acaso no le había dicho Simmerson que usara sus propios métodos?

—¡Quítense los cuellos!

De momento nadie se movió. Los hombres le miraron fijamente.

—¡Venga! ¡Deprisa! ¡Quítense los cuellos!

Knowles, Denny y los sargentos observaban, asombrados, mientras los hombres sostenían los mosquetes entre las rodillas y utilizaban ambas manos para arrancarse con fuerza los duros cuellos de piel.

—¡Sargentos! Recojan los cuellos. Tráiganlos aquí.

El batallón había sido tratado con demasiada brutalidad. No había manera de que pudiera enseñarles a ser soldados rápidos en disparar a menos que les ofreciera la oportunidad de vengarse del sistema que les había condenado a ser un batallón de azotados. Los sargentos se acercaron a él, con las caras dudosas, y llevando en sus brazos amontonados los odiosos cuellos.

—Pónganlos aquí.

Sharpe hizo que amontonaran los setenta y tantos cuellos a unos cuarenta pasos frente a la compañía. Señaló el montón brillante.

—¡Ése es el blanco! Cada uno de ustedes tendrá tres disparos. Sólo tres. ¡Y tendrán que realizarlos sólo en un minuto! Los que lo consigan dos veces seguidas, lo podrán dejar y tendrán la tarde libre. El resto lo seguirá intentando una y otra vez hasta que lo consiga.

Dejó que los dos oficiales organizaran el ejercicio. Los hombres sonreían ampliamente y se levantó un murmullo entre las filas que no intentó acallar. Los sargentos le miraban como si estuviera cometiendo traición, pero ninguno se atrevió a cruzar la espada con el fusilero alto y moreno. Cuando todo estuvo preparado Sharpe dio la señal y las balas empezaron a estrellarse contra el montón de piel. Los hombres olvidaron las viejas instrucciones y se concentraron en disparar su odio contra los cuellos de piel que les habían llagado la carne y que representaban a Simmerson y toda su tiranía. Al final de las dos primeras sesiones sólo veinte hombres lo habían conseguido, casi todos ellos soldados veteranos que se habían vuelto a alistar en el nuevo batallón, pero una hora y tres cuartos más tarde, cuando el sol enrojecía detrás de él, el último hombre disparó la última bala hacia los fragmentos de piel rígida que ensuciaban la hierba.

Sharpe hizo formar a toda la compañía en dos filas y las observó, satisfecho, cuando soltaron tres descargas a las órdenes de Harper. Miró a través del humo blanco que aún flotaba en el aire quieto hacia el horizonte, al este. Allí, en Extremadura, los franceses estaban esperando, con sus águilas reunidas para la batalla

que pronto llegaría, mientras que detrás de él, por el camino que venía de la ciudad, se veía venir a sir Henry Simmerson dispuesto a proclamar su victoria y enorgullecerse de sus víctimas del triángulo.

—La que se nos viene encima —dijo Harper suavemente.

—¡Calle! Hágalos cargar. Le vamos a hacer una demostración.

Sharpe vio los ojos de Simmerson cuando lentamente empezó a caer en la cuenta de lo que significaban los cuellos desabrochados de sus hombres y los jirones de piel sobre la hierba. Sharpe vio que el coronel respiraba hondo.

—¡Listos! ¡Fuego!

La orden de Sharpe desató una descarga completa que retumbó como un trueno en el valle. Si Simmerson gritaba ahora sus palabras se perderían en el ruido. Al coronel sólo le quedaba observar cómo sus hombres manejaban los mosquetes como veteranos a las órdenes de un sargento de los fusileros, todavía más grande que Sharpe, cuya cara amplia y confiada era de las que siempre habían puesto furioso a sir Henry, provocando sus frases más salvajes desde el escaño bien protegido de magistrado en Chelmsford.

La última carga sacudió la pared de piedra y Forrest volvió a meter el reloj en su bolsillo.

—Faltan dos segundos para el minuto, sir Henry, y cuatro disparos.

—Sé contar, Forrest.

¿Cuatro disparos? Simmerson estaba impresionado porque secretamente se había desesperado enseñando a sus hombres a disparar con rapidez, en lugar de manosear nerviosamente sus mosquetes. ¡Pero todos los cuellos de una compañía! ¡A dos y tres peniques la pieza! ¿Y el día en que su sobrino había vuelto oliendo como un mozo de cuadra?

—¡Dios le maldiga, Sharpe!

—Sí, mi coronel.

El humo irritante de la pólvora hizo que el caballo de sir Henry diera un tirón con la cabeza y el coronel se acercó para calmarlo. Sharpe observó el gesto y supo que había puesto en ridículo al coronel ante sus propios hombres, y también que eso había sido un error. Sharpe había ganado una pequeña batalla, pero con ello se había hecho un enemigo que tenía tanto poder como influencia. El coronel acercó su caballo a Sharpe y su voz era sorprendentemente tranquila.

—Éste es mi batallón, señor Sharpe. Mi batallón. Recuérdelo.

Por un momento pareció que su ira iba a estallar, pero la retuvo y en su lugar le gritó a Forrest que le siguiera. Sharpe se dio la vuelta y se fue. Harper le estaba sonriendo burlescamente, los hombres parecían complacidos, y sólo Sharpe sintió el presentimiento de una amenaza, como un enemigo invisible que le estuviera cercando. Se sacudió ese sentimiento. Había mosquetes por limpiar, raciones que

distribuir, y, más allá de las colinas limítrofes, suficientes enemigos para todos.

CAPÍTULO 4

Patrick Harper marchaba a paso ligero, feliz de sentir el camino bajo sus pies, feliz de que finalmente hubieran atravesado la frontera no delimitada y que fueran yendo a algún lugar, a cualquier lugar. Se habían puesto en marcha de madrugada, de manera que la mayor parte de la caminata se había realizado antes de que el sol calentara al máximo. Esperaba con placer una tarde de inactividad, y deseaba que el lugar donde acamparían, que el mayor Forrest se había apresurado en encontrar, estuviera cerca de algún riachuelo en el que lanzaría la caña con uno de sus gusanos clavado en el anzuelo. Los del South Essex estaban en algún lugar detrás de ellos; Sharpe había iniciado la marcha del día al paso rápido del regimiento de fusileros, tres pasos caminando, tres corriendo, y Harper se alegraba de que estuvieran lejos de la atmósfera de sospecha que reinaba en aquél batallón. Sonrió al acordarse de los cuellos. Corría el rumor preocupante de que el coronel había ordenado a Sharpe pagar cada uno de los setenta y nueve cuellos postizos destrozados y esto, en opinión de Harper, era un precio terrible. No le había preguntado nada a Sharpe respecto a ese rumor; si lo hubiera hecho le habría dicho que se metiera en sus asuntos, aunque para Patrick Harper, Sharpe era asunto suyo. El teniente podía ser malhumorado, irritable y propenso a regañar al sargento para dar salida a su frustración, pero Harper, en el fondo, consideraba a Sharpe como un amigo. No era la palabra que un sargento utilizaría con un oficial, pero a Harper no se le ocurría otra. Sharpe era el mejor soldado que el irlandés hubiera visto en un campo de batalla, con un ojo de campesino para el terreno y un instinto de cazador para la guerra. Pero Sharpe sólo pedía consejo a un hombre en batalla, y éste era el sargento Harper. Era una relación fácil, de confianza y respeto, y Patrick Harper consideraba que su trabajo era mantener a Richard Sharpe vivo y entretenido.

Le gustaba ser soldado, incluso en el ejército de la nación que había ocupado la patria de su familia y había pisoteado su religión. Él había sido educado en las leyendas de los grandes héroes irlandeses, podía recitar de memoria la historia del manco Cuchulain que había derrotado a las fuerzas de Connaught, y ¿a quién tenían los ingleses que se pudiera equiparar con tal héroe? Pero Irlanda era Irlanda y el hambre lleva a los hombres a lugares extraños. Si Harper hubiera hecho caso de su corazón estaría luchando contra los ingleses, no a su lado, pero, como muchos de sus compatriotas, había encontrado un refugio frente a la pobreza y la persecución en las filas del enemigo. No olvidaba nunca su hogar. Llevaba en su mente la imagen de Donegal, una región de rocas retorcidas y escaso suelo, de montañas, lagos, grandes llanuras y minifundios, en la que las familias hacían frente a una pobre existencia. ¡Y qué familias! Harper era el cuarto hijo que había sobrevivido a la infancia de los once que tuvo su madre, y ella siempre decía que no sabía cómo había podido parir una

cosa tan grande. Alimentar a Patrick —decía su madre— era como alimentar a tres de los otros, y pasó más hambre que los demás. Después llegó el día en que se marchó para ganarse la vida. Había caminado desde las montañas Blue Stack hasta las calles pavimentadas de Derry, y allí se emborrachó y se encontró enrolado sin saber cómo. Ocho años después, y con veinticuatro años, era sargento. ¡No se lo creerían en Tangaveane!

Ahora era difícil ver a los ingleses como enemigos. La familiaridad había engendrado muchas amistades. El ejército era un lugar en que los hombres fuertes podían medrar y a Patrick Harper le gustaba la responsabilidad que había conseguido y disfrutaba del respeto de otros hombres duros, como Sharpe. Recordaba las historias de sus compatriotas que habían luchado contra los casacas rojas en las colinas y en los campos de Irlanda y a veces se preguntaba qué sería de él si volviera a vivir en Donegal otra vez. Ese problema de lealtad era demasiado difícil y lo guardaba en el fondo de su mente, escondido con los vestigios de su religión. Quizá la guerra duraría siempre, o quizá San Patricio retornaría y convertiría a los ingleses a la verdadera fe. ¿Quién sabe? Pero de momento estaba satisfecho de ser un soldado y se contentaba con ello. El día anterior había visto un halcón peregrino volando muy alto, y el alma de Patrick Harper se había remontado hasta alcanzarlo. Conocía todos los pájaros del Ulster, los amaba, y mientras caminaba escudriñaba la tierra y el cielo en busca de nuevos pájaros, porque el sargento no se cansaba nunca de mirarlos. En las colinas al norte de Oporto había vislumbrado brevemente una extraña urraca con una larga cola azul, diferente a todo lo que había visto anteriormente, y quería ver otra. La expectación y la espera formaban parte de su satisfacción y de su placer.

Una liebre apareció en un campo cercano al camino. Una voz gritó «mía» y todos se detuvieron mientras un hombre se arrodillaba, apuntaba rápidamente y disparaba. Falló el tiro y los fusileros se burlaron de él. La liebre giró sobre sus patas y se escondió entre las rocas. Daniel Hagman no solía errar, había aprendido a disparar con su padre, que era cazador furtivo, y todos los fusileros estaban secretamente orgullosos de la habilidad de este hombre de Cheshire con el fusil. Mientras recargaba sacudió la cabeza apenado.

—Lo siento, mi teniente. Me hago viejo.

Sharpe se rió. Hagman tenía cuarenta años, pero aún disparaba mejor que el resto de la compañía. La liebre había recorrido doscientas yardas y hubiera sido un milagro si hubiera acabado en los pucheros de la cena.

—Descansaremos —dijo Sharpe—. Diez minutos.

Colocó a dos hombres de centinelas. Los franceses estaban a varias millas de distancia, la caballería británica iba delante de ellos por el camino, pero los soldados se mantenían con vida tomando precauciones y ésta era una tierra extraña así que Sharpe mantuvo una guardia y los hombres marcharon con las armas cargadas. Se

quitó la mochila y las cartucheras, contento de librarse de las ochenta libras de peso y se sentó junto a Harper que estaba recostado y observaba el cielo azul claro.

—Un día caluroso para marchar, sargento.

—Lo será, mi teniente, lo será. Pero mejor que el maldito invierno pasado.

Sharpe sonrió burlescamente.

—Se las ingenió para mantenerse lo suficientemente caliente.

—Hicimos lo que pudimos, mi teniente, hicimos lo que pudimos. ¿Recuerda al santo padre en el monasterio?

Sharpe asintió, pero no había manera de parar a Patrick Harper una vez que se había lanzado a contar una buena historia.

—¡Nos dijo que no había nada que beber en el lugar! Nada que beber ¡y estábamos tan fríos como el agua en invierno! Fue tremendo oír tal mentira en boca de un hombre de Dios.

—¡Le dio usted una lección, sargento! —dijo Pendleton, el bebé de la compañía, de tan solo diecisiete años y un ladrón de las calles de Bristol, al tiempo que sonreía al irlandés desde la carretera.

—Se la dimos, chico. ¿Te acuerdas? No hay padre que se quede sin bebida, y nosotros la encontramos. Dios mío, un barril lo bastante grande para ahogar la sed de todo un ejército, y nos duró una noche. Y primero metimos la cabeza del santo padre dentro del vino para enseñarle que mentir es un pecado mortal.

Harper aún se reía al recordarlo.

—No me iría mal un poquito ahora —dijo mientras miraba inocentemente a los hombres que descansaban a su alrededor en los bordes del camino—. ¿Alguien quiere un trago?

Se hizo el silencio. Sharpe se echó hacia atrás y ocultó su sonrisa. Sabía lo que estaba haciendo Harper y podía adivinar qué pasaría después.

Los fusileros eran uno de los pocos regimientos que podían seleccionar a los reclutas y rechazar a los que no fueran los mejores, pero incluso así padecía el pecado que asediaba a todo el ejército: la embriaguez.

Sharpe adivinó que había al menos media docena de botellas de vino en los alrededores y que Harper las iba a encontrar. Oyó que el sargento se acercaba a los hombres.

—¡Bien! Revista.

—¡Sargento! —dijo Gataker, picando el anzuelo—. ¡Ha inspeccionado las botellas de agua esta mañana! Ya sabe que no tenemos nada raro en ellas.

—Sé lo que no tenéis en las botellas de agua, pero no es de eso de lo que estoy hablando, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—¡Sacad todas las municiones! ¡Ahora mismo!

Se oyeron quejidos. Tanto los portugueses como los españoles estarían encantados de vender vino a cambio de unos cuantos cartuchos hechos con pólvora británica, la más fina del mundo, y no era un gran riesgo apostar a que si algún hombre tenía menos de los ochenta cartuchos correspondientes Harper encontraría una botella escondida en el fondo de su mochila. Sharpe escuchaba el ruido de la búsqueda y del tumulto. Abrió los ojos y vio que habían aparecido, como por arte de magia, siete botellas. Harper las custodiaba triunfalmente.

—Éstas las compartiremos esta noche. Bien hecho, muchachos, sabía que no me ibais a decepcionar —dijo volviéndose hacia Sharpe—. ¿Quiere que hagamos un recuento de municiones, mi teniente?

—No, continuaremos.

Sabía que podía confiar en que los hombres no venderían más que un puñado de cartuchos. Miró al enorme irlandés.

—¿Cuántos cartuchos tiene usted, sargento?

—Ochenta, mi teniente.

—Muéstreme el cuerno de la pólvora.

—Yo creía que a usted le gustaría echar un trago esta noche, mi teniente —dijo Harper sonriendo pícaramente.

—Vamos, venga.

Sharpe esbozó una divertida mueca ante la frustración de Harper. Además de las ochenta cargas, veinte más de las que llevaba el resto del ejército, los fusileros también llevaban un cuerno de pólvora fina para utilizar en caso de necesidad.

—Bien, sargento. Diez minutos de marcha rápida y luego más lenta.

A mediodía se encontraron con el mayor Forrest y su pequeña avanzadilla a caballo saludándoles con la mano desde un bosque que crecía entre el camino y el riachuelo que Harper había deseado. El mayor guió a los fusileros hasta el lugar que había escogido para ellos.

—Sharpe, he creído que sería mejor que estuviera algo alejado del coronel.

—No se preocupe —contestó Sharpe haciendo una mueca al nervioso comandante—. Es una idea excelente.

Forrest todavía estaba preocupado. Miró a los hombres de Sharpe que ya estaban cortando ramas.

—Sharpe, sir Henry insiste en que los fuegos que se hagan estén bien controlados.

—Ni una llama fuera de sitio, comandante. Se lo prometo —contestó Sharpe levantando las manos.

Una hora después el batallón llegó y los hombres se tiraron al suelo y descansaron las cabezas sobre las mochilas. Algunos fueron hacia el riachuelo y se sentaron metiendo los pies llagados e hinchados en el agua fresca. Se colocaron centinelas, se apilaron las armas, el olor del tabaco se extendió entre los árboles, y un discontinuo

alboroto se inició lejos del amontonado bagaje que marcaba el desorden temporal de los oficiales. Los últimos en llegar fueron las mujeres y los niños, mezclados con los muleros portugueses y sus animales, Hogan y sus mulas, y el ganado vacuno conducido por campesinos contratados, que proporcionaría carne hasta que la última bestia fuera sacrificada.

En la tarde soñolienta Sharpe se sentía intranquilo. No tenía familia a quien escribir y no tenía ganas de unirse a Harper, que tentaba vanamente con sus gusanos a unos peces inexistentes. Hogan dormía, roncando suavemente a la sombra, así que Sharpe se levantó de la hierba, tomó su fusil, caminó hacia el piquete de guardia y lo traspasó. El día era precioso. Ni una nube se veía en el cielo, el agua del riachuelo corría limpia, un soplo de brisa agitaba la hierba y hacía temblar las pálidas hojas de los olivos. Caminó entre la corriente y un campo de maíz, saltó una rudimentaria presa de mimbre que cerraba una acequia y entró en un campo de pequeños olivos salpicado de rocas. No se movía nada. Los insectos zumbaban y chasqueaban, un caballo relinchó en el campamento, el sonido del agua desaparecía tras él. Alguien le había dicho que era julio. Tal vez era su cumpleaños. No sabía qué día había nacido, pero antes de que muriera su madre, recordaba que lo había llamado un bebé de julio, ¿o tal vez un bebé de junio? Poco más recordaba de ella. Cabello oscuro y una voz en la distancia. Ella había muerto cuando él era todavía un niño y no tenía otra familia.

El paisaje se agazapaba bajo el calor, quieto y silencioso, y el campo se había tragado al batallón, como si no existiera. Dirigió la vista hacia el camino por el que había desfilado el batallón y más allá, demasiado lejos para verlo bien, había una nube de polvo por donde aún iba el grueso del ejército. Se sentó junto a un tronco de árbol nudoso, con el fusil entre sus rodillas y miró fijamente la neblina producida por el calor. Una lagartija surgió del suelo, se detuvo, la miró, entonces subió corriendo por el tronco de un árbol y se quedó inmóvil, como si él fuera a quitarle la vista de encima si se estaba quieta. Un ligero movimiento en el cielo le hizo levantar la mirada, un halcón se deslizaba suavemente, con sus alas quietas y su cabeza escudriñando el terreno en busca de una presa. Patrick hubiera sabido al instante de qué ave se trataba, pero para Sharpe el pájaro no era más que otro cazador, y hoy, pensó, no hay nada para nosotros los cazadores. Como si hubiera leído su pensamiento, el pájaro agitó las alas y en un momento quedó fuera del alcance de la vista. Se sentía cómodo y perezoso, en paz con el mundo, contento de ser un fusilero en España. Miró los pequeños olivos que prometían una pobre cosecha, y pensó en la familia que agitaría sus ramas en otoño, cuyas vidas quedaban delimitadas entre la corriente del río, los extensos campos y el camino alto y escarpado que probablemente él no volvería a ver nunca más.

Entonces se oyó un ruido. Demasiado lejano para que le pareciera alarmante, pero extraño y lo bastante persistente como para alertarle y hacer que con la mano derecha

sujetase firmemente la culata del fusil. En el camino había sin duda caballos, sólo dos por el sonido de los cascos, pero se movían lentamente y con poca seguridad, y el sonido sugería que pasaba algo. Dudaba que los franceses tuvieran patrullas de caballería en esta parte de España, pero así y todo se movió en silencio por entre la arboleda, escogiendo instintivamente un camino que escondiera y camuflara su uniforme verde, hasta que salió a la brillante luz del sol para sorprender al viajero.

Era la muchacha. Todavía vestía como un hombre, con el pantalón negro y las botas, con el mismo sombrero de ala ancha que ocultaba su belleza. Iba caminando, o mejor cojeando como su caballo, y al ver a Sharpe se detuvo y le miró enojada como si le molestara ser vista por sorpresa. El criado, un hombre pequeño y moreno que conducía una mula muy cargada, se detuvo diez pasos detrás de él y se quedó mirando fijamente y sin decir nada al fusilero alto y lleno de cicatrices. La yegua también miraba a Sharpe, se sacudía las moscas con la cola y se detuvo pacientemente con una pata trasera levantada del suelo. La herradura colgaba de un simple clavo, y el animal debía de haber sufrido tremendamente con el calor de la carretera llena de piedras. Sharpe sacudió la cabeza mientras miraba la pata.

—¿Por qué no le han quitado la herradura?

—¿Usted sabe cómo? —preguntó ella con una voz sorprendentemente suave.

Ella le sonrió, el enojo le desapareció del rostro y durante un momento Sharpe no dijo nada. Suponía que debía tener unos veinte años, pero llevaba su belleza con la seguridad de alguien que sabe que ésta puede ser mejor herencia que el dinero o las tierras. Parecían divertirle las vacilaciones de él, como si estuviera acostumbrada a producir este efecto en los hombres, y arqueó las cejas con picardía.

—¿Sabe?

Sharpe asintió y se dirigió hacia el hermoso animal. Tiró del casco hacia él, sosteniendo la herradura fijamente, y la yegua tembló pero se quedó quieta. La herradura hubiera caído al dar unos pasos más, la arrancó limpiamente de un pequeño tirón y soltó la pata de la yegua. Le mostró la herradura a la muchacha.

—Ha tenido suerte.

—¿Por qué? —preguntó ella mirándole con sus ojos grandes y oscuros.

—Quizá se pueda volver a poner, aunque no puedo asegurarlo.

Él se sentía torpe e incómodo ante su presencia, consciente de su belleza, e incluso se le trababa la lengua. La deseaba apasionadamente. Ella no hizo ningún ademán de coger la herradura, así que él la introdujo en la alforja rebosante.

—Alguien habrá que sepa herrar un caballo allí arriba —dijo señalando con la cabeza—. Allí hay un batallón acampado.

—¿El South Essex? —preguntó ella con un inglés correcto, pero con acento portugués.

—Sí.

—Bien —asintió ella—. Lo estaba siguiendo cuando se salió la herradura.

Miró a su criado y sonrió.

—Pobre Agostino. Le dan miedo los caballos.

—¿Y a usted, señora?

Sharpe quería que ella siguiera hablando. No era inusual que las mujeres siguieran al ejército; las tropas de sir Arthur Wellesley ya habían reunido a mujeres inglesas, irlandesas, españolas y portuguesas, amantes y prostitutas, pero era poco corriente ver a una muchacha bella, con un buen caballo y servida por un criado, y eso despertaba la curiosidad de Sharpe. Más que su curiosidad. Deseaba a esa muchacha. Era una reacción a su belleza tanto como una reacción al hecho de saber que una joven de tal belleza no necesitaba a un teniente andrajoso y sin fortuna personal. Ella podía escoger entre los oficiales ricos, pero eso no impedía a Sharpe mirarla y desearla. Ella parecía que leyera sus pensamientos.

—¿Cree que debería tener miedo?

Sharpe se encogió de hombros, echando una mirada camino arriba donde el humo del batallón se fundía con el atardecer.

—Los soldados no son considerados, señora.

—Gracias por avisarme —dijo ella burlándose—. ¿Teniente? —preguntó observando su faja roja descolorida.

—Teniente Sharpe, señora.

—Teniente Sharpe —sonrió ella, mostrándole su belleza—. Debe conocer a Christian Gibbons.

Él sacudió la cabeza, sintiendo la injusticia de la vida. El dinero podía comprarlo todo: un ascenso, una graduación de oficial, una espada diseñada especialmente para un hombre, incluso una mujer como esta.

—Le conozco.

—¡Y no le gusta! —rió ella sabiendo que su instinto tenía razón—. Pero a mí sí.

Hizo un chasquido con la lengua al caballo y recogió las riendas.

—Espero que nos volvamos a ver. Voy con ustedes a Madrid.

Sharpe no quería que se fuera.

—Está usted muy lejos de casa.

—Usted también, teniente, usted también —dijo ella girándose con una sonrisa burlona.

Condujo la yegua coja, seguida del sirviente mudo, hacia el bosque y hacia las primeras volutas de humo azul que empezaban a dar vida a los fuegos para hacer la comida. Sharpe la observó, dejó que sus ojos siguieran a la figura esbelta bajo la ropa de hombre y sintió la envidia e intensidad de su deseo. Caminó de nuevo hacia el olivar, como si el hecho de abandonar el camino la pudiera borrar de su recuerdo y así recuperar el sosiego de la tarde. Maldito Gibbons y su dinero, malditos todos los

oficiales que podían pagar las bellezas que cabalgaban en yeguas de pura raza tras el ejército. Dio rienda suelta a sus pensamientos más amargos, los hizo girar en su cabeza para intentar convencerse de que no la deseaba, pero mientras caminaba entre los árboles sentía aún el calor de la herradura en su mano derecha. En ella sólo había un pequeño clavo torcido, y lo metió con cuidado en su saco de municiones. Se dijo que tal vez pudiera ser útil; necesitaba un clavo para fijar el muelle del fusil cuando desmontaba el seguro para limpiarlo, pero había muchos clavos mejores y él sabía que lo guardaba porque le había pertenecido a ella. Enfadado, lo repescó de entre los gruesos cartuchos y lo arrojó muy lejos.

Del batallón allí asentado surgió el sonido de disparos de mosquete y supo que se habían sacrificado dos bueyes para la cena de la noche. Habría vino con el estofado y después el brandy de Hogan, historias de viejos amigos y campañas olvidadas. Había estado esperando con placer la comida, el atardecer, pero de repente todo había cambiado. La muchacha estaba en el campamento, su risa invadiría la paz, y él, pensaba mientras volvía por el riachuelo, él no sabía siquiera cómo se llamaba.

CAPÍTULO 5

El regimiento de Santa María habría conquistado el mundo si las palabras y la pompa hubieran sido suficientes. Pero la puntualidad no era una de sus evidentes virtudes militares.

El South Essex había marchado rápidamente durante cuatro días para llegar a la cita en Plasencia, pero no encontró ningún soldado español en la ciudad. Las cigüeñas batían las alas perezosamente en sus nidos sobre los empinados tejados que se elevaban hacia la antigua catedral que dominaba tanto la ciudad como la llanura que la rodeaba, pero no había señal del Santa María. El batallón esperaba. Simmerson había acampado fuera de las murallas y los hombres miraban con envidia cómo otras unidades llegaban y marchaban al interior de las calles seductoras con sus bodegas y sus mujeres. Tres hombres desobedecieron la orden tajante de mantenerse fuera de la ciudad y fueron capturados, totalmente borrachos, por el capitán preboste y azotados mientras el batallón formaba junto al río Jerte.

Finalmente, con dos días de retraso, llegó el regimiento español y el South Essex pasó revista a las cinco de la mañana para iniciar la marcha hacia el sur, a Valdelacasa. El aire era fresco pero se caldearía al salir el sol, y la hora establecida para partir, las cinco y media, pasó sin que hubiera señal del Santa María. Los hombres golpeaban los pies y se frotaban las manos para ahuyentar el frío. Sonaron las seis en las campanas de la ciudad. Los niños que esperaban junto a sus madres para ver marchar el batallón se empezaron a cansar y corrían entre las lilas, a pesar de los gritos que empezó a dar Simmerson y a los que siguieron los de los sargentos y los cabos. El batallón estaba formado junto al puente romano sobre el río y Sharpe siguió a un capitán Hogan refunfuñante hasta los antiguos arcos y se quedó mirando fijamente el agua que corría alrededor de los enormes cantos de granito que algún antiguo levantamiento de la tierra había dejado en el lecho del río. Hogan estaba impaciente.

—¡Malditos! ¿Por qué no podemos empezar a marchar y dejar que esos miserables nos alcancen más adelante?

Sabía perfectamente por qué eso no era posible. La respuesta se llamaba diplomacia y parte del precio de la cooperación con las susceptibles tropas españolas era que el regimiento nativo debía marchar primero. Sharpe no dijo nada. Se quedó mirando fijamente el agua y las largas hierbas que se agitaban sinuosamente con el paso de la corriente. Se estremeció con la brisa del amanecer. Compartía la impaciencia de Hogan mezclada con las frustraciones que se agitaban en su interior como la hierba del río que se movía lentamente. Levantó la mirada hacia la catedral, bañada por el sol del amanecer, e intentó concretar su aprensión respecto a la operación en Valdelacasa. Parecía simple. Un día de marcha hasta el río, un día para

que Hogan destruyera los arcos ya decréptos, y un día de marcha para volver a Plasencia donde Wellesley estaba concentrando sus fuerzas para la siguiente etapa de avance hacia España. Pero había algo, algo instintivo tan difícil de concretar como las sombras grises que retrocedían al alba, que le decía que no sería tan fácil. No eran los españoles los que le preocupaban. Al igual que Hogan, sabía que su presencia era un imperativo político y una farsa militar. Si se mostraban tan inútiles como su reputación sugería eso no importaría, el South Essex era lo bastante fuerte como para aguantar lo que fuera necesario. Y ese era el problema. Simmerson no se había enfrentado nunca al enemigo y Sharpe tenía poca fe en la habilidad del coronel para hacer lo adecuado. Si realmente hubiera franceses en la orilla sur del Tajo, y si el South Essex tuviera que repeler un ataque en el puente mientras Hogan colocaba las cargas, entonces Sharpe hubiera preferido que fuera un soldado veterano el que tomara las decisiones y no este coronel de milicia cuya cabeza estaba atiborrada de teorías sobre batallas y de tácticas aprendidas en los seguros campos de Essex.

Pero no sólo era Simmerson. Miró hacia el camino que llevaba a la ciudad donde permanecía un confuso grupo de mujeres, las mujeres del batallón, y se preguntó si la chica, Josefina Lacosta, estaría allí. Por los menos ya sabía cómo se llamaba y la había visto, una docena de veces, montada sobre la delicada yegua con una multitud de tenientes de Simmerson riendo y bromeando a su alrededor. Había oído rumores sobre ella; que era la esposa de un rico oficial portugués, al que había abandonado. Nadie estaba seguro, pero lo que sí era cierto era que había conocido a Gibbons en un baile en el Hotel Americano de Lisboa y, en pocas horas, había decidido irse a la guerra con él. Se decía que tenían planeado casarse cuando el ejército llegara a Madrid y que Gibbons le había prometido una casa y una vida de bailes y diversión. Cualquiera que fuera la verdad sobre Josefina nadie se privaba de su presencia, extasiaba a todo el batallón, coqueteaba incluso con sir Henry, que respondía con mucha galantería y decía a los oficiales que los jóvenes son así. «Christian necesita hacer ejercicio, ¿no?» Simmerson repetía la broma y se reía cada vez que lo hacía. La indulgencia del coronel había sido tal que permitió que su sobrino rompiera el reglamento y alquilara varias habitaciones en la ciudad donde vivía con la joven y agasajaba a sus amigos en las largas y calurosas veladas. Gibbons era la envidia de todos los oficiales, Josefina la joya de su corona, y Sharpe se estremecía sobre el puente y se preguntaba si ella volvería alguna vez a las tierras llanas de Essex y a una gran casa construida con los beneficios de la salazón de pescado.

Sonaron las siete y se oyó un rumor de excitación al ver que un grupo de caballeros surgía de las casas y espoleaba en dirección al batallón que lo estaba esperando. Los jinetes resultaron ser británicos y la tropa se volvió a relajar. Hogan y Sharpe caminaron hacia sus hombres formados junto a la compañía ligera de Lennox a la izquierda del batallón y vieron que los recién llegados cabalgaban para reunirse

con Simmerson. Todos los jinetes llevaban uniforme, menos uno, que vestía pantalones azules bajo un capote gris y sobre la cabeza lucía un simple sombrero bicornio. El alférez Denny, de dieciséis años y con una excitación apenas contenida, estaba de pie cerca de los fusileros y Sharpe le preguntó si sabía quién era el que parecía ir de paisano.

—No, mi teniente.

—¡Sargento Harper! Dígale al señor Denny quién es el caballero con el capote gris.

—Es el general, señor Denny. Sir Arthur Wellesley en persona. ¡Nacido en Irlanda como los mejores soldados!

Una ola de risotadas recorrió las filas pero todos se pusieron firmes y se quedaron mirando al hombre que los llevaría hacia Madrid. Vieron que sacaba un reloj y miraba hacia la ciudad de donde debían venir los españoles, pero aún no había señal del regimiento, aunque el sol ya se encontraba bien alto por encima del horizonte y el rocío desaparecía de la hierba. Uno de los oficiales del estado mayor de Wellesley se separó del grupo e hizo trotar su caballo hasta Hogan. Sharpe supuso que quería hablar con el ingeniero y se alejó, volviendo al puente, para otorgar a Hogan algo de intimidad.

—¡Sharpe! ¡Richard!

La voz le era familiar, como si perteneciera al pasado. Se volvió para ver al oficial del estado mayor, un teniente coronel que le estaba saludando con la mano y que escondía su rostro bajo un recargado sombrero de tres picos.

—¡Richard! ¡No se acuerda de mí!

—¡Lawford! —el rostro de Sharpe mostró una sonrisa—. ¡Teniente coronel! ¡Ni siquiera sabía que estuviera aquí!

Lawford se descolgó suavemente de la silla, se quitó el sombrero y sacudió la cabeza.

—¡Tiene usted un aspecto horrible! Realmente debe usted comprarse otro uniforme uno de estos días —dijo sonriendo al tiempo que le daba la mano a Sharpe—. Estoy encantado de verle, Sharpe.

—Y yo a usted. ¿Un teniente coronel? ¡Le van bien las cosas!

—Me costó tres mil quinientas libras, Richard, y bien lo sabe usted.

Bendito sea el dinero.

Lawford. Sharpe recordaba cuando el honorable William Lawford era un teniente asustado y un sargento llamado Sharpe le había guiado a través del calor de la India. Entonces Lawford había saldado su cuenta. En una celda de la prisión de Seringapatam el aristócrata enseñó al sargento a leer y a escribir, y ese ejercicio había impedido que ambos se volvieran locos en el húmedo infierno de los calabozos del sultán Tippoo. Sharpe sacudió la cabeza.

—No le había visto desde...

—Hace meses. Demasiado tiempo. ¿Cómo está usted?

—Tal como me ve —sonrió burlonamente Sharpe.

—¿Desaliñado? —sonrió Lawford.

Tenía la misma edad que Sharpe, pero ese era todo el parecido. Lawford era un dandy, siempre vestía con la mejor ropa, y Sharpe le había visto pagar siete guineas a un sastre del regimiento por dar un mejor acabado a una chaqueta ya perfectamente cortada. Extendió las manos expresivamente.

—Ya puede dejar de preocuparse, Richard, Lawford está aquí. Los franceses seguramente se rendirán cuando se enteren. ¡Dios! ¡Me ha costado meses conseguir este trabajo! Estaba atascado en el castillo de Dublín, cambiando la maldita guardia y buscando mil enchufes para entrar en el estado mayor de Wellesley. ¡Y aquí estoy! ¡Hace dos semanas que llegué!

Las palabras retumbaron. Sharpe estaba encantado de verle. Lawford, al igual que Gibbons, resumía todo lo que más odiaba del ejército; cómo el dinero y las influencias podían comprar los ascensos, mientras que otros, como Sharpe, se pudrían en la miseria. Sin embargo, a Sharpe le gustaba Lawford, no podía sentir resentimiento y suponía que era porque el aristócrata, con toda la seguridad de su origen, le correspondía a Sharpe de la misma manera. Y Lawford, a pesar de todos sus adornos y su supuesta languidez, era un soldado luchador. Sharpe levantó una mano para detener el flujo de noticias.

—¿Qué pasa, mi teniente coronel? ¿Dónde están los españoles?

—En la cama —contestó Lawford sacudiendo la cabeza—. Al menos lo estaban, pero los clarines han sonado, los guerreros se han puesto los pantalones y nos han dicho que ya vienen.

Se acercó hacia Sharpe y bajó la voz.

—¿Qué tal se lleva con Simmerson?

—No tengo por qué llevarme con él de ninguna manera. Yo trabajo para Hogan.

Parecía que Lawford no había oído la respuesta.

—Es un hombre extraordinario. ¿Sabía usted que pagó para promover este regimiento?

Sharpe sacudió la cabeza.

—¿Sabe usted lo que le habrá costado eso, Richard? ¡Impensable!

—Así que es rico. Pero eso no le hace soldado —dijo Sharpe con amargura.

—Lo quiere ser —dijo Lawford encogiéndose de hombros—. Quiere ser el mejor. Veníamos hacia aquí en el mismo barco y todo lo que hacía diariamente era ¡sentarse a leer las normas y el reglamento para los ejércitos de Su Majestad! —exclamó sacudiendo la cabeza—. Tal vez aprenda. Sin embargo, no le envidio a usted —dijo girándose para mirar a Wellesley—. Bien, no me puedo quedar aquí todo el día.

Escuche. Tiene que venir a comer conmigo cuando vuelva de este trabajo. ¿Lo hará?

—Será un placer.

—¡Estupendo! —exclamó Lawford subiéndose a la silla—. Les espera una pelea. Enviamos a los Dragones Ligeros hacia el sur y nos dicen que hay un manajo considerable de franceses allí con algo de artillería. Han estado intentando sacar a los guerrilleros de las colinas pero ahora se están dirigiendo de nuevo hacia el este, como nosotros, ¡así que buena suerte!

Giró el caballo para irse y entonces volvió la vista atrás.

—Y... Richard.

—¿Mi teniente coronel?

—Sir Arthur me pidió que le diese recuerdos.

—¿Lo hizo?

Lawford bajó la mirada hacia Sharpe.

—Es usted idiota —le dijo amigablemente—. No soy yo quien ha de recordar cosas de este tipo al general, ya lo sabe.

Sonrió burlescamente, saludó con el sombrero y se fue. Sharpe le siguió con la vista mientras se marchaba, y la aprensión ante el frío amanecer se disipó de repente con esa imprevista avalancha de amistad. Hogan se acercó a él.

—¿Amigos en altos cargos?

—Un viejo amigo. Estuvimos en la India.

Hogan no dijo nada. Miraba fijamente el campo, con la boca abierta de sorpresa, y Sharpe siguió su mirada.

—Dios mío.

El regimiento de Santa María había llegado. Dos trompetas con pelucas empolvadas encabezaban la procesión. Iban montados sobre negros y brillantes caballos, engalanados con uniformes que eran un escándalo en oro y plata, las trompetas festoneadas con cintas, borlas y banderines.

—¡Demonios! —saltó una voz entre las filas—. Las hadas están de nuestro lado.

Las banderas venían después, recubiertas de blasones, bordadas en oro, con borlas, lazos, coronas, fiorituras, portadas por caballeros cuyas cabalgaduras daban pasos delicadamente altos como si la tierra fuera poco adecuada para soportar tan espléndidas creaciones.

Los oficiales venían detrás. Debían resultar un placer para sir Henry Simmerson pues todo lo que podía ser bruñido había sido pulido con una intensidad que dañaba la vista; tanto si era de piel, bronce, plata u oro. Charreteras de cordones dorados incrustadas con piedras semipreciosas; abrigos ribeteados con hilos de plata, con plumas y alamares, con fajas, todo reluciente. Era una exhibición deslumbrante.

Los hombres venían después, un desorden que avanzaba vacilando, movido por los tambores enérgicos pero irregulares. Sharpe estaba espantado. Todo lo que había

oído respecto al ejército español parecía ser cierto, al menos en lo que se refería al grueso del regimiento; las armas se veían deslustradas y descuidadas, no había coraje en su porte, y Madrid parecía de repente muy lejos si ésta era la calidad de los aliados que ayudarían a despejar el camino. Se percibió una renovada intensidad de los tambores españoles cuando los dos trompetas desafiaron el cielo con una fanfarria. Entonces se hizo el silencio.

—¿Y ahora qué? —murmuró Hogan.

Discursos. Wellesley, sabio en cuestiones de diplomacia, huyó cuando el coronel español se acercó para arengar al South Essex. No había traductor oficial pero Hogan, que hablaba algo de español, le dijo a Sharpe que el coronel estaba ofreciendo a los ingleses una oportunidad, una pequeña oportunidad, de compartir el glorioso triunfo de los guerreros españoles contra sus enemigos. Los gloriosos guerreros españoles, incitados por los suboficiales, jalearon el discurso mientras que el South Essex, incitado por Simmerson, hizo lo mismo. Se intercambiaron saludos, presentaron armas, hubo más fanfarrias, más tambores, todo llegó a su clímax cuando apareció un sacerdote que, cabalgando sobre un pequeño burro gris, bendijo al Santa María con la ayuda de unos muchachos vestidos con sobrepelliz blanca. Intencionadamente, los paganos británicos no quedaron incluidos en las súplicas al Todopoderoso.

Hogan sacó su cajita de rapé.

—¿Usted cree que lucharán?

—Sabe Dios.

El año anterior, según Sharpe pudo enterarse, un ejército español había forzado la rendición de veinte mil franceses, así que no cabía duda de que los españoles podían luchar si su mando y su organización se equiparaban con sus ambiciones. Pero para Sharpe, la evidencia de ese regimiento sugería que sus aliados inmediatos no tenían ni la organización ni los jefes necesarios para hacer nada que no fuera, tal vez, pronunciar discursos altisonantes.

A las diez y media, con cinco horas de retraso, el batallón finalmente se echó las mochilas a la espalda y siguió al Santa María atravesando el viejo puente. Sharpe y Hogan iban delante del South Essex e inmediatamente detrás de una retaguardia española de aspecto poco guerrero. Una manada de mulas estaba siendo obligada a avanzar bien cargada de lujo para que los oficiales españoles estuvieran cómodos en el campo; mientras, en medio de las bestias, cabalgaba el sacerdote que se giraba continuamente y sonreía nervioso con los dientes ennegrecidos a los paganos que iban tras él. Lo más extraño de todo eran tres mujeres jóvenes vestidas de blanco que cabalgaban sobre caballos de pura raza y llevaban parasoles orlados. Reían constantemente con una risa tonta, se giraban y observaban a los fusileros, parecían tres novias a caballo. Menuda manera de ir a la guerra, pensó Sharpe.

Hacia mediodía la columna había hecho sólo cinco millas y se había detenido.

Sonaron trompetas a la cabeza del regimiento español; unos oficiales recorrieron al galope las filas de arriba abajo levantando apremiantes nubes de polvo, y los soldados simplemente dejaron caer las armas y las mochilas y se sentaron en la carretera. Todo el que tenía alguna graduación empezó a discutir, el sacerdote clavado entre las mulas gritaba histérico a un oficial a caballo, mientras que las tres mujeres se marchitaban visiblemente y se abanicaban con las manos cubiertas con guantes blancos. Christian Gibbons condujo su caballo hacia la cabeza de la columna británica y se sentó mirando fijamente a las tres mujeres.

Sharpe levantó la vista hacia él.

—La del centro es la más guapa.

—Gracias —dijo Gibbons con pesada ironía—. Es muy observador por su parte, Sharpe.

Estaba a punto de espolear a su caballo hacia adelante cuando Sharpe puso una mano en la brida.

—He oído que a los oficiales españoles les gustan los duelos.

—Ah —contestó Gibbons mirando fríamente a Sharpe—. Tal vez tenga usted la ocasión.

Empujó el caballo camino abajo.

Hogan estaba gritando al sacerdote en español, intentando averiguar por qué se habían detenido. El sacerdote sonrió con su boca ennegrecida y elevó los ojos al cielo como para decir que todo eran designios de Dios y que no había nada que hacer.

—¡Maldita sea! —exclamó Hogan mirando apremiante a su alrededor—. ¡Maldita sea! ¿No se dan cuenta del tiempo que hemos perdido? ¿Dónde está el coronel?

Simmerson no estaba muy lejos. Él y Forrest llegaron produciendo un rápido martilleo de cascos.

—¿Qué diablos pasa?

—No lo sé, mi coronel. Los españoles se han sentado.

Simmerson se lamió los labios.

—¿Acaso no saben que tenemos prisa?

Nadie contestó. El coronel miró a los oficiales como si alguno de ellos pudiera sugerir una respuesta.

—Vamos, pues. Veamos qué sucede. ¿Traducirá usted, Hogan?

Sharpe hizo romper filas a sus hombres mientras los oficiales a caballo cabalgaban columna arriba. Los fusileros se sentaron junto al camino con las mochilas al lado. Los españoles parecían dormidos. El sol estaba alto y la superficie del camino reflejaba un calor asfixiante. Sharpe tocó por equivocación el cañón de su fusil y se echó atrás al notar el metal caliente. El sudor le escurría por el cuello y la luz deslumbrante del sol, reflejada sobre los ornamentos metálicos de la infantería

española, era deslumbrante. Todavía faltaban quince millas. Las tres mujeres conducían sus caballos lentamente hacia la cabeza del regimiento, una de ellas se giró y saludó con coquetería a los fusileros, Harper le envió un beso, y cuando ya se habían ido el polvo cayó despacio sobre la fina hierba del borde del camino.

Transcurrieron quince minutos de silencio antes de que Simmerson, Forrest y Hogan volvieran con paso lento de su reunión con el coronel español. Sir Henry no venía contento.

—¡Malditos sean! ¡Se detienen para el resto del día!

Sharpe miró inquisitivamente a Hogan. El ingeniero asintió.

—Es cierto. Hay una posada allí arriba y los oficiales se han instalado en ella.

—¡Malditos! ¡malditos! ¡malditos! —exclamó Simmerson golpeando la perilla de su silla—. ¿Qué tenemos que hacer?

Los oficiales que iban a caballo se miraron unos a otros. Simmerson era el hombre que tenía que tomar la decisión y nadie respondió a su pregunta, pero sólo se podía hacer una cosa. Sharpe miró a Harper.

—A formar, sargento.

Harper vociferó las órdenes. Los muleros españoles, cuyo descanso había sido perturbado, miraron curiosos cómo los fusileros se cargaban las mochilas y formaban.

—Bayonetas, sargento.

Se dio la orden y las largas bayonetas con mango de latón salieron de las vainas. Cada hoja medía veintitrés pulgadas de largo, perfectamente afilada y brillante bajo el sol. Simmerson se puso nervioso al ver las armas.

—¿Qué demonios hace, Sharpe?

—Sólo se puede hacer una cosa, mi coronel.

Simmerson miró a derecha e izquierda a Forrest y a Hogan, pero no le ofrecieron ayuda.

—¿Sugiere usted que simplemente sigamos, Sharpe?

Eso es lo que tenía que haber propuesto usted, pensó Sharpe, pero asintió.

—¿No es lo que usted pretendía, mi coronel?

Simmerson no estaba seguro. Wellesley le había convencido de la necesidad de ir rápidos pero también estaba el deber de no ofender a los susceptibles aliados. ¿Pero qué ocurriría si el puente estuviera ocupado ya por los franceses cuando llegaran? Miró a los fusileros, austeros con sus uniformes oscuros, y después a los españoles que se repatingaban en el camino fumando tranquilamente.

—Muy bien.

—Mi coronel —dijo Sharpe y se giró hacia Harper—. Cuatro filas, sargento.

Harper respiró profundamente.

—¡Compañía! ¡En filas de a dos a la derecha!

Había momentos en que los hombres de Sharpe, a pesar de sus uniformes

andrajosos, sabían cómo sorprender a un coronel de milicia. Con un chasquido y con una precisión más propia de la guardia real las filas numeradas e iguales dieron un paso atrás; toda la compañía, sin otra palabra de mando, giró hacia la derecha y en lugar de dos filas había ahora cuatro de cara a los españoles. Harper había hecho una pausa durante un segundo mientras se llevaba a cabo el movimiento.

—¡Marcha ligera!

Marcharon. Sus botas chocaban contra el camino poniendo en fuga a las mulas, con los muleros despavoridos delante. El sacerdote echó una mirada, hincó los talones y el burro se adentró en el campo.

—¡Venga ya, bastardos! —gritaba Harper—. ¡Marchad de verdad!

Lo hicieron. Aceleraron el ritmo hasta alcanzar el habitual en la infantería ligera, estampando las botas en el camino de modo que el polvo se elevaba en el aire. Detrás de ellos los del South Essex estaban formados y los seguían, delante de ellos el regimiento español se separaba hacia los campos, los oficiales salían corriendo de la posada de paredes blancas y gritaban a los fusileros. Sharpe no les hizo caso. El coronel español, como si de una aparición envuelta en galones dorados se tratase, salió a las puertas de la posada para ver a su regimiento hecho jirones. Los hombres se habían dispersado por los campos y los británicos se dirigían hacia el puente. El coronel no llevaba las botas puestas y en la mano sostenía un vaso de vino. Cuando llegaron a la altura de la posada Sharpe se giró hacia sus hombres.

—¡Compañía, a la derecha! ¡Saluden!

Sacó la larga hoja, la mantuvo en posición de saludo y sus hombres sonrieron burlonamente mientras presentaban sus armas al coronel. Poca cosa podía hacer. Quería protestar pero el honor era el honor y el saludo debía ser devuelto. El español estaba en un dilema. En una mano el vino y en la otra el gran cigarro. Sharpe vio el conflicto en la cara del coronel español que miraba a una mano y a otra, intentando decidir qué soltar primero, pero finalmente el coronel del Santa María se cuadró aguantando el vaso de vino y el cigarro en una ceremoniosa pirueta.

—¡Mirada al frente!

Hogan rió con fuerza.

—¡Bien hecho, Sharpe! —dijo mirando su reloj—. Llegaremos al puente antes del anochecer. Esperemos que los franceses no hayan llegado.

Esperemos que los franceses no lleguen nunca, pensó Sharpe. Derrotar a un aliado era una cosa pero sus dudas respecto a la habilidad del South Essex para enfrentarse a los franceses eran más reales que nunca. Miró hacia el camino blanco y polvoriento que se extendía por la llanura monótona y durante un momento fugaz y desagradable se preguntó si volvería. Se sacudió ese pensamiento y agarró la culata de su arma. Con su otra mano tocó inconscientemente el bulto sobre el esternón. Harper vio el gesto. Sharpe pensaba que era un secreto el hecho de que llevase

colgada del cuello una bolsa de cuero en la que guardaba sus riquezas mundanas, pero todos los hombres estaban al tanto de ello y el sargento Harper sabía que cuando Sharpe tocaba la bolsa con sus pocas monedas de oro saqueadas de antiguos campos de batalla era que el teniente estaba preocupado. Y si Sharpe estaba preocupado... Harper se volvió a los fusileros.

—¡Venga, bastardos! ¡Esto no es un funeral! ¡Más rápido!

CAPÍTULO 6

Valdelacasa no existía como lugar donde los seres humanos vivieran, amaran o comerciaran, era simplemente un edificio en ruinas y un gran puente de piedra que había sido construido para atravesar el río en un tiempo en que el Tajo era más ancho que la corriente que ahora se deslizaba oscura entre los tres arcos centrales de la construcción romana.

Y desde el puente, con el edificio que lo acompañaba, la tierra se extendía en un vasto cuenco poco profundo, dividido en dos por el río en una dirección, y por el camino de ida y de vuelta al río por la otra. El batallón había bajado la casi imperceptible pendiente cuando las sombras del crepúsculo empezaban a deslizarse sobre el pálido prado. No había cultivos, ni ganado, ningún signo de vida; sólo las antiguas ruinas, el puente y el agua que se escurría silenciosamente hacia el lejano mar.

—No me gusta esto, mi teniente —dijo Harper con cara preocupada.

—¿Por qué?

—No hay pájaros, mi teniente. Ni siquiera un buitre.

Sharpe tenía que admitir que era verdad, no se veía ni oía ni un pájaro.

Era un lugar olvidado, y mientras marchaban hacia el edificio los hombres vestidos con las casacas verdes estaban extrañamente callados, como si se hubieran contagiado de una antigua melancolía.

—No hay señal de los franceses.

Sharpe no veía ningún movimiento en el paisaje ensombrecido.

—No son los franceses lo que me preocupa —dijo Harper realmente inquieto—. Es el lugar, mi teniente. No es bueno.

—Se comporta como un irlandés, sargento.

—Tal vez, mi teniente. Pero dígame por qué aquí no hay un pueblo. La tierra es mejor que la que hemos dejado atrás, hay un puente, ¿por qué no hay un pueblo?

¿Por qué no? Parecía un lugar obvio para que hubiera un pueblo, pero por otro lado tan sólo habían pasado por una pequeña aldea en las últimas diez millas, así que era posible que simplemente no hubiera suficiente gente en la inmensidad de la llanura extremeña para habitar cada lugar adecuado. Sharpe intentó no hacer caso de la preocupación de Harper, que venía a colmar sus propios presentimientos sombríos, y había empezado a sentir que Valdelacasa tenía realmente un aire siniestro. Hogan no le ayudó a disiparlo.

—Aquel es el Puente de los Malditos —dijo Hogan situándose junto a ellos y señalando el puente con la cabeza—. Debió de ser un convento. Los moros decapitaron a todas las monjas. La historia dice que las mataron en el puente, que lanzaron sus cabezas al agua pero que dejaron pudrir los cuerpos. Dicen que nadie

vive aquí porque los espíritus caminan por el puente de noche en busca de sus cabezas.

Los fusileros le escucharon en silencio. Cuando Hogan hubo acabado, a Sharpe le sorprendió ver que el enorme sargento se santiguaba subrepticamente y supuso que pasarían una mala noche. Estaba en lo cierto. La oscuridad era total, no había leña en la llanura, así que los hombres no pudieron hacer fuego y de madrugada el viento trajo unas nubes que taparon la luna. Los fusileros montaban guardia en el extremo sur del puente, la orilla en la que los franceses andaban sueltos, y fue una noche de nervios en la que las sombras gastaban bromas y los helados centinelas no estaban seguros de si imaginaban los ruidos que tanto podían deberse a las monjas decapitadas como a las patrullas francesas. Justo antes del amanecer Sharpe oyó el ruido de las alas de un pájaro, seguido de la llamada de un búho, y pensó en decirle a Harper que, después de todo, sí había pájaros. Pero decidió no hacerlo; recordó que se suponía que los búhos presagiaban la muerte y la noticia hubiera preocupado todavía más al irlandés.

Pero el nuevo día, a pesar de que no trajo al regimiento español, que debía de estar todavía en la posada, proporcionó un cielo brillante sólo moteado por algunas nubes altas y esparcidas que restaban de la ligera lluvia de la noche. Unos golpes duros y sonoros provenían del puente donde los artificieros de Hogan derribaban a martillazos el pretil en el lugar escogido para la explosión y las aprehensiones de la noche parecían, por el momento, una pesadilla. Los fusileros fueron relevados por la compañía ligera de Lennox y, sin nada más que hacer, Harper se desnudó y se metió en el agua.

—Esto está mejor. Hace un mes que no me baño. ¿Pasa algo, mi teniente? — preguntó mirando a Sharpe.

—No hay señal de ellos.

Sharpe ya debía haber mirado fijamente hacia el horizonte, a una milla hacia el sur, unas cincuenta veces desde el amanecer, pero no había rastro de los franceses. Miró a Harper, que salía chorreando del río y se sacudía como un perro lobo.

—Quizá no estén aquí, mi teniente.

Sharpe sacudió la cabeza.

—No lo sé, sargento. Presiento que no están lejos de aquí.

Se giró y miró al otro lado del río, al camino por el que habían marchado el día anterior.

—Aún no se ve a los españoles.

—Tal vez no aparezcan —dijo Harper mientras se secaba.

A Sharpe ya se le había ocurrido la posibilidad de que todo el trabajo se hiciera antes de que el regimiento español llegara a Valdelacasa y se preguntaba por qué sentía aún una agitada inquietud respecto a aquella misión. Simmerson se había

comportado con mesura, los artificieros estaban trabajando duro, y no se veía a los franceses. ¿Qué podía ir mal? Caminó hasta la entrada del puente y preguntó a Lennox.

—¿Alguna novedad?

—Todo está tranquilo —contestó el escocés moviendo la cabeza—. Creo que sir Henry no tendrá batalla hoy.

—¿Quería una?

—Muy agudo —rió Lennox—. Me temo que cree que viene el mismísimo Napoleón.

Sharpe se giró y miró abajo hacia la carretera. Todo permanecía inmóvil.

—No están lejos. Lo presiento.

—¿Usted cree? —preguntó Lennox mirándole seriamente—. Pensaba que éramos nosotros, los escoceses, los que teníamos un sexto sentido.

Se giró y miró junto con Sharpe hacia el horizonte vacío.

—Tal vez tenga razón, Sharpe. Pero llegan demasiado tarde.

Sharpe asintió y caminó por el puente. Estuvo charlando con Knowles y con Denny y, cuando les dejó para reunirse con Hogan, pensó con tristeza en el ambiente del comedor de oficiales del South Essex. La mayoría de oficiales eran defensores de Simmerson, hombres que primero se habían comprado el ascenso en la milicia. No había buen ambiente entre ellos y los oficiales del ejército regular. A Sharpe le gustaba Lennox, disfrutaba con su compañía, pero la mayoría de los oficiales pensaba que el escocés era demasiado afable con él, demasiado al estilo de los fusileros. Leroy era un tipo decente, un americano unionista, pero se guardaba para sí los pensamientos tal como hacían los pocos oficiales restantes que tenían escasa confianza en la capacidad del coronel. Se compadecía de los oficiales jóvenes, que aprendían el oficio en tal escuela, y se alegraba de que tan pronto fuera destruido el puente sus fusileros se alejarían del South Essex para encontrar compañía más afín.

Hogan estaba metido hasta el cuello en un agujero del puente. Sharpe miró hacia abajo y vio, entre los cascotes, las piedras correspondientes a la parte curva de dos arcos.

—¿Cuánta pólvora va a poner?

—¡Toda la que haya!

Hogan estaba contento, era un hombre al que le gustaba su trabajo.

—Esto no es fácil. Esos romanos construían bien. ¿Ve esos bloques? —preguntó señalando las piedras de los arcos a la vista—. Todos han sido tallados y cortados en el lugar donde están. Si pongo una carga encima de uno de esos arcos ¡probablemente reforzaré aún más el maldito puente! No puedo poner la pólvora debajo, muy a mi pesar.

—¿Por qué no?

—No tenemos tiempo, Sharpe, no tenemos tiempo. Hay que contener la explosión. Si cuelgo esos barriles bajo el arco lo único que haré será espantar a los peces. No, lo voy a hacer al revés.

Estaba hablando en parte para sí mismo, su mente llena de pesos de pólvora y medidas de mecha.

—¿Al revés?

—Por así decirlo —contestó Hogan rascándose la cara sucia—. Estoy bajando hasta el estribo y entonces haré volar el maldito puente lateralmente. Si funciona, Sharpe, derrumbará dos arcos en lugar de uno.

—¿Funcionará?

—¡Debería! —sonrió Hogan—. Será una detonación de mil demonios, eso se lo aseguro.

—¿Cuánto le falta?

—Estaré listo dentro de un par de horas. Tal vez antes.

Hogan se escurrió fuera del agujero y se quedó junto a Sharpe.

—Traigamos la pólvora aquí arriba.

Se giró hacia el convento, hizo bocina con las manos y se quedó paralizado. Los españoles habían llegado, con los trompetas al frente, los pabellones al viento y la infantería con casacas azules detrás en desorden.

—Alabado sea —dijo Hogan—. Ya puedo dormir tranquilo.

El regimiento español marchaba hacia el convento, pasaron delante del South Essex que hacía instrucción en el campo y continuaron. Sharpe esperaba las órdenes que hicieran detener a los españoles, pero no las dieron. En su lugar, los trompetas dirigieron sus caballos hacia el puente, los pabellones les siguieron, después los oficiales gloriosamente uniformados y finalmente la infantería.

—¿Qué diablos hacen? —dijo Hogan apartándose hacia un lado del puente.

El regimiento pasó con cuidado por la parte destrozada y delante del agujero que había cavado Hogan. El ingeniero les hizo señas con las manos.

—¡Lo voy a volar! ¡Bum! ¡Bum!

No le hicieron caso. Hogan intentó decirlo en español, pero los hombres siguieron desfilando. Incluso el sacerdote y las tres damas vestidas de blanco bordearon cuidadosamente con sus monturas el agujero de Hogan, dirigiéndose hacia la orilla sur donde el capitán Lennox había hecho retirarse del camino rápidamente a la compañía ligera. El regimiento venía seguido por un Simmerson furioso que intentaba averiguar qué diablos estaba pasando. Hogan sacudió la cabeza hastiado.

—Si hubiéramos sido usted y yo, Sharpe, ahora estaríamos camino de vuelta a casa.

Hizo señales a sus hombres para que sacaran los barriles de pólvora del agujero.

—Estoy tentado de hacerlo volar con esa panda de paseo por el lado equivocado.

—Son nuestros aliados, recuérdelo.

Hogan se enjugó la frente.

—También lo es Simmerson.

—Me alegraré de que esto acabe —dijo volviendo a su excavación.

Los barriles de pólvora llegaron y Sharpe dejó que Hogan comprimiera bien la pólvora en la base de los arcos. Caminó de vuelta hacia la orilla sur donde sus fusileros esperaban y miraban cómo desfilaba el Santa María formando una larga fila por el camino que llevaba al distante horizonte.

Lennox sonrió mientras se bajaba del caballo.

—¿Qué le parece esto, Sharpe? —preguntó señalando a los españoles que se enfrentaban decididos a un horizonte vacío.

—¿Qué hacen?

—¡Le han dicho al coronel que su deber era atravesar el puente! Tiene algo que ver con el orgullo español. Como nosotros hemos llegado primero ellos tienen que llegar más lejos —dijo al tiempo que se tocaba el sombrero para saludar a Simmerson que volvía a atravesar el puente—. ¿Sabes qué tiene intención de hacer?

—¿Quién? ¿Simmerson? —preguntó Sharpe mientras miraba al coronel en retirada.

—Sí. Tiene intención de llevar a todo el batallón al otro lado.

—¿Qué?

—Si ellos cruzan, nosotros también —rió Lennox—. Un loco, eso es lo que es.

Se oyeron unos gritos de los fusileros de Sharpe y él siguió con la vista hacia donde apuntaban sus armas en el horizonte.

—¿Ve usted algo?

—Nada en absoluto —contestó Lennox mirando fijamente.

Un relámpago.

—¡Allí!

Sharpe subió al pretil y escarbó en su mochila en busca de su única pertenencia de cierto valor, un telescopio hecho por Matthew Berge en Londres. No tenía ni idea de su verdadero valor pero sospechaba que había costado al menos treinta guineas. Tenía una plancha curva de bronce en el tubo de nogal y una inscripción grabada sobre la plancha que decía: «Con gratitud. AW. 23 septiembre, 1803.» Recordaba los penetrantes ojos azules que le miraron cuando le fue entregado el telescopio. «Recuerde, señor Sharpe, ¡los ojos de un oficial son más valiosos que su espada!»

Abrió el tubo de golpe y retiró los protectores de bronce de la lente.

La imagen bailaba en el cristal, contuvo la respiración para mantener quietos los brazos y movió el tubo lateralmente para tener una buena panorámica. ¡Maldito tubo! No se estará quieto.

—¡Pendleton!

El joven fusilero se acercó corriendo hacia el puente a las órdenes de Sharpe, saltó hasta el pretil y se agachó de manera que Sharpe pudiera apoyar el telescopio en su hombro. El horizonte le saltó encima, movió la lente suavemente hacia la derecha. Nada, excepto hierba y matojos. El calor hacía brillar el aire sobre la suave pendiente mientras el telescopio rastreaba el horizonte.

—¿Ve algo, mi teniente?

—¡Estése quieto, maldito!

Movió la lente hacia atrás, concentrándose en el lugar en que el camino blanco y polvoriento se unía con el cielo. Entonces, de forma súbita, como el actor que aparece por un escotillón del escenario, unos jinetes se perfilaron en la cresta. Pendleton jadeó, la imagen se movió, pero Sharpe pudo fijarla. Uniformes verdes, un único cinturón cruzado. Cerró la lente y se irguió.

—Cazadores.

Se oyó un murmullo que provenía del regimiento español, los hombres se daban codazos y señalaban a lo alto de la colina. Sharpe dividió mentalmente la línea por la mitad, otra vez por la mitad y contó las distantes siluetas en grupos de cinco. Lennox venía a caballo.

—¿Doscientos, Sharpe?

—Eso calculo.

Lennox jugaba nervioso con la empuñadura de su espada.

—No nos molestarán —dijo con tono preocupado.

Apareció una segunda línea de jinetes. Sharpe desplegó de nuevo el tubo y lo apoyó en el hombro de Pendleton. Los franceses estaban haciendo una aparición teatral; dos líneas de caballería, con doscientos hombres cada una, caminando lentamente hacia el puente. A través de la lente, Sharpe vio las carabinas colgadas de los hombros y un bulto obscuro junto al estribo donde el jinete había sujetado la red llena de forraje para su caballo. Se volvió a erguir y le dijo a Pendleton que bajara de un salto.

—¿Van a luchar, mi teniente?

Al igual que Lennox el muchacho estaba impaciente por iniciar una refriega con los franceses. Sharpe sacudió la cabeza.

—No se acercarán más. Simplemente nos están mirando. No van a ganar nada atacándonos.

Cuando Sharpe había sido encerrado en la mazmorra de Tippoo con Lawford, el teniente había intentado enseñarle a jugar al ajedrez. Fue un esfuerzo en vano. Nunca podía recordar qué trozo de piedra representaba a qué pieza y sus carceleros habían llegado a pensar que la cuadrícula garabateada sobre el suelo tenía alguna relación con la magia. Fueron castigados y el tablero desapareció. Pero Sharpe recordaba la palabra «ahogado». Ésa era la posición en aquel momento. Los franceses no podían

hacer daño a la infantería y la infantería no podía hacer daño a los franceses. Simmerson estaba conduciendo al resto del batallón por el puente, haciéndoles pasar con cuidado por delante del desesperado Hogan y de sus excavaciones. No tenía importancia cuántos hombres tuvieran los aliados. La caballería era simplemente demasiado rápida, los soldados a pie nunca llegarían a acercárseles. Y si la caballería se decidía a atacar sería aniquilada por las terribles descargas a corta distancia y cualquier caballo que sobreviviera a las balas se apartaría o se encabritaría antes que galopar hacia las filas bien apretadas y erizadas de puntas de acero. Hoy no habría lucha.

Simmerson pensaba de otra manera. Agitó la espada desenvainada alegremente hacia Lennox.

—¡Ya los tenemos, Lennox! ¡Ya los tenemos!

—Sí, mi coronel.

Lennox parecía triste, le habría gustado luchar.

—¿No se da cuenta este loco de que no nos van a atacar? ¿Acaso se cree que nos vamos a mover pesadamente por el campo como una vaca cazando un zorro? ¡Maldito! Ya hemos hecho nuestro trabajo, Sharpe. Hemos minado el puente y dentro de una hora todo esto habrá acabado.

—¡Lennox! —gritó Simmerson que estaba como pez en el agua—. ¡Forme su compañía a la derecha! ¡La compañía de Sterritt protegerá el puente y si no le importa, le tomaré prestado al señor Gibbons para que sea mi ayuda de campo!

—Usted sale ganando, teniente —contestó Lennox sonriendo burlescamente a Sharpe—. ¡Ayuda de campo! ¡Se cree que está luchando en la batalla de Blenheim! ¿Qué haría usted, Sharpe?

—No me han invitado —contestó Sharpe devolviéndole la sonrisa—. Observaré sus esfuerzos galantes. ¡Diviértase!

La caballería se había detenido a media milla y estaba alineada junto a la carretera, las colas de los caballos sacudían las infinitas moscas. Sharpe se preguntaba qué les debía parecer la escena que tenían delante; los españoles avanzando torpemente en cuatro filas, ochocientos hombres rodeando las banderas marchando hacia cuatrocientos jinetes franceses mientras que, en el puente, otros ochocientos hombres a pie se preparaban para avanzar.

Simmerson reunió a los comandantes de su compañía y Sharpe escuchó cómo les daba las órdenes. El South Essex iba a formar una línea, de cuatro filas como los españoles, y avanzar detrás de ellos.

—¡Esperaremos a ver qué hace el enemigo, caballeros, y nos desplegaremos según cómo actúe! ¡Desplieguen los pabellones!

Lennox le guiñó el ojo a Sharpe. Era grotesco que dos torpes regimientos a pie pensaran que podían atacar a cuatrocientos jinetes que irían bailando por el camino y

riéndose de sus esfuerzos por alcanzarles. El comandante francés probablemente no creía lo que estaba sucediendo y, al menos, le iban a proporcionar una historia divertida que contaría cuando se reuniera con el ejército de Víctor. Sharpe se preguntaba qué iba a hacer Simmerson cuando fuera evidente que los franceses no iban a atacar. Probablemente el coronel afirmaría que había espantado al enemigo.

Los alféreces retiraron las fundas de cuero de las banderas del South Essex, las desplegaron y las izaron. Parecían airosas incluso en medio de esta comedia, y Sharpe sintió una punzada de lealtad que le resultaba familiar. La primera que izaron fue la del rey, una gran bandera del Reino Unido con el número del regimiento en el centro y al lado el estandarte del South Essex, una bandera amarilla blasonada con el timbre y con la bandera del Reino Unido bordada en la esquina superior. Era imposible ver las banderas desplegadas, el sol de la mañana brillaba sobre ellas y no se movían. Pero ellas eran el regimiento; aunque sólo quedara un puñado de hombres en el campo de batalla y los demás hubieran sido masacrados, el regimiento todavía existiría si las banderas ondeaban y desafiaban al enemigo. Era el punto de reunión entre el humo y caos de la batalla, pero más que eso; había hombres que difícilmente lucharían por el rey de Inglaterra y por el país, pero lucharían por las banderas, por el honor de su regimiento, por las llamativas banderas que costaban unas pocas guineas y que eran portadas en el centro de la línea por los abanderados más jóvenes, protegidas por sargentos veteranos armados de largas picas de perverso acero. Sharpe había visto hasta diez hombres portando las banderas en la batalla, reemplazando a los muertos, recogiendo las banderas incluso sabiendo que entonces se convertían en el principal blanco del enemigo. El honor lo era todo. Las banderas del South Essex eran nuevas y brillantes, la del regimiento, que no había vivido ninguna batalla, no estaba ni rasgada por balas ni cartuchos, pero al verla Sharpe sintió una repentina emoción y cambió la farsa de las locas esperanzas de Simmerson por una cuestión de honor.

El South Essex siguió al regimiento español hacia los jinetes. Al igual que la de los españoles, la línea de los británicos medía ciento cincuenta yardas de anchura, las cuatro filas acababan en bayonetas, los oficiales de la compañía cabalgaban o caminaban con las espadas desenvainadas. Los españoles se detuvieron a unas cuatrocientas yardas por delante camino arriba, y Simmerson no tuvo otra cosa que hacer que ordenar el alto al batallón para averiguar lo que pretendían los españoles. Hogan se acercó a Sharpe y señaló a ambos regimientos con la cabeza.

—¿No se une usted a la batalla?

—Creo que es una fiesta privada. El capitán Sterritt y yo estamos protegiendo el puente.

Sterritt, un hombre apacible, sonrió nerviosamente a Sharpe y a Hogan. Al igual que su coronel se sentía aterrado ante el aspecto de estos soldados veteranos y

secretamente asustado de que el enemigo pudiera resultar tan duro y descuidado como el fusilero o el ingeniero. Hogan se estaba limpiando las manos con un trapo y Sharpe le preguntó si ya había acabado el trabajo.

—Así es. Ya está todo. Diez barriles de pólvora bien apretados, las mechas colocadas y el agujero tapado. Tan pronto como estos galantes soldados salgan de una maldita vez de mi camino podré comprobar si funciona o no. ¿Qué pasa ahora?

Los españoles estaban formando en cuadro, un buen batallón podía cambiar de línea a cuadro en treinta segundos, pero los españoles tardaron cuatro veces más. Era la formación adecuada para enfrentarse a un ataque de caballería, pero dado que los franceses no mostraban ninguna inclinación por cargar contra una fuerza cuatro veces superior en número, las evoluciones de los españoles eran totalmente innecesarias. Sharpe observó que los oficiales y sargentos acosaban y perseguían a sus hombres en lo que parecía más o menos un cuadro, un cuadro ligeramente desigual, pero ya servía.

Sharpe se acordó de las tres mujeres. No las veía con el regimiento español, miró alrededor y las descubrió observando decorosamente desde la orilla. Una de ellas captó su mirada y levantó la mano enguantada.

—Afortunadamente los franceses no tienen esas armas.

—Me había olvidado de eso —dijo Hogan arqueando las cejas—. Eso animará la jornada.

No había combinación más mortal para los hombres a pie que la caballería y la artillería. La infantería formada en cuadro estaba totalmente a salvo de la caballería; todo lo que los jinetes podían hacer era cabalgar alrededor de la formación golpeando inútilmente las bayonetas. Pero si la caballería estaba respaldada por cañones el cuadro se convertía en una trampa mortal. La metralla abriría agujeros en las filas, la caballería entraría por los huecos y atacaría con los sables. Sharpe miró al horizonte. No había cañones.

Simmerson había observado que el regimiento español formaba en cuadro. Estaba obviamente asombrado. Se le debía haber ocurrido que él no podía atacar a los franceses, así que los franceses tenían que atacarle a él.

Hubo una pausa en el proceso. Los españoles habían formado su cuadro desigual a la derecha del camino; Simmerson dio las órdenes y con una precisión fabulosa el South Essex demostró, a la izquierda, cómo un batallón debía formar un cuadro. Incluso a media milla Sharpe vio que los jinetes aplaudían irónicamente.

Ahora había dos cuadros, los españoles más cerca de los franceses, y ni siquiera así los jinetes hicieron movimiento alguno. El tiempo pasó. El sol se elevó en el cielo, el prado se estremeció con la confusión, los caballos franceses bajaron el cuello y se pusieron a comer hierba. El capitán Sterritt, que protegía el puente con su compañía, se quejó.

—¿Por qué no atacan?

—¿Usted atacaría? —preguntó Sharpe.

Sterritt estaba confuso. Sharpe entendía por qué. Simmerson se sentía cada vez más ridículo, había marchado hacia la batalla con la espada desenvainada y las banderas desplegadas y el enemigo se resistía a luchar. Se sentía varado, como una ballena en la playa, en un cuadro defensivo. Era virtualmente imposible marchar ordenadamente estando en formación de cuadro; podía hacerlo el lado que guiaba, pues marchaba hacia adelante, pero los laterales tenían que caminar de costado, y el lado trasero hacer marcha atrás, todos ellos luchando rodeados por jinetes. No era imposible, Sharpe lo había hecho, pero sólo cuando sobrevivir dependía de lo imposible y los hombres encontraban la manera de hacerlo. Podía volver a pedir la formación en línea pero entonces parecería todavía más ridículo haber formado un cuadro para nada. Así que Simmerson se quedó donde estaba y los franceses siguieron mirando, llenos de asombro ante las extrañas bufonadas de los enemigos.

—¡Alguien tiene que hacer algo! —soltó el capitán Sterritt frunciendo el entrecejo desconcertado—. ¡Se suponía que la guerra no era así! Era gloria y victoria, no esta humillación.

—Alguien está haciendo algo —dijo Hogan señalando con la cabeza al South Essex. Un jinete se había salido del cuadro y galopaba hacia el puente.

—Es el teniente Gibbons.

Sterritt saludó con la mano al sobrino de su coronel, quien detuvo bruscamente el caballo. Tenía el rostro severo, invadido por la seriedad del momento. Bajó la mirada hacia Sharpe.

—Debe presentarse ante el coronel.

—¿Por qué?

—El coronel lo solicita —dijo Gibbons sorprendido—. ¡Ahora!
Hogan tosió.

—El teniente Sharpe está bajo mis órdenes. ¿Por qué lo solicita el coronel?

Gibbons lanzó un brazo en dirección a los franceses inmóviles.

—Necesitamos una línea de tiradores, Sharpe, algo que empuje a los franceses a la acción.

Sharpe sacudió la cabeza.

—¿A qué distancia por delante del cuadro se supone que debo llevar a mis hombres? —preguntó con gran moderación.

—Lo bastante cerca como para que se mueva la caballería —contestó Gibbons encogiéndose de hombros.

—No me voy a mover. ¡Sería una locura! Gibbons se quedó mirando a Sharpe.

—¿Cómo dice?

—No voy a matar a mis hombres. Si me coloco a más de cincuenta yardas de ese

cuadro los franceses nos atropellarán como a liebres. ¿No sabe usted que los tiradores se repliegan ante la caballería?

—¿Viene de una vez, Sharpe? —dijo Gibbons con tono de ultimátum.

—No.

El teniente se volvió hacia Hogan.

—¿Mi capitán? ¿Ordena al teniente Sharpe que obedezca?

—Escuche, muchacho —dijo Hogan con un acento marcadamente irlandés que Sharpe advirtió—. Dígale a su coronel de mi parte que cuanto antes regrese por el puente antes podremos hacerle un agujero y antes podremos volver a casa. Y no, no voy a dar órdenes al teniente Sharpe para que se suicide. Buenos días, teniente.

Gibbons hizo dar la vuelta a su caballo tirando de la brida, y le clavó las espuelas a ambos lados, gritó algo ininteligible a Sharpe y a Hogan, y galopó de vuelta hacia el imponente cuadro levantando nubes de polvo.

Sterritt se volvió hacia ellos espantado.

—¡No pueden desobedecer una orden!

Hogan perdió la paciencia. Sharpe nunca había visto al irlandés enfadado, pero los acontecimientos le habían exasperado.

—¿No lo entiende usted, condenado? ¿Usted sabe lo que es una línea de tiradores? Es una línea de hombres dispersos frente al enemigo. ¡Los atropellarán como a espantapájaros! ¡Dios! ¿Qué se cree que hace?

Sterritt se quedó blanco ante la ira de Hogan. Intentó aplacar al ingeniero.

—Pero alguien tiene que hacer algo.

—Tiene usted toda la razón. ¡Tiene que volver por el maldito puente y no hacernos perder más tiempo!

Algunos de la compañía de Sterritt empezaron a reírse disimuladamente.

Sharpe estaba perdiendo la paciencia. No le importaba si era asunto suyo o no.

—¡Silencio!

Se produjo un silencio embarazoso al final del puente, sólo roto por la risa tonta de las tres mujeres españolas.

—Podemos empezar por ellas.

Hogan se giró hacia ellas y gritó en español. Le miraron, se miraron unas a otras, pero él volvió a gritar con insistencia. Ellas, renuentes, condujeron sus caballos por delante de los fusileros y de los oficiales y volvieron a la orilla norte.

—Son tres menos que tienen que cruzar el puente. Ya debe ser mediodía —dijo Hogan mirando al cielo.

Los franceses debían de estar tan aburridos como los demás. Sharpe oyó las notas de un clarín y vio que formaban en cuatro escuadrones. Todavía estaban de cara al puente; el escuadrón principal estaba a unas trescientas yardas más allá del cuadro español. En vez de dos largas líneas formaron eficientemente filas de diez hombres,

su comandante saludó irónicamente a los cuadros con su espada y dio la orden de moverse. Los jinetes iban al trote, dieron vueltas hacia los españoles, siguieron dando vueltas, estaban girando para marchar hacia lo alto de la colina, hacia el este, donde se reunirían con el mariscal Victor y su ejército en espera del avance de Wellesley.

El desastre comenzó cuando los franceses estaban en el punto más cercano en el que su amplio giro los había colocado respecto al regimiento de Santa María. Por frustración o por orgullo, pero con total estupidez, el coronel español dio la orden de fuego. Todo mosquete en condiciones de disparar explotó entre llamas y fuego, y las balas se perdieron inútilmente. Un mosquete era efectivo, siendo optimistas, a cincuenta yardas; a doscientas, la distancia entre los franceses y los españoles, la descarga era sencillamente inútil. Sharpe sólo vio caer dos caballos.

—¡Oh Dios! —exclamó en voz alta.

Lo que sucedió después fue una simple cuestión matemática. Los españoles habían disparado su descarga y tardarían al menos veinte segundos en recargar. Un caballo al galope podía salvar doscientas yardas en menos tiempo. El coronel francés no dudó. Su columna estaba de costado a los españoles, dio las órdenes, el clarín sonó, y con una precisión maravillosa los franceses pasaron de una columna de cuarenta filas de diez hombres cada una a diez líneas de cuarenta hombres. Las dos primeras espolearon directamente al galope, con los sables desenvainados, las otras iban al trote o al paso detrás. No tenían todavía por qué salir victoriosos. Un cuadro de infantería, incluso con mosquetes descargados, era insensible a esa amenaza. Todo lo que tenían que hacer los hombres era quedarse quietos y mantener las bayonetas firmes, y los caballos se desviarían, correrían hacia los laterales del cuadro y serían derribados por los mosquetes cargados de los laterales y del fondo de la formación.

Sharpe corrió unos metros hacia adelante. Con terrible certeza sabía lo que iba a suceder. Los soldados españoles apuntaban mal, asustados.

Habían disparado una descarga aterradora por el ruido y el humo, pero de repente tenían al enemigo encima, los caballos mostraban sus dientes entre los velos del humo de los mosquetes, los jinetes gritaban con los sables en alto y galopaban directamente hacia ellos. Como cuentas caídas de una cuerda rota los españoles rompieron la formación. Los franceses lanzaron otras dos líneas de caballería cuando la primera chocó contra la masa presa del pánico. Los sables caían, se levantaban ensangrentados y volvían a caer. Los cazadores se estaban cortando literalmente el camino entre el cuadro compacto, los caballos no conseguían moverse entre la aglomeración de hombres gritando. La tercera línea de franceses se desvió, corrigieron y se lanzaron contra los españoles que habían roto la formación y corrían desesperadamente. Los españoles soltaron los mosquetes, y corrieron para ponerse a salvo en dirección al South Essex.

Tenían a los franceses entre ellos, cabalgando junto con los hombres que corrían,

segando expertamente las cabezas y los hombros de los fugitivos. Tras ellos más líneas de caballería trotaban rodilla con rodilla hacia el ataque. Los sables franceses bajaban a derecha e izquierda, más españoles se descolgaron de la masa, las banderas bajaron, corrían a toda velocidad hacia el cuadro británico buscando desesperadamente seguridad. El South Essex no veía lo que estaba sucediendo, sólo a los españoles que iban hacia ellos y a los jinetes sueltos entre el polvo que se arremolinaba.

—¡Fuego! Dispara, idiota —dijo Sharpe.

Simmerson tenía una posibilidad de sobrevivir. Tenía que quitar a los españoles de su camino, de lo contrario los fugitivos irrumpirían en su propio cuadro y dejarían pasar tras ellos a los jinetes. No hizo nada. Con un gemido Sharpe vio que los españoles alcanzaban las filas rojas y separaban las bayonetas hacia los lados mientras corrían para ponerse a salvo. El South Essex cedió terreno, se abrieron para dejar entrar en el hueco central a los hombres desesperados, el primer francés alcanzó las filas, levantó su sable y fue derribado de la silla por un disparo de mosquete. Sharpe vio que el caballo se tambaleaba por las heridas de bala, cayó de lado sobre el cuadro y arrastró las cuatro filas. Otro jinete llegó hasta la brecha, segaba a derecha e izquierda, pero a éste también lo tiró del caballo una descarga. Entonces todo se acabó. Los franceses entraron en la brecha, el cuadro se dispersó, los hombres se mezclaron con los españoles y corrieron. Esta vez sólo había un sitio al que ir. El puente. Sharpe se giró hacia Sterritt.

—¡Quite a su compañía de en medio!

—¿Qué?

—¡Muévase! ¡Venga, hombre, muévase!

Si la compañía se quedaba en el puente los fugitivos la arrastrarían.

Sterritt se sentó en el caballo y abrió la boca mirando a Sharpe, aturdido y abrumado por la tragedia que tenía ante sí. Sharpe se giró hacia sus hombres.

—¡Por aquí! ¡Rápido!

Harper estaba allí. Harper era fiable. Sharpe dirigía, y los hombres le seguían, pero Harper sabía conducirlos. Sharpe salió corriendo, con Hogan a su lado.

—¡Vuelva, capitán!

—¡Voy con usted!

—No. ¿Quién volará el puente?

Hogan desapareció. Sharpe no hizo caso del caos que había a su derecha, bajó corriendo hacia la orilla, contando los pasos. A setenta pasos consideró que ya se habían alejado lo suficiente. Sterritt había desaparecido. Se giró hacia sus hombres.

—¡Alto! ¡Tres filas!

Sus fusileros estaban allí, no habían necesitado órdenes. Tras él se oían gritos, el sonido ocasional de algún mosquete, pero sobre todo el sonido de cascos y de

espadas que caían. No se volvió. Los hombres del South Essex se quedaron observándole al pasar delante de él.

—¡Mírenme!

Le miraron. Erguido y tranquilo.

—No están en peligro. Simplemente hagan lo que digo. ¡Sargento!

—¡Mi teniente!

—Compruebe los pedernales.

Harper sonrió burlonamente. Había que calmar a los hombres de la compañía de Sterritt. El gran irlandés fue pasando por las filas obligando a los hombres a quitar los ojos de la carnicería que tenían delante y a mirar sus mosquetes. Uno de los hombres, blanco de miedo, levantó la vista hacia el enorme sargento.

—¿Qué va a pasar, sargento?

—¿Pasar? Te vas a ganar el sueldo, muchacho. Vas a luchar.

Tiró de su pedernal.

—Suave como una buena mujer, muchacho, ¡atorníllalo!

El sargento recorrió las filas con la mirada y se rió. Sharpe había salvado ochenta mosquetes y treinta fusiles de la derrota y los franceses, que Dios los bendiga, iban a tener pelea.

CAPÍTULO 7

Fue una carnicería. Quince minutos antes, mil seiscientos hombres de infantería se habían alineado en el campo, dirigidos y organizados; ahora la mayoría de ellos corrían hacia el puente, tiraban los mosquetes, las mochilas, cualquier cosa que pudiera hacerles ir más lentos y acercarlos a los talones los metódicos sables de los franceses. El coronel francés era bueno. Concentró a algunos de sus hombres sobre los fugitivos, haciéndoles ir al trote, cortando a derecha e izquierda con la misma facilidad que en un campo de prácticas, conduciendo a la masa presa de pánico hacia el matadero que era la entrada del puente. Más jinetes recibieron la orden de ir contra los restos del cuadro británico, un tropel de hombres luchando desesperadamente alrededor de las banderas, pero Sharpe vio más caballería, que permanecía inmóvil en dos filas. Los franceses reservaban algo que se pudiera enviar para mantener el ataque o para romper cualquier resistencia repentina de la infantería. No había razón para defender el puente. Ya estaba bien protegido de los franceses por la masa turbulenta de hombres que luchaban para ponerse dudosamente a salvo. Sharpe calculó que tal vez unos mil hombres intentaban colarse por una calzada apenas ancha para una carreta. La visión era esperpéntica. Sharpe había visto pánico en el campo de batalla con anterioridad, pero nunca como allí. Menos de cien jinetes conducían a un número de hombres diez veces mayor en una huida horrible. La multitud del puente no adelantaba, la presión de los cuerpos era demasiada, pero los españoles y los británicos luchaban y se agitaban, arañaban y empujaban, desesperados por escapar de los cazadores que recortaban los bordes de la masa. Incluso los que conseguían abrirse paso hasta el puente no estaban a salvo. Sharpe vislumbró a hombres que caían al agua por donde el puente estaba destrozado y donde Hogan había derribado los pretilos. Otros hombres, acosados por los sables, se unían a la cola de la multitud. Los franceses no tenían ninguna posibilidad de abrirse camino a sablazos por entre aquella inmensa barrera de huesos y carne; tampoco intentaban alcanzar el puente. En lugar de eso, los cazadores mantenían el pánico en ebullición, de manera que los hombres no tuvieran ocasión de formar otra vez y volverse sobre sus perseguidores con los mosquetes cargados y las bayonetas en alto. Los jinetes casi se demoraban al dar los cortes con el sable. Sharpe vio a un hombre acosar alegremente a los fugitivos con el canto de su espada. Cuesta matar a un hombre, sobre todo si lleva la mochila y está vuelto de espaldas. Los jinetes inexpertos recorrían con sus espadas arcos impresionantes que caían de golpe sobre la espalda de los soldados; la víctima caería derribada y descubriría sorprendida que su herida simplemente consistía en una mochila y un abrigo rajados. Los cazadores veteranos esperaban hasta que se encontraban a la altura de su blanco y entonces cortaban hacia atrás las caras desprotegidas, y Sharpe sabía que habría muchos más

heridos que muertos, horriblemente heridos, rostros mutilados por las hojas, cabezas abiertas hasta los huesos. Se volvió de frente.

Ahí sí que tenía lugar una verdadera lucha. Las banderas del South Essex aún ondeaban, aunque los hombres que estaban alrededor ya no mantenían la imagen de una verdadera formación. Los habían obligado a formar un anillo infernal, acosados por detrás por los jinetes, y luchaban contra los sables y los cascos con la espada y la bayoneta. Era una lucha desesperada. Los franceses habían lanzado la mayoría de sus hombres contra el pequeño grupo; tal vez no tenían ninguna oportunidad de capturar el puente, pero en el centro de aquel ruedo aterrado había una gran recompensa. Las banderas. Para los franceses marcharse del campo habiendo capturado las banderas del regimiento era cabalgar hacia la gloria, convertirse en héroes, saber que aquella historia se explicaría por toda Europa. El hombre que capturara las banderas podría pedir lo que quisiera como recompensa, dinero, mujeres o graduación, y los cazadores intentaban romper la resistencia de los británicos con una furia salvaje. El South Essex rechazaba el ataque con no poco desespero, sus esfuerzos estaban guiados por la determinación fanática de que no cayeran sus banderas. Perderlas era la mayor de las desgracias.

A Sharpe sólo le costó algunos segundos comprender el caos absoluto que tenía delante; no tenía otra elección, avanzaría hacia las banderas esperando que el anillo de supervivientes aguantara el ataque de los jinetes el tiempo suficiente para que su compañía los tuviera a tiro de los mosquetes y bayonetas. Se volvió hacia ellos. Harper había hecho un buen trabajo. Los fusileros estaban diseminados entre las filas para contener los nervios rotos de los hombres de la compañía de Sterritt. Los hombres de casaca verde sonrieron ampliamente a Sharpe. Los hombres de rojo estaban aterrados y nerviosos. Sharpe se dio cuenta de que Harper había dispuesto una fila de fusileros a cada extremo de la compañía, eran los flancos vulnerables que serían los puntos débiles de su formación y donde solamente unos nervios templados y unas bayonetas rígidas detendrían a los jinetes atacantes. Dos tenientes nerviosos fueron empujados al interior de las filas y al igual que los otros hombres de la compañía de Sterritt parpadeaban al mirar a la muchedumbre junto al puente. Querían correr, querían ponerse a salvo en la otra orilla, pero Sharpe también vio a dos sargentos firmes que ya habían estado en otras batallas y que esperaban con tranquilidad las órdenes.

—Vamos hacia adelante. Hacia las banderas.

Algunos rostros palidieron de miedo.

—No hay nada que temer. Siempre que se mantengan en formación. ¿Entendido? Deben mantener la formación.

Habló llanamente pero con firmeza. Algunos de los hombres siguieron mirando hacia los fugitivos del puente.

—Si alguno rompe filas le dispararán.

Ahora sí lo miraban a él. Harper sonrió ampliamente.

—Y nadie disparará sin haber dado yo la orden. Nadie.

Lo habían entendido. Descolgó su fusil, se lo lanzó a Pendleton y desenvainó su espada mortal.

—¡Adelante!

Dio algunos pasos al frente escuchando a Harper que gritaba la formación y el ritmo del avance. Se dio prisa. No tenían mucho tiempo y sabía que las primeras doscientas yardas serían bastante fáciles. Avanzaron por el descampado plano y sin jinetes que estorbaran. El trecho difícil eran los cien últimos pasos en que la compañía debería mantenerse en formación mientras iría pisando a los muertos y a los heridos. Entonces los franceses se darían cuenta del peligro y les desafiarían. Se preguntaba cuánto tiempo habría transcurrido desde la descarga fatal de los españoles; tal vez sólo fueran minutos, pero de repente estaba sintiendo de nuevo las sensaciones del combate. Sintió un desapego que le era familiar, sabía que duraría hasta la primera descarga o explosión, y se fijaba en detalles irrelevantes; parecía como si el suelo se fuera moviendo bajo sus pies en vez de ser él el que caminaba por la tierra polvorienta y resquebrajada de inicios de verano. Veía cada escasa hoja de hierba pálida, había hormigas corriendo alrededor de motitas blancas en los excrementos. La lucha alrededor de las banderas parecía muy lejana, los sonidos llegaban apagados, y él quería cubrir esa distancia. Se dieron las primeras muestras de excitación, de júbilo incluso, ante la proximidad de la batalla. Algunos hombres se sentían realizados con la música, otros por el comercio; a algunos hombres les gustaba trabajar la tierra, pero Sharpe estaba hecho para esto. Para el peligro del combate. Había sido soldado durante la mitad de su vida, conocía el desánimo, las injusticias, conocía las miradas medio compasivas de los hombres cuyos negocios les permitían dormir a salvo por la noche, pero no conocían esto. Sabía que no todos los soldados lo sentían, se podría avergonzar de ello si se detuviera a pensarlo, pero aquel no era el momento.

Los franceses estaban siendo contenidos. Alguien había organizado a los supervivientes del grupo británico y había una primera fila arrodillada, con los mosquetes clavados en la hierba, las bayonetas a la altura del pecho de los caballos. Los sables cortaban sin ningún efecto los mosquetes angulosos, se oían gritos, chillidos de hombres y de caballos, y un velo de humo de pólvora con destellos de llama y acero rodeó a las banderas. Mientras caminaba, con la gran espada bajada en la mano, veía caballos sin jinetes que trotaban alrededor de la masa confusa de cazadores que habían sido heridos o derribados de sus sillas. Algunos franceses iban a pie, segando con sus espadas o incluso derribando las filas británicas con las manos desnudas. Un oficial del South Essex obligó a su caballo a salirse del anillo, las filas

se cerraron inmediatamente tras él. Iba sin sombrero, su rostro era irreconocible bajo una máscara de sangre. Lanzó su caballo a la carga y arremetió con su espada delgada y recta contra el cuerpo de un cazador. La espada se quedó enganchada. Sharpe vio que estiraba de la empuñadura, su fanatismo loco se transformó en miedo y en un momento otro francés mostró cómo debía hacerse, atravesó limpiamente con su sable el pecho del inglés, con la hoja girada, y la sacó con facilidad mientras el oficial de casaca roja caía junto con su víctima. Otro cazador, a pie, segaba a ciegas entre las filas inquebrantables. Un soldado paró el golpe, pinchó hacia adelante con la bayoneta y el francés murió. Bien hecho, pensó Sharpe, siempre hay alguien mejor.

Se oyó un clarín. Miró hacia la derecha y vio que la reserva francesa se adelantaba. Avanzaban deliberadamente hacia la carnicería alrededor de las banderas. No llevaban sable y Sharpe entendió lo que pensaba hacer el coronel francés. El cuadro británico, o lo que quedaba de él, había aguantado y los sables de la caballería ligera no podían dispersarlo. Pero los cazadores, a diferencia de las demás caballerías, llevaban carabinas y planeaban lanzar una descarga de cerca a las filas de casacas rojas que las demolería y permitiría que los espadas penetraran en el centro. Apuró el paso, pero sabía que no alcanzarían las banderas antes que la caballería y observó, enfermo, cómo con meticulosa disciplina algunos de los espadachines alejaban sus cabalgaduras del cuadro infernal para ofrecer a las carabinas un campo de tiro. Los jinetes marchaban con cuidado entre los muertos y los heridos. Sharpe vio que los británicos cargaban enfebrecidos los mosquetes, despellejándose los nudillos con las hojas de las bayonetas cuando atacaban las cargas en los cañones, pero ya era demasiado tarde. Los franceses se detuvieron, dispararon, avanzaron para dejar que una segunda fila se detuviera y lanzaron su descarga hacia el South Essex. Unos pocos mosquetes respondieron, un cazador cayó derribado al suelo, una baqueta salió por el aire, lanzada por algún soldado que había disparado su mosquete a medio cargar. Las descargas francesas destruyeron las filas frontales; una gran herida se abrió en la formación roja y el enemigo introdujo las espadas curvadas para desmembrar y rasgar profundamente a la infantería, donde podrían arrebatarse y ganar el mayor trofeo que un hombre pudiera conseguir en un campo de batalla.

Los hombres de Sharpe estaban ahora entre los cuerpos. Él pisó a un soldado británico cuya cabeza estaba virtualmente separada por un corte de sable. Tras él alguien vomitó. Recordó que la mayoría de hombres del South Essex nunca habían visto una batalla, no tenían ni idea de lo que las armas hacían en la carne de un hombre. Los supervivientes del cuadro se replegaban hacia él, retirándose del campo, perdiendo la cohesión. Vio que las banderas caían y se volvían a elevar, vislumbró a un oficial que gritaba a los hombres, acosándoles para volver a atacar a los caballos que les azotaban con sus cascos y llevaban los terribles sables. Había tan poco tiempo... Más franceses luchaban a pie, intentaban separar las bayonetas y abrirse

paso hacia las astas de las banderas, hacia la gloria. Entonces empezó a tener problemas. Vio a un oficial francés que arrastraba a sus hombres y se dirigía hacia ellos; la compañía de Sharpe había sido descubierta y el francés sabía lo que un centenar de mosquetes cargados podía hacer a unos jinetes tan juntos como los que estaban concentrados alrededor de las banderas. Retiró a algunos hombres de la lucha, los alineó rápidamente y los lanzó contra el nuevo peligro. Sólo había conseguido replegar a una docena de hombres y caballos. Sharpe se giró.

—¡Alto!

Se quedó de espaldas a los jinetes. En su cabeza sabía cuántos segundos tenía y los hombres asustados del South Essex que lo observaban desesperados necesitaban una demostración de lo que era capaz de hacerle a la caballería una buena infantería.

—¡Retaguardia! ¡Media vuelta!

Necesitaba proteger la retaguardia en el caso de que algunos jinetes los rodearan. Harper estaba allí.

—¡Primera línea! ¡De rodillas!

Caminó hacia ellos, con calma, y saltó por encima de la primera línea para quedar a salvo en la formación. Los caballos estaban a una distancia de cincuenta yardas.

—¡Sólo la fila central disparará! ¡Sólo la fila central! ¡Fusileros, retengan el disparo! ¡Sólo la fila central! ¡Esperen la señal! ¡Apunten bajo! ¡Apunten al estómago! ¡Vamos a dejar que se acerquen! ¡Esperen! ¡Esperen! ¡Esperen!

Las espadas de los franceses estaban ensangrentadas hasta la empuñadura, sus caballos estaban cubiertos de sudor, las caras de los jinetes mostraban el gesto de hombres que habían luchado y matado desesperadamente. Sin embargo, su victoria sobre hombres que les superaban cuatro veces en número había sido tan fácil que estos jinetes se creían capaces de cualquier cosa. La docena de franceses cabalgaba hacia la compañía de Sharpe, olvidándose del peligro, confiando en que aquellos británicos se derrumbarían tan fácilmente como los dos cuadros. Sharpe les vio acercarse en un galope temerario, vio los terrones de hierba levantados por los cascos, los dientes descubiertos y las crines ondulantes de los caballos. Esperó, siguió hablando en voz alta pero moderada.

—¡Espérenlos! ¡Esperen! ¡Esperen!

Cuarenta yardas, treinta. En el último momento el oficial francés se dio cuenta de lo que había hecho. Sharpe vio que hendía el bocado de su caballo pero era demasiado tarde.

—¡Fuego!

Los cazadores se desintegraron. Fue una descarga pequeña, sólo unas dos docenas de mosquetes, pero disparada desde una distancia mortal. Los caballos cayeron, un par de ellos resbalaron casi hasta la primera línea, los jinetes barrieron el suelo en un remolino de cascos, sables y brazos. No quedó ni un cazador.

—¡De pie! ¡Adelante!

Pasó de nuevo al frente y les guió por los restos sangrientos de sus atacantes. Un francés estaba vivo, tenía la pierna rota al haberse caído del caballo y dio un sablazo hacia arriba a Sharpe. Éste no se molestó en devolver el corte. Le dio una patada en la muñeca herida de manera que la espada se le cayó de la mano. La compañía caminó por entre los hombres muertos y los caballos; empezaron a apresurarse, la batalla alrededor de las banderas se estaba perdiendo, los británicos se veían forzados a retirarse, los franceses avanzaban poco a poco tras las punzantes espadas. Sharpe vio que las largas picas de los sargentos que protegían las banderas eran utilizadas; una de ellas se balanceó sobre el caos y se estrelló en la cabeza de un caballo de manera que se encabritó y derribó al jinete. La disciplina del cuadro se había desvanecido con la carga de las carabinas francesas. Sharpe no veía oficiales, debían estar allí, pero ahora los franceses estaban cerca de las banderas y unos hombres del cuadro dispersado corrían hacia Sharpe y hacia la seguridad que daban las bayonetas horizontales. Los golpeó hacia un lado con su espada, les gritó que se fueran a los laterales. Tuvo que detenerse, incapaz de abrirse camino entre los fugitivos que tenía delante y blandió hacia ellos el canto de su espada. Harper se unió a él y fue golpeando a los fugitivos con la culata de su rifle, la masa enorme del irlandés obligaba a los que corrían a irse hacia los flancos donde se podían unir con seguridad a la compañía de Sharpe. Entonces quedó despejado y siguió, aún blandiendo la espada, la sangre bulléndole de placer. Su intención no era realizar una carga de bayonetas pero quedaba ya muy poco tiempo. Las banderas se tambaleaban, la espada de un oficial cortó la mano de un francés que estaba en un asta y entonces las banderas se derrumbaron.

Sharpe gritó palabras ininteligibles, corría, los hombres detrás de él tropezaban con cuerpos y resbalaban en los charcos de sangre. Un cazador a pie fue a por él, bajando el sable hacia él describiendo una amplia curva. Él levantó su espada, la hoja del francés se partió, le dio un corte en el cuello, notó que el francés caía y tropezó con él. Unos caballos le tapaban la visión de las banderas, se oyeron los chasquidos de los fusiles, un hombre cayó. Vislumbró a Harper tirando en persona a un cazador del caballo, la cara del sargento era una máscara terrible de rabia y de fuerza. Otro jinete se acercó, tirando de las riendas para descargar su impulso sobre Sharpe y desapareció hacia atrás cuando Sharpe clavó su gran espada en la quijada del caballo. Vio que el animal se encabritaba, el cazador gritando soltó el sable y Sharpe vislumbró la hoja brillante que colgaba de la correa de su cintura mientras caballo y hombre caían hacia atrás. Todavía quedaba un grupo de casacas rojas junto a las banderas caídas y Sharpe vio que dos franceses desmontaban para separar a los últimos defensores con las manos vacías.

Entonces pareció que los casacas rojas desaparecían, sólo había cazadores y gritos

franceses de triunfo mientras retiraban de las astas a los muertos y arrebataban las banderas. Sharpe se giró y sostuvo la espada cubierta de sangre bien alta sobre su cabeza.

—¡Alto! ¡Presenten armas!

Estaba directamente en su línea de fuego y se tiró al suelo, arrastrando con él a Harper, al tiempo que gritaba la orden de disparar. La descarga pasó sobre sus cabezas y entonces se levantaron y corrieron. Las balas de los mosquetes habían retirado a los franceses de las banderas que habían vuelto a caer, pero esta vez rodeadas también por los muertos del enemigo además de los británicos.

Sólo había que avanzar unas pocas yardas pero había más jinetes espoleando hacia el lugar donde tantos habían muerto por poseer las banderas. Sharpe se lanzó sobre los cuerpos, arrastrándose entre sangre y miembros, alcanzó un asta y la estiró hacia sí. Era la bandera del regimiento, el campo amarillo y brillante rasgado y con agujeros recientes; clavó la punta de la espada en un cadáver y fue moviendo de un lado al otro el asta hacia los jinetes como un garrote primitivo. La bandera real estaba demasiado lejos. Harper iba hacia ella pero un caballo chocó contra el sargento y lo echó hacia atrás. Otro caballo se encabritó y se apartó de la gran oleada de seda amarilla que Sharpe tenía en la mano, una espada golpeó el asta y Sharpe vio astillas que saltaban volando de la madera nueva, entonces le golpeó la red con el forraje asegurada a la silla que lo lanzó al suelo. Olía a los caballos, veía los cascos en el aire por encima de su cabeza, la cara del francés envuelta por la cadena plateada de su chacó que se agachaba hacia él para arrancarle la bandera de la mano. Él aguantó. Un casco le cayó sobre la cara, el caballo se apartó de la carne que acababa de pisar, el jinete estiró y de repente soltó. Sharpe vio a Harper balanceando la gran pica de un sargento. Había golpeado con su espada en el espinazo del jinete y el hombre se deslizó suavemente encima de Sharpe, lanzando sus últimos suspiros al oído del fusilero.

Sharpe salió de debajo del cuerpo. Dejó allí la bandera, estaba tan a salvo como en su mano. Harper iba balanceando la pica, manteniendo a raya a los jinetes. ¿Dónde estaba la compañía? Sharpe miró alrededor y les vio corriendo hacia la batalla. ¡Eran tan lentos! Buscó su espada, la encontró y la arrancó del cuerpo donde la había encajado. Los jinetes seguían viniendo, intentaban desesperadamente obligar a los caballos renuentes a pasar por los montones de muertos. Sharpe volvió a chillar. Harper rugía, pero no había enemigos a la distancia de una espada. Se adelantó hacia la bandera del rey. La veía tirada bajo dos cuerpos a unas cinco yardas. Resbaló con sangre, se levantó de nuevo, pero tres franceses a pie venían a por él con los sables desenvainados. Harper estaba junto a él, un cazador cayó con la hoja de la pica clavada en el estómago, el otro se hundió bajo la espada de Sharpe que le cortó el quite del sable como si la espada del francés estuviera hecha de delicado marfil. Pero

el tercero tenía la bandera de la Unión, la había estirado de debajo de los cuerpos y la enseñaba a los hombres a caballo que estaban detrás de él. Sharpe y Harper arremetieron contra él, la pica se hundió en la espalda del cazador pero ya había cumplido con su misión. Un jinete había agarrado el fleco de la bandera y huía espoleando el caballo. Venían más franceses, arañando a los dos fusileros para conseguir la segunda bandera, ¡demasiados!

—¡Conténgalos, Patrick! ¡Conténgalos!

Harper empezó a dar vueltas con la pica, chillándoles, era Cuchulain el de la mano roja, el invencible. Se quedó con las piernas abiertas, su tremenda altura dominaba la lucha, rogaba a los franceses de uniforme verde que se acercaran y lo mataran. Sharpe gateó hasta donde estaba la bandera del regimiento, la estiró de debajo del cuerpo y la lanzó como una jabalina a la compañía que avanzaba. Vio que caía entre la tropa. Estaba a salvo. Harper seguía allí, gruñendo al enemigo, desafiándolos, pero ya no se luchaba. Sharpe se quedó a su lado con la espada en la mano y los franceses se dieron la vuelta, encontraron caballos, los montaron y se fueron cabalgando. Uno de ellos se giró y se puso de cara a los dos fusileros, levantó su sable ensangrentado en señal de saludo y Sharpe elevó el suyo rojo como respuesta.

Alguien le dio una palmada en la espalda, los hombres gritaban como si hubieran ganado, cuando todo lo que había hecho era reducir a la mitad la victoria de los franceses. La compañía estaba con ellos, de pie entre los muertos, viendo marchar a los cazadores al trote con su trofeo. No había ninguna posibilidad de recuperar la bandera real, ya estaba a trescientas yardas, rodeada por jinetes triunfantes en el inicio de un largo viaje que la llevaría más allá de los Pirineos para ser la burla de la muchedumbre de París antes de unirse a las otras banderas italianas, prusianas, austríacas, rusas y españolas que marcaban las victorias francesas por toda Europa. Sharpe la vio marchar y se sintió enfermo y avergonzado. Las banderas españolas también estaban allí, ambas, pero no eran asunto suyo. Su propio honor estaba ligado a la bandera capturada, su reputación de soldado, era una cuestión de orgullo.

Tocó a Harper en el hombro.

—¿Está bien?

—Sí, mi teniente.

El sargento jadeaba sosteniendo todavía la pica que estaba medio ensangrentada.

—¿Y usted?

—Estoy bien. Bien hecho. Gracias.

Harper rechazó el cumplido pero sonrió ampliamente a su teniente.

—Era una bandera excepcional, mi teniente. Al menos hemos recuperado una.

Sharpe se giró para mirar la bandera. Ondeaba sobre la compañía, rasgada y manchada de sangre, perdida y recuperada. Debajo de ella había un oficial y Sharpe

reconoció a Leroy, el malhumorado y solitario capitán Leroy a quien Lennox había descrito como el otro único soldado decente del batallón. Su cara era una máscara de sangre y Sharpe se abrió paso entre las filas hacia él.

—¿Mi capitán?

—Bien hecho, Sharpe. Esto es una masacre.

La voz del capitán sonaba extraña, su acento raro y Sharpe recordó que era americano; uno de los pequeños grupos de unionistas que todavía luchaban por la madre patria. Sharpe señaló la cabeza de Leroy.

—¿Está usted malherido?

—Esto sólo es un rasguño. Aunque tengo un corte en la pierna.

Sharpe miró hacia abajo. El muslo de Leroy estaba bañado en sangre.

—¿Cómo ha sido?

—Junto a las banderas. Gracias a Dios que llegó usted, aunque Simmerson merecía perder ambas. El muy bastardo.

Sharpe miró hacia el puente. No se veía gran cosa porque el campo que mediaba hasta él todavía estaba lleno de jinetes franceses. Se veían bocanadas de humo y se oía el chasquido de mosquetes por lo que alguien había organizado algún tipo de defensa, pero los cazadores ya no luchaban. Los clarines los retiraron de la matanza y volvían subiendo el camino hacia donde formaron filas rodeando sus tres trofeos. Debían sentirse orgullosos, pensó Sharpe, una caballería de cuatrocientos había roto dos regimientos, capturado tres banderas y todo a causa de la estupidez y el orgullo de Simmerson y del coronel español. Se preguntaba dónde estaba Simmerson. No estaba en el grupo que rodeaba las banderas, a menos que su cuerpo muerto yaciera en uno de los montones. Se volvió hacia Leroy.

—¿Ha visto a Simmerson?

—Sabe Dios lo que habrá sido de él. Forrest estaba allí.

—¿Muerto?

—No lo sé —contestó Leroy encogiéndose de hombros.

—¿Lennox?

—No le he visto. Estaba en el cuadro.

Sharpe echó una mirada al campo. La visión era aterradora. El lugar donde estaban, donde se había luchado por las banderas, aparecía rodeado de cuerpos. Había heridos, agitándose y gritando, caballos recostados que tosían sangre y golpeaban el suelo con un repiqueteo frenético. Sharpe encontró a un sargento.

—Dispare a esos caballos, sargento.

—¿Mi teniente? —dijo el hombre mirando fijamente a Sharpe.

—¡Que les dispare! ¡Rápido!

No soportaba ver a aquellos animales heridos. Unos hombres caminaron hacia ellos y les apuntaron a la cabeza con los mosquetes y Sharpe se giró para contar a sus

fusileros.

—Están todos sanos y salvos, mi teniente.

Harper ya los había contado.

—Gracias.

Habían corrido poco peligro al permanecer en las filas y con las bayonetas erguidas. Recordaba que había pensado lo mismo cuando el South Essex marchaba campo arriba orgulloso, con las banderas ondeando y ahora estaban destrozados. Intentó hacer un cálculo estimado de la factura de aquella carnicería. No había más de treinta o cuarenta franceses muertos en el campo, un alto precio sobre cuatrocientos, pero habían conseguido la gloria para su regimiento y habían infligido tremendas pérdidas a los británicos y los españoles. ¿Un centenar de muertos? Miró a los montones de muertos, el sendero de cuerpos que conducía hasta el puente; era imposible calcular el número. Sería alto y habría muchos más heridos, hombres cuyas caras habían sido partidas en dos por los jinetes, hombres ciegos que serían llevados a Lisboa, enviados a casa y quedarían abandonados a la fría caridad de una sociedad largamente habituada a los mendigos mutilados. Se estremeció.

Pero no sólo estaban los muertos y los heridos. En su primera batalla el batallón de Simmerson también había perdido su orgullo. Sharpe llevaba dieciséis años luchando en el ejército, había defendido las banderas en la confusión de la batalla y había embestido con una bayoneta intentando alcanzar el estandarte enemigo, había visto capturar banderas que se exhibían por el campamento y había sentido el júbilo feroz de la victoria, pero ésta era la primera vez que había visto que se llevaban una bandera británica del campo y sabía cuánto iban a celebrarlo sus enemigos cuando el trofeo llegara al ejército del mariscal Victor. Pronto el ejército de Wellesley debería entrar en batalla, no una escaramuza contra cuatro escuadrones de cazadores, sino una verdadera batalla en que las máquinas mortales de la artillería harían de la supervivencia un juego de azar y sus enemigos irían ahora a esa batalla con los ánimos levantados porque ya habían humillado a los británicos. Empezó a concebir una idea, una idea tan ultrajante que sonrió y el joven Pendleton, esperando para devolverle el rifle, le sonrió también a su oficial.

—¡Lo conseguimos, mi teniente! ¡Lo conseguimos!

—¿El qué?

Sharpe quería paladear su idea pero había mucho que hacer.

—Salvar la bandera, mi teniente, ¿no es así?

Sharpe miró la cara del joven. Después de pasarse la vida robando en las calles de Bristol el muchacho tenía el rostro cansado y hambriento pero sus ojos brillaban y su cara suplicaba desesperadamente confianza. Sharpe sonrió.

—Lo conseguimos.

—Ya sé que hemos perdido la otra, mi teniente, pero no fue culpa nuestra, ¿no es

cierto?

—Así es. Si no hubiera sido por nosotros hubieran perdido ambas banderas. ¡Bien hecho!

El rostro del muchacho resplandecía.

—Y usted y el sargento Harper, mi teniente.

Las palabras del chico salían atropelladas por su necesidad urgente de compartir la excitación.

—¡Estaban aterrorizados, mi teniente!

Sharpe tomó su fusil y rió.

—El sargento Harper no sé, pero yo también tenía bastante miedo.

—¡Eso lo dice por decir! —dijo Pendleton riendo.

Sharpe sonrió y se fue caminando entre los cuerpos. Había tanto que hacer, enterrar a los muertos, atender a los heridos. Miró hacia el puente. Ahora estaba vacío, los fugitivos habían cruzado y Sharpe vio que se organizaban en compañías en la otra orilla. Los franceses estaban a media milla, en filas, y observaban a un único jinete que trotaba hacia Sharpe. Supuso que era un oficial francés que venía a discutir una tregua mientras recuperaban a sus heridos. Sharpe se sentía muy cansado.

Volvió la mirada hacia el puente y se preguntaba por qué Simmerson no enviaba a ningún hombre para empezar a cavar tumbas, a poner vendajes, a desnudar a los muertos. Tardarían un día entero en poner orden en ese caos. Sharpe se colgó el rifle y empezó a caminar hacia el oficial de cazadores cuyo caballo iba escogiendo delicadamente el camino entre los cuerpos. Levantó una mano en señal de saludo.

Y en aquel momento el puente explotó.

CAPÍTULO 8

El puente se resistía a ser derribado. Llevaba dos milenios sobre las aguas del Tajo y la piedra vieja se rendía lentamente a los modernos explosivos. El pilar central se estremeció profundamente y se oyó hasta donde estaba Sharpe y su compañía, dieron media vuelta para ver cuál era la causa y una polvareda salió de las hendiduras de la obra. Durante un segundo pareció que el puente iba a aguantar, las piedras se arquearon y entonces se partieron con lentitud agonizante hasta que finalmente la pólvora negra venció y la obra se desplomó en una bola obscena de humo y llamas. El camino del puente saltó por los aires, quedó suspendido durante un momento y entonces se desplomó en el agua. El pilar, dos arcos, la base del puente, todo se destruyó con la explosión atronadora que corrió interminablemente por los prados llanos, asustando a los caballos de los franceses, haciendo que los caballos sueltos de los que habían luchado a pie relincharan y salieran al galope impulsivamente por la hierba como si fueran en busca de la seguridad humana. Un enorme penacho sucio de humo, hirviendo con polvo antiguo, se elevó por encima de los arcos derruidos; el agua bullía, las piedras cayeron a lo largo de la corriente en las profundidades verdes; poco a poco el silencio siguió al trueno, el río se amoldó a las nuevas piedras en su lecho y el humo negro se fue a la deriva hacia el oeste como una pequeña nube de tormenta baja y malévolas. Hogan no tenía que haberse preocupado. Cuarenta pies se habían desgarrado del puente, Wellesley estaba a salvo de la caballería que merodeaba hacia el sur y Sharpe y sus hombres quedaban ahora abandonados al otro lado del Tajo.

El capitán Leroy se desplomó sobre el suelo. Sharpe quiso saber si algún trozo de piedra del puente se había desviado y le había golpeado inesperadamente pero el capitán lo negó con la cabeza.

—Es la pierna. No se preocupe, Sharpe, ya me las arreglaré. ¿Por qué demonios han hecho eso? —preguntó Leroy señalando con la cabeza hacia las ruinas humeantes del puente.

A Sharpe le hubiera gustado saberlo. ¿Había sido por error? Hogan seguro que hubiera esperado a que Sharpe y su compañía, aumentada ahora a doscientos hombres, alcanzaran la seguridad que ofrecía la otra orilla antes de encender las mechas que corrían hacia la base del pilar. Se quedó mirando al otro lado del río pero la actividad que veía no tenía ningún sentido, los hombres desfilaban en compañías, creyó ver a Simmerson sobre su caballo gris rodeado de oficiales que miraban fijamente la destrucción que se había producido en el puente.

—Mi teniente, mi teniente.

Gataker, el fusilero, le estaba llamando. El oficial francés de cazadores había llegado, un capitán, con la cara curtida por el sol y dividida por un largo bigote negro.

Sharpe se dirigió hacia él y lo saludó. El francés le devolvió el saludo y echó una mirada a la carnicería que tenía alrededor.

—Felicitaciones por la batalla, monsieur.

Su inglés era perfecto; cortés, grave, respetuoso. Sharpe le devolvió el cumplido.

—Nosotros también le felicitamos. Ha conseguido usted una notable victoria.

Las palabras sonaron elevadas e impropias. Era extraordinario que los hombres pudieran desgarrarse unos a otros salvajemente, luchar como demonios dementes y en poco tiempo volverse educados, generosos incluso respecto al daño que había infligido el enemigo. El capitán francés sonrió brevemente.

—Gracias, monsieur.

Se detuvo un momento, miró hacia los cuerpos que yacían cerca del puente y cuando se giró de nuevo hacia Sharpe su expresión cambió; se volvió más curioso y menos formal.

—¿Por qué cruzaron el río?

—No lo sé —contestó Sharpe encogiéndose de hombros.

El francés desmontó y se enroscó las bridas en el puño.

—No tuvieron suerte —dijo sonriendo a Sharpe—. Pero usted y sus hombres lucharon bien y ¿a qué viene esto? —preguntó señalando con la cabeza hacia el puente.

Sharpe volvió a encogerse de hombros. El capitán de cazadores con el gran bigote le miró un momento.

—Creo que aún tienen menos suerte con su coronel, ¿no es así?

Hablaba en voz baja de manera que los hombres que miraban fijamente y con curiosidad a su antiguo enemigo no le oyeran. Sharpe no reaccionó pero el francés extendió las manos.

—También nosotros los tenemos así. Lo siento, monsieur.

Todo era ya demasiado educado, demasiado íntimo.

Sharpe miró hacia los cuerpos que yacían en el campo.

—¿Desea hablar de los heridos?

—Ya lo hice, monsieur, ya lo hice. No es que tengamos muchos pero necesito su permiso para registrar este trozo de campo. Por lo que respecta al resto —dijo haciendo una leve reverencia— somos los amos.

Era cierto. Unos cazadores cabalgaban ahora por el campo acorralando los caballos extraviados. Se estaban ganando una prima ya que había media docena de pura sangre ingleses, perdidos por oficiales del South Essex, y Sharpe sabía que serían mejores cabalgaduras que cualquiera de las que se pudieran comprar en España. Pero había algo curioso en las palabras que había utilizado el capitán.

—¿Ya lo ha hecho, capitán? ¿En serio? —preguntó Sharpe mirando a los ojos compasivos del francés, que se encogió levemente de hombros.

—La situación, monsieur, ha cambiado —dijo señalando con la mano hacia el puente destruido—. Creo que tendrán problemas para alcanzar la otra orilla, ¿no?

Sharpe asintió, era evidente.

—Creo, monsieur, que mi coronel querrá reanudar la lucha después de un tiempo conveniente.

Sharpe se rió. Señaló los mosquetes, los fusiles y las largas bayonetas.

—Cuando estén listos, señor, cuando estén listos.

El francés también se rió.

—Lo consultaré, monsieur, y le informaré con tiempo suficiente —dijo sacando un reloj—. ¿Digamos que tenemos una hora para cuidar de nuestros heridos? Después volveremos a hablar.

No le dejaba a Sharpe otra opción. Una hora no era suficiente para que sus doscientos hombres recogieran a los heridos, los llevaran a pesar de su agonía hacia la entrada del puente e idearan la manera de mantenerlos a salvo. Por otro lado, una hora era bastante más de lo que los franceses necesitaban y sabía que no podía pedir más tiempo. El capitán desenrolló las bridas y se preparó para montar.

—Felicitaciones de nuevo. ¿Teniente?

Sharpe asintió con la cabeza.

—Y mi más sentido pésame. *Bonne chance!*

Montó y se volvió a medio galope hacia el horizonte.

Sharpe hizo recuento de su nueva compañía. Los supervivientes del cuadro sumaban unos setenta hombres a su pequeña unidad. Leroy era el oficial de mayor graduación, por supuesto, pero su herida lo obligaba a dejar que Sharpe tomara las decisiones. Había dos tenientes más, Knowles de la compañía ligera, y un hombre llamado John Berry. Berry era obeso y de labios carnosos, un joven que preguntó con petulancia la fecha del ascenso de Sharpe y al enterarse de que Sharpe era más antiguo, se quejó malhumorado de que le hubieran disparado al caballo. Sharpe sospechaba que ése era el único motivo por el que Berry se había mantenido junto a las banderas.

Los grupos de trabajo quitaron las chaquetas a los muertos, pasaron las mangas por mosquetes abandonados e hicieron unas parihuelas rudimentarias sobre las que se llevaron a los heridos hacia el puente. La mitad de los hombres trabajaban en los montones que rodeaban el lugar por donde Sharpe y Harper habían trepado entre sangre y cadáveres para rescatar las banderas, la otra mitad trabajaba entre los cuerpos que formaban una figura de abanico que terminaba a la entrada del puente. Los franceses habían terminado rápidamente y empezaron a rebuscar por entre los cuerpos con casaca azul de los españoles. No era piedad lo que mostraban sino el deseo de saquear a los muertos y a los heridos. Los británicos hicieron lo mismo, no había manera de detenerlos, los despojos de una batalla eran la recompensa de los

supervivientes. Los fusileros, a las órdenes de Sharpe, recogieron los mosquetes abandonados, docenas de ellos, y les quitaron las municiones a los muertos. Si los franceses iban a atacar, Sharpe planeaba armar a cada hombre con tres o cuatro fusiles cargados y enfrentarse a los jinetes con una descarga continua que destruiría a sus atacantes. Eso no les devolvería las banderas. Eso ya se había ido para siempre o hasta que en un futuro impensable el ejército pudiera marchar sobre París y traer de vuelta el trofeo. Mientras avanzaba entre la carnicería, dirigiendo los trabajos, dudaba de que los franceses tuvieran realmente la intención de volver a atacar. Las pérdidas que sufrirían apenas compensarían el esfuerzo; quizá lo que esperaban era que se rindiera.

Ayudó a Leroy a ir hacia el puente, le apoyó en el pretil y le cortó los pantalones blancos. El americano tenía una herida de bala en el muslo, oscura y supurante, pero la bala de carabina había pasado limpiamente y a pesar del evidente asco que mostraba Leroy, Sharpe mandó a Harper que le pusiera los gusanos en la herida antes de vendarla con una tira rasgada de la camisa de un muerto. Forrest estaba vivo, aturdido y sangrando, le habían encontrado donde habían caído las banderas con la espada todavía agarrada a su mano. Sharpe lo apoyó junto a Leroy. Forrest aún tardaría unos minutos en recuperar el conocimiento y Sharpe dudaba que el mayor, que parecía un vicario, quisiera entrar en acción de nuevo aquel día. Puso la bandera con los dos oficiales, descolgó la gran bandera amarilla por el pretil como símbolo de desafío a los franceses, pero ¿y los británicos? Dos veces había caminado cautelosamente hasta el extremo destruido del camino y había vociferado al otro lado, pero parecía que los hombres que se encontraban allí estuvieran en otro mundo, iban de un sitio a otro con sus cosas ajenas a la carnicería que tenían a unos cientos de pies. Una tercera vez Sharpe caminó hasta el extremo del puente por entre las piedras derruidas.

—¡Hola!

Sólo debía de quedar media hora. Hizo de nuevo bocina con las manos.

—¡Hola!

Hogan apareció, le saludó con la mano y se acercó por la otra parte del puente destruido. Era tranquilizador ver la casaca azul del ingeniero y su sombrero de tres picos, pero el uniforme tenía algo diferente. Sharpe no sabía qué era lo extraño, pero algo había. Señaló con la mano hacia el agujero que mediaba entre ellos.

—¿Qué ha pasado?

—No ha sido cosa mía —contestó Hogan extendiendo las manos—. Simmerson encendió las mechas.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—¿Por qué iba a ser? Se asustó. Pensó que los franceses le rodearían. Lo siento. Intenté detenerle pero estoy arrestado.

¡Era eso! Hogan no llevaba el sable. El irlandés sonrió ampliamente a Sharpe.

—Usted también lo está, por cierto.

Sharpe soltó un montón de tacos. Hogan lo dejó acabar.

—Ya lo sé, Sharpe, ya lo sé. Es una estupidez. Todo es porque nos negamos a que sus fusileros formaran una línea de tiradores, ¿lo recuerda?

—¿Cree que le habríamos salvado?

—Tiene que echarle la culpa a alguien. No se la va a echar a sí mismo así que yo soy la cabeza de turco.

Hogan se quitó el sombrero y se rascó la calva.

—Me importa un bledo, Richard. Sólo significa soportar su mal humor hasta que volvamos con el ejército. Después ya no sabremos nada de él. ¡El general le apartará! ¡Usted no se preocupe!

Parecía ridículo hablar de sus mutuos arrestos a gritos a través del espacio donde el agua rompía blanca contra las piedras destruidas. Sharpe señaló con la mano hacia los heridos.

—¿Qué pasa con todos éstos? Tenemos docenas de heridos y los franceses volverán pronto. Necesitamos ayuda. ¿Qué hace?

—¿Que qué hace? —exclamó Hogan sacudiendo la cabeza—. Parece una gallina a la que le han cortado el cuello. Les enseña instrucción a los hombres, eso es lo que hace. Todo pobre desgraciado que no tenga mosquete tendrá suerte si sólo recibe tres docenas de latigazos. ¡El muy bastardo no sabe qué hacer!

—¡Pero por el amor de Dios!

Hogan levantó la mano.

—Ya sé, ya sé. Le he dicho que tiene que conseguir maderos y cuerdas —dijo señalando la brecha de cuarenta pies—. No es que espere salvar este boquete con maderos pero podemos hacer balsas y cruzar a flote con ellas. Pero aquí no hay madera. ¡Debería mandar a que la buscasen!

—¿Lo ha hecho?

—No.

Hogan no dijo nada más. Sharpe se imaginaba la discusión que había tenido con Simmerson y sabía que el ingeniero habría hecho todo lo posible. Durante unos momentos hablaron de nombres, quién estaba muerto, quién estaba herido. Hogan preguntó por Lennox pero Sharpe no tenía noticias y se preguntaba si el escocés yacía muerto en el campo. Entonces se oyó un ruido de cascos y Sharpe vio al teniente Christian Gibbons cabalgando por el puente al lado de Hogan. El teniente rubio se quedó mirando al ingeniero.

—Pensaba que estaba arrestado, capitán, y confinado.

Hogan levantó la mirada hasta el arrogante teniente.

—Necesitaba mear.

Sharpe se rió. Hogan le saludó con la mano, le deseó suerte y se giró hacia el convento dejando a Sharpe frente a Gibbons. El uniforme del teniente estaba limpio y brillante.

—Está usted arrestado, Sharpe, y tengo la orden de decirle que sir Henry pedirá un consejo de guerra.

Sharpe se rió. Era la única respuesta posible y eso enfureció al teniente.

—¡No es para tomarlo a risa! Se le ordena que me entregue su sable.

Sharpe miró al agua.

—¿Lo vendrá a buscar, Gibbons? ¿O tengo que llevárselo?

Gibbons no hizo caso del comentario. Le habían dicho que diera un recado y estaba determinado a darlo hasta el final cualesquiera que fueran las dificultades.

—Y se le ordena devolver la bandera del regimiento.

Era increíble. Sharpe apenas daba crédito a sus oídos. Él estaba sobre un puente destruido bajo un calor que chamuscaba mientras detrás de él había filas de heridos cuyos gritos se oían claramente y, sin embargo, Simmerson había enviado a su sobrino para ordenarle a Sharpe que entregara su sable y la bandera.

—¿Por qué han volado el puente?

—No es asunto suyo Sharpe.

—Maldita sea, sí lo es, Gibbons, estoy en el maldito lado opuesto.

Miró al elegante teniente cuyo uniforme no estaba manchado ni de tierra ni de sangre. Sospechaba que el uniforme de Simmerson estaría igual.

—¿Pensaban abandonar a los heridos, Gibbons? ¿No es así?

El teniente miró a Sharpe con repugnancia.

—¿Me hará el favor de ir a buscar la bandera, Sharpe, y lanzarla a este lado del puente?

—Váyase, Gibbons —contestó Sharpe con igual desdén—. Vaya a buscar a su precioso tío para que hable conmigo, no su perrito faldero. ¿La bandera? Se queda aquí. Ustedes la abandonaron y yo luché por ella. Mis hombres lucharon por ella y se quedará con nosotros hasta que nos lleven ustedes de vuelta a través del río. ¿Me entiende? —preguntó con la voz cada vez más llena de ira—. ¡Así que dígaselo a su gordo charlatán! Su bandera se queda con nosotros. Y dígame que los franceses van a volver a atacar. Quieren esta bandera y por eso me quedo con mi sable, Gibbons, ¡para poder luchar por ella!

Desenvainó las treinta y cinco pulgadas de acero. No había habido tiempo para limpiar la espada y Gibbons apenas pudo quitar los ojos de la sangre incrustada.

—Y Gibbons, si lo quiere puede perfectamente venir a buscarlo.

Le volvió la espalda al teniente y se dirigió hacia los heridos y los muertos, donde Harper esperaba con el rostro desencajado.

—¿Sargento?

—Hemos encontrado al capitán Lennox, mi teniente. Está malherido.

Sharpe siguió a Harper por entre las filas de heridos que lo miraban fijamente sin decir nada. ¡Era tan poco lo que podía hacer! Podía vendar heridas pero no había manera de aliviar el dolor. Necesitaba coñac, un médico, ayuda. Y ahora Lennox.

El escocés estaba blanco, su cara retorcida por el dolor, pero sacudió la cabeza y sonrió ampliamente cuando Sharpe se sentó en cuclillas junto a él. Sharpe sintió una punzada de culpabilidad al recordar la última palabra que había cruzado con el capitán de la compañía ligera sólo a algunos pasos de ese lugar, y había sido «diviértase». Lennox hacía muecas de dolor.

—Ya le dije que estaba loco, Richard, y ahora esto. ¡Me muero, me muero!

Hablaba con realismo. Sharpe sacudió la cabeza.

—No. Se pondrá bien. Están haciendo balsas. Le llevaremos a casa, a que le vea un médico, se pondrá bien.

Ahora le tocaba a Lennox sacudir la cabeza. Se movía con una lentitud agónica y se mordió el labio al sentir que le sacudía una nueva punzada de dolor. De cintura para abajo su cuerpo estaba bañado en sangre y Sharpe no se atrevía a tirar del uniforme empapado y rasgado por miedo a que empeorara la herida. Lennox suspiró largamente.

—No me engañe, Sharpe. Me estoy muriendo y soy consciente de ello.

Su acento escocés era más marcado. Levantó la mirada hacia la cara de Sharpe.

—El loco intentó que formara una línea de tiradores.

—Conmigo también.

Lennox asintió lentamente. Frunció ligeramente el ceño.

—Me cogieron pronto. Un bastardo me derribó abriéndome con el sable, justo en el estómago. No pude hacer nada. ¿Qué pasó? —preguntó levantando de nuevo la mirada.

Sharpe se lo explicó. Le contó que los españoles habían destrozado el cuadro británico al buscar seguridad en su interior, que los supervivientes se habían reunido y habían rechazado el ataque francés, lo del fuego de las carabinas y lo de la pérdida de la bandera. Al mencionar la bandera real Lennox se echó atrás de dolor. Esa deshonra le dolía más que el cuerpo abierto en canal que le estaba matando.

—¡Mi teniente! ¡Mi teniente!

Un soldado llamaba a Sharpe pero le señalaba con la mano hacia otro lugar. Lennox intentaba decir algo pero el soldado insistió.

—¡Mi teniente!

Sharpe se giró y vio a tres cazadores que cabalgaban al trote hacia él. La hora debía haber pasado.

—¿Más problemas? —preguntó Lennox sonriendo débilmente.

—Sí. Pero pueden esperar.

Lennox agarró la manó de Sharpe.

—No. Puedo esperar. Todavía no me voy a morir. Escuche. Quiero preguntarle algo. Usted y ese irlandés grande, ¿volverán? ¿Prometido?

Sharpe asintió.

—¿Prometido?

—Lo prometo.

Se quedó de pie, sorprendido por tenerse que enjugar los ojos, y marchó entre los heridos hacia donde los cazadores le esperaban. El capitán que había venido anteriormente estaba allí y con él dos soldados de caballería que miraban con curiosidad el osario que sus sables habían provocado. Sharpe saludó, dándose cuenta de repente de que aún llevaba en la mano la espada con la hoja ensangrentada, y el capitán francés hizo una mueca de dolor al verla.

—Monsieur.

—Señor.

—La hora ya ha pasado.

—Aún no hemos recogido a todos nuestros heridos.

El francés sacudió la cabeza con gravedad. Miró alrededor el campo.

Todavía quedaba trabajo para una hora y eso antes de empezar a ocuparse de los muertos. Se volvió hacia Sharpe y le habló suavemente.

—Yo creo, monsieur, que deben considerarse nuestros prisioneros.

Acalló con la mano las protestas de Sharpe.

—No, monsieur, lo entiendo. Puede lanzarles la bandera a sus compatriotas, no es eso lo que queremos, pero su situación es desesperada. Los muertos superan a los vivos. No pueden seguir luchando.

Sharpe pensó en los mosquetes que había recogido, cada uno de ellos cargado, preparado, destruirían a los franceses si eran tan locos como para atacar. Hizo una ligera reverencia al cazador.

—Es usted considerado, señor, pero como verá yo no pertenezco al regimiento cuya bandera han capturado. Soy un fusilero, y no me rindo.

Un poco de valentía, pensó, no estaba de más. Después de todo, el capitán francés se debía estar echando un farol; tenía la suficiente experiencia para saber que sus hombres no romperían una formación de infantería bien dirigida y ya había comprobado que el alto fusilero con la espada ensangrentada podía dirigir de forma adecuada. El capitán asintió como si hubiera esperado esa respuesta.

—Monsieur. Debía de haber nacido francés. ¡Ahora ya sería coronel!

—Empecé de soldado raso, señor.

El francés se mostró sorprendido. No era extraordinario que soldados de leva franceses llegaran a oficiales, pero estaba claro que para el capitán cazador eso parecía imposible en el ejército británico. Se levantó el chacó galantemente con la

cadena plateada.

—Le felicito. Es usted un adversario estimable.

Sharpe decidió que de nuevo la conversación se estaba volviendo demasiado educada y florida. Miró intencionadamente hacia las filas de heridos.

—Debo continuar, señor. Si desea volver a atacar eso es asunto suyo.

Se giró, pero el francés requirió su atención.

—No lo entiende, teniente.

Sharpe se volvió.

—Señor. Sí lo entiendo. ¿Me permite continuar?

El capitán sacudió la cabeza.

—Monsieur. No me refiero a nosotros los cazadores. Nosotros somos simplemente la... —hizo una pausa buscando la palabra exacta—. ¿La vanguardia? Su situación, teniente, es verdaderamente desesperada.

Señaló hacia lo alto de la colina al lejano horizonte pero allí no había nada. El capitán esperó y entonces se giró hacia Sharpe con una sonrisa lamentable.

—Mi coordinación es irremediable, teniente. Hubiera sido un actor horroroso.

—Perdone, señor, no le entiendo.

Pero entonces sí entendió. El capitán no necesitó decir nada más porque se hizo un repentino movimiento en la cima y Sharpe no necesitó su telescopio para que le dijera lo que veía. Caballos, caballos sin jinetes, no más de una docena pero Sharpe sabía lo que significaban. Un cañón, los franceses habían traído un cañón, un cañón de campaña que podía golpear su pequeña fuerza hasta destruirla. Volvió a mirar al capitán, que se encogió de hombros.

—¿Lo entiende ahora, teniente?

Sharpe se quedó mirando fijamente al horizonte. ¿Sólo un cañón? Sería probablemente un pequeño cañón, pero ¿por qué solo uno?

¿Vendrían los franceses por detrás o habían concentrado sus esfuerzos en traer un cañón? Si iban escasos de caballos entonces era posible que los otros estuvieran a varias millas. Era de esperar que los cazadores hubieran enviado el mensaje a su unidad principal de que se enfrentaban a dos regimientos de infantería y los franceses habían enviado el cañón lo más pronto posible para ayudar a romper los cuadros. Empezó a concebir una idea. Miró al capitán.

—Eso no cambia nada, monsieur.

Mantuvo su espada en alto.

—Hoy es usted la segunda persona que me requiere mi espada. Le doy la misma respuesta. Venga a buscarla usted mismo.

El francés sonrió, levantó su espada e hizo un saludo.

—Será un placer, monsieur. Confío en que sobreviva al enfrentamiento y me haga el honor de comer conmigo después. La comida es mala.

—Entonces me alegro de no tener el honor de probarla.

Sharpe le hizo una mueca al tiempo que el capitán parloteaba órdenes en francés y los tres hombres se dieron la vuelta en sus caballos hacia lo alto de la colina. Para ser un bastardo salido de las filas opinaba que había jugado a la diplomacia como un maestro. Entonces pensó en Lennox y se dio prisa en volver, intentando fijar la idea en su mente. Había mucho que hacer, muchas órdenes que dar y muy poco tiempo, pero se lo había prometido a Lennox. Echó una mirada hacia atrás. El cañón, con su armón, bajaba lentamente por la colina. Todavía tenía una hora.

Lennox aún estaba vivo. Hablaba en voz baja y rápidamente a Sharpe y Harper. Ambos miraban al escocés, y le prometieron cumplir su último deseo. Sharpe recordaba el momento en el campo de batalla cuando había visto que los franceses arrebataban la bandera real, ahora recordaba cuál era aquella idea fugaz que se le había ido de la cabeza, y le apretó la mano de Lennox.

—Eso ya me lo he prometido a mí mismo.

Lennox sonrió.

—No me defraudará, lo sé. Y Harper y usted pueden hacerlo, yo sé que pueden.

Tenían que marcharse para que muriera solo, no había otra posibilidad ya que la otra última voluntad del escocés era poder morir con una espada en su mano. Se alejaron renuentes y el gran sargento miró a Sharpe.

—¿Podemos hacerlo, mi teniente?

—Lo prometimos, ¿no?

—Así es, pero no lo ha hecho nadie.

—¡Entonces seremos los primeros! —dijo Sharpe ferozmente—. Ahora vamos, ¡hay mucho que hacer!

Miró fijamente el cañón. Avanzaba deslizándose y se dio cuenta de que su idea podía funcionar. Había cabos sueltos, siempre había preguntas sin respuesta, y se puso en el lugar de los enemigos y averiguó las respuestas. Harper notó la excitación en la cara de su teniente, vio que su mano agarraba continuamente la empuñadura de su sable y esperó las órdenes pacientemente.

Sharpe midió distancias, ángulos, líneas de tiro. Estaba excitado, volvía el júbilo, había alguna esperanza a pesar del cañón. Llamó a los tenientes, a los sargentos, se puso frente a ellos y con un puño se golpeó la palma de la mano.

—Escuchen...

CAPÍTULO 9

El tiempo para las lamentaciones vendría luego, el tiempo para entristecerse por la carnicería, para pensar en estar vivo y sin heridas, sobre todo para lamentar no haber podido estar más tiempo con Lennox cuando se estaba muriendo. Sharpe desenvainó el gran sable, levantó el rifle con su mano izquierda, se volvió hacia los ciento setenta hombres formados en tres filas atravesados en la carretera.

—¡Adelante!

Mientras marchaban, Sharpe dejó que sus pensamientos se demoraran brevemente en la conversación con Lennox. ¿Había sido capaz de convencer al agonizante? Creía que sí. Lennox era un soldado, entendía que Sharpe tuviera tan poco tiempo, y el fusilero estaba convencido de que había visto alivio en la cara del escocés. Cumplir la promesa era otra cosa; primero había que terminar los asuntos del día. Forrest marchaba a su lado, ambos a pocos pasos frente a la única bandera que ondeaba sobre la pequeña formación; el mayor estaba claramente nervioso.

—¿Funcionará, Sharpe?

El alto fusilero sonrió.

—De momento sí, comandante. Se creen que estamos locos.

Forrest había insistido en ir con él en lugar de quedarse con los heridos junto al puente. Todavía estaba un poco aturdido, conmocionado por el golpe en la cabeza y había rechazado el ofrecimiento de Sharpe de dirigir a los supervivientes contra el nuevo asalto francés.

—No había estado nunca en una batalla, Sharpe —dijo Forrest—. Excepto una vez que reprimí un disturbio a causa de la comida en Chelmsford y no creo que eso cuente.

Sharpe entendía el nerviosismo del comandante, agradecía a Forrest el que hubiera dado su bendición a lo que parecía un acto de absoluta locura; sin embargo, el instinto de Sharpe le decía que funcionaría. Para los cazadores que observaban y esperaban parecía que la pequeña formación británica tuviera el propósito de suicidarse con una carga mortal o de gloria que no tenía ninguna posibilidad de tener éxito, pero que al menos los libraría del desgaste de morir lentamente a golpes de los artilleros franceses. Forrest había preguntado, casi quejoso, por qué el enemigo continuaba luchando, ¿acaso no habían conseguido una gran victoria? Pero los franceses debían saber cuán tristemente pequeño era el ejército de Wellesley, algo más de veinte mil hombres. Si podían destruir totalmente al South Essex los franceses estaban eliminando un tercio de la infantería británica y se aseguraban aniquilar a Wellesley cuando tuviera lugar la verdadera batalla. Además, Sharpe les estaba ofreciendo la posibilidad de capturar una segunda bandera británica que desfilaría en el campamento francés para persuadir a los soldados de la fragilidad del nuevo

enemigo.

—¿Ya es hora, Sharpe? —Forrest estaba ansioso.

—No, comandante, no. Falta un minuto.

Marchaban directos camino arriba hacia el cañón que estaba a trescientas yardas. El plan de Sharpe dependía de dos cosas, y el enemigo se veía obligado a hacer ambas. Primero habían acercado el cañón a los británicos todo lo que la seguridad permitía. No debían querer usar balas redondas sólidas contra la infantería, en su lugar Sharpe sabía que cargarían el cañón con bote de metralla, el contenedor metálico mortal de balas de mosquete y hierro viejo que explotaba tan pronto como salía por el cañón y rociaba con su mezcla letal como si fueran clavos retorcidos disparados desde el trabuco de un cochero. No había duda de que los franceses esperaban que los británicos se estiraran en el terreno accidentado junto al río, protegidos por el declive de la orilla, pero los botes de metralla los habrían encontrado incluso allí y los habrían matado de dos en dos, de tres en tres. En lugar de eso, los británicos se dirigían directamente al cañón, como corderos caminando al matadero, y los artilleros franceses no necesitarían probablemente más que tres tiros para dispersarlos y dejar que la caballería acabara con los supervivientes aturdidos. La segunda intuición de Sharpe tenía que ver con la caballería. Había sentido un gran alivio cuando había visto que desfilaban hacia la derecha de los británicos. Era lo que él había esperado, pero si se hubieran dirigido hacia la izquierda el plan nunca se hubiera puesto en marcha y ellos no hubieran tenido otra opción que morir junto al puente. El terreno de la derecha estaba salpicado de cuerpos, no como el de la izquierda que era un camino de obstáculos de hombres y caballos muertos, y Sharpe había supuesto que el coronel francés cargaría oblicuamente el disparo del cañón y no querría que los jinetes, que ahora esperaban con las armas para abrir fuego, tuvieran que pasar por un camino obstruido.

Observó a los artilleros franceses. No parecían tener prisa, no había necesidad de correr, y echaban continuos vistazos a las fuerzas británicas que se dirigían oportunamente hacia su cañón. Éste apuntaba directamente a Sharpe. Él podía ver la cureña pintada de verde y sucia, el cañón de bronce deslustrado y la boca ennegrecida. Había observado que la eficiente dotación levantaba con una palanca los tres cuartos de tonelada hasta que el cañón de cuatro pies y medio apuntara directamente hacia el camino. Ahora un artillero con casaca azul ponía la bolsa de sarga conteniendo una libra y media de pólvora negra en el cañón. Otro hombre la atacó y Sharpe vio que un tercer hombre se inclinaba sobre el cañón y empujaba hacia abajo con una estaca para que la bolsa de sarga se agujereara y la pólvora pudiera volar con la mecha. Otro artillero caminaba hacia adelante con el bote de metralla. Ahora sólo faltaban segundos para que el cañón estuviera a punto para disparar. Levantó el fusil al aire y apretó el gatillo.

—¡Ahora!

Sus ciento setenta hombres empezaron a correr, una carrera en la que arrastraban los pies y se reventaban los pulmones con los zapatos rotos. Cada soldado acarreaba tres mosquetes cargados, dos colgados en los hombros, uno en sus manos. Se mantenían más o menos alineados, si la caballería se movía podían cerrar filas en segundos, formar la impenetrable pared de bayonetas. Los artilleros franceses oyeron el disparo del rifle, pararon para observar a su enemigo que se ponía a correr pesadamente y sonrieron burlonamente ante la inutilidad de los hombres que creían que podían cargar contra un cañón de campaña. Entonces todo cambió.

Durante los veinte minutos siguientes a la visita del capitán cazador los británicos habían continuado recogiendo a sus heridos. Sharpe estaba seguro de que los franceses no habían notado nada raro en el flujo de hombres que iban y venían de los cuerpos que yacían densamente por el lugar donde él y Harper habían salvado la bandera del regimiento. Durante esos veinte minutos Sharpe había escondido a treinta hombres entre los muertos, diez fusileros que estaban embutidos en casacas rojas prestadas y veinte hombres del South Essex. Cada fusilero llevaba dos fusiles, uno cogido de un compañero, y cada casaca roja estaba tumbado con tres mosquetes cargados. Los franceses no se habían dado cuenta. Quitaron el armón del cañón y lo dirigieron al blanco sin darse cuenta de los cuerpos desperdigados que yacían a unos cien pasos a su derecha. El momento del saqueo vendría después; primero los artilleros destruirían a los presuntuosos ingleses que se dirigían hacia ellos mitad corriendo, mitad caminando.

Harper sudaba con la casaca prestada. Le iba demasiado pequeña y había rasgado las costuras de ambas axilas, pero incluso así sentía que el sudor le resbalaba por la espalda. Las casacas rojas eran esenciales. Los franceses ya se habían acostumbrado a la vista de los muertos y se hubieran dado cuenta si de repente diez cuerpos con uniforme verde hubieran aparecido entre los cadáveres. El mayor temor de Harper había sido que los franceses hubieran querido observar los cuerpos para saquearlos, pero no les habían prestado atención. Vio que Sharpe caminaba hacia ellos, aún estaba a ciento cincuenta yardas y oyó que el teniente Knowles suspiraba aliviado cuando Sharpe levantó su fusil en el aire. Knowles estaba al mando de los treinta hombres pero Harper estaba seguro de que el teniente sin experiencia no haría nada sin hablar antes con él y sospechaba que Sharpe le había dicho a Knowles, con toda seguridad, que dejara que Harper tomara las decisiones.

El sonido del disparo se elevó rotundamente en el campo. Aliviado, Harper extendió sus músculos y se arrodilló hacia adelante. «Tomaos el tiempo necesario, muchachos, dejad que hablen los tiros.»

Si se apresuraba destruiría su propósito. Los fusileros apuntaban deliberadamente, dejaron que los brazos se desentumecieran, los primeros disparos serían los más

importantes. Hagman fue el primero, Harper esperaba que así fuera, y miró con aprobación cuando el cazador furtivo de Cheshire gruñó sobre la mira y apretó el gatillo. El artillero que estaba a punto de introducir la mecha se alejó dando vueltas del cañón y cayó. Durante los dos segundos siguientes otras ocho balas mataron tres franceses más de la dotación, los cuatro supervivientes corrieron desesperadamente hacia la escasa protección que ofrecía la cureña y los radios de las ruedas del cañón. El cañón ya se podía disparar. El bote de metralla aún no estaba cargado, Harper lo veía junto a un artillero muerto que había caído al lado de la boca de bronce, y cualquier hombre que osara meter el proyectil en el cañón sería derribado con toda seguridad por los fusiles mortales. Los franceses dejaron de utilizar los fusiles en el campo de batalla, los habían abandonado porque eran demasiado lentos de cargar, pero estos artilleros estaban aprendiendo que incluso un fusil lento tiene sus ventajas con respecto al rápido mosquete que jamás era preciso a cien pasos de distancia.

—¡Alto el fuego!

Los fusileros miraron a Harper.

—¡Hagman!

—¿Sargento?

—Manténgalos ocupados. ¡Gataker, Sims, Harvey!

Los tres le miraban expectantes.

—Usted cárguele a Hagman. Los demás, apunten a los oficiales de caballería.

El teniente Knowles corrió y se agachó junto al sargento.

—¿Podemos hacer algo?

—Todavía no, mi teniente. Nos moveremos dentro de un minuto.

Knowles y los veinte hombres con mosquetes estaban allí para proteger a los fusileros si la caballería francesa cargaba contra ellos, como seguramente iba a suceder. Harper miró fijamente a los jinetes. Parecían tan sorprendidos como los artilleros y estaban sentados en los caballos mirando fijamente a los artilleros muertos como si no dieran crédito a sus ojos. Habían esperado que el cañón hiciera saltar a la infantería británica en ruinas y ahora caían en la cuenta de que no había cañón, ni victoria fácil. Harper levantó su primer fusil, puso la mira en posición vertical y calculó que los jinetes estaban a trescientas yardas. Era un tiro largo para un fusil, pero no imposible, y los franceses habían agrupado convenientemente a sus oficiales veteranos en un pequeño grupo por delante de la primera línea. Cuando apretó el gatillo oyó otros rifles que disparaban, vio que el grupo se dividía, y un caballo cayó, dos oficiales cayeron muertos o heridos. Los franceses permanecían sin mandos temporalmente. La iniciativa, tal como Sharpe había planeado, estaba totalmente en manos de los británicos. Harper se quedó de pie.

—¡El grupo de Hagman! Sigán disparando. ¡Ustedes otros! ¡Síganme!

Corrió hacia el cañón, dando una amplia vuelta de manera que el campo de tiro de

Hagman no se viera interrumpido, y los hombres lo siguieron. El plan para los fusileros había sido destruir a los artilleros y dejar que la compañía de Sharpe capturara el cañón, pero Harper vio que su teniente tenía todavía mucho camino por delante y ni él ni Sharpe pensaban que el cañón estaría colocado tan convenientemente cerca del grupo de emboscada. Knowles se quedó sorprendido de la premura hacia el cañón, pero el enorme irlandés era tan contagioso que se encontró a sí mismo metiendo prisa a los casacas rojas mientras se escabullían por los cuerpos y corrían hacia el cañón que cada vez cobraba mayor importancia. Los artilleros supervivientes echaron una mirada a los aparentes muertos que habían vuelto a la vida y huyeron. Cuando Harper corría las últimas yardas a toda velocidad se dio cuenta de que los tiros espaciados de Hagman cesaban y allí estaba, con sus manos sobre la boca de bronce y los hombres a su alrededor.

—¿Señor?

—¿Sargento? —dijo Knowles jadeando.

—¿Dos filas entre el cañón y la caballería?

Harper hizo que sonara como una pregunta, pero Knowles asintió como si hubiera sido una orden. El joven teniente estaba frenéticamente nervioso. Había visto a la caballería destruir su nuevo batallón, había observado cómo la bandera real era arrastrada del campo, y había luchado contra los sables con la espada que su padre le había comprado por quince guineas en la tienda de Kerrigan en Birmingham. Había observado cómo Sharpe y el sargento Harper recuperaban la bandera del regimiento y se había quedado estupefacto por esa acción. Ahora quería demostrar a los fusileros que sus hombres podían luchar con la misma efectividad y alineó a su pequeño cuerpo y miró fijamente a la caballería que finalmente se movía. Parecía que un centenar de jinetes avanzaban hacia el cañón, los demás se dirigían hacia Sharpe; Knowles recordó los sables y el olor del miedo y agarró fuertemente su espada. Estaba decidido a no defraudar a Sharpe. Pensó en las últimas palabras que le había dicho Sharpe, las manos que le habían agarrado los hombros y los ojos que lo atravesaban. «¡Espere! —había dicho Sharpe—. Espere hasta que estén a cuarenta pasos, entonces lance la descarga. ¡Espere, espere, espere!» A Knowles le parecía increíble que él y Sharpe tuvieran la misma graduación, estaba seguro de que él nunca tendría esas dotes de mando que parecían naturales en el alto fusilero. Knowles se sentía intimidado por los franceses, eran los conquistadores de Europa, sin embargo Sharpe los veía como hombres a los que había que burlar y que superar en el disparo y Knowles quería desesperadamente la misma confianza. En cambio se sentía nervioso. Quería lanzar su primera descarga ahora, detener a los caballos franceses mientras estaban a unos cien pasos, pero se controló el miedo y observó cómo se acercaban los jinetes, notó que un centenar de sables chirriaban al salir de las vainas y captaban el sol de la tarde en filas de curvada luz. Harper llegó y se quedó junto a él.

—Tenemos un regalo para los bastardos, mi teniente.

¡Parecía tan contento! Knowles tragó saliva, mantuvo su espada bajada. Espera, se dijo a sí mismo, y se sorprendió al oír que había hablado en voz alta y que su voz había sonado tranquila. Miró a sus hombres. ¡Confiabán en él!

—Bien hecho, mi teniente. ¿Me permite? —dijo Harper suavemente.

Knowles asintió, sin estar seguro de lo que sucedía.

—¡Pelotón!

Harper estaba frente a la diminuta línea de hombres. Señaló hacia los hombres de la derecha.

—De lado, cuatro pasos. ¡Marchen!

Entonces dio a la izquierda la misma orden.

—¡Pelotón! Hacia atrás. ¡Marchen!

Knowles retrocedió con ellos, mirando cómo los franceses llevaban a sus caballos al trote, y entonces lo entendió. Mientras él se había quedado mirando a los franceses los fusileros habían movido el cañón. En lugar de apuntar abajo, hacia el camino, ahora estaba apuntando a la caballería francesa; de alguna manera lo habían cargado y el bote de metralla que debía haber barrido a los británicos del camino, como un ama de casa ahuyentando cucarachas con una escoba, estaba amenazando a la caballería. Harper estaba en la parte trasera del cañón, separado de la rueda. Los artilleros habían hecho la mayor parte de la carga, los fusileros habían introducido el bote de metralla en el cañón y habían encontrado la mecha lenta que ardía por un extremo. La espoleta estaba en el fogón. Era una lengüeta llena de pólvora fina y cuando Harper la tocara, el fuego avanzaría por el tubo y encendería la carga de pólvora que había en la bolsa de sirga.

—¡Retengan el disparo!

Harper gritaba claramente, no quería que los hombres sin experiencia del South Essex dispararan al mismo tiempo que el cañón.

—¡Retengan el disparo!

La caballería estaba a setenta yardas, hacían ir a sus caballos a medio galope, diez jinetes en la primera fila. Harper calculó que cincuenta hombres estaban a tiro del pequeño grupo alrededor del cañón y había cincuenta más de reserva. Tocó la mecha de la lengüeta. Se oyó un ruido sibilante, un globo de humo proveniente del fogón, y entonces una explosión enorme. Eructó humo blanco y grisáceo por la boca; el cañón, sobre las ruedas de cinco pies, lanzó hacia atrás sus quince quintales que clavaron la gualdera en la tierra e hicieron saltar las ruedas del suelo. La fina lengüeta metálica se partió al dejar la boca y Harper vio entre el humo que las balas de mosquete y la metralla derribaban a la caballería. Las tres primeras filas quedaron destruidas, las otras dos estaban aturcidas, eran incapaces de avanzar sobre los cadáveres sangrientos y sobre los heridos que se tambaleaban erguidos, sangrando y

asombrados. Harper oyó gritar a Knowles.

—¡Retengan el disparo! ¡Retengan el disparo!

Buen chico, pensó el irlandés. La caballería se había dividido a ambos lados de la carnicería, parte de la reserva se acercaba al galope, pero los jinetes parecían atontados por la repentina explosión. Siguieron avanzando hacia el cañón pero se mantuvieron alejados de su línea de fuego y Knowles observaba las dos alas de jinetes que se acercaban. Esperó, esperó hasta que espolearon los caballos e intentaron hacer los últimos pasos al galope y bajó su espada.

—¡Fuego!

Una segunda descarga destruyó a los jinetes intentando acercarse a ambos lados del cañón. Cayeron más caballos, más hombres se lanzaron de sus sillas en un montón de brazos, piernas, sables y vainas. Los jinetes de atrás continuaron, dieron una vuelta por detrás del cañón y los fusiles empezaron su misión y más caballos cayeron abatidos. Knowles estaba sorprendido al no ver más jinetes frente al cañón, hizo girar a sus hombres, cambió al tercer mosquete y lanzó una tercera descarga por encima de las cabezas de los fusileros arrodillados.

—¡Gracias, mi teniente!

Harper le sonrió. La caballería se había ido, dispersada por la metralla, ensangrentada por la descarga tan cercana, sin haberse podido acercar a la infantería a causa de las barreras de caballos muertos y heridos. Harper vio que Knowles hacía que sus hombres volvieran a cargar los mosquetes. Se giró hacia el cañón. ¡Había tanto que recordar! Limpiar con escobillón, rellenar el fogón; dijo a los fusileros que volvieran a cargar el cañón capturado.

Sharpe había visto disparar el cañón, había observado a los jinetes rasgados como una venda sangrienta, entonces se había vuelto hacia los cazadores que atacaban a su propia formación. Cuando la caballería se había acercado había mandado detener a las tres filas, les había ordenado volverse de cara a los franceses, excepto la última fila que dio media vuelta para enfrentarse con los jinetes que rodearían la pequeña unidad. Los jinetes estaban de un humor salvaje. Les habían arrancado una victoria fácil, el cañón había sido capturado, pero aún quedaba la bandera insolente ondeando sobre el pequeño grupo de infantería. Espolearon los caballos hacia Sharpe, rompiendo la disciplina, con la intención simplemente de la venganza y la determinación de machacar aquel cuerpo diminuto como el tacón de una bota aplasta un escorpión. Sharpe observaba cómo se acercaban. Forrest le echó una mirada nerviosa y se aclaró la garganta, pero Sharpe sacudió la cabeza.

—Espere, comandante, aguarde un momento.

Él y Forrest estaban junto a la bandera desafiante. Era una burla para los franceses. Corrieron hacia ella, la trompeta lanzó su carga helada, los cazadores gritaban venganza, levantaron los sables y murieron.

Sharpe había dejado que se acercaran hasta cuarenta yardas y la descarga destrozó la primera línea frente a los británicos. La segunda línea de jinetes franceses espoleó las cabalgaduras. Iban confiados. ¿Acaso los británicos no habían ya disparado su carga? Saltaron sobre los restos angustiados de la primera fila y con horror vieron que las filas de casacas rojas no estaban ocupadas en recargar sino que estaban apuntando tranquilamente otra vez con sus mosquetes. Algunos tiraron de las bridas desesperadamente, pero ya era demasiado tarde. La descarga del segundo grupo de mosquetes de Sharpe amontonó a los caballos junto a los cuerpos de la primera línea.

—¡Cambien mosquetes!

La última fila disparó, una y dos veces. Sharpe se giró pero los sargentos experimentados lo habían hecho bien. Sus hombres estaban rodeados de caballos, muertos y agonizantes, cazadores atontados y heridos que luchaban entre el caos y huían hacia la amplia extensión de terreno. Los franceses habían perdido toda cohesión, toda posibilidad de volver a atacar.

—¡Vuelta a la izquierda! ¡Adelante!

Siguió corriendo. Veía a Harper y a Knowles. El joven teniente parecía tranquilo y Sharpe vio el anillo de franceses muertos que mostraba que había aprendido a retener el disparo. El cañón volvió a disparar, envolviendo al grupo con humo, y Sharpe echó una mirada hacia atrás para ver que más jinetes caían donde estaban volviendo a formar filas hacia su derecha. Unos pocos jinetes todavía galopaban a su alrededor; Sharpe se detuvo y disparó una descarga de veinte mosquetes para alejar a un grupo de seis cazadores que avanzaban galopando por el flanco. Entonces sus hombres llegaron hasta el cañón. Sharpe agarró a Harper, le dio unas palmadas en la espalda, sonrió ampliamente al enorme irlandés y se volvió para felicitar a Knowles. ¡Lo habían conseguido! Habían capturado el cañón, habían alejado a la caballería, habían causado terribles daños a los hombres y a los caballos, y sin recibir un solo rasguño.

Y eso era todo. Con el cañón en sus manos, Sharpe sabía que los franceses no se atreverían a volver a atacar. Vio que daban vueltas bien alejados de tiro, mientras los británicos formaban en cuadro. Forrest estaba radiante, buscando a todo el mundo como un obispo que ha dirigido una confirmación particularmente agradable.

—¡Lo conseguimos, Sharpe! ¡Lo conseguimos!

Sharpe levantó la vista hacia la bandera que ondeaba sobre el pequeño cuadrado. Algo de honor había sido recuperado, no el suficiente, pero sí algo. Un cañón francés había sido capturado, los cazadores estaban maltrechos, algunos del South Essex habían aprendido a luchar. Pero eso no era todo. Atadas a la gualdera del cañón capturado había cuerdas. Largas y resistentes cuerdas francesas que se podían tender sobre el puente destruido en vez de subir el cañón por empinadas cuestas. Cuerdas y maderos, todo lo que necesitaba para empezar a cruzar a los heridos por el río.

En el puente Lennox vio que un oficial cazador se acercaba a caballo hacia el cuadro británico. Ahora ya era demasiado tarde para volver a negociar. Tenía frío y estaba entumecido, el dolor ya había desaparecido y sabía que no le quedaba mucho. Agarró la espada, algún recuerdo atávico le dijo que era su permiso para el otro mundo; tal vez donde le esperaba su mujer. Se sentía satisfecho, cansado pero satisfecho. Había visto avanzar a Sharpe como un suicida, preguntándose qué estaba haciendo, entonces había oído el característico sonido de los fusiles, había visto figuras corriendo hacia el cañón y había observado cómo la caballería francesa caía derribada por la descarga masiva de la infantería. Ahora ya había terminado. Los franceses recogerían a sus heridos y se irían y Sharpe volvería hacia el puente. Y cumpliría su promesa, Lennox ya lo sabía; el hombre que podía planear la captura de ese cañón tendría las agallas de hacer lo que Lennox quería. De esta manera ese día no le entristecería. La imagen de la bandera, alejándose del campo envuelto en humo, oscureció los ojos del escocés. El sol calentaba y al mismo tiempo hacía mucho frío. Agarró la espada y cerró los ojos.

CAPÍTULO 10

—¡Maldito Sharpe! ¡Le destrozaré! ¡Perderá su graduación! ¡Volverá al arroyo de donde proviene!

El rostro de Simmerson se contraía de rabia; incluso sus grandes orejas habían enrojecido de furia. Estaba con Gibbons y Forrest, y el comandante intentaba inútilmente aplacar la ira de sir Henry. El coronel se quitó de encima de su hombro el brazo de Forrest.

—¡Le pediré un consejo de guerra! ¡Escribiré a mi primo, Sharpe, está usted acabado! ¡Acabado!

Sharpe permanecía en el otro extremo de la sala, con el rostro rígido por el esfuerzo en controlar su propia rabia y su desprecio. Miró a través de la ventana. Había vuelto a Plasencia, al palacio de Mirabel que era el cuartel general temporal de Wellesley, y miró fijamente por la calle de Sancho Polo hacia los tejados amontonados del barrio más pobre de la ciudad, apretujados dentro de las murallas. Por debajo pasaban carruajes, carrozas elegantes con conductores uniformados, que llevaban a damas españolas con velo hacia trayectos misteriosos. El batallón había llegado con dificultad a casa la noche anterior, los heridos habían sido portados en carretas de bueyes requisadas con ejes sólidos que chillaban, dijo Sharpe, como aquellas hadas malignas irlandesas. Mezclado con el ruido interminable iban los gritos de los heridos. Muchos habían muerto; muchos más morirían dominados lentamente por la gangrena en los próximos días. Sharpe había sido arrestado, le habían retirado el sable, había marchado junto con sus fusileros incrédulos, que pensaban que el mundo se había vuelto loco y habían jurado vengarle y darle a Simmerson su merecido.

La puerta se abrió y el teniente coronel Lawford entró en la habitación. Su cara no reflejaba el ánimo que Sharpe había visto en el reencuentro que había tenido lugar hacía cinco días, les miró a todos fríamente, al igual que el resto del ejército se sentía degradado y avergonzado por la pérdida de la bandera.

—Caballeros —dijo con voz fría pero educada—. Sir Arthur los recibirá ahora. Tienen diez minutos.

Simmerson se dirigió hacia la puerta abierta, Gibbons pegado a él.

Forrest hizo señas a Sharpe para que le pasara por delante, pero Sharpe se retrasó. El comandante le sonrió, una sonrisa desesperada, Forrest se encontraba perdido entre la telaraña de carnicería y culpa.

El general estaba sentado tras una sencilla mesa de roble con montones de papeles y mapas hechos a mano. No había sitio para que Simmerson se sentara así que los cuatro oficiales se alinearon frente a la mesa como colegiales que han sido llevados a ver al director. Lawford fue a colocarse junto al general que no les prestaba atención,

simplemente garabateaba con un lápiz sobre una hoja de papel. Finalmente había terminado la frase. La cara de Wellesley no dejaba translucir nada.

—¿Bien, sir Henry?

Los ojos de sir Henry Simmerson se lanzaron alrededor de la habitación como si fuera a encontrar inspiración escrita en las paredes. El tono del general había sido frío. El coronel se lamió los labios y se aclaró la voz.

—Destruimos el puente, mi general.

—Y su batallón —contestó el general suavemente.

Sharpe ya había visto a Wellesley así anteriormente, encubriendo una tremenda ira con una aparente y engañosa quietud. Simmerson aspiró por la nariz y sacudió la cabeza.

—La culpa no fue mía, mi general.

—¡Ah! —exclamó el general arqueando las cejas, dejó la pluma y se echó hacia atrás en la silla—. ¿De quién, señor?

—Siento decirle, mi general, que el teniente Sharpe desobedeció una orden aunque le fue repetida. El comandante Forrest me oyó darle la orden al teniente Gibbons, que se la llevó a Sharpe. Con esta acción el teniente Sharpe puso en peligro el batallón y lo traicionó.

Simmerson había encontrado el tema que se había preparado y se lanzó con entusiasmo.

—Solicito, mi general, que el teniente Sharpe sea juzgado por un consejo de guerra...

Wellesley levantó una mano y detuvo el chorro de palabras. Miró, casi casualmente, a Sharpe y había algo aterrador en aquellos ojos azules por encima de la nariz ganchuda y grande que miraban, juzgaban y que eran bastante inescrutables. Los ojos se volvieron hacia Forrest.

—¿Oyó usted las órdenes, comandante?

—Sí, mi general.

—Usted teniente. ¿Qué sucedió?

Gibbons arqueó las cejas y echó una mirada a Sharpe. Su tono de voz era aburrido, arrogante.

—Le ordené al teniente Sharpe que desplegara a sus fusileros, mi general. Se negó. El capitán Hogan secundó su negativa.

Simmerson parecía complacido. Los dedos del general repiquetearon brevemente sobre la mesa.

—Ah, el capitán Hogan. Le vi hace una hora.

Wellesley sacó un trozo de papel y lo miró. Sharpe sabía que todo era comedia. Wellesley sabía perfectamente lo que ponía en el papel pero hacía que la tensión aumentara. Los ojos azules se levantaron de nuevo hacia Simmerson, el tono de voz

aún era suave.

—He servido con el capitán Hogan durante muchos años, sir Henry. Estuvo en la India. Siempre lo he considerado un hombre digno de la mayor confianza.

Levantó las cejas a modo de interrogante como si invitara a Simmerson a darle la razón. Simmerson, inevitablemente, aceptó la invitación.

—Hogan, mi general, es ingeniero. No estaba en situación de tomar decisiones sobre el despliegamiento de tropas.

Parecía satisfecho de sí mismo, incluso ansioso por mostrar a Wellesley que no le guardaba rencor a pesar de sus diferencias políticas.

En algún lugar del palacio un reloj zumbó sonoramente y luego dieron las diez. Wellesley estaba sentado, sus dedos tamborileaban sobre la mesa, y entonces lanzó una mirada hacia Simmerson.

—Su solicitud es denegada, sir Henry. No voy a someter al teniente Sharpe a un consejo de guerra.

Hizo una pausa de un segundo, miró el papel y volvió los ojos hacia Simmerson.

—Hemos de tomar algunas decisiones respecto a su batallón, sir Henry, creo que debería quedarse.

Lawford se dirigió hacia la puerta. La voz de Wellesley había sonado fuerte y fría, pero Simmerson explotó, levantando la voz con indignación.

—¡Perdió mi bandera! ¡Desobedeció!

El puño de Wellesley golpeó la mesa.

—¡Señor! ¡Conozco la orden que desobedeció! ¡Yo también la hubiera desobedecido! ¡Usted propuso enviar una línea de tiradores contra la caballería! ¿No es eso, señor?

Simmerson no dijo nada. Estaba horrorizado por el tumulto de ira que lo arrollaba. Wellesley continuó.

—Primero, sir Henry, no tenía que hacer atravesar a su batallón el puente. Era innecesario, una pérdida de tiempo y una tontería. Segundo —dijo contando con sus dedos—, sólo un necio despliega una línea de tiradores contra la caballería. Tercero, usted ha deshonrado a este ejército, que he tardado un año en reunir, frente a nuestros enemigos y frente a nuestros aliados. Cuarto —dijo Wellesley cortante—, la única compensación ganada en este combate desdichado fue de la mano del teniente Sharpe. Por lo que he entendido, señor, él recuperó una de sus banderas perdidas y además capturó un cañón francés y lo utilizó con algún efecto contra sus atacantes. ¿No es así?

Nadie dijo nada. Sharpe miraba fijamente un cuadro en la pared junto al general. Oyó un ruido de papeles. Wellesley había cogido el papel del escritorio. Bajó la voz.

—Usted ha perdido, señor, además de su bandera, doscientos cuarenta y dos hombres heridos o muertos. Ha perdido usted un comandante, tres capitanes, cinco

tenientes, cuatro alféreces y diez sargentos. ¿Son exactos estos números?

Nadie habló de nuevo. Wellesley se puso de pie.

—¡Sus órdenes, señor, fueron las de un necio! La próxima vez, sir Henry, le sugiero que saque una bandera blanca y les ahorre a los franceses el problema de desenvainar sus espadas. El trabajo que tenía que haber hecho, señor, lo podía haber hecho una compañía; la diplomacia me obligó a enviar un batallón y envié el suyo, señor, de manera que sus hombres pudieran tener un primer contacto con los franceses. ¡Me equivoqué! Y como resultado, una de nuestras banderas va ahora camino de París para ser mostrada ante el populacho. Dígame si lo calumnio.

Simmerson estaba totalmente blanco. Sharpe no había visto nunca a Wellesley tan enfadado. Parecía haberse olvidado de la presencia de los demás y dirigía sus palabras contra Simmerson con fuerza vengativa.

—Ya no tiene usted un batallón, sir Henry. ¡Dejó de existir cuando perdió usted sus hombres y una bandera! El South Essex es un regimiento de un único batallón, ¿no es así?

Simmerson asintió con la cabeza, murmurando.

—Así que no puede suplir sus números con otros. ¡Desearía, sir Henry, poderle enviar a casa! Pero no puedo. Tengo las manos atadas, señor, por el Parlamento y por la Guardia Real y por los políticos entrometidos como su primo. Declaro su batallón, sir Henry, un batallón de destacamentos. Incorporaré nuevos oficiales y reclutaré hombres para sus filas. Servirá usted en la división del general Hill.

—Pero mi general...

Simmerson estaba desbordado por la información. ¿Un batallón de destacamentos? ¡Increíble! Tartamudeó una protesta. Wellesley lo interrumpió.

—Le voy a proporcionar una lista de oficiales. ¿Me va a decir que ya ha prometido algunos ascensos?

Simmerson asintió. Wellesley miró la hoja de papel que tenía en la mano.

—¿A quién, sir Henry, le dio el mando de la compañía ligera?

—Al teniente Gibbons, mi general.

—¿Su sobrino?

Wellesley hizo una pausa para asegurarse de que Simmerson contestaba. El coronel asintió tristemente con la cabeza. Wellesley se volvió hacia Gibbons.

—¿Usted coincidió con la orden de su tío de adelantar una línea de tiradores contra la caballería?

Gibbons estaba atrapado. Se humedeció los labios, se encogió de hombros y finalmente asintió. Wellesley sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—Así que no es usted una persona totalmente adecuada para dirigir una compañía ligera. No, sir Henry, le voy a dar a usted uno de los más finos tiradores del ejército británico para que dirija sus tropas ligeras. Lo he nombrado oficialmente capitán.

Simmerson no dijo nada. Gibbons estaba pálido de ira. Lawford miró a Sharpe burlescamente y el fusilero sintió vibraciones de esperanza. El general volvió la mirada hacia Sharpe y de nuevo hacia Simmerson.

—No sé de muchos hombres, sir Henry, que sean mejores mandos de tropas ligeras en batalla que el capitán Sharpe.

¡Le ascendían, lo había conseguido, se había escapado! No importaba que fuera con Simmerson, ¡era capitán! Casi no oyó las restantes palabras de Wellesley, ¡la victoria era total! ¡el enemigo había sido derrotado! Era un capitán. ¿Qué importaba que fuera un nombramiento artificial y que aún estuviera pendiente del visto bueno de la Guardia Real? De momento era así. ¡Capitán! Capitán Richard Sharpe del batallón de destacamentos.

Wellesley dio por terminada la entrevista. Simmerson hizo una última intentona.

—Escribiré —dijo Simmerson indignado, agarrándose desesperadamente a cualquier resto de dignidad que pudiera recuperar del torrente de desprecio de Wellesley—. Escribiré a Whitehall, mi general, ¡y conocerán la verdad!

—Puede usted hacer lo que quiera, señor, pero me permitirá usted que continúe haciendo la guerra. Buenos días.

Lawford abrió la puerta. Simmerson se puso de golpe su sombrero de tres picos y los cuatro oficiales se dieron la vuelta para irse. Wellesley dijo.

—¡Capitán Sharpe!

—¿Mi general?

Era la primera vez que le llamaban capitán.

—Quisiera hablar con usted.

Lawford cerró la puerta al salir los otros tres. Wellesley miró a Sharpe, su semblante todavía duro.

—Usted desobedeció una orden.

—Sí, mi general.

Wellesley cerró los ojos. Parecía cansado.

—Es la única duda que tengo de que merezca ser capitán.

Volvió a abrir los ojos.

—Si podrá quedarse con esa graduación o no, es otro asunto. No tengo poder para estas cosas y es concebible y probable que la Guardia Real cancele todas estas disposiciones. ¿Me entiende?

—¡Sí, mi general!

Sharpe creyó entender. Los enemigos de Wellesley habían conseguido llevarle a una comisión de investigación hacía tan solo un año y estos mismos enemigos le querían destruir. Sir Henry se contaba entre ellos y el coronel ya estaría planeando la carta que iba a enviar a Londres. La carta le echaría la culpa a Sharpe y, dado que el general se había puesto de su parte, sería peligrosa para Wellesley también.

—Gracias, mi general.

—No me lo agradezca. Probablemente no le haya hecho ningún favor —dijo mirando a Sharpe con cierto disgusto—. Usted tiene la costumbre, Sharpe, de merecer gratitud con métodos que deberían ser condenados. ¿Me explico?

—Sí, mi general.

¿Le estaba riñendo? Sharpe siguió con el rostro inexpresivo.

El rostro de Wellesley mostró una pizca de ira pero la controló y, de repente, la sustituyó por una sonrisa triste.

—Me alegro de encontrarle bien —dijo recostándose en la silla—. Su carrera resulta siempre interesante, Sharpe, aunque siempre temo que termine de forma precipitada. Buenos días, capitán.

Volvió a coger la pluma y empezó a garabatear en los papeles. Había verdaderos problemas. Los españoles no habían entregado nada de la comida que habían prometido, las pagas del ejército no habían llegado, la caballería necesitaba herraduras y clavos, y se necesitaban carretas de bueyes, todavía más carretas de bueyes. Para colmo, los españoles iban de un extremo al otro; un día lo daban todo por la gloria, al día siguiente predicaban precaución y retirada. Sharpe se marchó.

Lawford le siguió hasta la antesala vacía y le alargó la mano.

—Enhorabuena.

—Gracias, mi teniente coronel. Un batallón de destacamentos, ¿eh?

Lawford se rió.

—Eso no le gustará a sir Henry.

Era cierto. En cada campaña había pequeñas unidades de hombres, como Sharpe y sus fusileros, que se separaban de sus unidades. Eran los restos del ejército y la solución más sencilla, cuando eran los suficientes, era que el general los agrupara como un batallón temporal de destacamentos. También le proporcionaba al general la oportunidad de ascender a hombres, aunque fuera temporalmente, en el nuevo batallón, pero ninguna de éstas era la razón que desagradaba a Simmerson. Al convertir al maltrecho South Essex en un batallón, de destacamentos Wellesley estaba literalmente borrando el nombre «South Essex» de su lista del ejército; era un castigo dirigido contra el orgullo de Simmerson, aunque Sharpe dudaba de que un hombre que aparentemente se tomaba la pérdida de la bandera real con tan remarcable simpleza se sintiera muy desanimado por la degradación de su batallón. Su rostro reflejaba sus pensamientos y Lawford le interrumpió.

—¿Le preocupa Simmerson?

—Sí.

No había necesidad de negarlo.

—Debe estarlo. Sir Arthur ha hecho lo que podía por usted, le ha ascendido, debe creerme cuando le digo que ha escrito a Inglaterra hablando de usted lo mejor

posible.

Sharpe asintió.

—Pero...

Lawford se encogió de hombros. Caminó hacia la ventana y miró fijamente a través de las gruesas cortinas de terciopelo hacia la llanura que se extendía más allá de las murallas; toda la escena se adormecía bajo el sol implacable. Se giró.

—Sí. Hay un pero.

—Siga.

Lawford parecía turbado.

—Simmerson es demasiado poderoso. Tiene amigos influyentes —dijo, encogiéndose otra vez de hombros—. Richard, me temo que le hará daño. Usted es un peón en la batalla de los políticos. Él es tonto, de acuerdo, ¡pero sus amigos de Londres no querrán que lo parezca! Exigirán un cabeza de turco. Él es como si fuera su voz, ¿lo entiende?

Sharpe asintió.

—Cuando escriba desde España y diga que la guerra está mal dirigida ¡la gente escuchará la carta leída en el Parlamento! ¡No importa que el hombre esté tan loco como una cabra! Es su voz desde la guerra y si lo pierden a él, pierden la credibilidad.

Sharpe sacudió la cabeza abrumado.

—¿Lo que quiere decir es que me presionarán a mí y me sacrificarán para que Simmerson sobreviva?

Lawford asintió.

—Me temo que sí. Y la defensa que sir Arthur haga de usted no se verá más que como una cuestión de política entre partidos.

—¡Pero por el amor de Dios! ¡Yo no era en absoluto responsable!

—Lo sé, lo sé —habló Lawford para calmarle—. No importa. Él le ha escogido como su cabeza de turco.

Sharpe sabía que lo que decía era cierto. Durante unas semanas estaría a salvo, a salvo mientras Wellesley avanzara por España y entablara batalla con los franceses, pero después de esto llegaría una carta de la Guardia Real, una carta breve y sencilla que significaría el final de su carrera en el ejército. Sabía que se ocuparían de él. El propio Wellesley tal vez necesitara un administrador o lo recomendaría a alguien que le necesitara. Pero seguiría ganándose la vida penosamente bajo la sospecha de ser oficialmente el responsable de haber perdido la bandera de Simmerson. Pensó en su última conversación con Lennox. ¿Lo habría previsto todo el escocés?

—Hay otro camino —dijo en voz baja.

Lawford le miró.

—¿Cómo?

—Cuando vi la bandera perdida tomé una resolución. También le hice una

promesa a un moribundo.

Sonaba desesperadamente melodramático pero era cierto.

—Prometí reemplazar esa bandera con un águila.

Hubo un momento de silencio. Lawford silbó suavemente.

—Eso no se ha hecho nunca.

—No hay ninguna diferencia entre eso y perder una bandera como nosotros.

Eso era fácil de decir pero sabía que los franceses no le harían el trabajo tan sencillo como Simmerson se lo hizo a ellos. Durante los últimos seis años los franceses habían aparecido en el campo de batalla con nuevos estandartes. En lugar de las viejas banderas ahora llevaban águilas doradas montadas sobre un asta. Se decía que cada águila era presentada al regimiento personalmente por el emperador y los estandartes eran por tanto más que un simple símbolo del regimiento, eran el símbolo de todo el orgullo de Francia en su nuevo orden. Capturar un águila era hacer que Bonaparte en persona pusiera mala cara. Sharpe sintió que la ira le sobreveníá.

—No me importa reemplazar la bandera de Simmerson con un águila. Pero estoy furioso por tener que labrarme mi camino a través de una compañía de granaderos franceses simplemente para permanecer en el ejército.

Lawford no dijo nada. Sabía que Sharpe decía la verdad; la única cosa que podía impedir que los oficiales de Whitehall escogieran a Sharpe como víctima era que el fusilero realizara una gesta de tan indudable mérito que les parecería una tontería convertirle en cabeza de turco. Personalmente Lawford creía que Sharpe había hecho más que suficiente, había recuperado una bandera, capturado un cañón, pero el expediente de sus proezas se vería manchado en Londres con lo que Simmerson contara. No, tenía que hacer más, ir más lejos, arriesgar su vida para intentar conservar su trabajo.

Sharpe se rió con ironía. Dio un manotazo a su vaina vacía.

—Alguien dijo una vez que en este trabajo eres tan bueno como lo has sido en la última batalla. —Hizo una pausa—. A menos que uno tenga dinero o influencias.

—Sí, Richard, a menos que uno tenga dinero o influencias.

Sharpe sonrió burlonamente.

—Gracias. Voy a reunirme con la alegre multitud. ¿Mis fusileros vienen conmigo?

Lawford asintió.

—Buena suerte.

Miró cómo Sharpe se marchaba. Si había un hombre que podía arrebatar un águila a los franceses ese hombre era el recién ascendido capitán Richard Sharpe. Lawford se quedó junto a la ventana y miró hacia la calle. Vio a Sharpe adentrarse hacia la luz del sol y ponerse el chacó abollado en la cabeza; un enorme sargento esperaba en la sombra, el tipo de hombre por el que Lawford apostaríá un centenar de

guineas en una lucha a puñetazos, y observó que el sargento caminaba hacia Sharpe. Los dos hombres hablaron durante un rato y entonces el enorme sargento le dio unas palmadas en la espalda a Sharpe y articuló un grito de alegría que Lawford oyó desde dos pisos más arriba.

—¡Lawford!

—¿Mi general?

Lawford cruzó hacia la otra habitación y tomó el despacho de la mano de Wellesley. El general agitó la pluma en el tintero.

—¿Se lo ha explicado?

—Sí, mi general.

Wellesley sacudió la cabeza.

—Pobre diablo. ¿Qué ha dicho?

—Dijo que aprovecharía la oportunidad, mi general.

Wellesley gruñó.

—Todos nosotros hemos de hacerlo.

Tomó otro trozo de papel.

—¡Dios mío! ¡Nos han enviado cuatro cajas de goma amoníaca, tres de sales de Glauber, y doscientos casquetes variados para muñones! ¡Se creen que dirijo un maldito hospital en vez de un ejército!

CAPÍTULO 11

Las botas de los Guardias de Coldstream repiqueteaban sobre las losas y resonaban huecas en la oscuridad, se desvanecían por las cuevas y su sonido se veía reemplazado por el de las primeras compañías de los Guardias del Tercero. A éstas le seguía el primer batallón del 61, el segundo del 83 y luego cuatro batallones completos de la curiosa Legión Alemana del Rey. Sharpe estaba en el pórtico de una iglesia y vio cómo los alemanes pasaban delante de él.

—Buenas tropas, comandante.

Forrest, temblando a pesar de llevar abrigo, se asomó a la oscuridad.

—¿Quiénes son?

—La Legión Alemana del Rey.

Forrest metió las manos aún más en los bolsillos.

—No les había visto nunca.

—Seguro que no, comandante.

La Legión Alemana era un cuerpo extranjero del ejército y la ley decía que lo más que podían acercarse a Gran Bretaña era a la isla de Wight. Por encima de sus cabezas el reloj de la iglesia tocó las tres. Las tres de la madrugada del lunes 17 de julio de 1809 y el ejército británico se iba de Plasencia. Una compañía del 60.º pasó delante, otra unidad alemana, con el insólito nombre de Fusileros Reales Americanos. Forrest vio que Sharpe miraba fija y tristemente cómo desfilaban los fusileros, con casacas verdes y cinturones negros.

—¿Nostálgico, Sharpe?

Sharpe sonrió en la oscuridad.

—Hubiera preferido que fuera el otro regimiento de fusileros, comandante.

Suspiraba por la sensatez reinante en el 95.º frente a la sospecha y al malhumor creciente que infectaban el batallón de Simmerson.

Forrest hizo un gesto con la cabeza.

—Lo siento, Sharpe.

—No lo sienta, comandante. Al menos soy capitán.

Forrest no hizo caso.

—Me enseñó la carta, sabe.

Sharpe lo sabía. Forrest siguió disculpándose, ya le había mencionado dos veces la carta. Negligencia, total desobediencia, incluso la palabra «traición» se había hecho un hueco en el informe mordaz que Simmerson había escrito respecto a las acciones de Sharpe en Valdelacasa; pero nada de esto era sorprendente. Lo que le había molestado a Sharpe era la última petición que hacía Simmerson: que enviaran a Sharpe, de teniente, a un batallón en las Indias Occidentales. Nadie compraba nunca un cargo de oficial en uno de esos batallones, a pesar de que los ascensos eran más

rápidos allí que en cualquier otro lugar del ejército, y Sharpe incluso había conocido hombres que habían renunciado, antes que ir a las islas bañadas por el sol con sus perezosas obligaciones de guarnición.

—Eso no sucederá, Sharpe.

El tono de Forrest le traicionaba el pensamiento; el destino de Sharpe estaba echado.

—No, comandante.

No, si yo puedo evitarlo, pensó Sharpe, y se imaginaba con un águila en las manos. Sólo el águila podría salvarle de las islas donde la fiebre acertaba la esperanza de vida de un hombre en menos de un año, de la enfermedad terrible y sudorosa que convertía la petición de Simmerson en una virtual garantía de muerte, a menos que Sharpe renunciara a su ascenso ganado con tanto esfuerzo.

Casi todas las unidades desfilaron por delante de ellos. Cinco regimientos de dragones y los húsares de la Legión Alemana del Rey, más de tres mil soldados de caballería en total, seguidos de un ejército de mulas que acarreaban forraje para los preciados caballos. La pesada artillería con cañones, arzones y forjas portátiles llevaba aún más mulas y más provisiones. Pero lo que más perturbaba el silencio reinante en las calles era la infantería. Veinticinco batallones de infantería, poco atractivos, con los uniformes manchados y las botas gastadas; los hombres que se tenían que enfrentar a los mejores artilleros y a la mejor caballería del mundo; y con ellos marchaban aún más mulas mezcladas entre las mujeres y los niños del batallón.

El batallón tomó finalmente la carretera que cruzaba el río bastante después del amanecer y, si bien en los días anteriores había hecho calor, entonces parecía como si la naturaleza tuviera el propósito de cocer el paisaje en una sólida extensión de terracota. El ejército avanzaba por la llanura ancha y árida e iba levantando un fino polvo que se quedaba en el aire y revestía las bocas y gargantas de la abrasada infantería. No había ni rastro de viento, sólo el polvo, el calor y la reverberación, el sudor que escocía en los ojos y el interminable sonido de las botas golpeando el camino blanco. En un pueblo había una charca que la caballería había pisoteado dejándola llena de barro sucio y pegajoso, pero incluso así los hombres la agradecieron, ya que hacía tiempo que habían vaciado sus cantimploras, y se pusieron a extraer el agua amarga de la superficie de barro glutinoso.

Había poco más que agradecer. El resto del ejército esquivaba al nuevo batallón de destacamentos, como si los hombres padecieran una terrible enfermedad. La pérdida de la bandera había manchado la reputación de todo el ejército y cuando el batallón acampó la primera noche, un coronel de dragones les echó de una granja espaciosa alegando que no quería tener nada que ver con un regimiento que había fracasado tan vergonzosamente. La escasez de comida no ayudaba a subir la moral del batallón. Hacía tiempo que las cabezas de ganado que habían salido de Portugal

se habían sacrificado y consumido, las provisiones que los españoles habían prometido no había aparecido, y los hombres tenían hambre, estaban de mal humor e intimidados por la brutalidad de Simmerson. Él había encontrado sus propias razones causantes de la pérdida de la bandera, el comportamiento de Sharpe y la acción de sus propios hombres, y puesto que no podía castigar al primero, dadas sus demostraciones de poder, castigaría a los segundos. Sólo a la compañía ligera le quedaba algo de orgullo. Los hombres estaban orgullosos de su nuevo capitán. En todo el batallón, Sharpe era considerado un hombre mágico, un afortunado, un hombre al que las balas y las espadas del enemigo no podían tocar. La compañía ligera creía, como hacen los soldados, que Sharpe les traería suerte en la batalla, que los mantendría con vida y mostraban la acción del puente como prueba. Los fusileros de Sharpe estaban de acuerdo, siempre habían sabido que su oficial tenía suerte y gozaban con su nuevo ascenso. A Sharpe le había turbado la alegría de sus hombres, se había puesto rojo cuando le habían ofrecido unas copas de algunas de las botellas de brandy español atesoradas, y había encubierto su turbación aludiendo a ciertos deberes que hacer. La primera noche después de salir de Plasencia se estiró sobre un campo, envuelto en su gabán, y pensó en el muchacho que se había alistado temerosamente en el ejército hacía dieciséis años. ¿Qué hubiera pensado aquel muchacho aterrorizado, fugitivo de la justicia, si hubiera sabido que un día sería capitán?

La segunda noche el batallón tuvo más suerte. Acamparon junto a otro pueblo sin nombre y los bosques se llenaron de soldados que cortaron ramas para encender fuegos en los que hervir las hojas de té que llevaban en los bolsillos. Unos policías militares vigilaban los olivares, nada hacía más impopular al ejército que la costumbre francesa de cortar los olivos del pueblo y negarles así cosechas durante años y Wellesley había dado órdenes estrictas de que no se tocaran los olivos. Los oficiales del South Essex —el batallón aún se consideraba a sí mismo como tal— se alojaron en la posada del pueblo. Era un edificio grande, evidentemente, un lugar de paso entre Plasencia y Talavera, y en la parte trasera había un patio con grandes cipreses con mesas y bancos a ambos lados. El patio se abría hacia un riachuelo y en la otra orilla, en un campo de alcornos, los hombres del batallón encendían los fuegos y se preparaban los lechos. Por el campo había habido cerdos y cuando Sharpe se quitó el uniforme para buscar piojos en las costuras, olió a cerdo cocinado entre la miríada de pequeñas hogueras que se veían a través del follaje. Este tipo de saqueo se castigaba con el ahorcamiento inmediato, pero quién podía evitarlo. Los oficiales, los policías militares, todos iban escasos de comida y el ofrecimiento subrepticio de un trozo del cerdo robado aseguraba que los policías no tomarían ninguna acción en su contra.

El patio se fue llenando poco a poco de los oficiales de la docena de batallones

que acampaban en el pueblo. El calor del día dio paso a una noche cálida y clara y las estrellas surgieron como si fueran los fuegos de campamento de un ejército sin límite visto a distancia. De la habitación principal de la posada salía música y las voces de los oficiales que incitaban a las bailarinas españolas a subirse las faldas. Sharpe se abrió camino por la habitación llena de gente y vislumbró a Simmerson y sus compinches sentados jugando a cartas en una mesa del rincón. Gibbons estaba allí, siempre iba con los oficiales de Simmerson, y el desagradable teniente Berry. Sharpe pensó un instante en la chica. La había visto una o dos veces desde que volvieron del puente y había sentido un arrebato de celos. Se quitó ese pensamiento de la cabeza; los oficiales del batallón ya estaban bastante divididos.

Por una parte estaban los partidarios de Simmerson que le hacían la pelotilla al coronel y le confirmaban que la pérdida de la bandera no había sido culpa suya, y estaban también los que habían mostrado públicamente su apoyo a Sharpe. Era una situación desagradable, pero no se podía hacer nada al respecto. Atravesó la habitación hasta el patio y encontró a Forrest, Leroy y a un grupo de subalternos junto a uno de los cipreses. Forrest le hizo sitio en el banco.

—¿No se quita nunca ese rifle?

—¿Y que me lo roben? —preguntó Sharpe—. Me lo harían pagar.

Forrest sonrió.

—¿Ha pagado ya los cuellos?

—Todavía no —contestó Sharpe con una mueca—. Pero ahora estoy oficialmente en la nómina del batallón y supongo que me lo descontarán de mi paga, cuando llegue.

Forrest le acercó una botella de vino.

—No deje que eso le preocupe. Hoy pago yo.

Los oficiales que estaban alrededor de la mesa vitorearon irónicamente. Inconscientemente, Sharpe palpó la bolsa de cuero que llevaba colgada al cuello. Pesaba seis piezas de oro más gracias a los muertos en el campo de Valdelacasa. Bebió un poco de vino.

—¡Está asqueroso!

—Corre un rumor —dijo Leroy secamente—. He oído decir que cuando pisan las uvas no se molestan en salir del lagar para mear.

Hubo silencio y entonces se oyó un coro de voces asqueadas. Forrest miró dudosamente el interior de su copa.

—No me lo creo.

—En la India —dijo Sharpe— algunos nativos creen que es muy sano beber la propia orina.

Forrest se lo quedó mirando como un búho.

—Eso no puede ser.

Leroy intervino.

—Absolutamente cierto, comandante, les he visto hacerlo. Una copa cada día. ¡Salud!

Todos los que estaban alrededor de la mesa protestaron pero Sharpe y Leroy aseguraron que era cierto. La conversación se quedó en la India, batallas y asedios, extraños animales, palacios que contenían riquezas inimaginables. Pidieron más vino y les trajeron comida de la cocina, no aquel cerdo de olor tan atrayente que provenía de la tropa, sino un estofado hecho principalmente con verduras. Se estaba bien allí sentado. Sharpe estiró las piernas por debajo de la mesa y se reclinó sobre el tronco del ciprés dejando que el cansancio del día se apoderara de él. Por encima de las charlas y de las risas oía los miles de insectos que parloteaban y chasqueaban en la noche española. Después atravesaría el riachuelo y visitaría a su compañía pero ahora dejó su mente vagar; no a muchas millas de allí, sabía que un grupo de oficiales franceses estaría sentado al igual que ellos y que sus hombres cocinarían en fuegos como los que había en la otra orilla. Y en algún lugar, tal vez apoyada en el rincón de una habitación de una posada como ésta, estaría el águila. Alguien le dio una palmada en la espalda.

—¡Así que le han hecho capitán! ¡Este ejército no tiene normas!

Era Hogan. Sharpe no le había visto desde el día que habían vuelto del puente. Se levantó y le estrechó la mano al ingeniero. Hogan le sonrió ampliamente.

—¡Estoy encantado! Sorprendido, por supuesto, pero encantado. ¡Enhorabuena!

Sharpe se puso rojo y se encogió de hombros.

—¿Dónde ha estado?

—Oh, mirando algunas cosas.

Sharpe sabía que Hogan había estado reconociendo el terreno para Wellesley, informando de qué puentes podrían soportar el peso de la artillería, qué caminos eran lo bastante anchos para que pasara el ejército. El capitán, obviamente, se había adelantado hasta Oropesa y probablemente aún más lejos. Forrest le invitó a sentarse y le preguntó por las novedades.

—Los franceses están en lo alto del valle. Muchos —dijo Hogan mientras se servía un poco de vino—. Yo calculo que habrá una batalla dentro de una semana.

—¡Una semana! —exclamó Forrest sorprendido.

—Sí, comandante. Los hay a rebosar en un lugar llamado Talavera.

Hogan lo pronunció como «Taly-verra» haciendo que sonara a aldea irlandesa.

—Pero cuando se junten con el ejército de Cuesta los superarán en número ampliamente.

—¿Ha visto las tropas de Cuesta? —preguntó Sharpe.

—Sí —sonrió el irlandés burlonamente—. No son mejores que el Santa María. La caballería tal vez sea mejor, pero la infantería...

Hogan no terminó la frase. Se volvió hacia Sharpe y volvió a sonreír.

—La última vez que le vi ¡estaba usted arrestado! Ahora fíjese. ¿Qué tal sir Henry?

Todos rieron alrededor de la mesa. Hogan no esperó una respuesta pero bajó la voz.

—Vi a sir Arthur.

—Lo sé. Gracias.

—¿Por decir la verdad? ¿Y ahora qué?

—No sé —Sharpe contestó en voz baja, de manera que sólo Hogan pudiera oírle—. Simmerson ha escrito a Inglaterra. Me han dicho que tiene poder para hacer que la Guardia Real no ratifique mi nombramiento así que dentro de seis semanas seré de nuevo teniente, probablemente para siempre, y es casi seguro que me enviarán a las islas de la fiebre, o fuera del ejército.

Hogan le miró atentamente.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Un oficial de sir Arthur me dijo algo así.

—¿Por culpa de Simmerson? —dijo Hogan frunciendo el ceño con incredulidad. Sharpe suspiró.

—Tiene que ver con que Simmerson siga teniendo credibilidad en el Parlamento entre la gente que se opone a Wellesley. Yo soy el sacrificado. No me pregunte, porque no lo acabo de entender. ¿Y usted? Usted también estaba arrestado.

Hogan se encogió de hombros.

—Sir Henry me perdonó. No me toma en serio, pues sólo soy un ingeniero. No, va a por usted. Usted es un advenedizo, un fusilero, no es un caballero pero es mejor soldado de lo que él nunca llegará a ser —dijo estrujándose el dedo índice y el pulgar—. Lo quiere eliminar. Escuche —dijo Hogan reclinándose hacia él—. Pronto habrá una batalla, seguro. El muy idiota probablemente montará el mismo follón que la otra vez. No pueden protegerle siempre. Es tremendo, Dios mío, pero usted debería rezar para que se vuelva a equivocar totalmente.

—Dudo que tenga que rezar por eso —contestó Sharpe sonriendo.

En una de las ventanas superiores que daban a los balcones que rodeaban el patio se oyó el grito de una mujer, terrorífico e intenso, que hizo detener todas las conversaciones que tenían lugar junto a los árboles. Los hombres se quedaron quietos, con las copas a medio camino de la boca y miraron fijamente hacia las oscuras puertas que daban a las habitaciones.

Sharpe se puso en pie y cogió instintivamente el fusil. Forrest le puso una mano sobre el brazo.

—No es asunto nuestro, Sharpe.

En el patio hubo un momento de silencio, se oyó alguna risa nerviosa, y luego se

reanudó la conversación. Sharpe se sentía incómodo. Puede que no hubiera sido nada; una de las mujeres que vivía en la posada podía estar enferma, incluso pudiera ser un parto difícil, pero estaba seguro de que se trataba de algo más. ¿Una violación? Sentía vergüenza por no haber hecho nada. Forrest le tiró de nuevo del brazo.

—Siéntese. Seguramente no sea nada.

Antes de que Sharpe pudiera moverse se oyó otro grito, esta vez de un hombre, y se convirtió en un rugido de rabia. Se abrió de golpe una puerta en el piso superior y se derramó la luz amarilla de una vela sobre el balcón, y una mujer salió corriendo de la habitación y se lanzó escaleras abajo. Una voz gritó «¡deténganla!».

La muchacha se precipitó por las escaleras como si los demonios del infierno la persiguieran. Los oficiales que estaban en el patio la jalearon e insultaron a las dos figuras que aparecieron tras ella, Gibbons y Berry. No tenían ninguna oportunidad de alcanzarla; ambos hombres estaban borrachos y cuando salieron de la habitación se fueron tambaleando y parpadeando por el patio.

—Es Josefina —dijo Forrest.

Sharpe vio que la muchacha iba dando tumbos escaleras abajo hasta que alcanzó el otro lado del patio. Durante un segundo miró desesperadamente a su alrededor como si buscara ayuda. Llevaba un bolso y Sharpe vislumbró algo que parecía un cuchillo en su mano y entonces ella se giró y se adentró corriendo en la oscuridad, al otro lado del riachuelo, hacia las luces de las hogueras del batallón. Gibbons se detuvo en mitad de las escaleras, llevaba unos pantalones y una camisa y una mano agarraba la camisa desabrochada contra su estómago, en la otra mano llevaba una pistola.

—¡Vuelve aquí, zorra piojosa!

Saltó los últimos peldaños de la escalera y manoseó torpemente en el seguro de la pistola.

—¿Qué pasa, Gibbons? ¡La muchacha se te ha llevado los estandartes!

La voz provenía de una de las mesas del patio. Gibbons, con el rostro furioso, no hizo caso de las mofas y risas y corrió con Berry hacia el riachuelo.

—Algo va a suceder —dijo Sharpe saliéndose del banco—. Allá voy.

Se abrió camino entre las mesas, Hogan y Forrest le siguieron. Se alejó de la luz del patio y fue chapoteando por el riachuelo; no se veía ni a la chica ni a sus perseguidores, simplemente las luces en el alcornocal y de vez en cuando la silueta de un hombre que cruzaba frente a las llamas. Se detuvo para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Forrest le alcanzó.

—¿Sucedirá algo, Sharpe?

—No si yo puedo evitarlo, comandante. Pero usted lo ha visto, lleva una pistola.

Se oyeron gritos a la derecha; un cierto alboroto.

—¡Vamos!

Se adelantó a los otros dos; corría deprisa, dejando el camino plateado del riachuelo a su izquierda, sosteniendo el fusil en la mano derecha.

—¿Qué pasa? ¿Quién diablos es?

A la luz de una hoguera vio a un soldado furioso. El hombre se sorprendió de ver a Sharpe y lanzó un rápido saludo.

—¿Va tras esos dos, mi capitán?

—¿Iban con una muchacha?

—Por allí, mi capitán.

Señaló corriente abajo, lejos de los fuegos del batallón, hacia el oscuro prado. Sharpe siguió corriendo, Forrest y Hogan le seguían de cerca. Delante escuchó un «allí», un grito, habían capturado a la chica. Él corrió más rápido, sin prestar atención al terreno escabroso, temiendo oír el sonido de un disparo, adaptando sus ojos a la noche. No estaban muy lejos. De repente les vio, Berry estaba de pie con una botella y miraba a Gibbons que había obligado a la muchacha a arrodillarse y le quería quitar el bolso de las manos. Sharpe oyó que Gibbons gritaba a Josefina.

—¡Suéltalo, perra!

Sharpe siguió corriendo. Gibbons levantó la vista, sobresaltado, y entonces Sharpe le golpeó a toda velocidad. El teniente cayó de espaldas, la pistola saltó de su mano y cayó al agua, y Sharpe vio que el bolso de Josefina se le caía de la mano y derramaba oro brillante sobre la hierba oscura. Gibbons intentó forcejear con sus pies pero Sharpe le empujó con la culata del fusil.

—Quieto.

La luz de la luna era suficiente para ver la expresión de Sharpe y él se echó hacia atrás apoyándose en los codos. Sharpe se giró hacia Berry.

—¿Qué pasa?

—La muchacha se escapó, mi capitán. Vinimos a buscarla.

La peculiar forma de hablar de Berry arrastrando las palabras se acentuaba con la bebida y cuando se volvió para ver llegar a Forrest y a Hogan se tambaleó levemente.

—¿Todo va bien? —preguntó Forrest.

Sharpe se volvió para mirar a Josefina. Se dio cuenta de algo irrelevante, que era la primera vez que la veía sin ir vestida con pantalones de montar, y su pulso se aceleró al verle los hombros desnudos y lo que sugería en la sombra un vestido corto. Ella tenía la cabeza bajada; primero pensó que estaba sollozando, pero entonces vio que recogía desesperadamente las monedas de oro esparcidas. Mentalmente calculó que había una pequeña fortuna en el suelo y entonces Forrest le tapó la vista al arrodillarse junto a la muchacha.

—¿Está usted bien?

La voz de Forrest era paternal, amable.

La muchacha asintió, entonces sacudió la cabeza, y Sharpe vio que se le movían

los hombros como si sollozara. Sus manos seguían garabateando sobre la hierba en busca de las monedas de oro.

El mayor se puso de pie.

—¿Qué ha sucedido?

Lo dijo tratando, sin efecto, que sonara autoritario. Nadie habló.

Sharpe movió su fusil hacia la mano izquierda y se acercó a Berry, le quitó la botella y la lanzó al arroyo.

—¡Quieto ahí! —exclamó Berry articulando con dificultad.

—¿Qué ha pasado?

—Sólo una discusión. Nada de qué preocuparse.

Berry le hizo un guiño alegremente a Sharpe e hizo aletear cordialmente una mano por entre el pequeño grupo. El fusilero le golpeó fuerte en el estómago, y la boca de Berry se abrió como la de un pez. Se dobló y vomitó en la hierba. Sharpe le agarró y le puso derecho.

—¿Qué ha pasado?

Berry lo miraba fijamente, asombrado.

—¡Me ha golpeado!

—Te voy a crucificar si no hablas de una vez.

—Estábamos jugando a cartas. Gané yo.

—¿Y?

—Discutimos.

Sharpe esperaba. Berry se retiró de la frente un mechón de pelo lacio como intentando recuperar algo de dignidad.

—Se negó a pagar la deuda.

Josefina había visto cómo Sharpe había golpeado a Berry, y Hogan que estaba callado a un lado la había visto sonreír con excitación cuando el teniente se había derrumbado.

—¡No es cierto! —exclamó la muchacha furiosa—. ¡Usted hizo trampas! ¡Yo iba ganando!

Ella se puso de pie y dio dos pasos hacia Berry.

Hogan se fijó en su cara y se dio cuenta de que le iba a arrancar los ojos al teniente, si tenía la ocasión. Él la tomó por el codo, para retenerla. Él, al menos, sabía que la verdad de quién había ganado, quién había perdido, o de quién había hecho trampas probablemente no se sabría nunca.

—¿Y qué pasó? —la voz irlandesa era suave.

Josefina señaló a Berry.

—¡Me quería violar! ¡Christian me golpeó!

Sharpe se volvió hacia Gibbons. El rubio teniente se había puesto de pie y miraba a Sharpe dirigiéndose hacia él. Tenía la camisa blanca manchada de sangre y Sharpe

se acordó del cuchillo; Josefina le había hecho un corte pero no le había hecho mucho daño.

—¿Es eso cierto? —preguntó Sharpe.

—¿El qué? —la voz de Gibbons tenía un tono de desprecio.

—Que usted la golpeó y que el teniente Berry intentó violarla.

Gibbons soltó una carcajada.

—Intentar violar a Josefina Lacosta es como obligar a un mendigo a que acepte dinero. No sé si me entiende.

Hogan vio que tenía que dar un paso adelante, que había demasiada tensión, pero Sharpe rompió el silencio que había seguido al comentario despectivo de Gibbons.

—Repítalo —dijo Sharpe con voz suave.

Gibbons miró con desprecio al fusilero y cuando habló su voz estaba impregnada de todo el desdén que sentía por las clases bajas.

—A ver si lo entiende. Estábamos jugando a cartas. La señorita Lacosta perdió su dinero y apostó su cuerpo. Se negó a pagar y en su lugar se largó con nuestro dinero. Eso es todo.

—¡No es cierto! —gritó Josefina.

Se alejó del lado de Hogan y se acercó a Sharpe, lo miró con los ojos llenos de lágrimas y agarró la bolsa con las manos.

—No es cierto. Estábamos jugando a cartas. Gané yo. ¡Intentaron robármelo! ¡Yo creía que eran caballeros!

Gibbons se rió. Sharpe se volvió hacia él.

—¿Le pegó?

Le había visto un cardenal en la mejilla.

—Usted no lo entendería —dijo Gibbons como aburrido.

—¿Qué es lo que no entendería? —preguntó Sharpe acercándose al teniente.

Gibbons se sacudió una hoja de hierba de la manga con gesto descuidado.

—Cómo se comportan los caballeros, Sharpe. Usted la creerá a ella, porque es una puta y usted está acostumbrado a las putas. No está acostumbrado a los caballeros.

—Llámeme «mi capitán».

La ira invadió el rostro de Gibbons.

—Váyase al infierno.

Sharpe le golpeó en el plexo solar y al ver que la cara de Gibbons se le venía encima bajó la suya golpeándole con ella entre los ojos. Gibbons se tambaleó, la nariz le sangraba, y Sharpe dejó caer el fusil y le volvió a golpear. Una vez, dos veces y un puñetazo final en el estómago. Al igual que Berry, Gibbons se dobló y vomitó. Se cayó de rodillas, agarrándose el vientre, y Sharpe, despectivo, lo empujó con la bota y el teniente se desplomó en el barro.

—¿Teniente Berry?

—¿Mi capitán?

—El señor Gibbons está bebido. Lléveselo de aquí y límpielo.

—Sí, mi capitán.

Berry no iba a discutir con Sharpe. Ayudó a Gibbons a levantarse. El sobrino del coronel hacía esfuerzos para respirar, jadeando desde el estómago, y empujó a Berry hacia un lado y se volvió para tartamudear a Forrest, entre sofocos:

—Usted lo ha visto. ¡Me ha golpeado!

Hogan se adelantó, su voz era crispada y autoritaria.

—Tonterías, teniente. Usted estaba borracho y se ha caído. Váyase a dormir.

Los dos tenientes se fueron tropezando entre la oscuridad. Sharpe les vio marchar.

—¡Bastardos! No se puede jugar una mujer a las cartas.

Hogan sonrió tristemente.

—¿Sabe por qué le han hecho oficial, Richard?

—¿Por qué?

—Es usted demasiado caballero para estar en la tropa. Los hombres se han jugado a las mujeres a las cartas desde que las cartas o las mujeres se inventaron.

Se volvió hacia la chica.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—¿Hacer? —dijo mirando a Hogan y después a Sharpe—. No puedo volver. ¡Intentaron violarme!

—Ahora también —dijo Hogan con voz rotunda.

La muchacha asintió agarrando todavía la bolsa y se acercó a Sharpe.

—Mi ropa —dijo—. Tengo que recuperar mi ropa. ¡Todas mis cosas! Están en aquella habitación.

Forrest se adelantó, con el rostro preocupado.

—¿Su ropa?

—¡Todas mis cosas! ¡Me matarán!

Los astutos ojos de Hogan se movieron de la muchacha a Forrest.

—Si rodea usted la fachada, comandante, y se da prisa, llegará antes que esos dos. Tardarán diez minutos en vomitar todo ese licor.

Forrest parecía alarmado pero Hogan había tomado el mando y el comandante no supo cómo oponerse. Hogan tomó a Josefina por el codo y se la entregó a Forrest.

—Vaya con el comandante Forrest y recoja sus cosas. ¡Deprisa!

Ella se adelantó hacia Forrest pero se giró hacia Sharpe.

—¿Pero dónde voy a pasar la noche?

Sharpe se aclaró la garganta.

—Puede usar mi habitación. Yo la puedo compartir con Hogan.

Forrest tiró del codo a la muchacha.

—Vamos, querida, hemos de darnos prisa.

Los dos se fueron chapoteando por el arroyo y se apresuraron hacia las luces de la posada. Hogan les vio marchar y se volvió hacia Sharpe.

—¿Compartirla conmigo?

—Sería lo mejor, ¿no?

—Hipócrita. Quiere decir compartirla con ella.

Sharpe no dijo nada. Sospechaba que Hogan había enviado a la muchacha con el comandante porque quería hablar con Sharpe a solas, pero el fusilero no tenía ninguna intención de facilitarle el asunto a su amigo sacando el tema a relucir. Se agachó y recogió el fusil y comprobó el seguro para ver si la humedad o el barro habían penetrado en la cazoleta. Las luces de los fuegos del batallón manchaban la ladera de un mortecino resplandor rojo.

—¿Sabe lo que está haciendo, Richard? —preguntó Hogan con reserva.

—¿Qué quiere decir?

El irlandés sonrió.

—Es preciosa. No hay muchas tan guapas como ella, al menos lejos de Cork.

La pequeña broma tenía la intención de aligerar el tono, que era triste.

—Bien, usted la ha rescatado, así que de momento es suya. ¿La va a enviar a su casa en Lisboa?

Sharpe empezó a caminar junto al arroyo sin decir nada. Hogan le alcanzó.

—¿Está enamorado de ella? ¡Por el amor de Dios!

—¿Y qué hay de malo?

Caminaron en silencio durante unas yardas hasta que Hogan sacó una guinea de su bolsillo y la levantó.

—Me apuesto esto contra diez de las tuyas a que no comparte la habitación conmigo hoy.

Sharpe sonrió en la oscuridad.

—No hago apuestas y no tengo dinero.

—Lo sé. Pero lo necesitaré, Richard. Las mujeres cuestan dinero.

Hogan aún hablaba suavemente. Buscó en su bolsillo y sacó un puñado de monedas.

—Me apuesto todas éstas, Richard, contra una bala de fusil a que hoy no comparte la habitación conmigo.

Sharpe miró a Hogan amistosamente, con la cara preocupada. Sería tan fácil ganar la apuesta. Todo lo que tenía que hacer era poner a Josefina en su habitación y entonces irse a la de Hogan y recoger el puñado de monedas. Las pagas de seis meses, sólo por no acercarse a la muchacha, pero Sharpe las rechazó.

—Necesito todas mis balas.

Hogan se rió.

—Eso es verdad. Pero no me diga que no le he advertido.

Puso la mano en el cinturón de Sharpe, abrió la bolsa de municiones y dejó caer el oro. Sharpe protestó y lo sacó, pero Hogan lo volvió a meter.

—Lo necesitará, Richard. Ella querrá una habitación decente en Oropesa y en Talavera, y Dios sabe lo que le costará. No se preocupe. Dentro de poco tendrá lugar una batalla, usted disparara a un rico y me devolverá el dinero.

Caminaban en silencio. Hogan sentía la excitación de Sharpe y sabía que si le hubiera ofrecido al fusilero diez veces más de lo que le había ofrecido no hubiera impedido que el fusilero pasara aquella noche con la muchacha o, caso de que Josefina dijera que no, Sharpe se hubiera quedado en la habitación como fiel protector, con el fusil Baker sobre sus rodillas. Rodearon a Berry y a Gibbons, uno de ellos doblado y gimiendo, y chapotearon por el arroyo de vuelta hasta las luces del patio de la posada. Hogan levantó la vista hasta Sharpe, a los ojos que estaban vivos de esperanza, y le dio un puñetazo amigable en el brazo.

—Duerma bien, Richard.

Sharpe le devolvió la sonrisa.

—No se preocupe.

Subió las escaleras de tres en tres, sus botas aplastaban las escaleras de madera, y Hogan le vio marchar.

—Es breve, Señor —hablaba solo—. Como el amor de una mujer.

—¿Qué es eso, mi capitán? —preguntó el teniente Knowles que estaba a su lado.

—¿No lees a Shakespeare, muchacho?

—¿Shakespeare, mi capitán?

—Un famoso poeta irlandés —dijo Hogan.

Knowles se puso a reír.

—¿Y de qué obra es, mi capitán?

—*Hamlet*.

—Oh, ése —sonrió burlonamente Knowles—. ¿El famoso príncipe irlandés?

—Oh, no —contestó Hogan—. *Hamlet* no era irlandés. Era tonto. Buenas noches, teniente. Es hora de irse a dormir.

Hogan levantó la mirada hasta la habitación de Sharpe. Hubiera confiado a Sharpe su vida, confiaba en el fusilero ante cualquier dificultad, pero ¿haría lo mismo ante una mujer? Estaría indefenso, desarmado; una muchacha podría hacer lo que un batallón de franceses nunca conseguiría. Hogan se marchó murmurando en el patio vacío, repitiendo el verso una y otra vez como si, tal vez, la repetición lo hiciera menos cierto. «La belleza mueve a los necios antes que el dinero.»

CAPÍTULO 12

—¿Es usted el oficial de servicio?

Sharpe asintió.

—Adelante.

El oficial comisario, un teniente rechoncho, sonrió alegremente y cerró la puerta.

—Buenas tardes, mi capitán. ¿Me puede firmar?

—¿Para qué?

El teniente se hizo el sorprendido. Miró el trozo de papel que le tendía a Sharpe.

—Tercer batallón de destacamentos. ¿No es así?

Sharpe asintió.

—Su aprovisionamiento, mi capitán.

Le volvió a acercar la lista.

—¿Puede firmar, mi capitán?

—Espere —dijo Sharpe mirando la lista—. ¿Setecientas cincuenta libras de carne de buey? Qué generoso, ¿no?

El teniente borró su sonrisa profesional.

—Me temo que esto no es sólo para hoy, mi capitán. También es para los próximos tres días.

—¿Qué? ¿Tres días? ¡Eso es la maldita mitad!

El teniente extendió los brazos.

—Lo sé, mi capitán, lo sé, pero es lo mejor que podemos hacer. ¿Firmará?

Sharpe cogió el sombrero y sus armas de encima de la mesa.

—¿Dónde están?

El teniente suspiró.

—Estoy seguro de que no quiere...

—¿Dónde están?

La voz de Sharpe retumbó en la pequeña habitación. El teniente sonrió, abrió la puerta, e hizo señas a Sharpe señalándole el patio donde estaba el grupo de trabajo del teniente junto a una fila de mulas cargadas. El teniente levantó la tapa de un barril con pedazos de buey recién sacrificado.

—¿Mi capitán?

Sharpe cogió el primer trozo y lo agitó frente al rechoncho oficial comisario.

—Póngale galones y verá cómo desfila.

El teniente sonrió, ya lo había oído otras veces. Sharpe cogió otro trozo de cartílago del barril.

—¡Esto no es comestible! ¿Cuántos barriles tengo?

El teniente señaló hacia las mulas.

—Todo eso, mi capitán.

Sharpe miró más allá del patio, hacia la calle iluminada. Otra mula esperaba pacientemente bajo el sol del atardecer.

—¿Y aquello qué es?

—Una mula, mi capitán.

El teniente sonrió generosamente. Vio la cara de Sharpe.

—Disculpe, mi capitán. Es sólo una pequeña broma —dijo poniéndose serio—. Son las provisiones para el castillo, mi capitán. Para sir Arthur. Ya me entiende.

—¿Está seguro?

Sharpe caminó bajo la arcada hacia la mula, con el teniente a su lado, e hizo señal al mulero para que se marchase.

—Resulta que esta mañana vi el reparto de provisiones para el castillo teniente, y no faltaba nada.

El teniente sonrió impotente. Sharpe mentía, los dos lo sabían, pero también el teniente mentía, y también los dos lo sabían. Sharpe levantó la tapa del barril que tenía más cerca.

—Esto, teniente, sí es carne de buey. Me quedaré con dos de estos barriles en lugar de dos de los otros.

—¡Pero, mi capitán! ¡Esto es para...!

—¿Su comida, teniente? Y usted y sus otros compañeros oficiales venderán el resto. ¿No es así? Me lo quedo.

El teniente volvió a tapar el barril.

—Capitán, permítame que le ofrezca un pollo estupendo que nos hemos encontrado, por supuesto de regalo.

Sharpe puso la mano encima de la mía.

—¿Quiere que firme, teniente? Creo que primero pesaré la carne.

El teniente había sido derrotado. Sonrió vivamente y le dio la lista a Sharpe.

—No quisiera que se tomara la molestia. Digamos que usted se queda con todos los barriles, ¿incluidos éstos?

Sharpe asintió. El regateo del día había terminado y su propio grupo de trabajo descargó las mulas y llevó la carne hasta las afueras de Oropesa donde estaban acuartelados los hombres del batallón. La situación del avituallamiento era desesperada e incluso iba empeorando. El ejército español había esperado en Oropesa y hacía tiempo que se había comido todo alimento que quedara en los alrededores. Las calles empinadas de la ciudad estaban llenas de tropas, españolas, británicas y alemanas de la Legión, y ya surgían desavenencias entre los aliados. Patrullas inglesas y alemanas habían puesto emboscadas a los carros de víveres españoles, incluso habían matado a los guardias, para hacerse con los alimentos que Cuesta había prometido a Wellesley pero que no le había entregado. Las esperanzas que tenía el ejército de llegar a Madrid a mediados de agosto se habían desvanecido al ver que

las tropas españolas seguían esperando. El regimiento de Santa María estaba en Oropesa y desfilaba bajo dos banderas nuevas y enormes, y Sharpe se preguntó si el general Cuesta no tenía límite a la hora de reemplazar los trofeos que iban a parar a París. Mientras bajaba por la cuesta vio a dos oficiales con las largas espadas metidas bajo las axilas, extraña moda española, y no había nada en ellos, ni en sus espléndidos uniformes ni en sus finos cigarros, que le diera a Sharpe una sensación de alivio respecto al ejército de España.

Él mismo sentía hambre mientras iba calle abajo. El criado de Josefina había encontrado comida, a un cierto precio, y al menos esta noche comería, aunque cada bocado costase casi la paga de un día. Las dos habitaciones que ella había encontrado costaban cada noche la paga de quince días, pero al diablo con ello, pensó. Si sucedía lo peor y se veía obligado a escoger entre un puesto en las Indias Occidentales o quedarse como civil, era mejor maldecir luego el maldito dinero y disfrutarlo ahora para alquilar las habitaciones, pagar un ojo de la cara por un pollo huesudo que al cocer se convertiría en sobras grisáceas, y llevar dentro la fiebre del recuerdo del cuerpo de Josefina y del extraordinario lujo de un lecho amplio y compartido. De momento sólo tenía el recuerdo de la noche en la posada, puesto que ella había tenido que adelantarse, escoltada a desgana por Hogan, mientras Sharpe pasaba dos días marchando por entre el polvo y el calor con el batallón. La había visto un momento a mediodía, deslumbrado por una sonrisa de bienvenida, y ahora disponía de toda una noche, una larga noche, ya que el día siguiente no había marcha.

—¡Mi capitán!

Sharpe se giró. El sargento Harper corría hacia él; otro hombre iba a su lado, uno de la compañía ligera del South Essex.

—¡Mi capitán!

—¿Qué sucede?

Sharpe se dio cuenta de que Harper parecía agitado y preocupado, algo inusual, pero sintió una punzada de impaciencia al devolverles el saludo. ¡Malditos! Quería estar con Josefina.

—¿Y bien?

—Los desertores, mi capitán.

Harper casi se retorció de vergüenza.

—¿Desertores?

—Ya sabe, mi capitán. Los que se escaparon en Castelo.

El día en que se habían reunido con el South Essex. Sharpe recordaba que los hombres habían sido azotados porque cuatro desertores se habían escurrido por entre la guardia durante la noche. Miró duramente a Harper.

—¿Cómo lo sabe?

—Kirby es su compañero, mi capitán.

Señaló al hombre que estaba junto a él. Sharpe le miró. Era un hombre pequeño que había perdido casi todos sus dientes.

—¿Y bien, Kirby?

—No sé, mi capitán.

—¿Quiere que le azoten, Kirby?

Los ojos del hombre se lanzaron sobre los suyos, sorprendido.

—¿Cómo, mi capitán?

—Si no me lo dice, he de suponer que les está ayudando a escapar.

Harper y Kirby estaban callados. Finalmente el sargento miró a Sharpe.

—Kirby vio a uno de ellos por la calle, mi capitán. Se fue con él. Dos de ellos están heridos, mi capitán. Kirby vino a verme.

—Y usted me viene a ver a mí —dijo Sharpe ásperamente—. ¿Y qué espera usted que haga?

De nuevo no dijeron nada. Sharpe sabía que ellos tenían la esperanza de que hiciera un milagro, que de alguna manera el afortunado capitán Sharpe encontraría el modo de salvar a los cuatro hombres del salvaje castigo que el ejército infligía a los desertores. Sintió que una rabia tremenda se apoderaba de él, junto con la impaciencia. ¿Quién se creían que era?

—Vaya a buscar a seis hombres, sargento. Tres fusileros y tres de los otros. Nos encontraremos aquí dentro de cinco minutos. Kirby, quédese aquí.

Harper se cuadró.

—Pero, mi capitán...

—¡Váyase!

El aire era translúcido, ese tipo de luz justo antes del crepúsculo cuando el sol parece suspendido en un líquido teñido. Un mosquito zumbó irritante alrededor de la cara de Sharpe y él lo espantó. Las campanas de la iglesia tocaron el Ángelus, una mujer pasó calle abajo corriendo y se santiguó, y Sharpe blasfemó interiormente porque le había prometido a Josefina que se encontraría con ella pasadas las seis en punto. ¡Malditos desertores! ¿Creía el sargento realmente que Sharpe iba a perdonar la deserción? Junto a él, asustado y nervioso, Kirby se impacientaba mirando hacia la calle y Sharpe pensó con tristeza lo que esto significaría para el batallón. Todo el ejército se sentía frustrado, pero al menos podía mirar al futuro con una mezcla de miedo y anhelo hacia la inevitable batalla que daba cierto sentido a su presente malestar. El South Essex no compartía estas esperanzas. Había sido deshonrado en Valdelacasa, su bandera se había perdido vergonzosamente, y los hombres del batallón no tenían ningunas ganas de entablar otra batalla. El South Essex estaba amargado y de mal humor. Cualquiera de sus hombres hubiera deseado lo mejor a los desertores.

Harper volvió con sus hombres, todos ellos armados, todos ellos mirando con

aprensión a Sharpe. Uno de ellos preguntó nervioso si pegaría un tiro a los desertores.

—No lo sé —soltó Sharpe—. Guíenos, Kirby.

Caminaron cuesta abajo hasta la parte más pobre de la ciudad, hacia una maraña de callejones donde niños medio desnudos jugaban entre la porquería que se lanzaba de los orinales a la calle. La ropa lavada colgaba entre los balcones, oscureciendo la luz, y la estrechez entre las paredes parecía producir más peste. Era un olor que los hombres habían conocido por primera vez en Lisboa y al que se habían acostumbrado, aunque su origen hacía que caminar por las calles de noche fuera un asunto nauseabundo y arriesgado. Los hombres iban callados y resentidos, seguían a Sharpe en contra de su voluntad hacia un deber que hubieran deseado no realizar.

—Aquí, mi capitán.

Kirby señaló un edificio que era poco más que una choza. Estaba parcialmente derruido y el resto parecía que se iba a derrumbar en cualquier momento. Sharpe se volvió hacia los hombres.

—Esperen aquí. Sargento Peters, venga conmigo.

Peters era del South Essex. Sharpe le había calado como un hombre sensato, mayor que la mayoría, y necesitaba a alguien del mismo batallón que los desertores, de manera que nadie pudiera pensar que el fusilero de casaca verde había conspirado contra el South Essex.

Empujó la puerta para abrirla. Casi esperaba que alguien estuviera agazapado con un arma, pero en vez de eso se encontró con una habitación de una suciedad inimaginable. Los cuatro hombres estaban en el suelo, dos de ellos tumbados y los otros sentados junto a las brasas muertas de un fuego. La luz se filtraba por los agujeros de lo que en su tiempo fueron ventanas y a través del tejado y de los pisos superiores destruidos. Los hombres iban vestidos con andrajos.

Sharpe cruzó la habitación hasta los dos hombres enfermos. Se puso en cuclillas y les miró a la cara; estaban blancos y temblaban, casi sin pulso. Se volvió hacia los otros.

—¿Quiénes sois?

—Cabo Moss, mi capitán.

El hombre llevaba una barba de quince días y tenía las mejillas hundidas. Era obvio que no habían comido.

—Éste es el soldado Ibbotson —dijo señalando a su compañero—. Y éstos son los soldados Campbell y Trapper, mi capitán.

Moss se comportaba con formalidad y educación, como si eso lo fuera a salvar de su destino. El aire estaba cargado de polvo, la habitación estaba llena de la peste causada por la enfermedad y la porquería.

—¿Qué hacen en Oropesa?

—Vinimos a unirnos al regimiento, mi capitán —dijo Moss con demasiada

rapidez.

Hubo silencio. Ibbotson se sentó junto al fuego apagado y se quedó mirando al suelo por entre sus rodillas. Era el único que tenía arma, una bayoneta que sostenía en la mano izquierda, y Sharpe no aprobaba lo que estaba sucediendo.

—¿Y sus armas?

—Las perdimos, mi capitán. Y los uniformes también.

Moss deseaba complacer.

—Quiere decir que los vendieron.

—Sí, mi capitán —contestó Moss encogiéndose de hombros.

—¿Y se bebieron el dinero?

—Sí, mi capitán.

De repente se oyó un ruido en la habitación de al lado y Sharpe dio un giro para mirar hacia la puerta. Allí no había nada. Moss sacudió la cabeza.

—Son las ratas, mi capitán. Asquerosos ejércitos de ratas.

Sharpe volvió a mirar a los desertores. Ibbotson le miraba ahora fijamente, con la mirada fija de un loco fanático. Sharpe se preguntó si planeaba usar la bayoneta.

—¿Qué hace aquí, Ibbotson? ¿No quiere reunirse con el regimiento?

El hombre no dijo nada. En su lugar levantó su brazo derecho que tenía escondido detrás de la espalda. No tenía mano, sólo un muñón envuelto en andrajos ensangrentados.

—Ibbs se metió en una pelea, mi capitán —dijo Moss—. Perdió la mano. Ya no le sirve a nadie, mi capitán. No es zurdo, sabe —añadió con rencor.

—Quiere decir que no le sirve a los franceses.

Hubo un silencio. El polvo pesaba en el aire.

—Así es —habló Ibbotson.

Su voz era culta. Moss intentó hacerle callar pero Ibbotson no hizo caso del cabo.

—Hubiéramos podido estar con los franceses desde hace una semana, pero estos tontos decidieron beber.

Sharpe le miró fijamente. Era extraño oír una voz educada surgiendo de aquellos harapos, barbas y vendajes bañados en sangre. El hombre estaba enfermo, probablemente tenía gangrena, pero ahora apenas importaba. Al admitir que corrían hacia el enemigo, Ibbotson les había condenado a los cuatro. Si los hubieran cogido intentando llegar a un país neutral podían haber sido enviados, al igual que Sharpe, a una guarnición en las Indias Occidentales donde la fiebre les mataría de todas maneras, pero sólo había un castigo para los hombres que se pasaban al enemigo. El cabo Moss lo sabía. Levantó la vista hacia Sharpe y le rogó.

—De verdad, mi capitán, no sabíamos lo que hacíamos. Esperamos aquí, mi capitán...

—¡Cierra la boca, Moss!

Ibbotson lo miró con fiereza y entonces se giró hacia Sharpe, levantando la bayoneta con su mano aunque solamente para dar énfasis al comentario.

—Vamos a perder esta guerra. ¡Cualquier tonto lo vería! Hay más ejércitos franceses que todos los que Inglaterra pudiera formar en cien años. ¡Mírese!

Su voz estaba llena de desprecio.

—Puede vencer a un general, y luego a otro, ¡pero seguirán viniendo! ¡Y ganarán! ¿Y sabe por qué? Porque tienen un ideal. ¡Se llama libertad, y justicia e igualdad!

Se detuvo de pronto con los ojos brillantes.

—¿Qué es usted, Ibbotson? —preguntó Sharpe.

—Un hombre.

Sharpe sonrió al oír la respuesta que sonó como un dramático desafío. La discusión no era nueva, se podía contar con el fusilero Tongue para que la sacara a relucir la mayoría de las noches, pero Sharpe tenía curiosidad por saber qué hacía un hombre educado como Ibbotson en la tropa del ejército y predicando las contrasenas francesas de libertad.

—Usted es culto, Ibbotson. ¿De dónde es?

Ibbotson no contestó. Miraba fijamente a Sharpe, agarrando su bayoneta.

Hubo silencio. Detrás de él, Sharpe oyó a Harper y a Peters arrastrando los pies por el duro suelo. Moss se aclaró la garganta y señaló a Ibbotson.

—Es el hijo de un vicario, mi capitán —dijo, como si eso lo explicara todo.

Sharpe miró a Ibbotson. ¿El hijo de un vicario? Quizás el padre había muerto o era una familia muy grande y la penuria podía haber llegado por cualquiera de los dos caminos. ¿Pero qué destino había llevado a Ibbotson a alistarse en el ejército? ¿Para medir su insignificante fuerza con los borrachos y endurecidos criminales que eran las sobras que normalmente recogían las unidades de reclutamiento? Ibbotson le volvió a mirar fijamente y entonces, con pesar por parte de Sharpe, empezó a llorar. Soltó la bayoneta y escondió la cara en el ángulo de su codo izquierdo y Sharpe se preguntó si de repente se había puesto a pensar en el jardín de una vicaría junto a una iglesia y en una madre añorada horneando pan en la madurez de un verano inglés. Se volvió hacia Harper.

—Están arrestados, sargento. A esos dos los tendrán que llevar.

Salió de la choza hacia el callejón pestilente.

—¿Kirby?

—¿Mi capitán?

—Puede irse.

El hombre se marchó corriendo. Sharpe no quería que se encontrara cara a cara con los cuatro desertores cuyo arresto había provocado.

—Los otros, adentro.

Miró hacia arriba entre las estrechas paredes hacia un trocito de cielo. Unas

golondrinas pasaron por la abertura, los colores se oscurecían con la noche, y el día siguiente habría ejecuciones. Pero primero estaba Josefina.

Harper se acercó a la puerta.

—Estamos listos, mi capitán.

—Pues vamos.

CAPÍTULO 13

Sharpe se despertó sobresaltado, se sentó, echó mano instintivamente de un arma y entonces, dándose cuenta de dónde estaba, se volvió a hundir en la almohada. Estaba cubierto de sudor a pesar de que la noche era fresca y una suave brisa agitaba los bordes de las cortinas a ambos lados de la ventana abierta, a través de la cual se veía la luna llena. Josefina estaba sentada junto a la cama, observándole, con un vaso de vino en la mano.

—Estabas soñando.

—Sí.

—¿En qué?

—En mi primera batalla.

No dijo nada más, pero en su sueño no había sido capaz de cargar el Brown Bess; la bayoneta y la boca no encajaban, y los franceses se iban acercando riéndose del muchacho espantado en las llanuras húmedas de Flandes. Era en Boxtel, y rara vez pensaba en la confusa batalla sobre el campo húmedo. Miró a la muchacha.

—¿Y tú? —preguntó dando unos golpecitos sobre la cama—. ¿Por qué estás levantada?

Ella se encogió de hombros.

—No podía dormir.

Se había puesto una especie de bata y sólo su cara y la mano que sostenía la copa eran visibles en la habitación a oscuras.

—¿Por qué no podías dormir?

—Estaba pensando en lo que dijiste.

—No tiene por qué suceder.

—No —contestó ella sonriendo.

En algún lugar de la ciudad ladraba un perro, aunque no se oían otros ruidos. Sharpe pensó en los prisioneros y se preguntó si estarían pasando su última noche despiertos y escuchando al mismo perro. Recordó la noche anterior en que había vuelto de la prisión militar y la larga conversación que mantuvo con Josefina. Ella quería llegar a Madrid, estaba desesperada por llegar a Madrid, y Sharpe le dijo que no veía probable que los aliados llegaran hasta la capital de España. Sharpe creía que Josefina no sabía bien por qué quería llegar a Madrid, era la ciudad soñada para ella, lo que más deseaba, y él estaba celoso de su deseo por llegar allí.

—¿Por qué no quieres volver a Lisboa?

—La familia de mi marido no me recibiría bien, no en estas circunstancias.

—Ah, Edward.

—Duarte —corrigió de forma automática.

—Entonces vuelve a casa.

Ya habían mantenido esta conversación anteriormente. Él intentaba obligarla a rechazar cada opción, excepto la de que se quedara cerca de él como si creyera que podía permitírselo.

—¿A casa? Tú no lo entiendes. Me obligarán a esperarle igual que sus padres. En un convento o en una habitación oscura, que más da.

Su voz tenía ribetes de desesperación. Se había criado en Oporto, hija de un comerciante lo bastante rico como para alternar con las familias inglesas importantes que dominaban el tráfico portuario. Había aprendido el inglés de pequeña porque esta lengua era la de los ricos y poderosos de su ciudad. Entonces se había casado con Duarte, diez años mayor que ella y guardián de los Halcones Reales de Lisboa. Era un cargo cortesano, alejado de cualquier halcón, y ella amaba el brillo del palacio, los bailes, la vida elegante. Luego, dos años atrás, cuando la familia real había huido a Brasil, Duarte se había llevado a una amante en vez de a su mujer y la dejó en la gran casa con sus padres y hermanas.

—Querían que me metiera en un convento. ¡Imagínate! Que le esperara en un convento, una mujer respetuosa, ¿mientras él engendra bastardos con esa mujer?

Sharpe rodó sobre la cama para bajarse de ella y se dirigió hacia la ventana. Se apoyó en la carpintería negra, olvidándose de su desnudez, y miró fijamente hacia el este como si en el cielo de la noche pudiera ver los reflejos de las hogueras francesas. Allí estaban, a un día de marcha, pero no se veía nada más que la luz de la luna sobre el campo y los tejados inclinados de la ciudad. Josefina se acercó, se puso a su lado y pasó los dedos sobre las cicatrices de su espalda.

—¿Qué pasará mañana?

Sharpe se giró y la miró.

—Los matarán de un disparo.

—¿Es rápido?

—Sí.

No tenía por qué explicarle las veces en que los tiros fallan y los oficiales tienen que acercarse y disparar a la cabeza con una pistola. Le pasó un brazo por detrás y la acercó hacia sí. Ella reclinó la cabeza en su pecho, sus dedos todavía exploraban las cicatrices.

—Tengo miedo —dijo ella con voz suave.

—¿De ellos?

—Sí.

Gibbons y Berry habían estado en la prisión militar cuando habían llevado allí a los desertores. Sir Henry estaba allí, frotándose las manos, y tan entusiasmado estaba con la captura de los fugitivos que había dado las gracias efusivamente a Sharpe, olvidando, de repente, toda enemistad. El consejo de guerra fue una formalidad, cuestión de unos minutos, y luego se había enviado el papel para que el general lo

firmase; el destino de los cuatro hombres estaba sellado. Sharpe, durante un momento, se había quedado en la habitación con los dos tenientes pero no le habían dicho nada. Habían hablado en voz baja, con algunas risas, mirándole como para provocar su ira, pero no era el sitio ni el momento adecuados. Ya llegaría. Él le ladeó la cabeza hacia sí.

—¿Me necesitarías si ellos no estuvieran aquí?

Ella asintió.

—Tú todavía no lo entiendes. Soy una mujer casada y me he escapado. Oh, ya sé que lo tuyo es peor, pero eso no cuenta. El día que dejé a los padres de Duarte me quedé sola. ¿Lo entiendes? No puedo volver, mis padres no me lo perdonarían. Yo pensaba que en Madrid... —su voz se fue apagando.

—¿Y Christian Gibbons dijo que cuidaría de ti en Madrid?

Volvió a asentir.

—Iban otras chicas, ya lo sabes. Hay tantos oficiales. Pero ahora...

Se volvió a callar. Él ya sabía lo que pensaba.

—Ahora estás preocupada. No consigues llegar a Madrid, y estás con alguien que no tiene dinero y piensas en todas esas noches en los campos o en cabañas llenas de moscas.

Ella le sonrió y Sharpe sintió el tormento de su belleza.

—Un día, Richard, serás un coronel con un gran caballo y un montón de dinero, y serás terrible con todos esos capitanes y tenientes.

Él se rió.

—¿Pero no lo bastante pronto para ti?

Él había dicho la verdad, lo sabía, pero eso no la ayudaba. Había otras chicas, chicas de buena familia como Josefina, que se habían expuesto a todo y habían corrido tras los soldados. Pero no estaban casadas ni habían encontrado refugio en una boda rápida ni sus familias se habían visto obligadas a sacar el mayor partido posible. ¿Pero y Josefina? Sharpe sabía que ella encontraría a un hombre más rico que él, un oficial de caballería con dinero que ofrecerle y con buen ojo para las mujeres, y su afecto por Sharpe quedaría a un lado ante la necesidad de confort y seguridad. Él la apretó fuerte contra su pecho, sintiendo que el aire de la noche le enfriaba la piel.

—Cuidaré de ti.

—¿Prometido? —dijo ella con voz apagada.

—Prometido.

—Entonces no tendré miedo —dijo separándose un poco—. ¿Tienes frío?

—No importa.

—Venga —dijo ella llevándole de nuevo hacia la habitación a oscuras.

Él sabía que le pertenecía por poco tiempo, sólo por poco tiempo, y eso le

entristecía. Fuera, el perro ladraba al cielo vacío.

CAPÍTULO 14

El batallón formaba en compañías dando forma a los tres lados de un cuadro. El cuarto lado, en lugar del usual triángulo para los azotes, estaba ocupado por dos álamos inclinados que crecían junto a un estanque poco profundo. Los bordes del estanque habían sido pisoteados por la caballería; el barro se había resecado y se había convertido en terrones ocres rayados de espuma verde. Entre los árboles se había dispuesto el tambor bajo del batallón y sobre la piel gris y tensada reposaban una Biblia abierta y un libro de oraciones. No soplaban viento que pudiera girar las páginas, y el sol seguía su interminable asalto sobre la llanura y sobre los hombres que sudaban firmes con el uniforme de gala.

Sharpe estaba frente a la compañía ligera, a la izquierda de la línea, y miraba por encima de las cabezas de la compañía de granaderos, frente al castillo de Oropesa. Dominaba la llanura, las murallas se levantaban como losas de piedra por encima de los tejados de la ciudad y Sharpe pensó inútilmente en lo que debía haber sido cabalgar totalmente vestido con una armadura de caballero durante la época en que el castillo fue un verdadero obstáculo. La moderna artillería perforaría las aparentemente sólidas murallas y derrumbaría las piedras sobre las empinadas callejuelas provocando avalanchas devastadoras. El sudor le picaba en los ojos, chorreaba por su casaca verde, y se escurría por su espinazo. Se sentía curiosamente despreocupado, no en un estado adecuado para presenciar el envío de los desertores a la eternidad, y mientras miraba fijamente al castillo pensó en Josefina y de algún modo llegó a la conclusión, en la luz de la mañana, de que el trato no era del todo malo. Ella sería suya mientras le necesitara, a cambio, ella le ofrecía felicidad y vida. ¿Y cuando terminara dicho trato? Él sabía que un buen soldado siempre planeaba una batalla después de la que tenía delante, pero él no podía hacer planes de momento para cuando Josefina se marchase.

Miró a Gibbons que formaba sobre su caballo con la compañía ligera.

Simmerson montaba en el centro del cuadro junto al general «Papá» Hill que, junto con sus oficiales, había venido a cumplir con su deber de mirar cómo se llevaba a cabo la ejecución. Gibbons estaba sentado, con la cara pétrea, y miraba al frente fijamente. Tan pronto como la revista acabara, Sharpe sabía que volvería al seguro amparo de su tío; el teniente no le había dicho ni una palabra a Sharpe, simplemente había recorrido la compañía con su caballo, se había girado y permanecía sentado. No había nada que decir. Sharpe sentía el odio que el hombre casi irradiaba, la determinación de venganza, porque Sharpe no sólo había conseguido el ascenso que Gibbons quería, sino algo mucho peor, el fusilero se había quedado también con la muchacha. Sharpe sabía que ese asunto no estaba resuelto.

Catorce hombres, todos culpables de crímenes menores, marcharon hacia el

interior del cuadro y se colocaron de cara a los árboles. Su castigo era ser el pelotón de ejecución y mientras los hombres permanecían allí, con los mosquetes apoyados en el suelo, miraban fijamente y con fascinación las dos tumbas recién cavadas y los rudos ataúdes de madera que esperaban a Ibbotson y a Moss. Los otros dos prisioneros habían muerto durante la noche. Sharpe medio pensaba que Parton, el médico del batallón, les había ayudado a hacer el camino antes que obligar al batallón a mirar a dos hombres desesperadamente enfermos ligados a los árboles y acribillados hasta la muerte. De niño había visto un ahorcamiento público y había oído a la multitud excitada cuando las víctimas se sacudían y se estiraban bruscamente en la horca. Había visto a hombres salir volando de la boca decorada de los cañones de bronce, con los cuerpos destrozados contra el paisaje indio, a compañeros torturados por las mujeres del Tippoo, alimentando a las bestias salvajes, a hombres ahorcados junto a los bordes de los caminos; sin embargo, la mayoría de las veces había visto hombres ejecutados de un disparo con toda la pompa de una ejecución ritual. Nunca le había gustado el espectáculo; suponía que a ninguna persona sensata le gustaría, pero sabía que era necesario. Esta ejecución, sin embargo, era sutilmente diferente. No es que Moss e Ibbotson no merecieran morir, ya que habían desertado y habían planeado unirse al ejército enemigo, y no podían esperar más final que el pelotón de ejecución. Sin embargo, después de la batalla del puente, de los azotes de Simmerson, de su insistente condena por perder la bandera, parte del batallón veía en la ejecución la suma del desprecio y el odio hacia ellos. Sharpe pocas veces había sentido en la tropa tal resentimiento.

A distancia, abriéndose paso entre la multitud de espectadores británicos y españoles, apareció el destacamento de prisioneros y guardias. Forrest acercó su caballo hasta Simmerson.

—¡Batallón! ¡Calen bayonetas!

Las hojas chirriaron al salir de las vainas y el acero recorrió las filas de las compañías. Los hombres deben morir con la debida ceremonia. Sharpe vio que Gibbons se agachaba para hablar con el alférez de dieciséis años, Denny.

—¿Es su primera ejecución, Denny?

El joven asintió. Estaba pálido e inquieto, al igual que los soldados más jóvenes de la tropa. Gibbons rió entre dientes.

—¡La mejor práctica de tiro que pueden hacer los hombres!

—¡Cállese! —gritó Sharpe mirándolo con fiereza.

Gibbons sonrió a escondidas.

—¡Batallón!

El caballo de Forrest se cambió de lado. El comandante lo calmó.

—¡Armas al hombro!

Las filas de hombres se ladearon con las bayonetas. Hubo silencio. Los

prisioneros llevaban pantalón y camisa, no llevaban casaca, y Sharpe supuso que las debían tener medio empapadas en asqueroso brandy o en ron. Un capellán caminaba junto a ellos, el murmullo de sus palabras apenas alcanzaba a Sharpe, pero los prisioneros no parecían hacerle caso al ser conducidos hacia los árboles. El drama avanzaba inexorablemente. Moss e Ibbotson estaban atados a los árboles, con los ojos vendados, y Forrest mandó poner firme al pelotón de ejecución. Ibbotson, el hijo del vicario, estaba más cerca de Sharpe y vio que movía los labios frenéticamente. ¿Estaría rezando? Sharpe no entendía las palabras.

Forrest no dio órdenes. El pelotón de ejecución había ensayado para obedecer señales más que órdenes y presentaron armas y apuntaron al ver los movimientos de la espada del mayor. De repente, la voz de Ibbotson se hizo clara y audible, el tono culto lleno de desesperación, y Sharpe reconoció las palabras. «Hemos pecado y nos hemos desviado del camino como ovejas perdidas...» Forrest dejó caer la espada, los mosquetes dispararon, los cuerpos se sacudieron frenéticamente, y una bandada de pájaros saltó chillando de las ramas. Dos tenientes se adelantaron corriendo con las pistolas sacadas pero las balas de los mosquetes habían hecho su trabajo y los cuerpos colgaban con los pechos ensangrentados y molidos frente al último humo blanco de mosquete.

Un murmullo, apenas audible, recorrió las filas del batallón. Sharpe se giró hacia sus hombres.

—¡Silencio!

La compañía ligera se calló. El humo del pelotón de ejecución se notaba penetrante en el aire. El murmullo creció. Oficiales y sargentos gritaron órdenes, pero los hombres del South Essex habían encontrado la forma de protestar y el murmullo se hizo más insistente. Sharpe mantuvo callada a su compañía, casi por la fuerza, se quedó mirándoles con fiereza con la espada desenvainada, pero no podía hacer nada contra el desprecio que reflejaban sus rostros. No iba dirigido a él, era para Simmerson, y el coronel tiró bruscamente de las bridas en el centro del cuadro y rugió pidiendo silencio. El ruido se elevó. Los sargentos corrieron al interior de las filas y golpearon a los hombres que creían que producían el sonido, los oficiales gritaban a las compañías, haciendo que aumentara el estrépito, y de más allá del batallón provenían las burlas de los soldados británicos de otras unidades, que habían salido de la ciudad para contemplar la ejecución.

Poco a poco el quejido y el murmullo se fueron apagando, tan lentamente como el humo de los disparos se disolvió en el aire, y el batallón se quedó en silencio. «Papá» Hill no se había movido ni había dicho nada, pero ahora se dirigía a sus ayudantes de campo y el pequeño grupo se alejó al trote delicadamente, pasó junto al pelotón de ejecución que estaba levantando los cuerpos para meterlos en los ataúdes, y se fue hacia Oropesa. La cara de Hill era inexpresiva. Sharpe no conocía a «Papá» Hill, pero

sabía, como el resto del ejército, que el general tenía una reputación de oficial agradable y considerado y Sharpe se preguntaba qué opinaba de Simmerson y de sus métodos. Rowland Hill estaba al mando de seis batallones pero Sharpe estaba seguro de que ninguno le ocasionaría tantos problemas como el South Essex.

Simmerson acercó su caballo a las tumbas, tiró de la bestia hacia abajo, y se puso de pie sobre los estribos. Tenía el rostro enrojecido, su rabia era obvia y encendida, su voz sonaba estridente en el silencio.

—Esta tarde a las seis tendrá lugar una revista de castigo. ¡Equipo completo! ¡Pagarán por esto!

Los hombres se quedaron en silencio. Simmerson colocó su trasero sobre la silla.

—¡Comandante Forrest! ¡Proceda!

El batallón desfiló, una compañía tras otra, por delante de los ataúdes abiertos y los hombres tuvieron que mirar fijamente los cuerpos destrozados que esperaban sepultura. Eso, decía el ejército, es lo que te pasará si huyes; y más que eso, pues los nombres de los muertos se enviarían a Inglaterra para que se anunciaran en algún tablón de la parroquia de manera que la vergüenza recayera también en sus familias. Las compañías desfilaron por delante, en silencio.

Cuando el batallón se hubo marchado y los otros espectadores habían mirado tontamente los restos, un grupo de trabajo bajó los ataúdes a las tumbas. Se echó tierra en los agujeros, y se volvieron a colocar las capas de hierba de manera que a simple vista no se percibiera que había unas sepulturas. No estaban marcadas deliberadamente, ésa era la última afrenta, pero cuando todos los soldados se habían ido los campesinos españoles encontraron las tumbas y clavaron cruces de madera en la hierba. No era cuestión de respeto, era simplemente una precaución de gente sensata. Los muertos eran protestantes, estaban enterrados fuera de un camposanto, y las rudimentarias cruces estaban allí para hacer que los agitados espíritus se quedaran bajo tierra. La gente española tenía ya bastantes problemas con la guerra; los ejércitos de Francia, España y ahora Gran Bretaña cruzaban una y otra vez su tierra. Poco podía hacer un campesino contra esto, o contra los hombres que luchaban en la guerrilla. Pero los fantasmas de los ingleses paganos eran otro asunto. ¿Qué necesidad había de que espantaran el ganado y acecharan por los campos de noche? Clavaron bien las cruces y durmieron tranquilos.

CAPÍTULO 15

Uno de cada diez hombres debía ser azotado. Sesenta hombres del batallón, seis de cada compañía y, el capitán de cada compañía tenían que entregar a seis hombres, desnudos de cintura para arriba, listos para ser atados a los triángulos de azote que Simmerson había mandado hacer a los carpinteros del lugar. El coronel había dado sus órdenes y miraba alrededor furioso, con sus pequeños ojos sanguinolentos, a los oficiales congregados.

—¿Algún comentario?

Sharpe respiró hondo. Decir algo era inútil, no decir nada era cobardía.

—Creo que no es una buena idea, mi coronel.

—El capitán Sharpe cree que no es una buena idea —dijo Simmerson chorreando acidez en cada palabra—. El capitán Sharpe, caballeros, nos dice cómo hay que dirigir a los hombres. ¿Por qué no es una buena idea, capitán Sharpe?

—Fusilar a dos hombres por la mañana y azotar a sesenta por la tarde me parece a mí que es hacerles el trabajo a los franceses, mi coronel.

—Usted sí que se lo hace. Bien, maldito sea usted, Sharpe, y malditas sus ideas. Si la disciplina de este batallón fuera aplicada tan estrictamente por los capitanes como yo lo exijo este castigo no sería necesario. ¡Les azotaré! ¡Y eso incluye a sus valiosos fusileros, Sharpe! ¡Espero que haya tres de ellos entre sus seis hombres! ¡Aquí no hay favoritismos!

No había nada que hacer ni nada que decir. Los capitanes lo explicaron a sus compañías y, al igual que hizo Sharpe, cortaron pajas y las sacaron a suertes para determinar quiénes serían las víctimas de Simmerson. Tres docenas de azotes por sesenta hombres. Hacia las dos, las víctimas iban gorroneando bebidas alcohólicas que pudieran embotarles la mente y sus compañeros malhumorados empezaron la larga tarde limpiando y puliendo su equipo para la revista de Simmerson. Sharpe les dejó trabajando y volvió a la casa que hacía las funciones de cuartel general del batallón. Los problemas flotaban en el aire, un humor que evoca la pesadez anterior a una tormenta, la alegría de Sharpe de la mañana se había visto sustituida por el recelo y se preguntaba qué sucedería antes de que volviera a la casa donde Josefina le estaba esperando, soñando con Madrid.

Se pasó la tarde relleno laboriosamente los libros de la compañía.

Cada mes, el diario tenía que ser traspasado al diario mayor, y éste se tenía que entregar a Simmerson al cabo de una semana para que lo revisara. Encontró tinta, afiló una pluma, y con la lengua entre los dientes empezó a anotar los detalles. Podía haber delegado el trabajo en el sargento encargado de los libros pero prefería hacerlo él mismo porque así nadie podría acusar al sargento de favoritismos. Al soldado Thomas Cresacre se le cargó en cuenta un nuevo cepillo para los zapatos. Cinco

peniques. Sharpe suspiró; cada entrada en las columnas escondía una pequeña tragedia. Cresacre había lanzado el cepillo a su mujer y la madera se había partido contra una pared de piedra. El sargento McGivern lo había visto y le había denunciado de manera que además de sus problemas conyugales Thomas Cresacre perdería cinco de los doce peniques de su paga diaria. La siguiente entrada del pequeño diario que vivía en el bolsillo de Sharpe era un par de zapatos para Jedediah Horrell. Sharpe dudó. Horrell aseguraba que le habían robado los zapatos y Sharpe se inclinaba a creerle. Horrell era un buen hombre, un campesino robusto de la región central de Inglaterra, y Sharpe siempre encontraba su mosquete cuidado y su equipo en orden. Y Horrell ya había sido castigado.

Durante dos días había marchado con botas prestadas y sus pies estaban llagados y escocidos. Sharpe tachó la entrada de su diario y escribió en el diario mayor «perdidas en acción». Le había ahorrado al soldado Horrell seis chelines y seis peniques. Se acercó el libro de equipos y copió en él laboriosamente la información del diario mayor. Le divirtió ver que Lennox ya había descrito que cada hombre había perdido un cuello «en acción», así que oficialmente los cuellos, al igual que las botas de Horrell, iban a cargo del Gobierno en vez de ir a cargo del individuo que las había perdido. Durante una hora permaneció copiando del diario al diario mayor y de éste al libro de cuentas las menudencias de cada día. Cuando terminó se acercó el libro de tropa. Esto era más sencillo. El sargento Read, el encargado de los libros, ya había tachado los nombres de los hombres que habían muerto en Valdelacasa y había inscrito los nuevos nombres, los de los fusileros de Sharpe y los seis hombres que habían sido asignados a la compañía ligera cuando Wellesley lo había convertido en el nuevo batallón de destacamentos. Frente a cada uno de los nombres Sharpe anotó la cantidad de tres chelines y seis peniques, la suma adeudada, cada semana, por el coste de su comida. No era justo, lo sabía, ya que los hombres sólo recibían medias raciones y la cuestión era que la situación del avituallamiento iba empeorando. Los comisarios recorrían el valle del Tajo, había frecuentes choques entre patrullas inglesas y francesas para decidir qué bando podía registrar un pueblo en busca de alimentos escondidos. Incluso se libraban batallas entre los ingleses y sus aliados españoles que no habían entregado ni una centésima parte de los víveres que habían prometido y, sin embargo, cada día entraban rebaños de ovejas, vacas, cabras y cerdos para sus hombres. Pero él no tenía poder para reducir la cantidad que los hombres pagaban si las raciones no se entregaban completas. Sin embargo al final de la página anotó que la suma era el doble de lo que correspondía por la comida y tenía la esperanza de que más adelante se le ordenaría corregir esta injusticia. En la siguiente columna anotó cuatro peniques en cada línea, lo que había costado que las mujeres lavaran la ropa. Lavar la ropa de un hombre costaba dieciséis chelines y cuatro peniques al año, sus raciones más de ocho libras. Cada soldado ganaba un

chelín diario, diecisiete libras y sesenta chelines al año, pero una vez se le deducía la comida, el lavado, las medias suelas, y las tapas y la paga de un día que se iba a los hospitales militares de Chelsea y Kilmainham, a cada hombre le quedaban los tres sietes, siete libras, siete chelines y siete peniques, y Sharpe sabía, por su propia y amarga experiencia, que se podían considerar afortunados si obtenían eso. Muchos hombres perdían más dinero al tener que reemplazar el equipo perdido y la verdad era que a cada soldado se le pagaba cuatro peniques y medio al día por luchar contra el francés.

Como capitán, Sharpe recibía diez chelines y seis peniques al día. Parecía una fortuna, pero más de la mitad se le iba en la comida y además el rancho de los oficiales requería un gasto extra de dos chelines y ocho peniques al día para pagar el vino, la comida de lujo, y el rancho de los criados. Pagaba más por la limpieza y los hospitales y se conocía la suma al dedillo. Sencillamente no sumaba. Y ahora Josefina le costaba dinero. Hogan le había prestado dinero y, sumado al contenido de su bolsa de cuero, tenía suficiente para los próximos quince días, pero, ¿qué sucedería después? Su única esperanza era encontrar un cadáver rico en el campo de batalla. Un cadáver muy rico.

Sharpe terminó con los libros, los cerró, dejó la pluma sobre la mesa y bostezó al tiempo que el reloj de la ciudad daba las cuatro. Volvió a abrir el libro de tropa semanal y echó una mirada a los nombres, preguntándose con morbo cuántos de ellos estarían aún ahí al cabo de una semana, en cuántos de ellos aparecería la palabra «fallecido» en la columna de enfrente. ¿Tacharían su nombre? ¿Miraría otro oficial el libro mayor y se preguntaría quién había escrito «cinco peniques, un cepillo para los zapatos» frente al nombre de Thomas Cresacre? Volvió a cerrar los libros. Todo era pura especulación. Hacía un mes que no pagaban al ejército, y aunque lo hicieran tampoco estarían al día en los pagos. Le entregaría los libros al sargento Read, que los guardaría en la mula de la compañía y cuando llegara la paga, si lo hacía, Read haría las deducciones anotadas en los libros y pagaría a los hombres un puñado de monedas. Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, mi capitán —era la voz de Harper.

—Adelante.

La cara de Harper estaba triste, su comportamiento era muy formal.

—¿Y bien, sargento?

—Tenemos problemas, mi capitán, y gordos. Los hombres se niegan a formar.

Sharpe recordó su recelo.

—¿Qué hombres?

—Todo el maldito batallón, mi capitán. Incluso nuestros chicos.

Cuando Patrick Harper hablaba de «nuestros chicos» quería decir los fusileros.

Sharpe se puso en pie y se colgó el gran sable.

—¿Quién más lo sabe?

—El coronel, mi capitán. Los hombres le enviaron una carta.

Sharpe soltó una maldición por lo bajo.

—¿Le enviaron una carta? ¿Y quién la firmó?

Harper sacudió la cabeza.

—Nadie la firmó, mi capitán. Simplemente dice que no formarán y que si se acerca le volarán su maldita cabeza.

Sharpe recogió el fusil. Había una palabra que describía lo que estaba sucediendo y la palabra era «amotinamiento». La orden de Simmerson de azotar a uno de cada diez podía convertirse fácilmente en la orden de diezmarlos, y en lugar de azotarles, los hombres serían colocados contra los árboles y luego fusilados. Miró a Harper.

—¿Qué está pasando?

—Hablan mucho, mi capitán. Se están parapetando en el depósito de madera.

—¿Todos?

Harper negó con la cabeza.

—No, mi capitán. Todavía hay unos doscientos en el huerto. Su compañía está allí, mi capitán, pero los muchachos del depósito están intentando convencerlos para que se unan a ellos.

Sharpe sacudió la cabeza. El batallón estaba acampado en un olivar que los hombres llamaban huerto simplemente porque los árboles estaban dispuestos en filas. El olivar estaba detrás del depósito de madera, un patio amurallado con una única entrada.

—¿Quién entregó la carta?

—No lo sé, mi capitán. La pasaron bajo la puerta de la casa de Simmerson.

Sharpe se apresuró a salir. El patio de la casa estaba sombrío y en silencio, la mayoría de oficiales se había ido a conocer la ciudad antes de marchar a la mañana siguiente a encontrarse con los franceses.

—¿Hay algún oficial en el depósito?

—No, mi capitán.

—¿Y los sargentos?

El rostro de Harper era inexpresivo. Sharpe supuso que muchos de los sargentos secundarían la protesta, pero al igual que el enorme irlandés, conocían mejor que sus hombres cuál sería el resultado si el batallón se negaba a formar.

—Espere aquí.

Sharpe volvió corriendo a la casa. Las habitaciones estaban frescas y vacías. Una mujer le miró desde la cocina, con una ristra de pimientos en la mano, y rápidamente cerró la puerta cuando ella le vio la cara. Sharpe subió las escaleras de dos en dos y abrió de par en par la puerta de la habitación donde los oficiales más jóvenes de la

compañía ligera estaban alojados. Sólo estaba el alférez Denny, el joven de dieciséis años que estaba estirado durmiendo sobre un colchón de paja.

—¡Denny!

El muchacho se despertó, asustado.

—¡Mi capitán!

—¿Dónde está Knowles?

—No lo sé, mi capitán. Creo que en la ciudad.

Sharpe se detuvo a pensar un momento. El muchacho le miraba fijamente desde el colchón con los ojos bien abiertos. Sharpe apretaba una y otra vez la empuñadura de su espada.

—Reúnase conmigo en el patio en cuanto esté vestido. Deprisa.

Harper esperaba en la calle donde el calor del sol chamuscaba las piedras de tal manera que Sharpe sentía el ardor incluso a través de la suela de sus botas.

—Sargento, quiero la compañía ligera formada dentro de cinco minutos en el camino detrás del olivar. Con todo el equipo.

El sargento abrió la boca para hacer una pregunta, pero vio la expresión en la cara de Sharpe y saludó en su lugar. Se fue caminando. Denny salió del patio abrochándose el sable que iba arrastrando por las piedras junto a él. Parecía receloso cuando Sharpe se giró para hablarle.

—Escuche atentamente. Tiene que averiguar dónde está el coronel Simmerson y qué está haciendo. ¿Entendido?

El muchacho asintió.

—Y procure que no se entere de lo que está usted haciendo. Pruebe en el castillo. Luego venga a buscarme. Estaré o en el camino detrás del olivar o en la plaza frente al depósito de madera. Si no estoy en ninguno de ambos sitios busque al sargento Harper y espérese con él. ¿Entendido?

Denny volvió a asentir con la cabeza.

—Repítamelo.

El muchacho repitió las instrucciones. Quería desesperadamente preguntarle a Sharpe a qué se debía tanta excitación pero no se atrevió. Sharpe asintió cuando el muchacho hubo acabado.

—Una cosa más, Christopher —dijo utilizando deliberadamente su nombre de pila para dar seguridad al muchacho—. No debe entrar en el depósito de madera, bajo ningún concepto. Ahora, lárguese. Si ve al teniente Knowles, o al comandante Forrest, o al capitán Leroy, dígales que si pueden se reúnan conmigo. ¡Deprisa!

Denny se ciñó la espada y se marchó corriendo. A Sharpe le gustaba. Un día sería un buen oficial si antes no era atravesado por la bayoneta de un granadero francés. Sharpe rodeó la colina hacia el depósito de madera y los alojamientos de los hombres. Sólo había una manera de impedir el desastre y ésa era que el batallón formara lo

antes posible, antes de que Simmerson tuviera tiempo de reaccionar ante la amenaza de amotinamiento.

Detrás de él resonaron los cascos de un caballo y se giró para ver a un jinete que le hacía señales con la mano. Era el capitán Sterritt, el oficial de servicio, que parecía comprensiblemente nervioso.

—¡Sharpe!

—¿Sterritt?

Sterritt tiró del caballo.

—Hay una llamada para que los oficiales acudan al castillo.

—¿Qué sucede?

Sterritt miró frenéticamente a su alrededor a las calles desiertas, como si alguien pudiera oír el nuevo desastre que le había sobrevenido al batallón de Simmerson. Sharpe apenas había vuelto a ver a Sterritt desde la batalla del puente. El hombre tenía miedo evidente de Simmerson, de los hombres, de Sharpe, de todo el mundo, y procuraba pasar inadvertido. Le resumió los acontecimientos del depósito de madera. Sharpe le interrumpió.

—Eso ya lo sé. ¿Qué pasa en el castillo?

—El coronel quiere ver al general Hill.

Aún estaba a tiempo. Levantó la vista hacia el asustado capitán.

—Escuche. Usted no me ha visto. ¿Entendido, Sterritt? No me ha visto.

—Pero...

—No hay pero que valga. ¿Quiere que fusilen a esos sesenta hombres?

Sterritt abrió la boca un palmo. Volvió a mirar las calles de alrededor y se dirigió a Sharpe.

—Las órdenes del coronel son que nadie se acerque al depósito de madera.

—Usted no me ha visto, así que, ¿cómo puedo yo conocer las órdenes?

—Oh —contestó Sterritt sin saber cómo reaccionar.

Vio que Sharpe se marchaba calle abajo y deseó, una vez más, haber nacido cuatro años antes; entonces hubiera sido el heredero y ahora sería un terrateniente. De esta manera se sentía un muñeco de trapo arrastrado por la corriente. Se volvió tristemente hacia el castillo preguntándose en qué quedaría todo este asunto.

Enfrente del depósito de madera había un enorme espacio abierto como el terreno comunal de un pueblo inglés, solo que la hierba aquí estaba amarillenta y crecía pobremente sobre la escasa tierra. Aquel terreno se utilizaba para el mercado semanal, pero ahora era un terreno de juego para los soldados de una docena de batallones. Sharpe vio tropas del 48 y del 29, y una compañía de los Fusileros Reales Americanos cuyas casacas verdes le trajeron a la memoria días felices. Los hombres jaleaban y animaban a los jugadores; Sharpe pensó que pronto tendrían un espectáculo más interesante que observar.

Giró a la izquierda, junto a un muro del depósito de madera, abajo hacia el olivar. No había nadie en el camino tal como él había supuesto, pero al acercarse gritó llamando a Harper y como respuesta oyó una ráfaga de órdenes; eran los sargentos de la compañía ligera que mandaban a los hombres hacia el camino. Suponía que los hombres serían reacios a formar pero dudaba que se atrevieran a resistírsele, y se detuvo y miró cómo Harper formaba la compañía en cuatro filas.

—¡Compañía formada, mi capitán!

—Gracias, sargento.

Sharpe caminó hacia la primera línea de la compañía, de espalda a los árboles y a la multitud de espectadores que formaban las mujeres del batallón mezcladas con hombres de las otras compañías que habían saltado el muro desde el depósito.

—Vamos a formar pronto.

No se movieron. Miraban fijamente al frente.

—Los seis hombres destacados para el castigo, que den un paso al frente.

La vacilación duró unos segundos. Los seis hombres, tres fusileros y tres de la compañía ligera originaria, miraron a derecha e izquierda, pero dieron el paso. Se produjo un murmullo en la tropa.

—¡Silencio!

Los hombres se callaron pero desde atrás, desde el olivar, un grupo de mujeres empezó a gritar insultos y a decir a sus hombres que no fueran cobardes. Sharpe se dio la vuelta.

—¡Callad la boca! ¡También se azota a las mujeres!

Mandó marchar a la compañía hacia la plaza del mercado e hizo salir a los ociosos reacios de la fina hierba. Los seis hombres que tenían que ser azotados permanecían en la primera fila, vestidos sólo con los pantalones y la camisa. Fue fácil convencerles. Sharpe adivinaba en sus caras que se sentían aliviados por que les hubiera obligado a formar. Cualesquiera que fueran las palabras encendidas que se hubieran pronunciado en la ardiente tarde española, Sharpe sabía que ningún hombre querría realmente pasar por la inutilidad de medirse con la máxima autoridad del ejército. Eso parecía simple, pensaba, y ahora tenía que persuadir a otras nueve compañías. Caminó hasta los seis hombres de la primera fila y los miró con dureza.

—Sé que es injusto —hablaba bajo—. Ustedes no provocaron el ruido esta mañana.

Se detuvo. No estaba seguro de lo que quería decir y si continuaba podría parecer que compartía sus protestas en demasía. Gataker, uno de los desafortunados fusileros, sonrió alegremente.

—De acuerdo, mi capitán. No es culpa suya. Hemos sobornado a los muchachos de los tambores.

Sharpe le sonrió también. El soborno no serviría de nada, Simmerson se

aseguraría de ello, pero agradecía las palabras de Gataker. Dio cinco pasos atrás y levantó la voz.

—¡Esperen aquí! ¡Si algún hombre se mueve sustituirá a uno de los seis!

Caminó por la hierba hacia la puerta de dos hojas del depósito de madera. En realidad nunca había estado preocupado por sus hombres, sabía que le seguirían, pero mientras caminaba hacia las puertas cerradas se preguntaba qué problema se cocía en el interior. Y, más aún, qué problema se estaba cociendo tras las murallas de losa del castillo. Tocó la empuñadura de la espada y siguió caminando.

CAPÍTULO 16

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán!

El alférez Denny corría hacia él, arrastrando la espada, con el rostro chorreando sudor.

—¿Mi capitán?

—¿Qué ha averiguado?

—El coronel está en el castillo, mi capitán. Creo que está con el general. Encontré al capitán Leroy y al comandante Forrest. El capitán Leroy dijo que le esperara.

Por encima del hombro de Denny, Sharpe vio a Leroy, a caballo, saliendo de las empinadas calles que llevaban al castillo. El americano, gracias a Dios, no se daba prisa. Llevaba el caballo al paso como si no hubiera ninguna urgencia; si los hombres del depósito de madera percibían pánico o preocupación entre los oficiales, creerían que estarían ganando y se obstinarían todavía más.

El caballo de Leroy casi hizo las últimas yardas paseando. El americano saludó a Sharpe con la cabeza, sacó las manos de las bridas y encendió un puro largo y negro.

—Sharpe.

Sharpe sonrió.

—Leroy.

Leroy se deslizó del caballo y miró a Denny.

—¿Sabes cabalgar, muchacho?

—Por supuesto, mi capitán.

—Bien, pues súbete a este caballo y mantenlo callado. Aquí tienes.

Leroy hizo escalera con sus manos y ayudó al muchacho a subirse a la silla.

—Espérenos con la compañía —dijo Sharpe.

Denny se fue cabalgando. Leroy se volvió hacia Sharpe.

—Hay un pánico tremendo allá arriba. Simmerson está negro y pide la artillería a gritos, Papá Hill le dice que se calme.

—¿Estaba usted allí arriba?

Leroy asintió.

—Encontré a Sterritt. Le va a dar un ataque, cree que es todo culpa suya porque es el oficial de servicio. Simmerson grita que es un amotinamiento. ¿Qué pasa?

Siguieron caminando hacia el depósito de madera. Sharpe rechazó un puro.

—Dicen que no van a formar. Pero en realidad todavía no se lo ha ordenado nadie. Mis chicos lo hicieron sin problemas. Tal como yo lo veo hemos de sacar al resto de ahí rápidamente.

Leroy lanzó un fino hilo de humo al aire.

—Simmerson ha ido por la caballería.

—¿Qué?

—Papá no tenía elección, ¿verdad? Un coronel le viene y le dice que las tropas se han amotinado. Así que el general envía a la LAR. Sin embargo, aún tardarán; ni siquiera habían montado.

La Legión Alemana del Rey. Era la mejor caballería del ejército de Wellesley; rápidos, eficientes, valientes, y una buena elección para terminar con un motín. Sharpe no se atrevía a pensar en los jinetes alemanes desalojando el depósito de madera con sus sables.

—¿Dónde está Forrest?

Leroy señaló el castillo.

—Viene hacia aquí. Ha ido a buscar al sargento mayor. No creo que espere a sir Henry y su artillería pesada.

Leroy sonrió ampliamente. Llegaron a la puerta que estaba entreabierta. Harper había mencionado unas barricadas pero Sharpe no veía ninguna. Leroy le hizo una señal.

—Adelántese, Sharpe. Le dejo a usted que hable. Se creen que es usted una especie de maldito hacedor de milagros.

Su primera impresión fue la de un depósito lleno de hombres estirados, de pie, sentados, con las armas amontonadas, las casacas y el equipo tirados. Había un fuego que ardía en el centro del patio, lo que le llamó la atención debido al calor del día y entonces recordó los triángulos de más que Simmerson había ordenado para los azotes en masa. El coronel debía haber encargado el trabajo allí y los hombres habían quemado las maderas que habían sido clavadas toscamente unas con otras, listas para los castigos. Hubo un silencio momentáneo cuando los dos oficiales entraron por la puerta seguidos de un zumbido de charla excitada. Leroy se apoyó en la entrada, Sharpe se abrió paso lentamente entre los grupos de hombres, dirigiéndose hacia el fuego que parecía ser el centro del patio. Los hombres bebían, algunos ya estaban borrachos, y mientras Sharpe caminaba lentamente entre los murmullos y las miradas hostiles, un hombre le ofreció irónicamente una botella. Sharpe no le hizo caso, golpeó el brazo del hombre con su rodilla al pasar y oyó como la botella caía al suelo. Llegó al espacio frente al fuego y cuando se volvió para ponerse de cara a la masa de hombres, el murmullo desapareció. Adivinó que no habría que batallar mucho con ellos, no había ningún cabecilla que protestara, sólo se habían oído unos tristes murmullos.

—¡Sargentos!

Nadie se movió. Tenía que haber sargentos en el patio. Volvió a gritar.

—¡Sargentos! ¡Rápido! ¡Aquí!

Aún no se movía nadie pero con el rabillo del ojo captó la imagen de un grupo de hombres, con camisa y pantalón, que se movían inquietos. Les señaló.

—Venga. ¡Deprisa! ¡Pónganse el equipo!

Vacilaron. Durante un instante se preguntó si los sargentos serían los cabecillas, pero entonces se dio cuenta de que probablemente tenían miedo de los hombres. Sin embargo, recogieron las casacas y los cinturones. Se oyeron algunos abucheos pero nadie hizo ademán de detenerlos. Sharpe se empezó a sentir relajado.

—¡No!

Un hombre a la izquierda se levantó. Hubo silencio, no se movía nada, los sargentos miraron al hombre que había hablado. Era un hombre alto con cara inteligente. Se giró hacia los hombres y habló con voz razonable.

—No vamos a ir. ¡Hemos decidido esto y lo hemos de mantener!

Su voz, al igual que la del muerto Ibbotson, era educada. Se volvió hacia Sharpe.

—Los sargentos pueden ir, mi capitán, pero nosotros no. No es justo.

Sharpe no le prestó atención. No era el momento de discutir si la disciplina de Simmerson era justa o injusta. La disciplina, en momentos como éste, no era un tema que se pudiera discutir. Existía y eso era todo. Se volvió hacia los sargentos.

—¡Venga! ¡Muévanse!

Los sargentos, una docena, fueron hacia el fuego con obediencia. Sharpe se dio cuenta de repente del calor abrasador de la hoguera, que junto con el sol le hacía chorrear la espalda. Los sargentos se detuvieron.

Sharpe habló en voz alta.

—Tienen dos minutos. Quiero a todo el mundo en este patio formando y uniformado. Los hombres que tengan que ser azotados, sólo con pantalones y camisa. Compañía de granaderos junto a la puerta, al resto háganlos formar. ¡Venga!

Dudaron. Sharpe dio un paso adelante hacia ellos y de repente se pusieron en movimiento. Se giró y avanzó hacia los hombres en masa.

—¡De pie! ¡Formando! ¡Deprisa!

El hombre corpulento intentó hacer una última protesta pero Sharpe le golpeó.

—¿Quiere más malditas ejecuciones? ¡Muévase!

Todo había terminado, hubo que darles unas patadas en los pies a algunos de los hombres borrachos, pero la batallita estaba ganada.

Leroy se reunió con Sharpe y junto con los sargentos, alinearon las compañías. Los hombres estaban hechos un desastre. Los uniformes no estaban cepillados, estaban manchados del polvo de la madera, los cinturones tenían óxido y los mosquetes estaban sucios. Algunos hombres estaban pálidos por la bebida. Sharpe no había visto nunca un batallón en tan mala forma, aunque eso era mejor que una multitud amotinada y perseguida por la eficiente caballería alemana.

Leroy abrió las puertas de par en par, Sharpe dio órdenes y el batallón marchó hacia fuera en formación para alinearse con la compañía ligera. Forrest estaba fuera. Se quedó boquiabierto cuando vio salir a la primera compañía. Un puñado de oficiales y de sargentos estaba con él y corrieron hacia sus compañías gritando

órdenes. El batallón empezó a marchar con resolución, el sargento mayor los puso a punto, les ordenó descanso, y les dejó en esa posición. Sharpe se acercó al caballo de Forrest, le llamó la atención y le saludó.

—¡Batallón formado, mi comandante!

Forrest bajó la mirada hasta él.

—¿Qué ha sucedido?

—¿A qué se refiere, comandante? Nada.

—Pero me habían dicho que se negaban a formar.

Sharpe señaló el batallón. Los hombres se estaban colocando bien los uniformes, cepillando el polvo de las casacas, dando puñetazos a los chacós para devolverles la forma. Forrest los miró fijamente y luego volvió la mirada hacia Sharpe.

—Esto no le va a gustar.

—¿Al coronel, mi comandante?

Forrest sonrió burlonamente.

—Viene hacia aquí con la caballería, Sharpe. Y el general Hill.

Forrest eliminó la sonrisa, que era impropia, pero Sharpe entendió la broma. Simmerson estaría furioso; había molestado a un general, había levantado un regimiento de caballería y todo por un amotinamiento que no existía. Esa idea le agradó.

El batallón permaneció bajo el calor, las campanas de la ciudad dieron las cinco y cuarto, se quitaron el polvo de los uniformes como buenamente pudieron. Quizá la mitad de los oficiales estaba allí, habían ido llegando de la ciudad, pero el resto estaba con Simmerson. Cuando el reloj tocó la media se oyó un trueno de cascos, una nube de polvo, y con un despliegue de fuerzas calculado para desmoralizar a las supuestamente amotinadas tropas, aparecieron los dragones con el uniforme azul de la Legión Alemana del Rey al galope hacia la plaza del mercado. Resultaban espléndidos con sus casacas azules, con las pellizas ribeteadas de piel y, en la cabeza, los sombreros de piel marrón. Llevaban los sables desenvainados y cabalgaban directos hacia el almacén de madera. Lentamente, fueron cayendo en la cuenta de que estaba vacío y que las cabezas que les habían enviado a cortar estaban formadas. Se oyó gritar órdenes, los caballos giraron, la caballería se sumergió en un silencio embarazoso y miró la manada de jinetes con casaca roja que les seguía hasta la plaza del mercado; el coronel sir Henry Simmerson con el general de división Rowland Hill, ayudas de campo, oficiales del batallón como Gibbons y Berry, y detrás de ellos una manada de otros oficiales a caballo que habían llegado a ver la agitación.

Se detuvieron todos y se quedaron mirando. Simmerson se asomó al depósito de madera, volvió a mirar a la formación y otra vez al patio del depósito. El sargento mayor siguió las órdenes de Forrest.

—¡Batallón! ¡Atención!

El batallón de destacamentos se puso firme. El sargento mayor hinchó el pecho.

—¡Batallón! ¡Armas al hombro!

Los tres movimientos estaban perfectamente sincronizados. Sólo se oía el sonido de seiscientas manos palmoteando seiscientos mosquetes a la vez.

—¡Batallón saluda al general!

Había un general.

—¡Presenten armas!

Sharpe saludó con su sable. Tras él las compañías golpearon el suelo con el pie derecho, con los mosquetes inclinados con magnífica precisión; la formación vibró de orgullo. «Papá» Hill devolvió el saludo. El sargento mayor mandó poner las armas al hombro, descansen armas y luego descanso. Sharpe vio que Forrest iba con su caballo hacia Simmerson, que estaba saludando. Vio gesticulaciones pero no pudo oír nada. Parecía que Hill hacía preguntas y Sharpe vio que Forrest se giraba sobre su silla y señalaba en dirección a la compañía ligera. La indicación con el brazo se convirtió en una llamada.

—¡Capitán Sharpe!

Sharpe marchó por la plaza de armas como si fuera el sargento mayor del regimiento en un desfile real. Maldito Simmerson. Podían haberle hundido la cara en la porquería. Se detuvo en seco, saludó y esperó. Hill le miró, el sombrero de tres picos le hacía sombra en la cara.

—¿Capitán Sharpe?

—¡Mi general!

—¿Usted ha formado al batallón? ¿No es así?

—¡Mi general!

Sharpe había aprendido cuando era sargento que repetir la palabra «mi» seguida de la correspondiente graduación con suficiente fuerza y precisión podía hacer que aprobase la mayoría de entrevistas con oficiales veteranos. Hill también lo creía así. Miró su reloj y luego otra vez a Sharpe.

—La revista está preparada con media hora de antelación. ¿Por qué?

—Los hombres parecían estar aburridos, mi general. Pensé que un poco de instrucción les iría bien, así que el capitán Leroy y yo les sacamos.

Hill sonrió, le gustó la respuesta. Miró a la tropa que permanecía inmóvil bajo el sol.

—Dígame, capitán, ¿alguno se negó a formar?

—¿Negarse, mi general? —dijo Sharpe sorprendido—. No, mi general.

—¿Ni un solo hombre, mi capitán? —insistió Hill con intensidad.

—No, mi general, ni uno solo.

Sharpe no se atrevió a mirar a Simmerson. Una vez más, el coronel parecía tonto. Había clamado «amotinamiento» ante un general de división y resultaba que un

capitán subalterno había hecho formar a los hombres. Sharpe percibió que Simmerson se removía incómodo sobre su silla cuando Hill bajó la mirada con perspicacia.

—Me sorprende, capitán.

—¿Le sorprendo?

Hill sonrió. Había tratado con bastantes sargentos en su vida como para saber a qué jugaba Sharpe.

—Sí, capitán. Usted se ha enterado de que su coronel recibió una carta diciendo que los hombres se negaban a formar. A eso se le llama amotinamiento.

Sharpe se giró con ojos de inocente hacia Simmerson.

—¿Una carta, mi general? ¿Negándose a formar?

Simmerson le miró con enojo; hubiera matado a Sharpe allí mismo si se hubiera atrevido. Sharpe volvió a mirar a Hill y cambió la expresión de sorpresa inocente por otra en la que simulaba ir cayendo en la cuenta.

—Creo que se debe tratar de una broma, mi general. Usted ya sabe lo juguetones que son los muchachos cuando están listos para una batalla.

Hill se rió. Le habían ganado demasiados sargentos como para saber cuándo tenía que parar de jugar.

—¡Bien! ¡Mucho ruido y pocas nueces! ¡Hoy parece que es el día del South Essex! Es la segunda vez que paso esta revista en doce horas. Creo que ya es hora de que pase revista a sus hombres, sir Henry.

Simmerson no dijo nada. Hill se volvió hacia Sharpe.

—Gracias, capitán. Del 95.º, ¿no?

—Sí, mi general.

—He oído hablar de usted. Sharpe, ¿no? Déjeme pensar.

Miró con atención al fusilero y luego chasqueó los dedos.

—¡Claro! ¡Es un honor para mí conocerle, Sharpe! ¿Sabía que los fusileros están de vuelta?

Sharpe sintió que el corazón se le salía.

—¿Aquí, mi general?

—Quizás ahora ya estén en Lisboa. Uno no puede arreglárselas sin los fusileros, ¿verdad Simmerson?

No hubo respuesta.

—¿De qué batallón es usted, Sharpe?

—Segundo, mi general.

—Lástima, entonces. El que viene es el primero. De todas maneras, da gusto encontrarse con viejos amigos, ¿no?

—Sí, mi general.

Hill parecía realmente feliz de estar charlando. Por encima del hombro del

general Sharpe vislumbró a Gibbons, sentado desconsolado sobre su caballo. El general espantó una mosca.

—¿Qué se dice de los fusileros, eh, capitán?

—Que son los primeros en llegar al campo y los últimos en marchar, mi general.

Hill asintió.

—¡Eso es moral! Así que lo han incorporado al South Essex, ¿no es así?

—Sí, mi general.

—Bien, me alegro de que esté en mi división, Sharpe, me alegro mucho.
¡Proceda!

—Gracias, mi general.

Saludó, dio media vuelta y volvió hacia la compañía ligera.

Cuando se iba oyó a Hill gritarle al comandante de caballería:

—¡Se pueden ir a casa! ¡Nada más por hoy!

El general condujo a su caballo por las filas del batallón y habló afablemente con los hombres. Sharpe había oído hablar mucho de «Papá» Hill y entendió por qué le habían dado ese apodo. El general tenía el don de hacer creer a cada hombre que se ocupaba de él, parecía realmente interesado en ellos, quería que fueran felices. No había manera de que no percibiera el estado en que se encontraba el batallón. Incluso teniendo en cuenta las tres semanas de marcha y la batalla del puente, los hombres se habían vestido apresuradamente, a pesar de que estaban sucios, pero Hill hizo como que no lo veía. Cuando llegó a la compañía ligera, señaló con la cabeza a Sharpe con familiaridad, bromeó acerca de la altura de Harper y cabalgó hacia Simmerson y su séquito en el centro de la plaza de armas.

—¡Han sido ustedes malos chicos! ¡Me han desengañado esta mañana!

Hablaba lenta y claramente, de manera que las compañías de los flancos, como la de Sharpe, pudieran oírle a la perfección.

—¡Se merecen el castigo que sir Henry ordenó!

Hizo una pausa.

—¡Pero esta tarde lo han hecho muy bien! ¡Formarse antes!

Se hizo un susurro de risas en la tropa.

—¡Parecen ansiosos por recibir el castigo!

La risa cesó.

—Bien, se sentirán desilusionados. Dado su comportamiento esta tarde sir Henry me ha pedido que suspenda la revista de castigo. No estoy totalmente de acuerdo con él, pero voy a dejar que lo haga a su manera. Así que no habrá azotes.

Se oyeron suspiros de alivio. Hill respiró hondo.

—¡Mañana marcharemos con nuestro aliados españoles hacia los franceses! ¡Vamos a Talavera y libraremos una batalla! Estoy orgulloso de que estén en mi división. ¡Juntos les enseñaremos a los franceses lo que quiere decir ser soldado!

Levantó una mano hacia ellos en señal de paz.

—¡Buena suerte, muchachos, buena suerte!

Le aclamaron hasta quedarse roncos, se quitaron los chacós y los agitaron saludando al general, quien les devolvió una sonrisa radiante como si fuera un padre indulgente. Cuando el ruido se apagó se giró hacia Simmerson.

—Haga que rompan filas, coronel, que rompan filas. ¡Lo han hecho bien!

A Simmerson no le quedaba más remedio que obedecer. Rompieron filas, los hombres se dispersaron por el campo hablando y riendo. Hill se fue al trote hacia el castillo y Sharpe vio a Simmerson y a su grupo de oficiales cabalgar tras él. El hombre había quedado como un tonto ante todos y él, Sharpe, sería el culpable. El alto fusilero volvió lentamente, caminando hacia la ciudad, con la cabeza gacha. Era cierto que le había gustado desconcertar a Simmerson pero el coronel se lo había ganado; ni siquiera se había molestado en comprobar si los hombres se negarían a cumplir la orden, simplemente había llamado a la caballería. Sharpe sabía que había lanzado demasiados insultos sobre el coronel y su sobrino. Sharpe dudaba que ahora Simmerson se contentara con la carta que ya estaría en Lisboa, esperando un barco que llevase el correo a Londres. La carta arruinaría la carrera de Sharpe y a menos que fuera capaz de obrar un milagro en la batalla que se acercaba cada vez más, Simmerson tendría la satisfacción de ver a Sharpe destrozado. Pero aún había más. Había honor y orgullo, y una mujer. Dudaba que Gibbons persiguiera una solución honrosa, dudaba que el teniente quedara satisfecho con la carta que su tío había escrito, y sintió un temblor de recelo ante lo que podía suceder. La chica se convertiría en el objetivo de Gibbons.

Un hombre le alcanzó corriendo.

—¿Capitán?

Sharpe se giró. Era el hombre corpulento que había intentado impedir que el batallón formara en el depósito de madera.

—¿Sí?

—Quería darle las gracias, mi capitán.

—¿A mí? ¿Por qué?

Sharpe fue rudo al hablar. El hombre estaba aturdido.

—Nos hubieran fusilado, mi capitán.

—Yo mismo hubiera dado la orden.

—Entonces gracias, mi capitán.

Sharpe estaba impresionado. El hombre se podía haber callado.

—¿Cómo se llama?

—Huckfield, mi capitán.

Era culto y Sharpe sintió curiosidad.

—¿Dónde aprendió tanta educación, Huckfield?

—Era oficinista, mi capitán, en una fundición.

—¿Una fundición?

—Sí, mi capitán. En Shropshire. Hacíamos acero, mi capitán, día y noche. Era un valle de fuego y humo. Pensé que esto sería más interesante.

—¡Se alistó voluntario! —exclamó Sharpe mostrando sorpresa.

—Sí, mi capitán —asintió Huckfield.

—¿Decepcionado?

—El aire es más puro, mi capitán.

Sharpe le miró fijamente. Había oído a hombres hablar de la nueva «industria» que estaba naciendo en Gran Bretaña. Habían descrito, al igual que Huckfield, paisajes enteros enladrillados y moteados con los hornos gigantes que producían hierro y acero. Había oído contar historias de puentes construidos sobre ríos, puentes hechos todos ellos de metal, de barcos y máquinas que funcionaban con vapor, pero no había visto ninguna de estas cosas. Una noche, alrededor de un fuego de campo, alguien había dicho que eso era el futuro y que los días de los hombres a pie o a caballo estaban contados. Eso era pura fantasía, por supuesto, pero ahí estaba Huckfield que había visto esas cosas, y la imagen de un país entregado a enormes máquinas negras con vientres de fuego le hacía sentir inseguro. Hizo al hombre un gesto con la cabeza.

—Olvídese de lo de esta tarde, Huckfield. No ha pasado nada.

No hizo caso del agradecimiento del hombre. Sentirse inseguro por el futuro era el precio que tenía que pagar por ser soldado. Sharpe no podía imaginarse en un ejército que no estuviera en guerra; no podía imaginarse qué haría si de repente estuvieran en paz y él no tuviera trabajo. Pero antes había que entablar una batalla, y ganar un águila y luchar por una chica. Se adentró en las calles de Oropesa.

CAPÍTULO 17

En dieciséis años de soldado Sharpe rara vez había sentido con tal certidumbre la inminencia de la batalla. El ejército español y el británico se habían reunido en Oropesa y marchaban hacia Talavera, veintiún mil británicos y treinta y cinco mil españoles, un ejército enorme inflado con mulas, criados, esposas, niños, sacerdotes, que fluía dirección este hacia donde las montañas casi se unían al río Tajo y la amplia llanura terminaba en la ciudad de Talavera. Las ruedas de los ciento diez cañones de campaña machacaban los caminos convirtiéndolos en polvo fino, los cascos de los más de seis mil soldados de caballería levantaban el polvo en el aire donde se pegaba a la infantería que caminaba entre el calor y escuchaba el lejano crujido producido por los tiradores de vanguardia españoles que apartaban la cobertura ligera de los tiradores franceses. A derecha e izquierda Sharpe veía otros penachos de polvo donde las patrullas de caballería cabalgaban paralelas a la línea de marcha; más cerca, en los campos, el batallón veía grupos de soldados españoles que se habían descolgado de la marcha y estaban echados, aparentemente despreocupados, charlando con sus mujeres, fumando, observando pasar las largas columnas de la infantería británica.

Los hombres estaban hambrientos. Por mucho que lo hubiera intentado Wellesley, por muy concienzudo que fuera el comisario, simplemente no había suficiente comida para todo el ejército. La zona entre Oropesa y Talavera ya había sido peinada por los franceses, ahora lo estaba siendo por los españoles y británicos, y el batallón sólo había comido tommis, tortas hechas con harina y agua, desde que habían dejado Oropesa el día anterior. Era el momento de apretarse el cinturón, pero la perspectiva de acción había elevado la moral de los hombres y cuando el batallón pasó por delante de los cuerpos de tres tiradores franceses olvidaron el hambre nada más ver el primer signo de infantería francesa. Sharpe le dijo a su compañía ligera que los muertos con charreteras orladas eran los famosos *voltigeurs* franceses, los tiradores, los hombres contra los cuales la compañía ligera mantendría su propia batalla particular entre las líneas, antes de que los grandes batallones se enfrentaran. Los hombres del South Essex, que no habían visto a la infantería enemiga con anterioridad, miraron fijamente y con curiosidad los cuerpos con casacas azules que habían sido arrojados junto al muro de una iglesia. Los uniformes estaban moteados de manchas negras, las cabezas echadas hacia atrás con la extraña expresión de los muertos, a un hombre le faltaba un dedo que Sharpe supuso debía haber sido cortado para conseguir un anillo de valor. El alférez Denny los miraba fijamente con fascinación, éstos eran la famosa infantería francesa que había marchado por toda Europa; miró los rostros con bigote y se preguntó cómo se sentiría cuando viera caras similares, pero vivas, mirándole fijamente por encima del dorado tubo de un mosquete francés.

Los franceses no opusieron resistencia hacia el oeste de Talavera ni en la misma ciudad. Los ejércitos atravesaron la ciudad, algunos desfilando, y siguieron una milla más hasta que se detuvieron al crepúsculo en las riberas de un pequeño río que desembocaba en el Tajo. El batallón marchó hacia el norte de la ciudad y Sharpe se preguntaba cómo encontraría Josefina allí una habitación. Hogan había prometido que se ocuparía de ella y Sharpe miraba a la multitud que se apiñaba en las estrechas calles como si pudiera vislumbrarla. Los hombres se quejaban. Estaban cansados y tenían hambre y se resentían que se les negaran los placeres de la ciudad. Veían a oficiales a caballo dirigiéndose hacia las antiguas murallas, sus esposas y sus hijos iban hacia allá, pero la tropa siguió hasta el Alberche y acampó en los alcornoques que bajaban hasta el río poco profundo. Mañana lucharían. Si sobrevivían entonces llegaría el momento de comprar bebida en Talavera, pero primero tenían que cruzar el río Alberche y derrotar al ejército del mariscal Víctor. Se encendieron fuegos entre los árboles, los batallones se instalaron rápidamente para pasar la noche, mirando con recelo hacia la lejana orilla donde cientos de penachos de humo se entremezclaban y temblaban sobre el campamento francés. Por fin los ejércitos se habían concentrado, británicos, españoles y franceses, y mañana deberían luchar; y la compañía de Sharpe se acucillaba junto a los fuegos y los hombres se hacían preguntas respecto a los que estaban justo al otro lado del río, sentados junto a similares fuegos y que harían las mismas bromas en otra lengua.

Sharpe y Harper pasearon por el borde del río donde los pelotones de vanguardia del batallón se preparaban para pasar la noche de guardia. Dos hombres de la compañía ligera, vestidos con gabán, hicieron un gesto a Sharpe con la cabeza y levantaron sus pulgares señalando al otro lado del río. Un pelotón francés les estaba mirando, tres hombres fumaban en pipa, mientras que otro francés se llenaba la cantimplora en el borde del río. El hombre levantó la mirada, vio a Sharpe y le saludó con la mano. Gritó algo pero no le entendieron. Sharpe temblaba un poco. El sol ya no calentaba, enrojecía hacia el oeste y el frío de la noche se empezaba a notar. Le devolvió el saludo con la mano al francés y se volvió hacia el alcornoque.

Ahora venía el momento de los rituales antes de la batalla. Sharpe caminó entre los árboles y charló con los hombres que se preparaban con las obsesiones por el detalle que todos los hombres creían que podían protegerles en el caos de la lucha. Los fusileros habían quitado el seguro, habían sujetado con clavos los principales muelles del enorme fusil y habían cepillado toda la restante suciedad de la maquinaria. Los hombres ponían pedernales nuevos en los mosquetes o en los fusiles, los desenroscaban y los volvían a poner, buscando el ajuste exacto que no se aflojara, lo giraban hacia los lados o lo rompían en la cazoleta. Se llevaban con cuidado de las hogueras ollas con agua hirviendo que se vertían en los cañones de las armas para aclarar cualquier resto anterior de pólvora, porque al día siguiente la vida de un

hombre podría depender de lo rápido que pudiera recargar su mosquete. Junto al sonido de los insectos se oía el ruido de cientos de piedras frotando interminablemente las bayonetas, los campesinos afilando las espadas como solían afilar las hoces o las guadañas. Los hombres remendaban los uniformes, les cosían botones, hacían cintas nuevas, como si ir más cómodo fuera estar más a salvo. Sharpe había vivido aquel ritual un centenar de veces; lo viviría otra vez aquella noche como un caballero de tiempos pasados debía ajustar cada pieza de su armadura, apretando cada pieza, dejando la siguiente hasta que la anterior estuviera asegurada. Algunos fusileros vaciaron toda la pólvora fina de sus cuernos y echaron los granos negros sobre tela blanca para asegurarse de que no había pedazos húmedos que pudieran obstruir el medidor durante la batalla. Las mismas bromas de siempre: «Mañana no se ponga el sombrero, sargento, los franceses le verán la cara y se morirán de risa». Esta salía bien siempre y cuando el sargento no viera qué hombre había gritado de entre las sombras; a otros hombres se les decía que fueran a dormir con los franceses porque sus ronquidos mantendrían despierto al enemigo, las bromas manidas formaban parte de la batalla al igual que las balas que empezarían a volar con las primeras luces.

Sharpe fue caminando entre los fuegos, haciendo chistes, aceptando tragos de bebidas acaparadas, sintiendo los filos de las bayonetas, diciendo a los hombres que el día siguiente no sería malo. No debía serlo. Los británicos y españoles superaban ampliamente en número a los franceses; los aliados tomaban la iniciativa, la batalla tenía que ser corta, rápida y la victoria casi cierta. Escuchaba a los hombres alardeando de las hazañas que realizarían al día siguiente y sabía que las palabras encubrían el miedo; así debía ser. Otros hombres, más calladamente, le preguntaban cómo sería. Sonreía y les decía que ya lo verían por la mañana, pero que no iría tan mal como ellos temían, y les ocultaba su conocimiento del caos que todos ellos tendrían que controlar cuando la infantería atacante avanzara hacia la tormenta de botes de metralla y disparos de mosquete. Se alejó dejando atrás las hogueras, bordeó la hoguera grande donde los criados de los oficiales preparaban un ligero estofado de buey salado, el último de las atesoradas provisiones, y se alejó de los árboles. Con la última luz del crepúsculo vio una granja a unas quinientas yardas hacia donde había observado que se dirigían los dragones ligeros del 16 con sus caballos. Cruzó los campos y entró en el patio. Una fila de soldados de caballería con uniforme azul y escarlata esperaba junto al armero. Sharpe aguardó a que acabaran y entonces desenvainó su enorme espada y la llevó hasta la rueda. Esto formaba parte de su ritual, tener la espada afilada por un armero de caballería, porque hacían el filo más fino, y el armero miró su uniforme de fusilero y sonrió burlonamente. Era un soldado viejo, demasiado viejo para cabalgar en la batalla, pero había visto de todo y había hecho de todo. Cogió la espada de Sharpe, la tocó con el ancho pulgar y luego la puso

contra la piedra que giraba. Saltaban chispas de la rueda, la hoja cantaba, el hombre la deslizaba arriba y abajo por el borde y entonces afiló seis pulgadas de la punta del canto de la hoja. Limpió la espada con un trozo de cuero grasiento.

—Hágase con una alemana, capitán.

Era una vieja discusión, si las hojas Kligenthal eran mejores que las británicas. Sharpe sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—He machacado espadas alemanas con ésta.

El armero soltó una risotada con la boca desdentada y miró con atención el filo.

—Aquí tiene, capitán. Cuídela.

Sharpe dejó algunas monedas sobre el armazón de la rueda y sostuvo la espada en alto hacia la última luz del cielo al oeste. El filo tenía un nuevo resplandor, pasó el pulgar por encima del filo y sonrió al armero.

—Nunca conseguirá que una Kligenthal esté tan afilada como ésta.

El armero no dijo nada pero sacó un sable de detrás y se lo entregó a Sharpe. Éste envainó su espada y cogió la curvada. Parecía hecha para él, su equilibrio era milagroso, como si el acero no estuviera allí aunque brillara frente a la luz roja. Tocó el filo. Hubiera cortado la seda tan limpiamente como si atravesase un peto de la caballería francesa.

—¿Alemana? —preguntó Sharpe.

—Sí, capitán. Es de nuestro coronel.

El armero volvió a coger la espada.

—¡Y todavía no he empezado a afilarla!

Sharpe se rió. El sable debía haber costado doscientas guineas. Se prometió a sí mismo que un día tendría una espada igual, no la arrebatada a un muerto, sino una espada que llevaría su nombre grabado, forjada a su medida, equilibrada para su puño. Volvió hacia los árboles y en el cielo por encima del río vio el resplandor de los fuegos enemigos donde veintidós mil franceses estaban afilando sus propios sables y pensando en la mañana. Pocos dormirían. La mayoría dormiría durante la noche, uniendo el recelo a su insomnio, buscando el amanecer en el cielo del este que podría ser el último que vieran en sus vidas. Sharpe estuvo estirado despierto durante una parte de la noche y ensayó el día siguiente mentalmente. El plan era bastante simple. El Alberche dibujaba una curva al unirse con el Tajo y los franceses estaban en el lado de la curva. Por la mañana las trompetas españolas sonarían, dejarían ir sus treinta cañones y la infantería marcharía chapoteando por el río poco profundo para atacar a los numerosos franceses. Y cuando los franceses se retiraran, como seguramente harían, Wellesley lanzaría a los británicos hacia su flanco. Y destruirían al mariscal Víctor, destrozaban su ejército entre el martillo español y el yunque británico, y cuando la infantería azul se retirara la caballería saldría del agua y convertiría la retirada en una carnicería. Y una vez hecho, quizás antes de que los

ciudadanos de Talavera fueran a la misa del domingo, sólo quedarían los veinte mil hombres del rey José Bonaparte entre los aliados y Madrid. Era muy simple. Sharpe dormía con el gabán puesto, hecho un ovillo junto a las brasas de un fuego; un águila de bronce ensartaba sus sueños.

No hubo clarines para despertarles por la mañana, nada que pudiera alertar a los franceses del ataque al amanecer en lugar de la hora más civilizada del mediodía en que la mayoría de hombres esperan luchar. Los sargentos y los cabos sacudieron a los hombres para despertarles, los soldados renegaron del rocío y del aire frío que les raspaba en la garganta. Todos los hombres echaron una mirada hacia el río, pero la otra orilla estaba envuelta en niebla y oscuridad, no había nada que ver, nada que oír. Les habían prohibido reanimar los fuegos por si las repentinas luces pudieran advertir a los franceses pero consiguieron calentar agua y echar dentro hojas de té sueltas y Sharpe aceptó agradecido de sus sargentos un jarro metálico con el líquido escaldado. Harper echaba tierra sobre el fuego con el pie, los hombres se habían arriesgado a encender un pequeño fuego antes que no hacerse un té, y levantó la mirada hacia Sharpe y sonrió burlescamente.

—¿Permiso para ir a misa, mi capitán?

Sharpe le devolvió la sonrisa. Era domingo. Intentó calcular la fecha.

Habían dejado Plasencia el día diecisiete y eso era un lunes y contó los días que habían transcurrido con los dedos. Domingo, 23 de julio de 1809. Todavía no había amanecido al este, las estrellas brillaban, aún faltaban dos horas. Detrás de ellos, en un camino que corría entre el alcornocal y los campos, se oían estruendos, choques y tacos como si una batería de artillería quitara el armón. Sharpe se giró, el té se meció entre sus manos, y observó las oscuras siluetas de los caballos que eran conducidos y los cañones de campaña que apuntaban hacia el otro lado del río. Anunciarían el ataque, lanzando las balas a las líneas francesas, abriendo brechas en los batallones franceses mientras Sharpe llevaba a sus tiradores hasta el río. Hacía frío, demasiado frío para sentir ningún tipo de excitación, eso vendría luego. Ahora era el momento de sentirse receloso, de ajustarse los cinturones y las hebillas, de sentir hambre. Sharpe temblaba levemente con el gabán puesto, dio las gracias a Harper con la cabeza, y se encaminó hacia el alcornocal entre las líneas de sus hombres, que golpeaban el suelo con los pies y balanceaban los brazos y hacían resucitar los mejores chistes de la noche anterior. Sin embargo, de madrugada no parecían tan divertidos como al atardecer.

Se alejó de los árboles y caminó hacia un trozo de hierba que había junto al río. Sus botas silbaron con el rocío y alertaron a los centinelas de su llegada. Le dieron el alto, dio la contraseña y saludó al tiempo que bajaba de un salto hasta los guijarros a orillas del río.

—¿Alguna novedad?

—No, mi capitán.

El agua se deslizaba negra bajo la niebla. Se oyó un aislado palmoteo y un remolino que provenía del río, era un pez que se agitaba y perturbaba la superficie. Sharpe miró a través de sus manos, abocinándolas, se veía un punto débil de luz roja en la otra ribera que de repente se alumbró más. El centinela francés fumaba un cigarrillo o una pipa. Sharpe miró hacia la izquierda. Por fin el cielo hacia el este se empezaba a teñir de color, un gris plateado mate que dibujaba las colinas, el primer signo del alba. Le dio a uno de los centinelas una palmada en el hombro.

—Ya queda poco.

Subió por la estrecha orilla entre los guijarros y la hierba y volvió caminando hacia los árboles. Oyó que un perro ladraba en las filas francesas; un caballo relincho y entonces se oyó el sonido de los clarines. Empezarían a encender los fuegos, a preparar el desayuno y con suerte aún se lo estarían comiendo cuando las bayonetas españolas les alcanzaran desde el oeste. De repente sintió unas ganas tremendas de riñones sazonados y café, de cualquier otra comida que no fuera el ligero estofado, los tommis y las galletas pasadas con las que el batallón se había estado alimentando durante una semana. Recordó aquella salchicha que habían recogido del enemigo muerto en Rolica y confió en que encontraría alguna esa mañana en los cuerpos de los hombres que refunfuñaban alrededor de los fuegos justo al otro lado del río.

De vuelta al alcornocal se quitó el gabán, lo enrolló y lo sujetó con las correas de la mochila. Temblaba. Quitó el trozo de trapo del seguro de su fusil que lo había protegido de la humedad y comprobó la tensión del muelle con el pulgar. Se lo colgó al hombro, golpeó la espada y empezó a mover a la compañía ligera hacia el límite de la arboleda. Los tiradores irían primero, la fina línea de los fusileros y casacas rojas vadearía el Alberche para alejar a los centinelas y cerrar a los *voltigeurs* franceses, de manera que no pudieran impedir el ataque de los batallones británicos concentrados que se desarrollaría hacia el flanco francés. Hizo que los hombres se tumbaran en el interior del alcornocal donde se mezclaban con la sombra de los árboles, mientras que detrás veía las otras nueve compañías del batallón formadas para un asalto que no podía tardar en llegar.

El alba avanzaba sobre las montañas, inundando el valle con una luz gris plateada, encogiendo las sombras y mostrando las formas de los árboles y arbustos de la otra orilla. Sharpe decidió que aún quedaban unos minutos, antes de que los españoles rompieran el silencio y empezara el ataque. Caminó a lo largo de la línea de árboles, saludó con la cabeza al capitán de la compañía ligera del 29.º que estaba en su flanco derecho, cruzó unas palabras con él, se desearon suerte mutuamente, y luego volvió caminando para situarse junto a Harper. No hablaban pero Sharpe sabía que el gran irlandés pensaba en la promesa que Lennox les había hecho hacer junto al puente. Pero para Sharpe el águila tenía mayor urgencia. Si no podía arrancarla hoy

del asta tal vez no habría otra oportunidad durante meses y eso significaba ninguna oportunidad. Al cabo de unas semanas, a menos que pudiera impedir la carta de Simmerson, podría estar en un barco rumbo a las Indias Occidentales y a la inevitable fiebre que hacía de aquel destino una virtual garantía de muerte. Pensó en Josefina, dormida en la ciudad, su cabello negro desparramado sobre una almohada y se preguntó por qué de repente su vida se había enredado con una serie de problemas que hacía un mes ni siquiera hubiera sospechado que existieran.

Se oyeron unos mosquetes disparar a distancia de modo irregular. Los hombres aguzaron el oído, se hablaron entre murmullos, escucharon los disparos esporádicos que sacudían de arriba abajo las filas francesas. El teniente Knowles se acercó a Sharpe y levantó las cejas en señal de pregunta.

Sharpe sacudió la cabeza.

—Están limpiando los mosquetes, eso es todo.

Los centinelas franceses habían cambiado y los hombres que habían sido relevados de servicio se deshacían de las cargas que podían haberse humedecido con el aire de la noche. El fuego de mosquete no anunciaría el ataque. Sharpe esperaba los destellos rojos que iluminarían el cielo hacia el oeste como la luz de verano e indicarían que la artillería española iniciaba la batalla. No podía faltar mucho.

Se oyeron gritos que provenían del río. De nuevo los hombres aguzaron el oído, se inclinaron hacia adelante, pero de nuevo era una falsa alarma. Un grupo del enemigo apareció, persiguiéndose y gritándose payasadas, acarreando cubos con el agua hasta el borde. Uno de ellos levantó el cubo y gritó algo hacia la orilla de los británicos, sus compañeros rieron, pero Sharpe no tenía ni idea de qué iba la broma.

—¿Dando de beber a los caballos? —preguntó Knowles.

—No —contestó Sharpe y tapó un bostezo—. Cubos de artillería. Debe haber cañones enfrente.

Eso era una mala noticia. Una docena de hombres llevaban cubos en los que se sumergían las esponjas que apagan las chispas de los cañones que se han disparado. El agua de los baldes quedaría negra como la tinta después de algunos disparos y si los cañones estaban exactamente delante Sharpe sabía que el South Essex podría encontrarse marchando hacia una tormenta de fragmentos de metralla. Se sintió dolorido y cansado, quería empezar la lucha, quería quitarse el águila de los sueños.

Aparecieron Simmerson y Forrest, ambos a pie, y miraron fijamente a los artilleros que llenaban los cubos. Sharpe dio los buenos días y Simmerson, olvidando su antagonismo a causa de los nervios, le devolvió el saludo con la cabeza.

—¿Y esos disparos de mosquete?

—Se deshacen de las cargas, mi coronel. Nada más.

Simmerson gruñó. Estaba haciendo todo lo posible por ser cortés como si se diera cuenta en ese momento de que necesitaba la destreza de Sharpe junto a él. Sacó un

gran reloj, abrió la tapa y sacudió la cabeza.

—Los españoles se retrasan.

La luz empezó a perder el tono grisáceo. Se vio un resplandor en la orilla opuesta y tras ellos Sharpe contempló el humo de cientos de fuegos franceses para cocinar.

—¿Permiso para relevar los pelotones, mi coronel?

—Sí, Sharpe, sí.

Simmerson estaba haciendo un esfuerzo enorme por parecer normal y Sharpe pensó si de repente el coronel no se arrepentiría de la carta que había escrito. A veces la inminencia de la batalla hacía que disputas aparentemente obstinadas parecieran trivialidades. Simmerson parecía querer decir algo más pero en su lugar volvió a sacudir la cabeza y llevó a Forrest más allá en la línea.

Cambiaron los centinelas, los minutos pasaron, el sol levantó la niebla y los últimos restos de la noche desaparecieron como el humo de cañón que se desvanece en el cielo hacia el oeste. Malditos españoles, pensó Sharpe, al oír los clarines que llamaban a los regimientos franceses a formar. Un grupo de jinetes apareció en la otra orilla e inspeccionó el lado británico mirando a través de telescopios. Ahora ya no habría sorpresa. Los oficiales franceses verían las baterías de cañones, los caballos de la caballería ensillados, las filas de la infantería alineadas en los árboles. Toda sorpresa había desaparecido, se había desvanecido con las sombras y el frío, por primera vez los franceses sabrían cuántos hombres se les enfrentaban, dónde se planeaba el ataque y cómo habían de enfrentarse a él.

Se oyó el sonido de las campanas de la ciudad y Sharpe pensó en lo que estaría haciendo Josefina; ¿le habrían despertado las campanas? Se imaginaba su cuerpo desperezándose entre las sábanas cálidas, un cuerpo que no sería suyo hasta después de la batalla. El sonido de las campanas le recordó Inglaterra y pensó en todas las iglesias de los pueblos que se estarían llenando de gente. ¿Pensarían en el ejército que estaba en España? Lo dudaba. A los británicos no les gustaba su ejército. Por supuesto que celebraban sus victorias, hacía mucho tiempo que no había celebraciones de ese tipo. La marina era festejada, los capitanes de Nelson eran nombres familiares, pero Trafalgar era un recuerdo y Nelson estaba en la tumba y los británicos hacían su vida ajenos a la guerra. La mañana era cálida, los hombres, soñolientos, se apoyaban en los alcornos y dormían con los mosquetes sostenidos sobre las rodillas. En algún lugar del campamento francés se oyó el sonido ronco de la campana de un mulero recordándole a Sharpe la normalidad.

—¡Mi capitán!

Un sargento le llamaba desde una de las compañías arriba en el alcornocal.

—Oficiales de compañía, mi capitán. ¡Con el coronel!

Sharpe contestó con la mano, recogió el rifle, dejó a Knowles al mando y subió por el alcornocal. Se retrasaba. Los capitanes permanecían agrupados escuchando a

un teniente del estado mayor de Hill. Sharpe captaba trozos de lo que decía.

—Profundamente dormidos... no hay batalla... órdenes rutinarias de servicio.

Se oyó un zumbido de preguntas. El teniente, espléndido con su uniforme de dragón plateado, parecía aburrido.

—El general ruega que nos mantengamos apostados, señor. Pero no esperamos que los franceses hagan nada.

Se marchó a caballo dejando a los oficiales confundidos. Sharpe se encaminó hacia Forrest para averiguar lo que se le había escapado cuando vio una figura familiar cabalgando camino abajo. Entró en el camino y levantó la mano. Era el teniente coronel Lawford y estaba furioso. Vio a Sharpe, tiró de las bridas y soltó un taco.

—¡Maldito infierno, Richard! ¡Maldito, maldito, maldito infierno! ¡Malditos españoles!

—¿Qué ha pasado?

Lawford apenas podía contener la ira.

—¡Los malditos españoles se negaron a despertarse! ¿No es increíble?

Otros oficiales se acercaron. Lawford se quitó el sombrero y se enjugó la frente, tenía unas buenas ojeras.

—¡Nos levantamos a las dos de la maldita madrugada para salvar su maldito país y no se les puede molestar para sacarles de la cama!

Lawford miró a su alrededor como esperando ver a un español en quien descargar su furia.

—Cabalgamos a las seis hacia allí. Cuesta está en su maldito coche estirado sobre malditos cojines y dice ¡que su ejército está demasiado cansado para luchar! ¿No es increíble? Los teníamos. ¡Así! —dijo chasqueando el índice y el pulgar—. ¡Los hubiéramos matado esta mañana! Podíamos haber borrado a Víctor del mapa. Pero no. Víctor no es tonto, se marchará hoy. ¡Malditos, malditos, malditos! —dijo el honorable William Lawford mirando a Sharpe fijamente—. ¿Sabe qué pasa ahora?

—No.

—Jourdan está allí —dijo señalando hacia el este— con José Bonaparte. Se unirán a Víctor y entonces tendremos que luchar el doble. ¡El doble! Y corre el rumor de que Soult ha conseguido reunir un ejército y viene por el norte. ¡Dios! ¡La oportunidad que hemos perdido hoy! ¿Sabe qué creo?

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—Creo que el bastardo no quiere luchar porque es domingo. Hay sacerdotes murmurando oraciones alrededor de su maldita cama con ruedas. ¡Malditos católicos! ¡Y sigue sin haber comida!

Sharpe sintió que el cansancio le vencía.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Ahora? Esperar. Cuesta dice que atacaremos mañana. No lo haremos porque los franceses no estarán. —Lawford dejó caer los hombros y emitió un suspiro—. ¿Sabe dónde está Hill?

Sharpe señaló a lo largo del camino y Lawford siguió cabalgando. Malditos españoles, pensó Sharpe, maldito todo. Era el oficial de servicio y tendría que organizar los retenes, inspeccionar las líneas, arañar alguna provisión del comisario, que no tendría nada. No le sería posible ver a Josefina. No habría batalla, ni águila, ni siquiera un bocado de salchicha. Maldito.

CAPÍTULO 18

—Hoy he visto a un hombre...

—¿Y?

Sharpe miraba por encima a Josefina. Estaba sentada desnuda sobre la cama con las rodillas recogidas e intentando limarse las uñas de los pies con el filo de su espada. Se reía de las intentonas y entonces dejó caer la espada y le miró.

—Era precioso. Un abrigo azul con trozos blancos por aquí. —Se restregó el pecho con las manos—. Y un montón de cordones dorados.

—¿A caballo?

Ella asintió.

—Y llevaba una bolsa colgando...

—Su portapliegos. ¿Y una espada curva?

Ella volvió a asentir y Sharpe le sonrió burlonamente.

—Eso parece los dragones del príncipe de Gales. Muy rico.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los soldados de caballería son ricos. Tontos, pero ricos.

Ella irguió la cabeza con su gesto característico y frunció ligeramente el ceño.

—¿Tontos?

—Todos los oficiales de caballería lo son. El caballo es el que pone el cerebro y ellos ponen el dinero.

—Ah, de acuerdo —dijo encogiendo los hombros desnudos—. No importa. Yo tengo suficiente cerebro para los dos. —Le miró y sonrió burlonamente—. Estás celoso.

—Sí.

Él había captado su inclinación por la sinceridad. Ella asintió con gesto serio.

—Estoy aburrida, Richard.

—Lo sé.

—No es por ti —dijo levantando la vista de los pies y mirándole fijamente con gesto grave—. Eres bueno conmigo. Pero hace una semana que estamos aquí y no pasa nada.

Sharpe se inclinó y tiró de sus botas por encima de los pantalones.

—No te preocupes. Mañana pasará algo.

—¿Estás seguro?

—Mañana lucharemos.

Esta vez, sin embargo, pensó, nos superarán en número.

Ella dobló las rodillas y las pegó al cuerpo, las rodeó con los brazos y reposó la barbilla encima de ellas.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

Ella arqueó las cejas.

—¿Quién ganará?

—No lo sé.

—¿Conseguirás tu águila?

—No sé.

Ella le sonrió.

—Tengo un regalo para ti para después de la batalla.

—No quiero un regalo. Te quiero a ti.

—A mí ya me tienes.

Ella ya sabía lo que él quería decir, pero disimuló. Le miró ponerse de pie.

—¿Quieres la espada?

—Sí.

Sharpe se apretó bien el cinturón, colocándose la vaina en su sitio.

Ella le sonrió burlonamente.

—Ven a buscarla.

Dejó la gran espada sobre la cama y rodando sobre ella puso su vientre desnudo sobre el frío acero.

Sharpe se acercó hacia ella.

—Dámela.

—Cógela tú mismo.

Su cuerpo era cálido y fuerte, los músculos endurecidos por el ejercicio, y ella se colgó de él. Sharpe le apartó la cara y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué pasará? —preguntó él.

—Conseguirás tu águila. Siempre consigues lo que quieres.

—Te quiero a ti.

Ella cerró los ojos y le besó con fuerza, entonces se separó y le sonrió.

—Somos simplemente vagabundos, Richard. Vamos sin rumbo juntos, pero ambos realizamos una travesía.

—No lo entiendo.

—Sí lo entiendes. Vamos por dos caminos diferentes. Tú quieres un hogar. Quieres a alguien que te quiera y te desee, alguien que te aligere la carga.

—¿Y tú?

Ella sonrió.

—Yo quiero vestidos de seda y música. Velas al amanecer.

Él empezó a decir algo, pero ella le puso un dedo sobre los labios.

—Ya sé lo que piensas. Que son tonterías, pero eso es lo que yo quiero. Quizás algún día quiera algo más sensato.

—¿Yo soy sensato?

—Algunas veces, querido, cuando te tomas las cosas demasiado en serio.

—¿Te estás despidiendo?

—¡Ahí! —dijo ella riendo—. ¿Lo ves? Te tomas las cosas en serio.

Ella le besó rápidamente en la punta de la nariz.

—Ven después de la batalla. A buscar tu regalo.

Él se agachó para coger la empuñadura de la espada.

—Sepárate, no quiero cortarte.

Ella se movió a un lado y tocó la hoja con el dedo.

—¿Cuántos hombres has matado con ella?

—No lo sé.

La deslizó en la vaina, sintió su peso agradable en la cadera. Se puso en cuclillas junto a la cama y la cogió por el talle desnudo. Miró fijamente su cuerpo, como intentando grabarlo en la memoria: su plenitud, su belleza, el misterio que lo hacía parecer inalcanzable. Elle le tocó la cara con un dedo.

—Ve y lucha.

—Volveré.

—Lo sé.

Todo le parecía irreal a Sharpe. Los soldados por las calles de Talavera, la gente que se separaba al pasar, la tarde en sí. Al día siguiente habría una batalla. Morirían a cientos, mutilados por las balas, rajados por los sables de la caballería, atravesados por los disparos de mosquete, y sin embargo, la ciudad bullía. La gente estaba enamorada, compraban comida, hacían bromas y, sin embargo, habría una batalla. Él quería a Josefina. A duras penas podía pensar en la batalla, en el águila, sólo en su cara burlona. Ella se le escapaba, lo sabía, sin embargo no lo aceptaba. La batalla era casi irrelevante frente a la irresistible necesidad de atraparla, de hacerla suya, y él sabía que eso no podía ser.

Caminó hacia la puerta de la ciudad que daba a la llanura hacia el oeste. La compañía ligera montaba guardia en la puerta y Sharpe le hizo una señal a Harper con la cabeza y subió las empinadas escaleras del pretil, donde Hogan miraba fijamente hacia abajo en dirección a los olivares y a los bosques que estaban llenos de soldados españoles desfilando hacia las posiciones que Wellesley les había asignado cuidadosamente. Cuesta, después de haberse negado a atacar el domingo anterior, había marchado impetuosamente tras los franceses que se retiraban. Ahora, cuatro días después, su ejército volvía corriendo, con el rabo entre las piernas, y trayendo tras ellos un ejército francés que se había multiplicado por dos. Mañana, pensaba Sharpe, los españoles tendrán que luchar, los franceses los despertarán, el ejército aliado que podía haber conseguido una victoria el pasado domingo tendría que luchar ahora a la defensiva contra las fuerzas unidas de Víctor, Jourdan y José Bonaparte.

No es que los españoles, pensó Sharpe con amargura, fueran a tener mucho que

ver con la matanza propiamente dicha. Wellesley había hecho retroceder a su ejército para crear una línea defensiva junto a la misma ciudad de Talavera. El extremo derecho de la línea lo constituían las murallas de la ciudad, los olivares, campos y bosques enmarañados, todo ello convertido en inexpugnable gracias al buen trabajo de Hogan. Había derribado árboles, construido con rapidez terraplenes, reforzado las murallas, y en ese enredo de barricadas y obstáculos las tropas españolas tomaban posiciones. Ningún soldado de infantería francés podía esperar abrirse paso luchando por el parapeto de Hogan siempre que los defensores se mantuvieran en sus puestos; como consecuencia el ejército francés giraría hacia el norte, hacia el lado izquierdo de la línea de Wellesley, donde los británicos esperarían el ataque. Sharpe miró hacia la llanura al norte. Ningún ingeniero hubiera dispuesto los obstáculos de mejor manera, sólo quedaba el arroyo Portina que un hombre podía cruzar sin que el agua se le metiera por las botas, y un prado ondulante que era una invitación para los batallones franceses y sus largas líneas de espléndida caballería. A distancia estaba el Medellín, la colina que dominaba la llanura, y Sharpe tenía la suficiente experiencia como para saber lo que sucedería al día siguiente. Las columnas francesas atravesarían el arroyo y atacarían contra las suaves laderas del Medellín. Ése era el lugar mortal. Las tropas españolas, treinta mil de sus efectivos, podían quedar a salvo tras los parapetos y mirar cómo las águilas atacaban a los británicos en la llanura abierta del norte y el humo cubría el Medellín.

—¿Cómo está? —preguntó Hogan.

—Bien —sonrió Sharpe.

El irlandés se giró para ver cómo los españoles ocupaban las posiciones que él había preparado. En la llanura del otro lado, ocultos entre los árboles donde el Alberche vertía sus aguas en el Tajo, se oyó el chasquido de los mosquetes. Durante toda la tarde hubo como un incendio forestal lejano y Sharpe había visto a docenas de británicos heridos llevados a través de las puertas de la ciudad. Los británicos habían cubierto la última milla de la retirada española y los heridos decían que los tiradores franceses triunfaron ese día. Dos batallones británicos habían salido malparados, corría incluso el rumor de que por poco capturan al mismo Wellesley, los españoles parecían nerviosos y Sharpe se preguntaba qué tipo de tropas habían encontrado los franceses para lanzar contra el ejército aliado. Bajó la mirada hacia Harper. El sargento, con una docena de hombres, montaba guardia en la puerta de la ciudad, no contra el enemigo, sino para detener a los soldados británicos o españoles que pudieran estar tentados de perderse por los oscuros callejones de Talavera y librarse de la lucha que era inevitable. El batallón estaba en el Medellín y Sharpe esperaba las órdenes que enviarían a su compañía curso arriba del Portina hasta encontrar el trozo de hierba que habían de defender por la mañana.

—¿Y qué tal está la muchacha? —preguntó Hogan sentado sobre la piedra

polvorienta.

—Está feliz. Aburrida.

—Así son las mujeres. Nunca contentas. ¿Necesita más dinero?

Sharpe miró al ingeniero de mediana edad y vio la preocupación en sus ojos. Hogan ya le había prestado a Sharpe más de veinte guineas, una suma que le resultaría imposible devolverle a menos que tuviera suerte en el campo de batalla.

—No, de momento ya tengo suficiente.

Hogan sonrió.

—Tiene suerte —dijo encogiéndose de hombros—. Por Dios, Sharpe, que es una criatura preciosa. ¿Está enamorado?

Sharpe miró por encima del pretil donde los españoles habían ocupado las fortalezas provisionales de Hogan.

—Ella no dejará que llegue a estarlo.

—Así pues es más sensata de lo que yo creía.

La tarde pasó lentamente. Sharpe pensó en la muchacha, aburrida en su habitación, y observó a los soldados españoles que cortaban hayas y robles para encender las hogueras de la noche. Entonces, con la brusquedad con que Sharpe lo había esperado, se vieron destellos de luz lejos entre los confusos árboles y arbustos que bordeaban la llanura hacia el este. Era el sol, lo sabía, que se reflejaba en los mosquetes y petos. Sharpe dio un ligero codazo a Hogan y señaló hacia allí.

—Los franceses.

Hogan se puso de pie y se quedó mirando fijamente.

—Dios mío —dijo en voz baja—. Son unos cuantos.

La infantería avanzaba hacia la lejana llanura como una mancha oscura derramándose sobre la hierba. Sharpe y Hogan observaban cómo batallón tras batallón marchaban por los pálidos campos; escuadrón tras escuadrón de la caballería, las pequeñas formas rechonchas de los cañones esparcidas entre las formaciones, el ejército más grande que Sharpe hubiera visto en un campo. Las figuras galopantes de los oficiales del estado mayor se podían distinguir con facilidad, pues dirigían las columnas hacia sus puestos, listas para el avance y la batalla del día siguiente. Sharpe miró hacia la izquierda a las filas británicas que esperaban junto al Portina. El humo de cientos de fuegos impregnaba el aire del atardecer, multitud de hombres apiñados junto al arroyo y en el Medellín lejos de la vista del enemigo, pero las fuerzas británicas parecían lamentablemente pequeñas junto a la enorme marea de hombres, caballos y cañones que cubría la llanura hacia el este y crecía minuto a minuto. El hermano de Napoleón, el rey José, estaba allí junto con dos mariscales de Francia, Víctor y Jourdan. Dirigían sesenta y cinco batallones de infantería, una parte enorme de los hombres que habían hecho de Europa una propiedad de Napoleón, y habían venido a golpear a este pequeño ejército británico y

enviarlo destrozado al mar. Planeaban destruirlo para siempre y asegurarse de que Gran Bretaña no se atreviera nunca más a desafiar a las águilas en tierra.

Hogan silbó suavemente.

—¿Atacarán esta noche?

—No —contestó Sharpe examinando las líneas lejanas—. Esperarán a la artillería.

Hogan señaló hacia el este, que se iba oscureciendo.

—Tienen cañones. Mire, allí se ven.

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—Ésos sólo son los pequeños que van con cada batallón de infantería. No, los grandes bastardos deben estar más atrás en algún lugar del camino. Llegarán de noche.

Y por la mañana, pensó, los franceses empezarán con uno de sus cañoneos favoritos, la artillería concentrada lanzaría su lluvia de hierro hacia las líneas enemigas antes de que las columnas densas y acompañadas de tambores siguieran a las águilas cruzando el arroyo. Las tácticas francesas eran raramente sutiles. No era típica de ellos la inteligente maniobra de rodear el flanco de un enemigo. En lugar de ello, una y otra vez, concentraban los cañones y a los hombres y lanzaban un terrorífico martilleo sobre la línea enemiga; y, una y otra vez, les salía bien. Se encogió de hombros. ¿Quién necesitaba ser sutil? Los cañones y los soldados franceses habían destrozado a todos los ejércitos que se habían enviado en su contra.

Se oyeron gritos detrás suyo, atravesó la almena y miró abajo hacia la puerta donde Harper y sus hombres montaban guardia. El teniente Gibbons estaba allí con Berry, ambos montados a caballo, ambos gritándole a Harper. Sharpe se inclinó por encima del pretil.

—¿Qué sucede?

Gibbons se giró lentamente. Sharpe se dio cuenta de que el teniente estaba ligeramente borracho y que tenía alguna dificultad para mantenerse sobre el caballo. Gibbons saludó a Sharpe con su habitual ironía.

—No le había visto ahí, mi capitán. Lo siento.

Se inclinó. El teniente Berry se rió tontamente. Gibbons se enderezó.

—Sólo le estaba diciendo a su sargento, aquí, que ya puede usted regresar, ¿de acuerdo?

—Pero por el camino se han parado a beber algo, ¿no es así?

Berry soltó una risotada sonora. Gibbons le miró y se puso también a reír. Se volvió a inclinar.

—Digamos que sí, mi capitán.

Los dos tenientes espolearon a sus caballos bajo la puerta y empezaron a subir el camino hacia las líneas británicas al norte. Sharpe les vio marchar.

—Bastardos.

—¿Le han ocasionado problemas? —preguntó Hogan sentado sobre el pretil.

—No —contestó Sharpe sacudiendo la cabeza—. Son sólo insolencias, comentarios idiotas, ya sabe.

Pensó en Josefina. Hogan pareció leer sus pensamientos.

—¿Está pensando en la chica?

—Sí —asintió Sharpe—. Pero debería estar bien —dijo como pensando en voz alta—. Cierra la puerta con llave. Estamos en el último piso y no sé cómo podrían encontrarnos.

Se volvió hacia Hogan y sonrió.

—Deje de preocuparse. No han hecho nada; son cobardes. ¡Se han rendido!

Hogan sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—Le matarían, Richard, lo sentirían tan poco como si sacrificaran a un caballo cojo. Lo sentirían aún menos. Y en cuanto a la chica, también intentarían hacerle daño.

Sharpe se volvió hacia el espectáculo de la llanura. Sabía que Hogan tenía razón, sabía que quedaban muchas cosas sin resolver, pero no le tocaba a él jugar; todo tenía que esperar hasta después de la batalla. Las tropas francesas habían inundado el extremo de la llanura, fluían entre bosques y granjas, avanzando siempre hacia el riachuelo y la colina del Medellín. Oscurecían la llanura, la llenaban con una marea de hombres moteados de acero, y seguían llegando; húsares, dragones, lanceros, cazadores, granaderos y *voltigeurs*, los seguidores de las águilas, los hombres que habían construido un imperio, el viejo enemigo.

—Un trabajo duro mañana —dijo Hogan sacudiendo la cabeza mientras observaba a los franceses.

—Así será —contestó Sharpe y se volvió para llamar a Harper—. ¡Venga aquí!

El enorme sargento irlandés subió corriendo por la muralla derruida y se paró junto a los dos oficiales. El primero de los miles de fuegos brilló en las líneas francesas. Harper sacudió su gran cabeza.

—Quizá se olviden de despertarse mañana.

Sharpe se rió.

—De lo que se tienen que preocupar es de la mañana siguiente.

—Me pregunto a cuántos ejércitos más como éste tendremos que enfrentarnos antes de que todo haya acabado —dijo Hogan haciéndose sombra en los ojos con la mano para mirar.

Los dos fusileros no dijeron nada. Ellos habían estado con Wellesley el año anterior cuando había derrotado a los franceses en Rolica y en Vimeiro, sin embargo este ejército era diez veces mayor que el de los franceses en Rolica, tres veces más grande que el de Junot en Vimeiro, y dos veces más grande que el que habían echado

de Portugal en primavera. Era como si por cada francés muerto otros dos o tres salieran del depósito, y cuando los matabas entonces una docena más venía, y así una y otra vez. Harper sonrió con burla.

—No hay por qué preocuparse observándolos. El hombre sabe lo que se hace.

Sharpe asintió con la cabeza. Wellesley no estaría esperando detrás del Portina si creyera que el día siguiente les traería una derrota. De todos los generales británicos era el único en el que confiaban los hombres que llevaban las armas, ellos sabían que había entendido cómo había que luchar contra los franceses y, lo más importante, cuándo no había que luchar contra ellos. Hogan señaló con el dedo.

—¿Qué es aquello?

A unos tres cuartos de milla de distancia jinetes franceses disparaban con sus carabinas. Sharpe no veía el blanco. Observó las nubes de humo y escuchó el débil chasquido.

—Dragones.

—Eso ya lo sé —dijo Hogan—. ¿Pero a qué le están disparando?

—¿Serpientes?

Durante sus paseos por el Portina Sharpe se había fijado en pequeñas serpientes negras que culebreaban misteriosamente en la hierba húmeda junto al arroyo. Las había esquivado pero había supuesto que era posible que también vivieran en la llanura y los jinetes simplemente se estaban divirtiendo con ejercicios de puntería. Era ya tarde y las llamas de las bocas de las carabinas brillaban intensamente a la luz del crepúsculo. Era extraño, pensó Sharpe, que la guerra pareciera bonita con tanta frecuencia.

—Vaya —dijo Harper señalando hacia abajo—. Han despertado a nuestros valientes aliados. Parece un maldito hormiguero.

Bajo la muralla, la infantería española estaba nerviosa. Los hombres dejaron los fuegos y se alinearon detrás de la muralla de tierra y piedras y colocaron los mosquetes sobre los troncos caídos y amontonados que Hogan había colocado en las puertas. Unos oficiales permanecían en la muralla, con las espadas desenvainadas; se oían gritos y empujones, los hombres apuntaban a los distantes dragones y a sus mosquetes refulgentes.

Hogan se rió.

—Da gusto tener aliados.

Los dragones, demasiado alejados para que se les viera con claridad, seguían disparando al blanco invisible. Sharpe se dio cuenta de que no eran más que payasadas. Los franceses eran ajenos al pánico que estaban causando entre la tropa española. Todo soldado de infantería español se había amontonado contra el parapeto, con las espaldas iluminadas por las hogueras, y los mosquetes erizados hacia el campo vacío. Los oficiales ladraban órdenes y Sharpe vio con horror que cientos de

mosquetes eran cargados.

—¿Qué diablos están haciendo?

Oyó el sonido de las baquetas introduciéndose en el interior de los cañones de las armas, y vio que los oficiales levantaban las espadas.

—Observe esto —dijo Hogan—. Puede aprender una o dos cosas.

No se dio ninguna orden. En su lugar, un solo mosquete disparó, la bala tamborileó inútilmente en la hierba, y le siguió la mayor descarga que Sharpe hubiera oído. Miles de mosquetes dispararon, goteando llamas y humo, y un trueno retumbó en el aire, el sonido pareció durar eternamente y mezclado con él se oyeron los gritos de los españoles. El fuego y el plomo se derramaron sobre el campo vacío. Los dragones levantaron la vista, sobresaltados, pero ninguna bala de mosquete cubriría siquiera un tercio de aquella distancia, así que se quedaron sentados en las sillas y observaron la nube de humo de los mosquetes elevarse en el aire.

Por un momento Sharpe creyó que los españoles estaban celebrando la victoria frente a la hierba inocente, pero de repente se dio cuenta de que los gritos no eran de triunfo sino de alarma. Se habían asustado de su propia descarga, por el tronar de diez mil mosquetes, y ahora corrían para ponerse a salvo. Un millar fluyó por entre los olivos, tirando los mosquetes, pisando las hogueras presas del pánico, pidiendo ayuda a gritos, con la cabeza levantada, moviendo los brazos de arriba abajo, huyendo de su propio ruido. Sharpe gritó a sus hombres que estaban en la puerta.

—¡Déjenlos pasar!

No había razón para intentar detener el pánico. Los doce hombres de Sharpe serían arrollados por los cientos de españoles que se agolpaban en la puerta y fluían hacia el interior de la ciudad. Otros giraron en dirección norte hacia los caminos que llevaban al oeste alejándose de los franceses. Saquearían el parque de bagajes, asaltarían las casas de la ciudad, sembrarían la alarma y la confusión pero no había nada que hacer. Sharpe vio que la caballería española usaba las espadas contra la infantería fugitiva. Detendrían a algunos, quizá por la mañana habrían reunido a la mayoría de ellos, pero el grueso de la infantería española se había evaporado, asustada, derrotada por un puñado de dragones a tres cuartos de milla. Sharpe empezó a reír. Era demasiado divertido, demasiado estúpido, sin embargo muy adecuado para esta campaña. Vio que la caballería española se gababa furiosamente a la infantería, obligando a algunos grupos a volver a la línea, y en la distancia oyó los clarines que reclamaban refuerzos para la cacería. En la llanura las hogueras francesas formaban líneas de luz, miles y miles de llamas señalando las líneas enemigas, y ninguno de los hombres que estaban alrededor de esos fuegos sabía que acababan de derrotar a algunos miles de soldados de infantería españoles. Sharpe se dejó caer sobre la muralla y miró a Harper.

—¿Decía algo, sargento?

—¿Mi capitán?

—¿Dios salve Irlanda? No podrá. Tiene las manos ocupadas con los españoles.

El ruido y el pánico decrecieron. Quedaba un puñado de hombres en el olivar, otros eran conducidos de vuelta por la caballería española, pero Sharpe calculó que a los jinetes les llevaría toda la noche reunir a los fugitivos y obligarles a volver a los parapetos, e incluso así miles escaparían para propagar el rumor de una gran victoria francesa a las afueras de Talavera. Sharpe se puso de pie.

—Venga, sargento, es hora de que volvamos con el batallón.

Una voz llamó desde la calle.

—¡Capitán Sharpe! ¡Señor!

Uno de los fusileros gesticulaba y, junto a él, estaba Agostino, el criado de Josefina. Sharpe sintió que su humor distendido desaparecía y se veía reemplazado por un temor horroroso. Bajó corriendo por el muro derruido, Harper y Hogan detrás de él, y caminó hasta los dos hombres.

—¿Qué hay?

Agostino empezó a hablar en portugués. Era un hombre pequeño que normalmente hablaba poco, que lo miraba todo con sus ojos grandes y oscuros. Sharpe levantó la mano pidiendo que callara.

—¿Qué dice?

Hogan sabía suficiente portugués. El ingeniero se humedeció los labios.

—Es Josefina.

—¿Qué le pasa?

Sharpe tuvo una sensación de desastre, un sentimiento frío de maldad. Dejó que Hogan le agarrase por el codo y le apartara, con Agostino, de los oídos de los fusileros. Hogan hizo más preguntas, dejó que el sirviente hablara, y finalmente se volvió hacia Sharpe. Hablaba bajo.

—La han atacado. Ellos encerraron a Agostino en un armario.

—¿Ellos?

Él ya conocía la respuesta. Gibbons y Berry. El sargento Harper se acercó hasta ellos, con tono formal y correcto.

—¿Mi capitán?

—¿Sargento?

Sharpe se tragó los cientos de temores que le sobrevenían para poder escuchar a Harper.

—Traeré a ese hombre, mi capitán.

Sharpe asintió. Se le ocurrió que Patrick Harper sabía más de lo que estaba sucediendo de lo que él suponía. Tras sus palabras cautelosas había una preocupación que hizo que Sharpe sintiera no haber tenido más confianza con Harper. El irlandés también mostraba una ira contenida. Sus enemigos, estaba diciendo, son los míos.

—Siga, sargento.

—Sí, mi capitán. ¿Y mi capitán? —dijo Harper tristemente—. ¿Me permitirá saber lo que pasa?

—Sí, sargento.

Sharpe y Hogan corrieron por las calles oscuras, resbalando en la mierda, abriéndose paso entre los fugitivos que estaban forzando las puertas de las tabernas y de casas particulares. Hogan jadeaba para mantenerse junto al fusilero. Sería una mala noche para Talavera, una noche de saqueo, destrucción y violación. Mañana miles de hombres marcharían contra una vorágine de fuego y Hogan, vislumbrando el rostro de Sharpe cuando gruñía a dos soldados de infantería españoles que se quitaran de su camino, temía por el mal que parecía manar como anticipo del de mañana. Entonces llegaron a la pequeña calle donde vivía Josefina y Hogan levantó la vista hacia las silenciosas ventanas, las contraventanas cerradas, y rogó que Richard Sharpe no se destruyera a sí mismo con su enorme cólera.

CAPÍTULO 19

Las botas de Sharpe crujieron sobre el yeso roto, escuchó las voces que murmuraban en la habitación al otro lado de la puerta astillada, y miró fijamente por una pequeña ventana hacia los jirones de nubes que pasaban rápidamente sobre la luna. Hogan estaba sentado en el último escalón de la empinada escalera junto a las sábanas que habían sacado de la cama de Josefina. Bajo la media luz de las velas que se derramaba por la puerta, las sábanas parecían estampadas de rojo y blanco. Se oyó un grito proveniente de la habitación. Sharpe se volvió irritado.

—¿Qué le están haciendo?

Hogan le hizo callar.

—El doctor la está sangrando, Sharpe. Sabe lo que se hace.

—¡Como si no hubiese perdido ya bastante sangre!

—Lo sé, lo sé —dijo Hogan con tono tranquilizador.

Nada de lo que dijera podría aliviar la confusión que bullía en la cabeza de Sharpe, amortiguar el golpe o desviar la venganza que Hogan sabía que se iba planeando minuto a minuto mientras el fusilero iba y venía por el diminuto rellano. El ingeniero suspiró y recogió una diminuta cabeza de yeso. La casa era de un vendedor de imágenes religiosas y en las escaleras y corredores se amontonaban sus mercancías. Cuando Gibbons y Berry habían forzado la entrada de la habitación de la muchacha habían pisoteado veinte o treinta imágenes de Jesucristo, todas ellas con un sagrado corazón, y los restos de las estatuas todavía estaban tirados en el rellano. Hogan era un hombre pacífico. Le gustaba su trabajo, le gustaban los nuevos desafíos de cada día, era feliz con la cabeza llena de ángulos y cálculos, medidas en yardas y pesos ingleses; le gustaba la compañía que se reía con facilidad, que bebía generosamente, y que pasaba el tiempo con historias felices de tiempos pasados. No era luchador. Su guerra se combatía con picos, palas y pólvora; sin embargo, cuando irrumpió en el ático había sentido una ira abrasadora y sed de venganza. Ya se le había pasado. Ahora estaba sentado, triste y en silencio, pero cuando miraba al alto fusilero sabía que el humor de Sharpe se pulía y se alimentaba. Por vigésima vez Sharpe se detuvo.

—¿Por qué?

—Estaban borrachos, Richard —contestó Hogan encogiendo los hombros.

—¡Eso no es una respuesta!

—No —contestó Hogan volviendo a colocar con cuidado la cabeza rota en el suelo, lejos del ir y venir de Sharpe—. No hay respuesta. Se querían vengar de usted. Ni usted ni la chica son importantes. Es su orgullo...

Dejó la frase inacabada. No había nada que decir, sólo era posible sentir una tristeza enorme y temer por lo que Sharpe pudiera hacer. Hogan lamentaba su primera

impresión de la chica, la había tachado de calculadora y fría, pero cuando la había escoltado desde Plasencia a Oropesa, y de allí a Talavera, se había sentido cautivado por su encanto, su risa fácil y la honestidad con la que planeaba un futuro lejos de un pasado empalagoso y de un marido fugitivo.

Sharpe miraba fijamente por la ventana a las nubes que dibujaban la luna.

—¿Creen que no voy a hacer nada?

—Están aterrados.

Hogan lo dijo categóricamente; tenía miedo de lo que Sharpe fuese a hacer. Pensó en el verso de Shakespeare: «la belleza provoca a los tontos». Sharpe se volvió de nuevo hacia él.

—¿Por qué?

—Ya sabe por qué. Estaban borrachos. Por Dios, hombre, estaban tan borrachos que ni siquiera lo pudieron hacer bien. Así que pegaron a la chica. Todo fue con la excitación del momento, ¿y ahora? Están aterrados, Richard. Aterrados. ¿Qué va a hacer?

—¿Qué voy a hacer? No lo sé.

Sharpe hablaba con tono irritado y Hogan sabía que estaba mintiendo.

—¿Qué puede hacer, Richard? ¿Retarlos a un duelo? Eso arruinaría su carrera, ya lo sabe. ¿Les acusará de violación? Por el amor de Dios, Richard, ¿quién le creería? ¡Esta noche la ciudad está llena de soldados sanguinarios, que violan a todo lo que se mueve! Y todo el mundo sabe que la muchacha estaba con Gibbons antes de estar con usted. No, Richard, debe recapacitar. Debe pensarlo bien antes de hacer nada.

Sharpe se giró hacia él y Hogan vio que no había ningún argumento contra aquella cara implacable.

—Malditos, les mataré.

Hogan suspiró y se frotó la cara con ambas manos.

—No he oído eso. ¿Quiere que le ahorquen? ¿Que le fusilen? Muélalos a palos si quiere, pero nada más, Richard, nada más.

Sharpe no respondió y Hogan sabía que él estaba viendo en su mente el cuerpo que había encontrado con las sábanas empapadas en sangre. La habían violado y golpeado y cuando ellos hubieron llegado, la propietaria gritaba al ver a la chica. Había costado más dinero hacer callar a la mujer, encontrar un médico, y ahora esperarían. Agostino se asomó por las escaleras, vio el rostro de Sharpe y volvió a la puerta principal donde le habían dicho que esperara. Llevaron sábanas limpias a la habitación, agua, y Sharpe, que había oído cómo la propietaria limpiaba el suelo, recordó a la chica, contusionada y sangrando, arrastrándose entre los santos rotos y las sábanas manchadas.

La puerta se abrió, haciendo crujir los fragmentos y la propietaria les llamó. El doctor estaba de rodillas junto a la cama y sus ojos se dirigieron cautelosamente hacia

los dos oficiales. Josefina estaba sobre la cama, con el cabello negro extendido sobre la almohada, y aunque tenía los ojos bien cerrados, Sharpe se sentó a su lado, vio la contusión amarilla en su cutis anormalmente pálido y cogió una de las manos que se agarraba al lino limpio. Ella estiró la mano pero él la aguantó y sus ojos se abrieron.

—¿Richard?

—Josefina, ¿cómo estás?

Parecía una estupidez pero no se le ocurría nada más. Ella cerró los ojos y dibujó una leve sonrisa.

Volvió a abrir los ojos.

—Me pondré bien.

Por un momento recordó a la anterior Josefina pero mientras hablaba se le escapó una lágrima, sollozó y se giró dándole la espalda. Sharpe se volvió hacia el doctor.

—¿Cómo está?

El doctor se encogió de hombros y miró sin esperanza hacia la casera.

Hogan intervino y le chapurreó al doctor algo en español. Sharpe escuchaba las voces y mientras lo hacía acariciaba la cara apartada de la muchacha. Todo lo que pensaba era que había fallado a la chica. Él le había prometido que la protegería y ahora había sucedido esto, lo peor, lo impensable. Hogan se sentó junto a él.

—Se pondrá bien. Ha perdido mucha sangre.

—¿Cómo?

Hogan cerró los ojos y respiró profundamente antes de abrirlos.

—La han golpeado, Richard. No tuvieron miramientos. Pero mejorará.

Sharpe asintió. En la habitación reinaba el silencio aunque Sharpe podía oír los gritos y los chillidos que venían de la calle, producidos por los soldados españoles que estaban borrachos. La muchacha se volvió hacia él. Había parado de llorar. Hablaba muy bajo.

—¿Richard?

—¿Sí?

—Mátalos.

Habló con contundencia. Hogan medio sacudió la cabeza pero Sharpe se inclinó y la besó junto a la oreja.

—Lo haré.

Cuando se enderezó, vio otra media sonrisa en su cara y entonces ella forzó una verdadera sonrisa que resultaba extraña al lado de las lágrimas. Ella le apretó la mano.

—¿Habrán batalla mañana?

—Sí.

Sharpe hablaba como si ese tema fuera trivial, como si no tuviera importancia.

—Suerte.

—Vendré a verte después —dijo él sonriéndole.

—Sí —contestó ella sin convicción.

Sharpe se volvió hacia Hogan.

—¿Se queda?

—Hasta el amanecer. No me necesitan hasta entonces. Pero usted debe irse.

—Lo sé —dijo Sharpe asintiendo con la cabeza.

La volvió a besar, se puso de pie, se colgó el fusil y la mochila. Hogan pensó que su cara era de lo más cruel. El ingeniero le acompañó hasta las escaleras.

—Tenga cuidado, Richard.

—Lo tendré.

Hogan le puso la mano en el hombro para detenerlo.

—Recuerde lo que puede perder.

Sharpe volvió a asentir.

—Tráigame noticias cuando pueda.

Sharpe se abrió paso hasta la calle, sin prestar atención a los españoles, y mientras caminaba dirección norte no vio al hombre alto con gabán azul y vueltas blancas que observaba desde una puerta frente al alojamiento de Josefina. El hombre miró a Sharpe compasivo, luego miró hacia arriba, a las ventanas, y se instaló en el portal donde intentó ponerse cómodo a pesar del brazo roto con las tablillas y el cabestrillo que lo mantendrían alejado de la batalla del día siguiente. Se preguntaba qué estaría pasando en el segundo piso pero pronto lo sabría; Agostino se lo diría a cambio de una moneda de oro.

Sharpe subió corriendo el camino que salía de la ciudad entre el Portina y las líneas españolas. Los soldados de infantería asustados eran obligados a volver a sus posiciones, pero aunque Sharpe se apresuraba por entre los árboles, oía los disparos de mosquetes fortuitos provenientes de la ciudad, los gritos, la acuñación de la noche de miedo y violación en Talavera. La luna había desaparecido tras un grupo de nubes pero las luces de las hogueras españolas le indicaban el camino, iba medio corriendo para dirigirse al norte, hacia la ladera del Medellín. A su derecha el cielo brillaba con un rojo intenso donde los miles de fuegos franceses se reflejaban en el aire. Debía estar preocupado pensando en la mañana; sabía que sería la batalla más grande en la que habría luchado; sin embargo, su mente estaba dominada por la necesidad de encontrar a Berry y a Gibbons. Llegó al Pajar, la diminuta colina que delimitaba el fin de las líneas españolas y el lugar en que el Portina giraba a la derecha; después de correr tras las tropas españolas, la corriente fluía ahora frente a la posición británica. Vio las siluetas de los cañones de campaña que Wellesley había dispuesto sobre la pequeña colina y una parte de su mente registró cómo el fuego de esos cañones se extendería preventivamente frente a las líneas españolas y desviaría el ataque en masa francés hacia las líneas británicas. Pero la de mañana era otra batalla.

El camino se fundía con la hierba. Vio los fuegos dispersos de los británicos pero no tenía ni idea de cuál era el South Essex. Estaban colocados en la colina del Medellín, eso lo sabía, así que corrió junto al arroyo, tropezando con matas de hierba, chapoteando entre zonas pantanosas, siguiendo el plateado Portina como guía hasta el Medellín.

Estaba solo en la oscuridad. Las hogueras británicas estaban lejos a su izquierda, las francesas más allá a su derecha, ambos ejércitos estaban tranquilos y callados. Algo no iba bien. Sintió la punzada de su viejo instinto y se detuvo, puso una rodilla en el suelo y exploró ante la oscuridad. De noche, la ladera del Medellín parecía un lomo largo y bajo que apuntaba al ejército francés. Era la clave del flanco izquierdo de Wellesley, si los franceses atacaban la colina podrían dar la vuelta y aplastar a los británicos entre el Medellín y Talavera. Sin embargo, no había hogueras en el lomo. Vio unas llamas brillantes en el extremo oeste, más allá del enemigo, pero en el lado que miraba a la ciudad, y en la mitad de la cima plana más cercana al enemigo no había luces. Él había pensado que el South Essex acampaba en la suave ladera que tenía frente a él pero estaba oscuro y vacío. Escuchó. Se oían los sonidos de la noche, los ruidos que provenían de la ciudad que se apagaban en un murmullo seco, el viento sobre la hierba, insectos, el chapoteo de la corriente, y los sonidos lejanos de cien mil hombres en cuclillas junto a las hogueras esperando a que llegase la mañana. Detrás de él, la pequeña colina del Pajar estaba iluminada con fuegos, los cañones se dibujaban frente a la muralla blanca de la granja que había en la cima, pero enfrente todo era oscuridad y silencio. Se levantó y siguió caminando suavemente, con los instintos despiertos ante un peligro que no podía definir, y con su mente buscando claves en la oscuridad y entre los murmullos de la noche. ¿Por qué no le habían dado el alto? Debía haber retenes en la línea del Portina, centinelas amontonados resguardándose del viento frío acechando al enemigo, pero nadie le había parado ni le había preguntado nada. Siguió junto al arroyo hasta que la silueta borrosa y negra del Medellín quedó por encima de él, entonces giró a la izquierda y empezó a subir la pendiente. De día parecía una pendiente suave pero mientras subía con su fusil y su mochila notaba el terreno empinado y cada paso hacía que los músculos de la parte trasera de la pierna le dolieran. Mañana, pensó, por aquí es por donde precisamente vendrán las columnas francesas. Subirán esta pendiente, con la cabeza gacha, mientras los cañones reventarán sus filas y los mosquetes esperarán en silencio en la cima.

A medio camino hacia arriba de la pendiente se detuvo y se giró. En la parte más alejada del arroyo había otra colina, parecida en la forma a la del Medellín pero más baja y pequeña. En el extremo superior Sharpe vio las hogueras de los franceses, las sombras fugaces de su enemigo, y se giró y corrió colina arriba. Su mente estaba todavía alerta al peligro, a una amenaza que no entendía, pero pensaba continuamente

en el cabello negro de la muchacha esparcido sobre la almohada, en su mano agarrándose a las sábanas, en las manchas de sangre, en su terror en el ático cuando los dos hombres habían irrumpido. No sabía en absoluto qué hacer. Gibbons y Berry estaban probablemente a salvo en compañía de Simmerson y sus compinches. De alguna manera tenía que hacer que salieran de ahí, adentrarlos en la oscuridad, y se animó a ir más deprisa.

La pendiente se nivelaba en la meseta. A lo lejos vio las hogueras de los británicos y corrió lentamente hacia ellos, con la mochila golpeando torpemente y el fusil moviéndose. Aún no le habían dado el alto. Se acercaba al ejército desde la dirección del enemigo y no había centinelas, ni línea de pelotón en la oscuridad, como si el ejército se hubiera olvidado de los franceses justo al otro lado del Portina. Se detuvo a doscientas yardas de la línea de fuegos y se puso en cuclillas sobre la hierba. Había encontrado al South Essex. Estaban en la cresta de la colina y veía las vueltas brillantes y amarillas de sus uniformes brillando a la luz de las llamas. Buscó entre las hogueras, vio los uniformes verdes de sus fusileros, y siguió mirando como si, a esa distancia, pudiera ver las figuras de sus enemigos. Su ira se convirtió en frustración. Había caminado y corrido más de una milla para encontrar el batallón y, sin embargo, sabía que no había nada que hacer. Gibbons y Berry estarían a salvo con el coronel y sus compinches, sentados alrededor de un fuego con los oficiales, a salvo de su venganza. Hogan tenía razón. Echaría a rodar su carrera si se enfrentaba a ellos; sin embargo, le había hecho una promesa a Josefina, y no sabía cómo cumplirla. Y mañana tenía que intentar cumplir la promesa que le había hecho a Lennox. Sacó la gran espada de la vaina e hincó la punta sobre la hierba frente a él. La hoja brilló mate a la luz de los fuegos, la miró fijamente en toda su largura y sintió que le escocían los ojos al recordar el cuerpo de la muchacha tumbado, provocador y desnudo, sobre la hoja plana. Eso había sido esa misma tarde. Ahora maldecía el destino que le había llevado a esta noche, las promesas que no podía cumplir. Pensaba en la chica, en los hombres arañándola y levantó la mirada hacia las hogueras y sintió su impotencia. Era mejor, lo sabía, dejarlo correr, adentrarse en la luz de los fuegos y concentrarse en mañana pero, ¿cómo iba a mirar a Gibbons y a Berry a la cara y ver el triunfo en sus rostros sin clavarles la espada?

Dio media vuelta y miró fijamente al lejano horizonte y al resplandor rojo de las hogueras francesas que perfilaban la cima de la colina con una luz tenue. Había conejos corriendo por la cima de la colina que había subido, veía sus pequeñas figuras moviéndose y de repente se quedó helado. ¿Había allí centinelas que no había visto? No eran conejos. Veía las siluetas de hombres, había confundido sus cabezas con conejos, pero mientras subían al otro lado de la cima, vio una docena de hombres, acarreando cañones, en su dirección. Se tumbó en la hierba, agarrando la espada, y miró fijamente el opaco resplandor del cielo. Puso la oreja contra el suelo y

oyó lo que había temido oír, el débil golpe de pies al marchar, y levantó la cabeza y se quedó mirando a la docena de hombres que se convertía en una masa deforme. Recordaba haberle dicho a Hogan que los franceses no atacarían de noche; sin embargo, sospechaba que lo que estaba viendo era precisamente eso, un ataque nocturno al Medellín. Los doce hombres serían algunos de los tiradores, los *voltigeurs* franceses, y la masa sólida era una columna francesa que subía la colina bajo el silencio de la noche. ¿Pero cómo estar seguro? Podía ser fácilmente un batallón británico desplazándose en la oscuridad, buscando un nuevo sitio donde acampar, ¿pero tan tarde? Avanzó serpenteando sobre las rodillas y los codos, apretando bien el cuerpo contra el suelo de manera que quienquiera que viniera en la oscuridad no lo viera dibujado en las hogueras. La espada susurraba sobre la hierba, a él le parecía un ruido ensordecedor, pero los hombres seguían caminando hacia él. Se paró cuando vio que se detenían y vio que se arrodillaban. Estaba casi seguro de que eran *voltigeurs*, la línea de tiradores que había sido enviada a la cabeza para liquidar a los centinelas, y ahora que ya tenían sus blancos a la vista estaban esperando a la columna de manera que el ataque chocaría contra el objetivo al unísono. Sharpe contuvo la respiración. Los hombres arrodillados se llamaban unos a otros en voz baja y él quería escuchar su lengua.

Era francés. Giró la cabeza y miró fijamente hacia las hogueras que señalaban la línea británica. Allí nadie se movía, los hombres estaban sentados mirando las llamas, esperando la mañana y totalmente ignorantes de que el enemigo había encontrado la meseta del Medellín sin defensa y estaba a punto de atacar. Sharpe tenía que advertir a los ingleses, ¿pero cómo? Un único disparo del fusil se achacaría a un centinela nervioso, que había visto sombras en la noche; no podía gritar desde tan lejos, y si volvía corriendo entonces no alcanzaría los fuegos británicos mucho antes que los franceses. Sólo había una manera, y era provocar a los franceses para que dispararan una descarga, un chasquido de los mosquetes que sorprendería a los ingleses, y les advertiría del peligro y les haría formar una línea bruscamente. Agarró la espada, percibió la cercana sombra de un *voltigeur* arrodillado, entonces se puso en pie y se precipitó hacia el enemigo. El hombre levantó la vista cuando Sharpe se acercaba a él y se puso un dedo sobre los labios. Sharpe gritó, un alarido helado de miedo y desafío, y cortó de lado con su espada. No se detuvo a ver si había hecho daño sino que siguió corriendo, arrancando la espada, gritando al siguiente hombre. Éste estaba de pie, gritó una pregunta, y murió con la espada en el vientre. Sharpe siguió gritando. Arrancó la espada, la hizo girar en el aire, de manera que silbara, descubrió movimiento a su izquierda y corrió hacia otro *voltigeur*. Les había sorprendido lo imprevisto de su ataque, no tenían ni idea de cuántos hombres había entre ellos, ni de dónde venían. Sharpe vio a dos tiradores juntos, cuyas bayonetas le estaban apuntando, pero gritó, ellos vacilaron y le dio un corte a un hombre al apartarse y

desapareció en la noche. Se dejó caer en la hierba. Nadie había disparado. Oyó a los franceses que corrían por la hierba, los gemidos de un herido, pero nadie le había disparado. Se quedó tumbado inmóvil, mirando fijamente al cielo, y esperó hasta que sus ojos pudieran percibir las oscuras figuras de la columna que se acercaba. Oyó cómo gritaban preguntas, y cómo los tiradores siseaban las respuestas, pero aún no eran detectados, los británicos estaban sentados junto a los fuegos y esperaban el amanecer que tal vez no llegaría nunca. Sharpe tenía que provocar una descarga.

Tumbó la espada sobre la hierba y se estiró el Baker del hombro. Lo deslizó hacia adelante, abrió la cazoleta y tocó la pólvora para ver que todavía estaba en su sitio, entonces aflojó hacia atrás el pedernal hasta que sintió que se encajaba en su sitio. Los franceses volvían a estar callados, sus atacantes habían desaparecido tan rápidamente como habían surgido.

—¡Batallón! ¡Batallón disparará por compañías! ¡Presenten armas!

Gritaba órdenes sin sentido a los franceses. Veía la silueta de la columna tan sólo a cincuenta yardas. Los tiradores se habían retirado para reunirse con la marcha decisiva cuando esta masa de hombres se abalanzaría sobre los británicos confiados.

—¡Batallón! —desenvainó la espada—. ¡Fuego!

El Baker escupió la bala hacia los franceses y oyó un grito agudo.

Habrían visto el destello de la boca pero Sharpe rodó hacia la derecha y agarró la espada.

—*Tirez!*

Gritó la orden a la columna. Una docena de soldados nerviosos apretó los gatillos y él oyó las balas zumban sobre la hierba. ¡Por fin! Los británicos se debían haber despertado y se volvió para ver a unos hombres de pie junto a las hogueras, con señales de movimiento, incluso pánico.

—*Tirez! Tirez! Tirez!*

Chilló a la columna y más mosquetes sonaron en la noche. Los oficiales gritaron a sus hombres para que detuviesen los disparos pero el mal ya estaba hecho. Los británicos habían oído los disparos, habían visto las llamaradas de los mosquetes, y Sharpe veía a hombres que cogían armas, fijaban bayonetas, esperando cualquier cosa en cuclillas, en la oscuridad. Era hora de ir hacia allí. Los franceses se volvían a mover y Sharpe corrió a toda velocidad hacia las líneas británicas. Su cuerpo corriendo se dibujaba contra los fuegos y oyó el chasquido de algún mosquete y sintió cómo las balas le pasaban cerca. Iba gritando mientras corría.

—¡Los franceses! ¡Hagan una línea! ¡Los franceses!

Vio a Harper y a los fusileros que bajaban corriendo por la línea, alejados del centro donde los franceses dispararían, y fuera de la poca iluminada cima de la meseta. Era lo sensato. Los fusiles no servían para las distancias cortas y el sargento estaba escondiendo a sus hombres en las sombras desde donde pudieran disparar al

enemigo. La respiración retumbaba a Sharpe en los oídos, jadeaba, la carrera se había convertido en una lucha contra el cansancio y el peso de su mochila. Vio que el South Essex formaba pequeños grupos nerviosos que se separaban y se volvían a formar. Nadie sabía lo que estaba sucediendo. A su derecha otro batallón estaba en igual desorden y detrás Sharpe oyó el sonido firme de los franceses avanzando al trote.

—¡Los franceses!

Se quedó sin respiración. Harper había desaparecido. Sharpe saltó una hoguera y corrió a toda prisa hacia un sargento que le agarró y le sostuvo mientras hacía esfuerzos para respirar.

—¿Qué pasa, mi capitán?

—Columna francesa. Hacia aquí.

El sargento estaba confundido.

—¿Por qué no les ha detenido la primera línea?

Sharpe le miró sorprendido.

—¡Ustedes son la primera línea!

—¡Nadie nos lo ha dicho!

Sharpe miró a su alrededor. Los hombres corrían de un lado a otro buscando a sus sargentos u oficiales, un oficial a caballo cabalgó hacia adelante entre los fuegos. Sharpe no veía quién era, y desapareció hacia la columna. Sharpe oyó un grito, el chillido del caballo al disparo de los mosquetes, y el golpe de la bestia al caer. Las llamaradas de los mosquetes mostraban dónde estaban los franceses y Sharpe, con cierta satisfacción, oyó el sonido crujiente de los Baker en la cima de la colina.

Entonces la columna se hizo visible, sus pantalones blancos mostrándose a la luz de las hogueras, haciendo ángulo con el frente y apuntando hacia el centro de la línea británica. Sharpe gritó las órdenes.

—Presenten. ¡Fuego!

Unos pocos mosquetes dispararon, el humo blanco desapareció inmediatamente en la oscuridad; Sharpe estaba solo. Los hombres habían huido al ver a la enorme columna. Sharpe corrió tras ellos, golpeando a algunos hombres con su espada.

—¡Aquí están más a salvo! ¡Quietos!

Pero no había manera. El South Essex, al igual que el batallón junto a ellos, se había dispersado envuelto en pánico y fluían de nuevo hacia las hogueras detrás de ellos donde Sharpe vio a hombres que formaban en compañías, la tropa con las bayonetas levantadas.

Era el caos. Sharpe cortó por entre los fugitivos, dirigiéndose hacia la cima de la colina y hacia la oscuridad donde sus fusileros estaban escondidos. Encontró a Knowles con un grupo de la compañía, y les empujó adelante para unirse a Harper pero la mayoría del batallón volvía corriendo. Los franceses dispararon la primera descarga, un trueno imponente de disparos que hizo estallar la noche con humo y

llama, y abrieron una brecha en las tropas delante de ellos. El batallón volvió corriendo a ciegas hacia la seguridad de la siguiente línea de fuego, Sharpe chocó contra los fugitivos, se libró de ellos, luchando hacia la relativa paz de la cima de la colina. Una voz gritó.

—¿Qué sucede?

Sharpe se giró. Berry estaba allí, con la casaca desabrochada, la espada desenvainada, su cabello negro cayéndole por encima de la cara gorda. Sharpe se detuvo, se agachó y gruñó. Se acordó de la muchacha, de su terror, de su dolor, y se puso en pie, caminó unos pasos, y agarró a Berry por el cuello. Unos ojos asustados se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa?

Arrastró al teniente con él, al otro lado de la cima, hasta la oscuridad de la ladera. Oía a Berry que balbuceaba, preguntando qué sucedía, pero él le estiró hacia abajo hasta que ambos estaban bien por debajo de la cima y escondidos de los fuegos. Sharpe oyó a los últimos fugitivos pasar pesadamente la cima, el chasquido de los mosquetes, los gritos apagándose a medida que los hombres volvían corriendo. Soltó el cuello de Berry. Vio la cara blanca volverse hacia él en la oscuridad; se oyó su grito sofocado.

—Dios mío. ¿Capitán Sharpe? ¿Es usted?

—¿Acaso no me estaba esperando?

La voz de Sharpe sonaba tan fría como la espada en invierno.

—Le estaba buscando.

CAPÍTULO 20

Una bala de mosquete perdida zumbó por encima de la cabeza de Sharpe; los ruidos de la batalla eran más débiles ahora que estaba bajo la cima y la única luz provenía de los reflejos horripilantes de los fuegos aislados por debajo del humo de la batalla que se elevaba de la meseta del Medellín.

—¡Sharpe!

Berry seguía balbuceando. Se estiró boca arriba e intentó subir arrastrándose hacia la cima de la colina, alejándose de la alta y oscura silueta del fusilero.

—No deberíamos ir, Sharpe, ¿y los franceses? ¡Están en la colina!

—Lo sé. He matado al menos a dos —dijo Sharpe sosteniendo su espada contra el pecho de Berry y deteniendo el serpenteo—. Ahora volveré para matar a unos cuantos más.

Berry se calló al oír hablar de matar. Sharpe vio que le miraba fijamente pero estaba demasiado oscuro para adivinar la expresión de su cara. Sharpe tuvo que imaginarse los labios mojados, la cara rechoncha, la mirada temerosa.

—¿Qué le hizo a la muchacha, Berry?

El teniente se quedó callado. Sharpe vio la delgada espada que había dejado tumbada sobre la hierba; el hombre no luchaba, no tenía intención de resistirse, solo la esperanza patética de que Sharpe se aplacara.

—¿Qué hizo, Berry?

Sharpe se acercó y la hoja tembló junto a la garganta de Berry. Sharpe vio que la cara giraba de un lado a otro, oía la respiración contenida en la garganta del teniente.

—Nada, Sharpe, lo juro, nada.

Sharpe sacudió la muñeca de manera que la hoja le pinchara en la barbilla. La hoja estaba afilada y oyó el jadeo.

—Déjeme marchar. ¡Por favor! Déjeme marchar.

—¿Qué le hizo?

Sharpe oía el sonido característico de los fusiles disparando a su derecha. El chasquido arrollador de los mosquetes se oía a la izquierda y supuso que la columna francesa había enviado a sus tiradores por los flancos para disipar los grupos dispersos que todavía ofrecían resistencia. No tenía mucho tiempo; quería estar con sus hombres y ver lo que estaba sucediendo en la cima de la colina pero primero quería que Berry sufriera tanto como había sufrido la chica, que tuviera el mismo miedo que ella había tenido.

—¿Le suplicó Josefina? —su voz parecía el viento nocturno del mar del Norte—. ¿Le pidió que la dejara?

Berry se quedó callado. Sharpe volvió a tirar de la espada.

—¿Lo hizo?

—Sí —contestó susurrando.

—¿Estaba asustada? —preguntó colocando la punta sobre la carne en el cuello de Berry.

—Sí, sí, sí.

—¿E incluso así la violó?

Berry estaba demasiado aterrorizado para hablar. Hacía ruidos incoherentes, giraba la cabeza, miraba fijamente la hoja que surgía de la figura oscura y vengativa que estaba sobre él. Sharpe olía el humo penetrante de los mosquetes en la colina. Tenía que darse prisa.

—¿Me oye, Berry?

—Sí, Sharpe. Le oigo.

En la voz de Berry se percibía un mínimo indicio de esperanza. Sharpe le cortó.

—Le voy a matar. Quiero que sepa que está tan aterrorizado como ella lo estaba. ¿Entiende?

El hombre volvió a balbucear, suplicar, sacudía su cabeza, dejó caer la espada y juntó las manos como si le rogara a Sharpe. El fusilero miró fijamente hacia abajo. Se acordó de una frase extraña que una vez había oído en un acto religioso de campaña lejos en la India. Un capellán había aparecido y se había quedado con la sobrepelliz blanca en la plaza de armas y de todos los murmullos sin sentido, una frase, sin embargo, se le había quedado en la cabeza, una frase del devocionario que le volvía ahora a la mente al preguntarse si el realmente podía matar a un hombre por violar a su mujer. «Libra mi alma de la espada, a mi amada del poder del perro.»

Sharpe había pensado dejar al hombre que se levantara, que recogiera su espada y que luchara por su vida. Pero pensó en el terror de la muchacha, dejó que la imagen de su sangre en las sábanas alimentara su ira una vez más, vio la cara carnosa murmurando por debajo de él y, como si estuviera cansado y sólo quisiera descansar, se apoyó con ambas manos en la empuñadura de la espada.

El murmullo se convirtió casi en un chillido, el cuerpo se sacudió una vez, la espada traspasó la piel y el músculo grueso hasta la garganta de Berry y el teniente murió. Sharpe se quedó sobre la espada. Era un crimen, lo sabía, un pecado capital y, sin embargo, no se sentía culpable. Lo que le preocupaba era saber que debía sentirse culpable pero que no lo sentía.

Había vengado a la muchacha matando al perro. Tenía las manos húmedas y al arrancar su espada, sabía que le había cortado la yugular a Berry. Debía parecerse a alguien de un matadero pero se sentía mejor y sonrió en la oscuridad al dejarse caer sobre una rodilla y rebuscar con las manos rápidamente en los bolsillos y bolsas de Berry. La venganza, pensó, le sentaba bien y le sacó al muerto unas monedas y se las metió en sus bolsillos. Se alejó del cuerpo caminando hacia los sonidos de los fusiles, caminando lentamente hacia la cima de la colina, donde las llamaradas escupían balas

hacia los franceses, y se hundió junto a Harper. El sargento le miró y entonces se volvió de cara a la cima de la colina y apretó el gatillo. Salió humo de la cazoleta, vomitada por el cañón del fusil, y Sharpe vio a un *voltigeur* caer hacia atrás en una hoguera. Harper sonrió satisfecho.

—Me ha estado molestando, ése, así que ahí tiene. Ha estado saltando alrededor como un pequeño Napoleón.

Sharpe miró fijamente a la cima de la colina. Era como las pinturas del infierno que había visto en las iglesias españolas y portuguesas. El humo rodaba rojo en retazos extraños allá arriba, densamente allí donde la columna se abría paso con fuerza entre las hogueras que marcaban las líneas británicas, y débilmente allí donde pequeños grupos luchaban contra los tiradores que intentaban despejar la cima. Cientos de pequeños fuegos alumbraban la batalla, los mosquetes bombeaban humo y llama en la noche, todo ello acompañado por los gritos de los franceses y los lamentos de los heridos. Los fusileros habían hecho sufrir a los tiradores franceses. Harper los había alineado en las sombras de la cima y ellos habían matado una a una a las figuras azules que corrían entre los fuegos mucho antes de que los franceses estuvieran lo bastante cerca para usar sus mosquetes con precisión. Sharpe estiró de su fusil y cogió un cartucho.

—¿Algún problema?

Harper sacudió la cabeza y sonrió.

—Ejercicios de tiro.

—¿El resto de la compañía?

El sargento sacudió la cabeza hacia atrás.

—La mayoría están hacia abajo con el señor Knowles, mi capitán. Le dije que aquí no les necesitábamos.

Durante un segundo Sharpe se preguntó si alguien había visto cómo mataba a Berry, pero se sacudió ese pensamiento. Confiaba en su instinto, el instinto que le había advertido de la presencia del enemigo y aquella noche cada hombre había sido enemigo suyo hasta que Berry había muerto. Nadie le había visto. Harper gruñó mientras metía otra bala en el fusil.

—¿Qué ha pasado, mi capitán?

Sharpe sonrió como un zorro y no dijo nada. Estaba reviviendo el instante de la muerte de Berry, sintiendo la satisfacción, el alivio del dolor y del sufrimiento de Josefina. ¿Quién había dicho que la venganza era dura e inútil? Estaban equivocados. Preparó el rifle, lo levantó y lo deslizó hacia adelante, pero no había ningún *voltigeur* a la vista. La batalla se había trasladado hacia la izquierda donde resplandecía y tronaba en la oscuridad.

—¿Capitán?

Se volvió y miró al sargento. Le explicó, simple y llanamente, lo que había

sucedido y observó la enorme cara del irlandés volverse llena de ira.

—¿Cómo está?

—Perdió mucha sangre —contestó Sharpe sacudiendo la cabeza—. Le pegaron.

El sargento buscó en el suelo frente a él, examinó cuidadosamente la lumbre y las sombras jorobadas, las llamaradas lejanas de los mosquetes que podían ser franceses o ingleses. Cuando habló su voz era suave.

—¿Y con los dos, qué va a hacer?

—El teniente Berry ha muerto en la batalla de esta noche.

Harper se giró y miró al capitán, a la espada roja que estaba tumbada junto a él y sonrió lentamente.

—¿Y el otro?

—Mañana.

Harper asintió y volvió a la batalla. Los franceses habían sido retenidos a juzgar por la posición de las llamaradas de los mosquetes, como si al avanzar hacia las líneas se hubieran adentrado en una resistencia que finalmente no podían vencer. Sharpe buscó en la oscuridad, hacia su derecha. Los franceses debían haber enviado más tropas pero no había señal de ellas. En el terreno frente a ellos no se distinguía ni un movimiento. Dio media vuelta.

—¡Teniente Knowles!

—¡Mi capitán!

La voz provenía de la oscuridad pero precedía al rostro ansioso de Knowles que subía por la pendiente.

—¡Capitán! ¿Está bien, mi capitán?

—Como pez en el agua, teniente.

Knowles no entendía por qué Sharpe parecía tan contento. Habían corrido rumores por la compañía pues Harper y los fusileros habían vuelto sin el capitán.

—Diga a los hombres que preparen las bayonetas y que suban aquí. Ya es hora de que nos sumemos.

—Sí, mi capitán —contestó Knowles sonriendo.

—¿De cuántos hombres disponemos?

—Veinte, capitán, sin contar a los fusileros.

—¡Bien! A trabajar.

Sharpe se quedó de pie y caminó hasta la cima de la colina. Hizo una señal a los fusileros con la mano para que avanzaran y esperó a que Knowles y su grupo subieran hasta la luz. Sharpe hizo señales a derecha e izquierda con la espada.

—¡Orden de escaramuza! Avancen lentamente. No queremos enfrentarnos a la columna, pero eliminemos a los tiradores.

Las bayonetas brillaban rojas a la luz del fuego, la línea avanzaba firmemente pero los tiradores enemigos habían desaparecido. Sharpe los llevó hasta unas cien

yardas de la columna enemiga y les hizo una señal con la mano para que se agacharan. No podían hacer otra cosa que observar la demostración de la infantería británica. Los franceses se habían abierto camino casi hasta el extremo de la colina pero habían sido detenidos por un batallón que Sharpe supuso debía haber subido desde la falda de la misma y que ahora se extendía delante de los franceses como una barrera infranqueable. El batallón formaba línea y disparaba en descargas de pelotón controladas. Era magnífico. Ninguna infantería se resistía a los mejores británicos y el batallón destrozaba la columna con los mosquetes que retumbaban arriba y abajo del batallón, las baquetas destellaban al unísono, los pelotones disparaban en serie, un martilleo irresistible de disparos de cerca de los mosquetes que se derramaba en la tropa compacta de los franceses. El enemigo flaqueaba. Cada descarga diezaba las tropas delanteras de la columna. Su mando intentó que se desplegaran en línea pero era demasiado tarde. Los hombres de la retaguardia de la columna no adelantarían por aquel granizo de plomo que fluía metódica y mortalmente de los mosquetes británicos. Grupos de franceses vestidos con casaca azul empezaron a fundirse en la oscuridad, un oficial británico a caballo le vio y levantó su espada, la tropa roja jaleó y se adelantó apuntando con las bayonetas y tan de repente como había empezado, la batalla terminó. Los franceses retrocedieron, pisando a los muertos, retirándose cada vez más rápido de las espadas que los alcanzaban. El enemigo hizo bien. Una única columna había capturado la colina, incluso sin las otras columnas que no habían llegado, pero ahora el coronel francés tenía que volver, tenía que sacar a sus hombres del fuego de los mosquetes que los aplastaba. Cuando llegaban a la altura de la línea de tiradores algunos de los fusileros de Sharpe levantaron el arma pero Sharpe les gritó que los dejaran marchar. Mañana ya habría bastante carnicería.

Sharpe se agachó junto a un fuego y limpió la sangre pegada en la espada con la casaca de un francés muerto. Era el momento de recoger a los muertos y contar a los vivos. Quería que Gibbons se preocupara por Berry, que tuviera miedo en la noche, y sintió de nuevo el alborozo del golpe mortal. Se oyeron las campanas de la ciudad que tocaban medianoche y pensó brevemente en la muchacha tumbada a la luz de las velas y se preguntó si ella pensaría en él. Harper se sentó en cuclillas junto a él, tenía la cara negra por el humo de la pólvora, y le alargó una botella.

—Tome un poco para dormir, mi capitán. Lo necesita —dijo Harper sonriendo—. Mañana tenemos que cumplir una promesa.

Sharpe levantó la botella hacia el sargento como si brindara.

—Una promesa y media, sargento. Una promesa y media.

CAPÍTULO 21

Fue una noche corta y mala. Después de rechazar a los franceses, el ejército rescató a los heridos y, a la tenue luz de las hogueras, buscaron a los muertos y amontonaron a los que se encontraron. Batallones que se habían creído a salvo en una imaginaria segunda línea ahora apostaban centinelas y la corta noche se vio perturbada por frecuentes chasquidos de los mosquetes, pues los pelotones de guardia imaginaban nuevas columnas enemigas en la oscuridad. Los clarines sonaron a las dos de la mañana, se avivaron las hogueras, y los hombres hambrientos temblaban alrededor de las llamas, escuchando los distantes clarines franceses que levantaban al enemigo. A las tres y media, cuando una luz grisácea y plateada tocaba los flancos del Medellín, encontraron el cuerpo de Berry y lo llevaron hasta el fuego donde Simmerson y sus oficiales sorbían té caliente. Gibbons, espantado ante la gran herida que desfiguraba la garganta de su amigo, miró a Sharpe con ojos sin brillo pero con suspicacia. Sharpe le devolvió la mirada y sonrió, vio la sospecha, y entonces Gibbons se giró bruscamente y llamó a sus criados gritando para que arreglaran las mantas. Simmerson echó una mirada a sus oficiales.

—Murió como un valiente, caballeros, como un valiente.

Todos murmuraron asintiendo, más preocupados por el hambre y por lo que iba a suceder que por la muerte de un teniente gordo, y observaron con desgana cómo se le despojaba el cuerpo de las pertenencias antes de amontonarlo con las pilas de muertos que iban a ser enterrados antes que el sol se elevara y los hiciera repugnantes. A nadie le resultó extraño que el cuerpo de Berry se encontrara tan alejado de los demás muertos. Los acontecimientos de la noche habían sido confusos, se decía que los alemanes debajo del Medellín se habían enfrentado a un tirador que corría con otra columna y que grupos de fugitivos franceses se habían perdido en la oscuridad vagando por las líneas británicas, y se supuso que Berry se había encontrado con ese grupo.

Hacia las cuatro el ejército estaba en su posición. Las brigadas de Hill estaban en el Medellín y los comandantes de brigada alineaban los batallones detrás de la cima de manera que no fueran visibles para los cañones franceses. Los del South Essex estaban en la vertiente de la colina que daba a los alemanes y a la guardia, que defenderían la llanura entre el Medellín y el Pajar. Sharpe miró fijamente a la ciudad, medio oculta en la niebla, y pensó en lo que le pasaba a Josefina. Estaba impaciente por empezar la batalla, alejar a su compañía ligera de Simmerson y subir hasta la línea de tiradores que se formaría en el valle del Portina medio envuelto en la niebla. Le sorprendía que Simmerson no hubiera dicho nada al batallón. El coronel estaba sentado en su caballo gris y miraba malhumorado hacia la miríada de estelas de humo que se elevaban del campamento francés y se fundían con el sol saliente. No prestaba

atención a Sharpe, nunca lo hacía, como si el fusilero fuera una pequeña molestia que se borraría de su vida cuando la carta fuera recibida en Londres. Gibbons estaba sentado junto a Simmerson y Sharpe se dio cuenta de repente de que ambos hombres estaban espantados. Frente a ellos ondeaba la solitaria bandera en el asta, adornada con el rocío de la mañana, un solitario recordatorio de la deshonra del batallón. Simmerson no conocía la guerra y estaba mirando fijamente la niebla que recorría el Portina pensando en qué podría emerger de la blancura que desafiase a su batallón. No sólo dependía el futuro de Sharpe de esa batalla. Si el batallón lo hacía mal entonces se quedaría como un batallón de destacamentos e iría menguando asaltado por las enfermedades y la muerte hasta que simplemente desaparecería de la lista del ejército; el batallón que nunca existió. Simmerson sobreviviría. Volvería a casa a sus propiedades, ocuparía su escaño en el Parlamento, se convertiría en un experto de café en guerras pero, dondequiera que hubiera soldados, los nombres de Simmerson y del South Essex serían despreciados. Sharpe dibujó una sonrisa; ironías de la vida, aquel día, Simmerson necesitaba al fusilero mucho más de lo que Sharpe necesitaba al coronel.

Al final llegó la señal y las compañías ligeras avanzaron, abriéndose en una fina línea de tiradores para convertirse en los primeros hombres que atacaron. Mientras caminaba pendiente abajo hacia la niebla Sharpe miró a la colina del Cascajal que estaba coronada con cañones franceses, casi rueda con rueda, los cañones apuntaban al Medellín. En algún lugar tras los cañones los batallones franceses estarían formados en enormes columnas que se lanzarían contra la línea británica, tras ellos estaría esperando la caballería para colarse por la brecha; más de cincuenta mil franceses preparándose para castigar a los británicos por su temeridad al enviar al pequeño ejército de Wellesley contra su imperio. La compañía ligera se adentró en la niebla, en el mundo privado donde los tiradores se enfrentarían a los *voltigeurs*, y Sharpe se quitó de la cabeza los pensamientos de derrota. Era impensable que Wellesley perdiera, que el ejército fuera destruido y enviado deshecho de vuelta al mar, que los problemas de Sharpe, que los problemas de Simmerson, que el destino del South Essex, que todo se ahogara en el desbordamiento desastroso de la derrota. Harper corrió hacia él y le hizo alegremente una señal con la cabeza mientras tiraba del tope del cañón de su rifle.

—Para nosotros hace calor, mi capitán.

—Despejará dentro de una hora más o menos —dijo Sharpe con una mueca.

La niebla tapaba todo a una distancia de cien pasos y restaba ventaja a los fusiles de largo alcance. Sharpe vio el arroyo al frente.

—Ya está bien. Vaya a ver si el señor Denny está bien.

Harper se fue hacia la derecha donde Denny debía estar reunido con los tiradores alemanes. Sharpe caminó aguas arriba donde suponía que sería el ataque y encontró a

Knowles al extremo de la línea. A lo lejos, en la niebla, vio las casacas rojas del 66 y a algunos fusileros de los Americanos Reales.

—¿Teniente?

—¿Mi capitán?

Knowles estaba vigilante y nervioso; medio temeroso, medio disfrutando de su primer día de verdadera batalla. Sharpe le sonrió alegremente.

—¿Algún problema?

—No, mi capitán. ¿Falta mucho?

Knowles echaba continuas miradas a la lejana orilla vacía del Portina como si esperara ver materializarse de repente a todo el ejército francés.

—Primero oír los cañones —dijo Sharpe golpeando los pies para aliviar el frío—. ¿Qué hora es?

Knowles sacó su reloj, con una dedicatoria de su padre, y abrió la tapa.

—Casi las cinco, mi capitán.

Siguió mirando el florido reloj con la manecilla de filigrana.

—¿Mi capitán? —dijo como turbado.

—¿Sí?

—Si me muero, ¿se lo quedará? —dijo alargándole el reloj.

Sharpe apartó el reloj. Tenía ganas de reír pero sacudió la cabeza con gesto grave.

—No va a morir. ¿Qué se apuesta?

Knowles le miró temeroso y Sharpe asintió.

—Piénselo, teniente. El ascenso es rápido en la batalla —dijo sonriendo, intentando disipar la tristeza de Knowles—. ¿Quién sabe? Es un día lo bastante bueno como para que todos acabemos siendo generales.

Un cañón se oyó en el Cascajal. Los ojos de Knowles se abrieron, cuando oyó por vez primera el arrollador trueno de la bala de hierro en el aire.

Fuera del alcance de la vista de los tiradores la bala de ocho libras golpeó la cima del Medellín, rebotó por encima de las tropas envuelta en tierra y piedras, y rodó inofensivamente hasta detenerse a cuatrocientas yardas por debajo de la meseta. El sonido del disparo resonó seco desde las colinas, se apagó entre la niebla y desapareció. Cien mil hombres lo oyeron, algunos se persignaron, algunos rezaron, y algunos simplemente pensaron impulsivamente en la tormenta que estaba a punto de estallar al otro lado del Portina. Knowles esperó oír otro cañón pero sólo había silencio.

—¿Qué ha sido eso, mi capitán?

—Una señal para las otras baterías francesas. Deben estar recargando el cañón.

Sharpe imaginó el silbido de la esponja al ser introducida en el cañón, el vapor saliendo del orificio y luego la nueva carga y la nueva bala atacada a fondo.

—Ahora, creo.

El silencio cesó. A partir de ese momento Sharpe daría cuenta de la batalla por los sonidos y escuchó las balas de hierro enviadas por setenta u ochenta cañones que gritaban y tronaban en el aire. Escuchaba el estallido de los cañones, se los imaginaba retrocediendo con sus pesos tremendos sobre las gualderas, dando sacudidas en el aire y volviendo a caer sobre las ruedas mientras la baqueta se metía en agua y los hombres preparaban la siguiente bala. Detrás el ruido era diferente, el sonido sordo de las salvas que cincelaban el Medellín, el ruido sordo del acero sobre la tierra. Se giró hacia Knowles.

—No es mi día de suerte.

Knowles se giró mostrándole su preocupado rostro. Se suponía que el capitán tenía suerte. Sharpe y la compañía dependían de la superstición.

—¿Por qué, mi capitán?

Sharpe sonrió.

—Disparan a nuestra izquierda.

Gritaba más alto que los cañones concentrados.

—Atacarán allí. ¡Pensaba que podría ser el orgulloso propietario de un reloj!

Dio a Knowles, una palmada en el hombro que se sentía aliviado y señaló al otro lado del arroyo.

—Espérelos dentro de unos veinte minutos, allí un poco a la izquierda. ¡Ahora vuelvo!

Recorrió la línea de hombres, comprobando los pedernales, haciendo las bromas de siempre y buscando a Harper. Se encontraba tremendamente cansado, no sólo el cansancio de haber dormido poco y mal, sino la fatiga por problemas que parecían no tener fin. La muerte de Berry era como un sueño medio olvidado y no había solucionado más que la mitad de una promesa y no tenía la menor idea de cómo resolvería la otra mitad o la promesa del águila. Las promesas eran como barreras que se había levantado en su propia vida y el honor exigía que las cumpliera, pero su sentido común le decía que la tarea era imposible. Hizo una señal a Harper y cuando el sargento se dirigía hacia él, el sonido de la batalla cambió. Hubo un tono de gemido en el rugido de la bala que pasaba por encima y Harper levantó la vista en la niebla.

—¿Granadas?

Sharpe asintió cuando la primera explotó sobre el Medellín. El sonido subió de intensidad, el choque de las granadas hacía eco al trueno de los cañones, y al estrépito se sumaba el sonido agudo del largo cañón británico de seis que respondía. Harper levantó el pulgar hacia el Medellín que no tenían a la vista.

—Es un martilleo extraño, mi capitán.

Sharpe escuchó.

—Las bandas aún están tocando.

—Preferiría estar allí abajo.

Distante, entre los incesantes choques que se fundían en un largo retumbo, Sharpe pudo oír el sonido de las bandas regimentales. Si los músicos tocaban los batallones británicos no sufrirán demasiado el bombardeo francés. Si Wellesley no hubiera retirado la línea británica detrás de la cima los artilleros franceses estarían masacrando los batallones línea a línea y los músicos estarían haciendo su otro trabajo, el de recoger a los heridos y llevarlos a la retaguardia. Sharpe sabía que Harper, al igual que él, pensaba en la promesa que le habían hecho a Lennox, el águila. Miró al otro lado del arroyo hacia la hierba vacía, escuchaba el cañoneo como si fuera la batalla de otro y se volvió al sargento.

—Habrá más días, ¿sabe? Otras batallas.

Harper sonrió lentamente, se puso en cuclillas y lanzó una piedra al agua clara.

—Ya veremos qué pasa, capitán.

Se quedó quieto, escuchando, señalando al frente.

—¿Oye eso?

Era el sonido que Sharpe había estado esperando, débil pero inequívoco, el sonido que no había oído desde Vimeiro, el sonido del ataque francés. Las columnas del enemigo no estaban a la vista, no lo estarían durante minutos, pero entre la niebla oía los apretados tambores redoblando el hipnótico ritmo de la carga. Bum-bum, bum-bum, bumabum, bumabum, bum-bum. Así continuaría hasta que el ataque estuviera ganado o perdido, los muchachos azotarían la piel a pesar de las descargas, era el ritmo interminable que había llevado a los franceses a una victoria tras otra. Había una inexorable amenaza en los toques del tambor, cada frase repetida acercaba a los franceses diez pasos.

Sharpe sonrió a Harper.

—Cuide al chico. ¿Está bien?

—¿Denny, mi capitán? Ha tropezado tres veces con la espada, por lo demás está bien.

Harper se rió.

—Cuídese usted, capitán.

Sharpe volvió río arriba, con los repliques de tambor cada vez más cercanos, la línea de tiradores escudriñaba con temor en la niebla. Su trabajo estaba a punto de comenzar. Los cañones franceses no habían conseguido dispersar a los batallones británicos y frente a los tambores, extendiéndose en una enorme nube, se acercaban los *voltigeurs*. Su intención era acercarse lo más que pudieran a los batallones británicos y disparar a la línea con sus mosquetes para diezmarla y debilitarla, de manera que cuando llegara la columna con los tambores, los británicos estuvieran destrozados y cedieran. Los tiradores de Sharpe con las otras compañías ligeras tenían que detener a los *voltigeurs* y su propia batalla, luchada en la niebla, estaba a

punto de empezar. Encontró a Knowles de pie junto al arroyo.

—¿Ha visto algo?

—No, mi capitán.

El redoble se oía más, rivalizando con el choque de las granadas y, al final de cada redoble, Sharpe oía un nuevo sonido cuando los tambores se detenían para dejar que miles de voces entonararan «*Vive l'Empereur*». Era el sonido victorioso que había aterrorizado a los ejércitos de Europa, el sonido de Marengo, de Austerlitz, de Jena, las voces y tambores de la victoria francesa. Luego, corriente arriba y lejos de la vista, las tropas ligeras se reunieron y Sharpe oyó el primer chasquido de los mosquetes; no la arrolladora descarga de tropas concentradas sino los chasquidos espaciados, deliberados, de disparos dirigidos a un blanco.

Knowles miró a Sharpe arqueando las cejas, el fusilero sacudió la cabeza.

—Eso es sólo una columna. Al menos habrá otra, probablemente dos, y más cerca. Espere.

Y allí estaban, oscuras siluetas corriendo entre la niebla, docenas de hombres con casacas azules y charreteras rojas. Los hombres elevaron los mosquetes.

—¡Esperen! —dijo Sharpe bajando un mosquete.

Los *voltigeurs* se enfrentaron contra el fuego del 66.º y de los Americanos Reales, estaban a unos cien pasos corriente arriba y Sharpe esperaba a ver si la línea de tiradores franceses llegaría hasta el South Essex.

—¡Esperen!

Observó que los primeros franceses se desplomaban en la hierba, otros se ponían de rodillas y apuntaban con cuidado aunque no era su día. Supuso que el ataque francés, dirigido al Medellín, iba a pasar por delante del South Essex pero le alegraba lo suficiente como dejar que su tropa sin curtir viera una verdadera escaramuza antes de que lo tuvieran que hacer ellos.

Los franceses, al igual que los británicos, luchaban por parejas. Cada hombre tenía que proteger a su compañero, disparando uno tras otro y gritando avisos, observando constantemente al enemigo para ver si las armas le apuntaban a él o a su compañero. Sharpe oía los gritos, los silbidos que transmitían órdenes, y de fondo, insistente como un rebato, el redoblar y los gritos. Knowles parecía un sabueso atado queriendo subir por la orilla hacia la lucha, pero Sharpe le retuvo.

—No nos necesitan. Ya nos llegará el turno. Espere.

La línea británica aguantaba. Los franceses intentaron tomar el arroyo pero cayeron al alcanzar el agua. Las parejas británicas se movían en acometidas rápidas, cambiando la posición, confundiendo al enemigo, esperando a que los *voltigeurs* estuvieran a tiro y entonces dispararían. Los fusileros de casaca verde de los Americanos Reales buscaban a los oficiales y sargentos enemigos y Sharpe oía el chasquido de sus fusiles cuando destruían a los jefes enemigos. El sonido alcanzó el

primer crescendo con el rugido del cañón, los choques anunciados de granadas, los tambores y voces de la columna, y el sonido de los clarines mezclándose con los mosquetes. La niebla se hacía más espesa con el humo de las baterías francesas que giraba al oeste hacia la línea británica, pero pronto, sabía Sharpe, la niebla se diluiría. Sintió la débil brisa y vio temblar un gran remolino blanco y moverse y oyó a Knowles respirar con asombro antes de que la niebla se cerrara. Por la abertura se veía una masa de hombres marchando en filas bien juntas terminadas en puntas de acero, una de las columnas apuntaba hacia el arroyo. Era el momento de retirarse y, efectivamente, Sharpe oyó los silbidos y cornetines y vio a los tiradores de su izquierda empezar a retroceder hacia el Medellín. Dejaban tras ellos, cuerpos rojos y verdes.

Sonó su silbato, hizo una señal con el brazo y esperó a que los sargentos repitieran la señal. Sus hombres se quedarían decepcionados. No habían disparado ni un tiro, pero Sharpe sospechaba que tendrían ocasión de hacerlo bien pronto. Los redobles y los cantos continuaron, los disparos sonaban hacia arriba, pero mientras la compañía subía la colina la niebla los separó de la batalla. Nadie les disparaba, ninguna granada aterrizaba con las espoletas chisporroteantes en el trozo por el que subían la ladera, y Sharpe siguió teniendo la extraña sensación de estar oyendo una batalla que no tenía nada que ver con él. La ilusión se desvaneció cuando la línea salió de la niebla hacia una ladera brillante por el primer sol. Sharpe hizo detener la línea, se giró, y oyó que sus hombres se quedaban boquiabiertos y maldecían al ver lo que encontraron de repente.

En la cima del Medellín no había soldados. Sólo los proyectiles franceses seguían abollando la tierra con grandes gotas que levantaban tanto tierra como llamas. Los tiradores al ver el ataque francés treparon por la pendiente, acercándose cada vez más a los proyectiles que estallaban, y se giraron para disparar a las columnas que se arrastraban saliendo de la niebla como animales grandes y extraños emergiendo del mar. La columna más cercana estaba a doscientas yardas a la izquierda y para la tropa poco curtida de Sharpe debía parecer arrolladora. Los *voltigeurs* concentraban las tropas, aumentándolas, los tambores seguían golpeando con su redoble incesante, hipnótico y los graves gritos de «*Vive l'Empereur*» recalcaban el avance demoledor. Tres columnas subían la pendiente; cada una, calculó Sharpe, tenía cerca de dos mil hombres y sobre cada una de ellas colgaban, brillando bajo el primer sol, tres águilas doradas que se dirigían a la cima.

Sharpe hizo girar a la línea de tiradores de frente a la columna e hizo señal a sus hombres de que se agacharan. Poco podían hacer a esa distancia. Decidió no volver con el batallón, la compañía sufriría menos quedándose en la ladera y mirando el ataque, que si intentaran atravesar la barrera de granadas, y mientras se agachaba, observando la enorme formación marchando pendiente arriba, Sharpe vio que los

hombres de la Legión Alemana del Rey se unían a su tosca línea. Serían privilegiados espectadores desde la barrera del ataque francés. El alferez Denny se acercó a Sharpe y se arrodilló junto a él y su cara mostraba la preocupación y el miedo que engendraban en él los redobles y los cantos. Sharpe lo miró.

—¿Qué cree usted?

—¿Capitán?

—¿Asustado?

Denny asintió. Sharpe se rió.

—¿Ha estudiado matemáticas alguna vez?

—Sí, mi capitán.

—Así pues sume usted cuántos franceses pueden realmente utilizar el mosquete.

Denny miró fijamente a la columna y Sharpe notó en su cara que se daba cuenta. La columna francesa era el seguro vencedor de la batalla pero contra buenas tropas era una trampa mortal. Sólo la primera línea y las dos filas de los flancos podían en realidad utilizar sus armas y de los cientos de hombres de la columna más cercana, solamente los sesenta de la primera fila y los hombres al final de la treintena de filas podían en realidad disparar al enemigo. La masa de hombres del centro estaba allí simplemente para añadir peso, para hacerla impresionante, alentadora, y para rellenar los huecos que dejaran los muertos.

El sonido de la batalla cambió repentinamente. Los proyectiles se detuvieron. Los grandes cuadros que marchaban estaban cerca de la cima del Medellín y los artilleros franceses tenían miedo de dar a sus propios hombres. Durante un momento sólo se oyeron los redobles, el sonido de miles de botas golpeando la ladera al unísono, y de repente un gran júbilo al pensar la infantería francesa que había ganado. Era fácil entender por qué creían que se habían hecho con la victoria. No tenían enemigo frente a ellos, simplemente la línea del horizonte vacía, y la línea de tiradores se había arrastrado hacia el otro lado de la cima para reunirse con sus batallones. Habían cumplido con su trabajo. Habían mantenido alejados a los *voltigeurs* de los británicos y el júbilo francés se desvaneció cuando se oyeron las órdenes británicas y, de repente, la cima se encontraba llena de hombres que esperaban para formar en línea de a dos. Todavía parecía ridículo. Tres grandes puños, masas enormes, apuntando a una tenue línea de a dos pero la vista engañaba; en esta situación las matemáticas lo eran todo.

La columna más cercana a Sharpe se dirigía al 66.º y al 3.º. Los dos batallones británicos eran inferiores en número, dos contra uno, pero todos los casacas rojas de la cima podían disparar el mosquete. De los cientos de franceses que subían en la columna sólo unos pocos más de cien podían en realidad disparar y Sharpe había visto esto demasiadas veces como para conocer el desenlace. Observó como daban la orden, vio la línea británica aparecer para dar media vuelta a la derecha mientras se

colocaban los mosquetes en los hombros, y observó que la columna francesa se detenía instintivamente frente a tantas armas. Los tambores redoblaron, los oficiales gritaron, una especie de gruñido sonoro salía de las columnas, se convirtió en un rugido, en vítores y los franceses cargaron contra la cima.

Y se detuvieron. Las delgadas hojas de acero de los oficiales británicos caían y las descargas incesantes empezaron. Nada podía oponerse a aquel fuego de mosquete. De derecha a izquierda, a lo largo de los batallones, las descargas de pelotón se encendían y vacilaban; era un fuego arrollador que nunca se detenía, la regularidad casi maquina de las tropas instruidas que lanzaban cuatro disparos por minuto a la densa masa de franceses. El sonido alcanzó el verdadero crescendo de la batalla, el imponente sonido de las cargas ordenadas, y mezclado con éste el curioso tañido de las balas al chocar con las bayonetas francesas. Sharpe miró a su izquierda y vio que el South Essex estaba observando. Estaban demasiado lejos para que sus mosquetes fueran de utilidad pero él se alegraba de que las tropas poco aguerridas de Simmerson pudieran ver una demostración de cómo la potencia de fuego practicada ganaba batallas.

El redoble de tambores continuó, los muchachos golpeaban sus instrumentos frenéticamente para forzar a la columna pendiente arriba e, increíblemente, los franceses lo intentaban. El instinto de victoria era demasiado fuerte, demasiado arraigado, y cuando las primeras filas estaban destruidas por el fuego mortal, los hombres que iban detrás se esforzaban pasando sobre los cuerpos para ser lanzados a su vez hacia atrás por las balas incesantes. Se enfrentaban a una tarea imposible. La columna estaba atrapada, empujada contra la tormenta, absorbiendo un castigo increíble pero negándose a ceder, a aceptar la derrota. Sharpe estaba sorprendido, dado que había estado en Vimeiro, de que esas tropas pudieran sufrir tal paliza pero lo hacían y él observó que los oficiales intentaban organizar un nuevo ataque. Los franceses, aunque demasiado tarde, intentaban la formación en línea y vio que los oficiales blandían las espadas para dirigir a las últimas filas hacia los flancos abiertos.

Sharpe levantó su rifle.

—¡Venga!

Sus hombres jalearon y le siguieron a través de la cima. El peligro de que los franceses formaran una línea era escaso pero la aparición de un par de cientos de tiradores en el flanco les disuadiría. Los alemanes de la Legión fueron con la compañía de Sharpe y todos ellos se detuvieron a cien pasos de la masa de franceses combativos e iniciaron sus propias descargas, más espaciadas que el fuego ordenado proveniente de la cima, pero lo bastante efectivo para repeler a los franceses que intentaban valientemente la formación en línea. Los alemanes empezaron a preparar las bayonetas, sabían que la columna no podía aguantar el fuego por mucho tiempo, y Sharpe gritó a sus hombres que prepararan las hojas. El sonido de los tambores se

desvanecía. Un muchacho dio decidido otro redoble con los palillos, pero el ritmo distintivo de la carga se apagaba y el ataque había terminado. La cima de la colina brillaba iluminada cuando los del 66 prepararon las bayonetas, las descargas se extinguían, los británicos jaleaban y los franceses estaban acabados. Destruídos y aplastados por el fuego de mosquete que no esperaban contra su carga de bayonetas. La masa se dividió en pequeños grupos de fugitivos, las águilas cayeron, las filas azules se dispersaron y corrieron hacia el arroyo.

—¡Adelante!

Sharpe, los oficiales alemanes, y desde el cerro los oficiales de compañía del 66.º, gritaron mientras dirigían la línea roja y coronada de acero colina abajo. Sharpe buscaba las águilas pero estaban alejadas, pues las estaban llevando a un lugar seguro, y se olvidó de ellas y dirigió a sus hombres en diagonal colina abajo para cortar la retirada a los grupos de franceses que huían. Era el momento de los prisioneros y cuando los tiradores se habían colado en la masa azul, los franceses tiraron sus armas y levantaron las manos. Un oficial se negó a rendirse y blandió la espada hacia Sharpe pero la enorme espada de caballería le golpeó de lado y el hombre cayó de rodillas y levantó las manos apretadas hacia el fusilero. Sharpe no le hizo caso. Quería llegar al arroyo y hacer que sus hombres dejaran de perseguir a los franceses en la otra orilla donde los batallones de reserva esperaban para castigar a los británicos vencedores. La niebla ya casi se había dispersado.

Algunos franceses se detuvieron en el arroyo y giraron sus mosquetes contra los británicos. Un bala le tiró de la manga, otra le chamuscó la cara al rozarle, pero el pequeño grupo se dispersó y huyó cuando él blandió la espada. Sus botas chapotearon en el arroyo, oía disparos detrás de él y vio balas que golpeaban el agua, pero se volvió y gritó a sus hombres que se detuvieran. Les alejó del arroyo y los juntó con los prisioneros, lejos de las tropas de reserva francesas que esperaban con los mosquetes cargados en la otra orilla.

Ya estaba hecho. El primer ataque había sido retenido y la ladera del Medellín estaba cubierta de cuerpos que yacían formando una mancha azul desde el arroyo hasta casi la cima que no habían podido alcanzar. Habría otro ataque pero primero cada bando debía contar los vivos y recoger a los muertos. Sharpe buscó a Harper y vio, afortunadamente, que el sargento estaba vivo, el teniente Knowles estaba allí sonriendo jovialmente, y con la espada todavía sin manchar de sangre.

—¿Qué hora es, teniente?

Knowles aguantó la espada bajo el brazo y abrió el reloj.

—Las seis y cinco, mi capitán. ¿No ha sido increíble?

Sharpe se rió.

—Espere. Que esto no ha sido nada.

Harper bajó corriendo por la pendiente hacia ellos y le alargó un bulto que llevaba

en las manos.

—¿Desayuno, mi capitán?

—¿Salchicha picante?

—Especialmente para usted —contestó Harper sonriendo.

Sharpe cortó un trozo y mordió la carne sabrosa y picante. Estiró los brazos, sintió el alivio de la tensión en sus músculos y empezó a encontrarse mejor. El primer asalto había terminado y levantó la mirada hacia la ladera llena de restos y hacia la única bandera del batallón.

Debajo estaba Gibbons, a caballo junto a su tío, y Sharpe deseó que el teniente hubiera observado los tiradores y sintiera miedo. Harper vio hacia dónde estaba mirando y observó la expresión que tenía en la cara su capitán. El sargento se volvió hacia los hombres de la compañía, vigilando a los prisioneros y jactándose de sus hazañas.

—¡Muy bien, esto no es una maldita fiesta de la cosecha! Recarguen las armas. Volverán.

CAPÍTULO 22

La batalla estalló durante un corto período de tiempo, pero más tarde cesó, y cuando el sol se elevó en lo alto y el humo se desvaneció, el valle del Portina se llenó de hombres, tanto británicos como franceses, que iban a rescatar a los heridos y a enterrar a los muertos. Hombres que una hora antes luchaban desesperadamente para matarse unos a otros ahora charlaban y cambiaban tabaco por comida y vino por coñac. Sharpe bajó a una docena de hombres al arroyo para encontrar a cuatro hombres de la compañía ligera que faltaban. No murieron en el tiroteo; todos habían sido matados cuando subían de vuelta por la ladera con sus prisioneros. Los cañones franceses habían abierto el fuego, pero esta vez con los tubos bajados y los proyectiles habían reventado sobre la tropa dispersa de los británicos que caminaba colina arriba. Los hombres empezaron a correr, los prisioneros franceses se habían dado la vuelta y habían corrido hacia sus propias líneas, pero no había protección contra las granadas. Sharpe vio una bola de hierro golpear una madriguera y rebotar en el aire con el humo girando locamente en espiral desde la espoleta. La granada, bastante pequeña para caber en una mano, aterrizó junto a Gataker. El fusilero se había agachado para arrancar de un pellizco la espoleta pero era demasiado tarde, ya que explotó, salpicándole con la cubierta rota y vomitando humo y llamas al tiempo que lanzaba atrás su cuerpo ya cadáver. Sharpe se había arrodillado junto a él pero Gataker estaba muerto; el primero de los fusileros de Sharpe que moría desde la lucha en las montañas del norte el pasado invierno.

Cuando los cañones habían parado se les mandó volver para enterrar a los muertos rápidamente y los hombres cavaron agujeros poco profundos en la tierra blanda junto al arroyo. También llegaron los franceses. Durante algunos minutos las tropas se evitaban, pero pronto, alguien hizo una broma, tendió una mano, y a los pocos minutos los enemigos se daban la mano, se probaban los chacós de unos a otros, compartían los tristes restos de comida y se trataban como viejos amigos más que como enemigos declarados. El valle estaba sucio debido a los restos de la batalla; granadas sin explotar, armas, mochilas saqueadas, la porquería normal de la derrota.

—¡Sharpe! ¡Capitán!

Sharpe se giró y vio a Hogan abriéndose camino entre los muertos y heridos.

—¡Le he estado buscando! —dijo el ingeniero deslizándose de su caballo—. ¿Está bien?

—Estoy bien.

Sharpe aceptó la botella de agua que le ofrecía Hogan.

—¿Cómo está Josefina?

Hogan sonrió.

—Se ha dormido.

Sharpe miró las oscuras ojeras bajo los ojos del irlandés.

—¿Y usted no lo hace?

Hogan sacudió la cabeza y entonces señaló los cuerpos.

—Una noche sin dormir no es para tanto.

—¿Y Josefina?

—Creo que está bien. De verdad, Richard.

Hogan sacudió de nuevo la cabeza.

—Está deprimida; infeliz. ¿Pero qué se podía esperar después de lo de la pasada noche?

La noche pasada, pensó Sharpe. Santo Dios, sólo era la noche pasada. Se dio la vuelta y miró el agua ensangrentada del Portina y a los franceses en la otra orilla que estaban excavando un agujero ancho un poco profundo en el que lanzarían los muertos desnudos. Se volvió hacia Hogan.

—¿Qué pasa en la ciudad?

—¿En la ciudad? Ah, ¿le preocupa si estará segura?

Sharpe asintió. Hogan sacó su tabaquera.

—Está todo tranquilo. Recogieron a la mayoría de españoles y ya están de vuelta en sus líneas. Hay una guardia en la ciudad para detener cualquier saqueo.

—¿Así que ya está a salvo?

Hogan miró a los ojos enrojecidos de Sharpe, a las oscuras sombras en su cara y asintió.

—Está a salvo, Richard.

Hogan no dijo nada más. La cara de Sharpe le asustaba; una cara triste, pensó, como el rostro de un aventurero desesperado que arriesgaría todo en una única tirada de dados. Los dos hombres empezaron a caminar junto al arroyo entre los cuerpos y Hogan pensó en el dragón del príncipe de Gales, un capitán con el brazo roto que había llamado a la casa por la mañana temprano. Josefina se había sorprendido de verle, pero le había agradado, y le había dicho que había conocido al oficial de caballería el día anterior en la ciudad. El dragón había sustituido a Harper en la vigilancia pero éste, pensó el ingeniero, no era el momento para hablarle a Sharpe del capitán Claud Hardy. A Hogan le había gustado el hombre, le había resultado simpática la divertida descripción de Hardy de cómo se había caído del caballo y el irlandés había visto cuán aliviada se había sentido Josefina al tener a alguien a su lado que le explicara bromas, le hablara alegremente de bailes y banquetes, caza y caballos, pero que astutamente comprendía los horrores que todavía se escondían en sus recuerdos de la noche anterior. Hardy estaba bien para Josefina, Hogan lo sabía, pero no era el momento de decírselo a Sharpe.

—¿Richard?

—¿Sí?

—¿Ha hecho algo respecto...? —soltó Hogan.

—¿Gibbons y Berry?

—Sí.

Hogan se hizo a un lado y separó a su caballo de un francés que arrastraba un cadáver por la hierba. Sharpe esperó a que el hombre se hubiera ido.

—¿Por qué?

Hogan se encogió de hombros.

—Estaba pensando —dijo Hogan dudoso—. Esperaba que después de pensarlo durante una noche sería prudente. Podría destrozar su carrera. Un duelo, una lucha. Tenga cuidado.

Hogan estaba rogando en realidad. Sharpe se detuvo y se volvió hacia él.

—Le prometo una cosa. No le haré nada al teniente Berry.

Hogan se detuvo un momento a pensar. El rostro de Sharpe era inexpresivo pero finalmente el irlandés asintió lentamente.

—Supongo que eso es bueno. ¿Pero está realmente decidido respecto a Gibbons? Sharpe sonrió.

—El teniente Gibbons se reunirá pronto con el teniente Berry.

Dio media vuelta y empezó a caminar pendiente arriba. Hogan corrió tras él.

—¿Quiere decir?

—Sí. Berry está muerto. Dígaselo a Josefina, ¿lo hará?

Hogan sintió una tristeza tremenda, no por Berry, que probablemente se merecía lo que Sharpe le habría hecho, sino por Sharpe que veía la vida como una inmensa batalla y se había equipado para lucharla con una ferocidad inigualable.

—Tenga cuidado, Richard.

—Lo tendré. Se lo prometo.

—¿Cuándo le veré? —preguntó Hogan temeroso de que Sharpe entrara en la habitación de Josefina y se encontrara a Hardy allí.

—No sé —contestó Sharpe señalando el ejército francés que esperaba—. Va a haber un infierno de batalla y me temo que nos tendremos que quedar todos en el campo de batalla hasta que uno de los bandos se vaya a casa. Tal vez esta noche. Probablemente mañana. No sé.

Se oyeron cornetines en el valle llamando a las tropas para que volvieran a sus posiciones y Hogan recogió las bridas en su mano. Los dos hombres miraron cómo los soldados británicos y franceses se daban la mano y palmadas en la espalda antes de que la carnicería se reanudara.

Hogan se subió a la silla.

—Le diré lo de Berry, Richard. Tenga cuidado, no queremos perderle.

Espoleó a su caballo y se fue a medio galope siguiendo el río de vuelta a Talavera. Sharpe subió caminando por la ladera del Medellín con sus hombres mientras

contaban el botín que habían recogido de los muertos. Él, por su parte, no había encontrado nada pero caminando colina arriba sabía que habría botines mejores en el campo antes de que se pusiera el sol; había un águila que desplumar.

La mañana fue avanzando. Los dos ejércitos se encontraban frente a frente, la caballería enfadada porque no hubiera infantería dispersa que masacrar, la artillería amontonando las municiones para dispersar a la infantería, mientras que la infantería estaba sentada en la hierba y componía las municiones y limpiaba los seguros de los mosquetes. Nadie parecía tener prisa. El primer ataque había sido rechazado y ahora los franceses estaban doblemente determinados a destrozar el pequeño ejército británico que tenían enfrente. A través de su telescopio Sharpe observaba los batallones azules colocarse perezosamente en su sitio, regimiento tras regimiento, brigada tras brigada, hasta que entre el Pajar y el Cascajal pudo ver más de treinta águilas concentradas para atacar.

Forrest se le acercó y sonrió nervioso al tomar el telescopio que le ofrecía.

—¿Se están preparando, Sharpe?

Forrest examinó la línea francesa. Era obvio lo iba a suceder. Sobre el Cascajal los artilleros hacían girar los cañones de manera que pudieran disparar contra las tropas a la derecha del South Essex, a la Legión y a la Guardia. Frente a estos regimientos se estaba reuniendo una vasta horda de batallones enemigos. Los franceses no habían conseguido tomar el Medellín, ni de día ni de noche, así que ahora estaban planeando un martillazo de tal peso que ninguna tropa en el mundo pudiera resistir la furia e intensidad de su ataque. Detrás de la infantería francesa Sharpe vio la caballería impaciente esperando colarse por la brecha y sacrificar a los derrotados británicos. El día recuperaba sus fuerzas, haciendo una pausa antes de la carnicería, preparándose para la demostración enfática de la superioridad francesa que destruiría al ejército británico, lo aplastaría despectivamente, y con esta finalidad, a la una en punto, los cañones franceses volvieron a abrir fuego.

CAPÍTULO 23

Sir Henry Simmerson apenas se había movido en toda la mañana. Había observado el rechazo del primer ataque, pero excepto la compañía ligera, el South Essex no había sido necesario; ahora, sir Henry lo sabía, sería diferente. La parte este del Portina estaba llena de tropas francesas, batallón tras batallón, preparándose para avanzar en las inevitables columnas y que sir Henry había inspeccionado silenciosamente con su telescopio. Quince mil hombres estaban a punto de lanzarse contra el centro de la posición británica y, además, otros quince mil empezaban a acercarse al Pajar y a la red de obstáculos que protegía a los españoles.

A la derecha de sir Henry los cuatro batallones de la Legión Alemana del Rey, el Coldstream y el tercero de Guardias esperaban el ataque pero sir Henry sabía que la batalla estaba perdida. Ninguna tropa, ni siquiera las ostentosas como la de la Legión y la de los Guardias, podían resistir a los arrolladores números que esperaban la señal para iniciar su acercamiento en masa.

Sir Henry gruñía y se removía en su silla de montar. Había tenido razón desde el principio. Había sido una locura dejar un ejército en manos de Wellesley, era una locura luchar en este país pagano y dejado de la mano de Dios cuando los británicos deberían más bien estar luchando tras las murallas de las ciudades flamencas. Volvió a mirar a los franceses. Cualquiera tonto vería lo que iba a suceder; que las enormes columnas atravesarían la débil línea británica como un toro enfurecido contra una valla de astillas. Talavera quedaría aislada, los españoles cazados como ratas por las calles, pero las tropas del Medellín, como su propio batallón, estaban en la peor posición. Al menos las tropas cercanas a Talavera tenían la posibilidad de alcanzar el puente y comenzar la larga retirada hacia la ignominia, pero para el South Essex y para los otros batallones el único destino era quedar aislados, y la rendición inevitable.

—No nos rendiremos.

El teniente Gibbons acercó el caballo a su tío. A él no se le había ocurrido que deberían rendirse pero hacía tiempo que había aprendido que la manera más fácil de seguir teniendo el favor de sir Henry era estar de acuerdo con él.

—De acuerdo, señor.

Simmerson plegó el telescopio.

—Será un desastre, Christian, un desastre. El ejército está a punto de ser destruido.

Su sobrino estuvo de acuerdo y Simmerson pensó una vez más qué desperdicio de talento era que Gibbons sólo fuera un teniente. Nunca había oído de su sobrino más que cosas con sentido militar, el chico entendía todos sus problemas, estaba de acuerdo con sus soluciones, y si sir Henry no había encontrado temporalmente la

ocasión de darle a su sobrino una merecida capitania, al menos le podría mantener alejado de aquel maldito Sharpe y le utilizaría como consejero y confidente de confianza. Un nuevo batallón apareció en la línea francesa, casi enfrente del South Essex y Simmerson desplegó el telescopio y les miró.

—Es extraño.

—¿Señor?

Simmerson entregó el telescopio a su sobrino. El nuevo batallón marchando por detrás del Cascajal iba vestido con casacas blancas con vueltas y cuellos rojos. Simmerson no había visto nunca tropas como aquellas.

—¡Comandante Forrest!

—¿Coronel?

Simmerson señaló a las nuevas tropas que estaban formando una columna.

—¿Sabe quiénes son?

—No, mi coronel.

—Averígüelo.

El coronel vio que Forrest espoleaba al caballo línea abajo. «Va a ver a Sharpe. Se cree que lo sabe todo.» Pero no por mucho tiempo, pensó Simmerson, esta batalla sería el fin de aventureros militares como Sharpe y Wellesley y devolvería el ejército a hombres prudentes, oficiales con sentido común, hombres como sir Henry Simmerson. Se volvió y observó las granadas que explotaban entre la LAR y los Guardias. Los batallones estaban estirados y la mayoría de los disparos franceses explotaban inofensivamente o saltaban sobre sus cabezas. De vez en cuando sin embargo, se veía una nube de humo en el centro de la tropa y Simmerson vio a los sargentos retirando a los muertos mutilados de la línea y cubriendo los huecos. La línea de tiradores estaba delante, tumbada en la hierba larga junto al arroyo, una acción fútil frente al inminente ataque francés. Forrest regresó.

—¿Comandante?

—El capitán Sharpe dice que son de la División Alemana, mi coronel. Cree que son probablemente los batallones holandeses.

Simmerson soltó una risotada.

—Alemanes luchando contra alemanes, ¿eh? ¡Dejemos que se maten entre ellos!

Forrest no se reía.

—El capitán Sharpe pide que la compañía ligera se adelante, mi coronel. Cree que los holandeses atacarán parte de la línea.

Simmerson no dijo nada. Miró a los franceses y a los holandeses, si eso es lo que eran, y ciertamente estaban bien enfrente del South Essex. Un segundo batallón formaba una columna separada detrás de la primera pero Simmerson no tenía ninguna intención de que su batallón se enredara en la lucha a muerte del ejército de Wellesley. La Legión Alemana del Rey podía enfrentarse a los holandeses de la

División Alemana mientras que Simmerson al menos salvaría a un batallón del desastre.

—¿Coronel? —le incitó Forrest.

Simmerson hizo señas para detener la interrupción. Tenía una idea en la cabeza y era excitante, una idea que se extendía al futuro y que dependía de lo que hiciera en aquel momento y observó la belleza con que crecía en su mente. El ejército estaba condenado. Eso era cierto y al cabo de una hora aproximadamente, las fuerzas de Wellesley estarían muertas o prisioneras pero no había ninguna necesidad de que el South Essex participara en ese desastre. Si les hiciera marchar ahora, alejándose del Medellín hacia una posición en la retaguardia, entonces no se verían rodeados por los franceses. Más que eso, serían el punto de reunión para los fugitivos que consiguieran escapar a la furia de los franceses y entonces podría dirigirlos, la única unidad que se habría librado indemne de la destrucción de un ejército, de vuelta a Lisboa y a Inglaterra. Tal acción tendría que ser premiada y Simmerson se veía a sí mismo con el grueso galón dorado y el sombrero de tres picos de general. Se agarró a su silla con excitación. ¡Resultaba tan obvio! No era tan tonto como para no darse cuenta de que la pérdida de la bandera en Valdelacasa era una mancha para él, aunque estaba satisfecho porque en la carta le había echado la culpa a Sharpe con firmeza y haciéndolo creíble, pero si pudiera salvar aunque fuera una pequeña parte de este ejército entonces Valdelacasa se olvidaría y la Guardia Real de Whitehall se vería obligada a reconocer su habilidad y recompensar su iniciativa. Su confianza creció. Durante un tiempo se había sentido incómodo con los duros hombres que luchaban en esta guerra pero ahora habían conducido al ejército a una posición terrible y sólo, Simmerson, tenía la visión de lo que había que hacer. Se enderezó en la silla.

—¡Comandante! ¡El batallón dará media vuelta y formará una columna de marcha a la izquierda!

Forrest no se movió. El coronel hizo girar su caballo.

—¡Venga, Forrest, no tenemos mucho tiempo!

Forrest estaba espantado. Si hacía tal como ordenaba Simmerson, el South Essex giraría como una puerta giratoria y dejaría un hueco en la línea británica por donde los franceses podrían introducir sus tropas. ¡Y las columnas francesas habían iniciado el avance! Los *voltigeurs* hormigueaban hacia el arroyo, los tambores habían comenzado su ritmo de guerra, las granadas iban cayendo cada vez con mayor intensidad entre la Legión Alemana por debajo de ellos. Simmerson dio una palmada al anca del caballo de Forrest.

—¡Dese prisa, hombre! ¡Es nuestra única esperanza!

Se dieron las órdenes y el South Essex empezó el torpe movimiento giratorio que convertía el flanco del Medellín en una pendiente abierta al enemigo. La compañía de Sharpe era el eje del movimiento y la tropa se movía torpemente y miraba fijamente

detrás de ellos, espantados, mientras las columnas enemigas iniciaban el avance. La línea de tiradores ya estaba luchando, Sharpe oía los mosquetes y fusiles, pero a trescientos metros del arroyo se acercaban las águilas. Este ataque no sólo era más abrumador que el primero sino que esta vez los franceses enviaban la artillería de campaña con las columnas y Sharpe veía los caballos y los cañones esperando para iniciar su viaje hacia el arroyo. ¡Y el South Essex se retiraba! Sharpe corrió pesadamente a lo largo de la línea oscilante.

—¡Coronel!

Simmerson bajó la mirada hacia él.

—¿Capitán Sharpe?

—¡Por el amor de Dios, mi coronel! Una columna se dirige hacia nosotros...

Fue interrumpido por un teniente dragón, uno de los oficiales de Hill, que hizo que el caballo se detuviera deslizándose y provocara una lluvia de tierra. Simmerson miró al que acababa de llegar.

—¿Teniente?

—Saludos del general Hill, coronel, y que permanezca en su posición y despliegue los tiradores.

Simmerson sacudió la cabeza benigneamente.

—Mis saludos al general Hill pero ya verá que estoy haciendo lo correcto. ¡Prosigan!

Sharpe pensó discutir pero sabía que era inútil. Corrió de vuelta a la compañía. Harper estaba detrás, manteniendo la formación, y miró apenado a su capitán.

—¿Qué pasa, mi capitán?

—Vamos hacia adelante, eso es lo que pasa.

Sharpe se abrió paso entre la tropa.

—¡Compañía ligera! ¡Orden de escaramuza! ¡Sígueme!

Corrió colina abajo con sus hombres detrás. ¡Maldito Simmerson! Los *voltigeurs* del batallón con casacas blancas ya habían atravesado el arroyo y desbordaban a los Alemanes del Rey y Sharpe vio a muchos hombres que yacían muertos o heridos donde la legión luchaba contra dos veces su número. Fue una carrera asfixiante, con las mochilas que estorbaban, con bolsas y armas, pero los hombres se esforzaron en seguir adelante hacia los holandeses que habían cruzado el arroyo. Explotaron granadas entre la compañía ligera y Harper, conduciéndoles desde atrás, vio caer a dos hombres pero no había tiempo para cuidarles. Vio que Sharpe sacaba la espada torpemente de la vaina y se dio cuenta de que el capitán planeaba cargar justo contra los *voltigeurs* y empujarles de vuelta a cruzar el arroyo. Harper respiró hondo.

—¡Bayonetas! ¡Bayonetas!

Los hombres con mosquetes tenían pocas posibilidades de preparar las bayonetas a tiempo, pero a los fusileros no les hacía falta. La bayoneta Baker era larga e iba

equipada con un asa y los fusileros de Sharpe se la aguantaban como una espada; los franceses los vieron llegar, giraron y manosearon torpemente las municiones. Una primera bala pasó cerca de Sharpe, cantándole al oído, una segunda golpeó el suelo y rebotó hacia arriba hasta golpear en su cantimplora y luego ya estaba blandiendo la espada hacia el hombre más cercano; el resto de la compañía estaba apuñalando y gritando y los *voltigeurs* de casaca blanca se volvían corriendo al otro lado del Portina.

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! —gritaba Sharpe a sus hombres y empujaba a dos de ellos hacia el suelo.

La línea de tiradores se había restablecido pero eso era una pequeña victoria. Corrió entre sus hombres.

—¡Apunten bajo! ¡Maten a estos bastardos!

Los tiradores holandeses habían vuelto a formar y empezaron a atravesar el arroyo. Sharpe no les hizo caso y siguió corriendo hasta que encontró a un capitán de la Legión Alemana del Rey cuya compañía había sufrido porque Simmerson se había negado a enviar a su compañía ligera.

—¡Lo siento!

El capitán le hizo una señal a Sharpe con la mano, rechazando la disculpa.

—¡Sea usted bienvenido! Luchamos contra la División Alemana, ¿eh? —dijo riendo el capitán—. Son buenos soldados pero nosotros somos mejores. ¡Diviértase!

Sharpe volvió con su compañía. El enemigo estaba a cincuenta yardas, al otro lado del arroyo, y los fusileros de Sharpe afirmaban su superioridad gracias a las siete ranuras en espiral en los tubos de sus armas. Los *voltigeurs* se retrasaban poco a poco y los casacas rojas de Sharpe del South Essex se deslizaban adelante acercándose al arroyo para mejorar la puntería; él les observaba con orgullo, ayudándose unos a otros, apuntando a los blancos, disparando con serenidad y recordando las lecciones que les había machacado durante el avance hacia Talavera. El alférez Denny estaba de pie, dando ánimo estridente, y Sharpe le empujó al suelo.

—No haga usted de blanco, señor Denny, ¡les gusta matar a oficiales jóvenes y prometedores!

Denny sonrió de oreja a oreja al oír el cumplido.

—¿Y usted, mi capitán? ¿Por qué no se agacha?

—Ahora lo haré. ¡Recuerde que no ha de quedarse quieto!

Harper estaba de rodillas junto a Hagman, cargando para él, y escogiendo blancos maduros para el viejo cazador furtivo. Sharpe le dio su propio rifle y les dejó para que mataran uno a uno a los oficiales enemigos. Knowles estaba observando sensatamente el extremo descubierto de la línea, dirigiendo el fuego de media docena de hombres para detener a los casacas blancas que desbordaban al South Essex, y Sharpe no era necesario allí. Sonrió abiertamente. La compañía lo estaba haciendo

bien, luchaba como una unidad de veteranos, y ya había una docena de cuerpos al otro lado del arroyo. Había dos, vestidos de rojo, en su propio lado pero el South Essex, tal vez debido a la ferocidad de su carga, mantenía la iniciativa y los holandeses no querían arriesgarse acercándose demasiado a la línea de tiradores británicos.

Pero detrás de los *voltigeurs*, acercándose firmemente, estaba la primera columna, la columna de la derecha de una serie que llenaba la llanura entre el Cascajal y la ciudad. El ataque se producía sólo a unos minutos y cuando llegara, pensaba Sharpe, la línea de tiradores tendría que retrasarse.

Todo el horizonte estaba escondido por las nubes de polvo que levantaban los miles de soldados de infantería franceses, sus redobles y vítores rivalizaban con el sonido de los cañones y de las granadas al explotar, y al fondo se oía el sonido siniestro de las cadenas que encerreaban y que formaban parte de los arneses de la artillería. Sharpe no había visto nunca un ataque a tal escala, las columnas ocupaban media milla en formación de ataque y detrás de ellos, apenas vistos entre el polvo y el humo, una segunda línea, igual de fuerte que los franceses enviarían si los británicos detenían a los primeros batallones. Sharpe miró hacia atrás. Simmerson había hecho girar al batallón y se alejaba, desfilando, de la gran brecha que había creado en la línea, Sharpe vio a un jinete cabalgando temerariamente hacia la única bandera y supuso que Hill o incluso Wellesley estaban enfrentándose furiosamente contra Simmerson, pero de momento la brecha existía y los holandeses con casacas blancas marchaban directamente hacia ella.

Fue a reunirse con Harper. Sólo faltaban unos segundos para que la columna les obligara a retroceder y él miraba fijamente su lento avance y al águila que brillaba seductoramente en el centro. A su lado cabalgaba un jinete con un sombrero con escarapela y flecos y Sharpe dio una palmada a Hagman en el hombro.

—¿Capitán?

El hombre de Cheshire sonrió con su boca sin dientes. Sharpe gritó más alto que los toques de tambor y que el chasquido de los mosquetes.

—¿Ve el hombre con el elegante sombrero?

Hagman miró.

—¿Doscientas yardas?

Cogió su fusil y apuntó con cuidado, sin hacer caso del silbido de las balas del enemigo a su alrededor, exhaló suavemente y apretó el gatillo. El fusil retrocedió y le golpeó en el hombro, había una oleada de humo, pero Sharpe saltó a un lado y vio al coronel enemigo que caía en la masa de la columna. Dio una palmada a Hagman en la espalda.

—¡Bien hecho!

Fue caminando hacia los otros fusileros.

—¡Apunten a la artillería! ¡Los cañones!

Tenía miedo de los caballos de la artillería que los franceses llevaban con las columnas; si a los artilleros se les permitía acercarse lo suficiente y cargar con botes o metralla abrirían grandes brechas en la línea británica y darían a las columnas francesas la potencia de fuego que normalmente les impedía una formación compacta. Observó a sus fusileros que apuntaban a los caballos y a los artilleros que iban montados en los cañones de cuatro; si algo podía detener a la artillería sería la precisión a distancia del fusil Baker, pero quedaba muy poco tiempo antes de que la columna les obligara a retroceder y la escaramuza se convertiría en un correr y disparar continuo, acercándose cada vez más al enorme espacio que Simmerson había creado en la defensa británica.

Volvió corriendo hacia Harper, en el centro de la línea, y recuperó su fusil. Al tiempo que la columna redoblaba más cerca, los *voltigeurs* enemigos se armaban de valor y hacían cortas arremetidas hacia el arroyo en un intento de forzar a la línea de tiradores británicos a que retrocediesen. Sharpe vio a media docena de sus hombres yaciendo muertos o malheridos, uno de ellos con casaca verde, y señaló al hombre y arqueó las cejas mirando a Harper.

—Pendleton, mi capitán. Está muerto.

Pobre Pendleton, sólo diecisiete años, y tantos bolsillos que había dejado por hurgar. Los *voltigeurs* disparaban más rápido, sin preocuparse de apuntar, simplemente concentrándose en saturar al enemigo con fuego de mosquete y Sharpe vio caer a otro hombre: Jedediah Horrell, cuyas botas nuevas le habían llagado los pies. Era el momento de retirarse y Sharpe hizo sonar su silbato dos veces y vio cómo sus hombres apuraban un último disparo antes de correr unos pasos hacia atrás, para arrodillarse y volver a cargar. Atacó una bala en su fusil y volvió a deslizar la baqueta de acero en la abertura de la culata. Buscó un blanco y lo encontró en un hombre que llevaba el único galón de sargento francés y que estaba separando *voltigeurs* para la carrera que iba a llevarlos al otro lado del arroyo. Sharpe se colocó el rifle en el hombro, sintió el satisfactorio clic cuando el percutor plano y de cuello redondo encogió el muelle y apretó el gatillo. El sargento giró en redondo, tocado en el hombro y se volvió para ver quién había disparado. Harper agarró a Sharpe por el brazo.

—Ha sido un tiro terrible. ¡Ahora larguémonos de aquí! ¡Se querrán vengar por esto!

Sharpe hizo una mueca y corrió con el sargento hacia la nueva línea de tiradores que estaba a setenta pasos detrás del arroyo. El aire estaba lleno del bum-bum, bum-bum, buma bum, buma bum, bum-bum, *Vive l'Empereur*, y las columnas iban chapoteando por el arroyo, toda la llanura asfixiada de infantería francesa marchando bajo innumerables águilas hacia la débil línea defensiva que recibía aún las granadas

de los cañones del Cascajal. Los cañones británicos tenían un blanco que no podían fallar y Sharpe vio cómo, una y otra vez, el disparo sólido abría las columnas, aplastando docenas de hombres, pero había demasiados hombres y las filas se cerraban, la tropa pisaba a los muertos y las columnas avanzaban. Se oyeron vítores de los tiradores británicos cuando se disparó una caja esférica, el arma secreta británica desarrollada por el coronel Shrapnel, detonada con éxito justo encima de una de las columnas y las balas de mosquete, comprimidas en la caja, salpicaron a los franceses y destrozaron a la mitad de la tropa, pero no había suficientes cañones para detener el ataque y los franceses asumieron el castigo y siguieron avanzando.

Entonces, durante diez minutos, no hubo tiempo para mirar nada que no fuese a los *voltigeurs* al frente, de no hacer nada más que correr y disparar continuamente, de intentar mantener a los tiradores franceses clavados contra su columna. El enemigo parecía más numeroso, el redoble de tambor más fuerte, y el humo de los mosquetes y fusiles ensuciaba el aire con una cortina opaca que rodeaba a la compañía de Sharpe y a los *voltigeurs* casacas blancas con sus gritos extraños y guturales. Sharpe llevaba a la compañía ligera hacia el lugar donde debía haber estado el South Essex, ensanchando el espacio entre su compañía y los tiradores alemanes. Su compañía había disminuido a menos de sesenta hombres y, por el momento, eran las únicas tropas entre la columna y la llanura vacía en la retaguardia de la línea británica. No tenía ninguna oportunidad de detener a la columna pero mientras pudiera ralentizar el avance existiría la posibilidad de que la brecha se cubriera y el sacrificio de sus hombres fuera justificado. Sharpe luchó con el rifle hasta que estuvo tan sucio que apenas podía introducir la baqueta en el cañón; los fusileros hacían tiempo que habían dejado de utilizar el paño grasiento que rodeaba la bala y en su lugar agarraban el rayado; como Sharpe, atacaban la carga y la bala en el arma tan rápido como podían para desanimar al enemigo. Algunos hombres corrían orinándose en las armas y volvían a la batalla. Era basto, pero era el método más rápido de limpiar la pólvora apelmazada de un cañón sucio en el campo de batalla.

Entonces, finalmente, el bendito sonido de descargas de enfilada, del fuego de pelotón, cuando las tropas de la Legión y de los Guardias desgarró el frente de las columnas británicas y las destrozó, echó la tropa hacia atrás, destruyó a las tropas que dirigían, haciendo golpear las descargas en las columnas con mayor número de cañones. Sharpe no podía ver nada. El batallón holandés se había colado en la brecha en el flanco del séptimo batallón de la Legión Alemana del Rey y se habían detenido. Los alemanes luchaban en dos frentes, delante de ellos y del lado donde el South Essex debiera permanecer, y Sharpe poco podía ayudarlos.

Los *voltigeurs* habían desaparecido, habían vuelto a su columna para crecer en número y Sharpe y su compañía, exhaustos y con la cara negra, se habían quedado en el centro de la brecha mirando la retaguardia de la columna enemiga mientras

intentaba arrollar el flanco de los alemanes.

—¿Por qué no avanzan? —preguntó el teniente Knowles que estaba junto a él, sangrando por el cuero cabelludo, y con cara, de repente, de veterano.

—Porque las otras columnas han sido derrotadas. No quieren quedarse solos.

Aceptó un trago de la cantimplora de Knowles, la suya estaba destrozada y sentía el agua maravillosamente fresca en su garganta ardiendo. Hubiera deseado ver lo que estaba sucediendo pero el sonido, como siempre, explicaba su propia historia. El redoble de las doce columnas francesas balbució y se detuvo, los vítores de los británicos se elevaron en el aire, las descargas cesaron mientras las bayonetas chirriaban al salir de las vainas y encajarse en los mosquetes. Los vítores se convirtieron en gritos vengativos y desde la cima del Medellín los oficiales del general observaban cómo la primera línea del ataque francés se desintegraba y la línea de alemanes y hombres de la Guardia les perseguían de vuelta, perseguían a las columnas destrozadas a punta de bayoneta cruzando el arroyo, pasaban los caballos de la artillería que simplemente habían sido abandonados por el enemigo sin disparar un tiro.

—Oh, Dios —gimió Sharpe incrédulo.

—¿Qué?

Knowles miró hacia el arroyo, tras las espaldas del batallón holandés que estaba aislado en medio del campo, hacia donde los victoriosos alemanes tenían problemas. Las primeras columnas francesas habían huido, dispersas y derrotadas, pero junto al arroyo había una segunda línea de columnas, tan grande como la primera, y los franceses dispersos encontraban protección tras los cañones en espera de su reserva. Las tropas británicas y alemanas, con el ánimo levantado, las bayonetas mojadas y los mosquetes descargados, corrían directos al fuego de la tropa francesa de reserva y les tocaba a los británicos ser destrozados por las descargas de mosquete. Se volvieron y huyeron, en total desorden, y detrás de ellos la segunda línea de columnas, reforzada con los supervivientes de la primera, inició los redobles y empezó a marchar hacia una llanura donde la brecha dejada por Simmerson se había ensanchado hasta media milla y donde las únicas tropas británicas corrían en desorden.

Sir Henry, a salvo con el South Essex detrás del Medellín, vio el segundo avance francés y suspiró aliviado. Por un momento se había espantado. Había visto avanzar a las columnas francesas por la llanura, el polvo levantándose tras ellas, con los *voltigeurs* a la cabeza. Había visto el sol lanzar la plata de las miles de bayonetas y arder el oro de las miles de insignias cuando las trompetas y tambores acercaban las águilas de doce columnas justo hacia la extensa línea británica. Y se detuvieron. Los mosquetes habían ido arriba y abajo de la línea británica como una llama en movimiento, su tronar ahogando todos los demás sonidos, y desde su lugar aventajado en la ladera Simmerson había visto que las columnas se tambaleaban

como maíz golpeado repentinamente al chocar las descargas contra ellas. Entonces las columnas se habían desmoronado, dispersado, y corrido y él apenas podía creer que una línea tan débil pudiera repeler tal ataque. Observó, mudo, que los británicos jaleaban, que las banderas de la Unión avanzaban, que las bayonetas llegaban al enemigo azules y volvían rojas. Había esperado la derrota, y en su lugar había visto la victoria, había esperado que los franceses se labraran el camino a través de la línea británica como si no existiera y en su lugar los británicos estaban consiguiendo sembrar un maldito caos en un ejército que los doblaba en número y ante ellos, y con ellos, se esfumaban sus sueños y esperanzas.

A excepción de que los británicos fueran demasiado lejos. Las nuevas columnas francesas abrieron fuego, los alemanes y la Guardia se separaron y se dispersaron, y un nuevo ataque francés, incluso mayor que el primero, se abrió paso desde el arroyo. Los vítores de los británicos habían desaparecido, los tambores estaban de vuelta, y las banderas de la Unión se replegaban en caos ante las águilas triunfantes. Después de todo, tenía razón. Se volvió para remarcar su perspicacia a Christian Gibbons pero en lugar de su sobrino se encontró mirándole a los ojos a un desconocido teniente coronel; ¿o no tan desconocido? Tenía idea de que había visto al hombre anteriormente pero no sabía dónde. Estaba a punto de preguntarle qué quería pero el elegante teniente coronel habló primero.

—Está usted relevado, sir Henry. El batallón es mío.

—Qué...

El hombre no quería discutir. Se volvió a un sonriente Forrest y soltó un chorro de órdenes. El batallón se detuvo, giró, y se dirigió a la batalla. Simmerson cabalgaba detrás del hombre y gritó una protesta pero el teniente coronel se le acercó con la espada desenvainada, mostrándole los dientes y sir Henry decidió que no era el lugar para una discusión y tiró de las bridas de su caballo. El hombre miró entonces a Gibbons.

—¿Quién es usted, teniente?

—Gibbons, señor.

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿De la compañía ligera?

—Sí, señor.

Gibbons lanzó una mirada desesperada a su tío pero Simmerson miraba fijamente a los franceses que avanzaban. El nuevo coronel dio un golpe al caballo de Gibbons con el dorso de la espada.

—¡Reúnase pues con la compañía ligera, señor Gibbons! ¡Deprisa! Necesitan ayuda, ¡incluso la suya!

Los franceses avanzaban por una llanura moteada de cuerpos, rondada por el humo, pero con un vacío atormentador de tropas. Sir Henry estaba sentado en su caballo y observaba al South Essex que marchaba hacia la batalla, vio otro batallón,

el 48, apresurándose hacia el camino del enemigo y de la parte extrema de la brecha abierta otros batallones británicos marchaban desesperadamente para formar una fina barrera en frente de la concentración de águilas. Los oficiales del estado mayor levantaban polvo al galopar colina abajo, los largos cañones de seis retrocedían en sus raíles cuando aporreaban al enemigo, la caballería británica rondaba amenazante para detener a los jinetes enemigos que intentaran aprovecharse de los destrozados batallones británicos. La batalla todavía no estaba perdida. Sir Henry miró a su alrededor en la cima de la colina y se sintió terriblemente solo.

CAPÍTULO 24

Sharpe perdió la batalla de vista cuando se interpuso el batallón de tropas holandesas y el humo que se elevaba como extrañas nubes de niebla bajo el abrasador calor español. Con la retirada de la primera línea de las columnas francesas los holandeses se habían convertido en un blanco para los cañones británicos y, con bastante sensatez, las tropas de casaca blanca habían desplegado la columna y habían formado una línea. Ahora eran una pared blanca y sucia en ángulo recto con el arroyo y de frente a los restos que huían de la Legión Alemana del Rey que atravesaban corriendo su frente. Sharpe veía que los holandeses atacaban y disparaban los mosquetes dirigidos hacia los batallones dispersos pero no hacían ningún movimiento de avance y remataban a los supervivientes y Sharpe supuso que, estando muerto su coronel por el disparo de Hagman, el batallón no sabía qué hacer y estaba esperando el segundo ataque francés para unirse a ellos.

—¡Capitán! ¡Capitán! —gritó el alférez Denny tirando de la casaca de Sharpe y señalando.

Por entre el humo que levantaban los cañones del Medellín, Sharpe vio un batallón británico que descendía por la colina.

—¡Es el nuestro! ¡El nuestro!

Denny estaba excitado, saltaba arriba y abajo, mientras el único estandarte se abrió camino entre el humo y se hizo totalmente visible en la ladera. Todavía estaban a un cuarto de milla de distancia y tras ellos, apenas perceptible entre el humo, Sharpe vio otro batallón que marchaba hacia la brecha para ponerse enfrente de este segundo ataque francés más amplio. Volvió a oír los tambores, tan persistentes como siempre, y sintió que el punto crucial de la batalla se acercaba y, como para confirmarlo, los cañones franceses volvieron a sonar y de sus cañones calientes y chamuscados lanzaron granada tras granada sobre el batallón británico que corría para formar una nueva línea con la que enfrentarse al siguiente ataque. Los franceses estaban muy cerca de la victoria, sólo tenían que romper la improvisada defensa que se estaba formando con los restos y tendrían el día ganado.

Se olvidaron de los hombres de Sharpe. Eran un pequeño grupo en el fondo de un valle poco profundo en los extremos de una gran lucha. Los batallones se habían dispersado a ambos lados, había cientos de muertos, corría sangre por el riachuelo y ahora, entre el humo y el ruido, miles de franceses marchaban hacia la parcheada línea británica. En cualquier momento el ataque daría en el blanco y las reservas británicas se desmoronarían o aguantarían y Sharpe se quedó, con la espada en la mano, sin saber qué hacer. Harper le dio un golpe en el brazo y le señaló a un jinete que se acercaba lentamente hacia ellos desde el Medellín.

—¡El teniente Gibbons, capitán!

Sharpe volvió a mirar la batalla. Probablemente Gibbons venía con órdenes de Simmerson pero Sharpe no tenía confianza en el coronel y no estaba particularmente interesado en el mensaje que traía Gibbons. El South Essex aún estaba algo alejado para abrir fuego contra el batallón de casacas blancas que tenía enfrente y cuando lo hicieran Sharpe sabía que los holandeses se volverían en contra de sus atacantes y él no confiaba en la habilidad de Simmerson para luchar contra el batallón. Era mejor no hacer caso del South Essex.

El humo cubría a los holandeses. Cuando la lucha se hizo más intensa el humo de la pólvora se espesó hasta convertirse en una nube blanca y sucia que tapaba todo y los lejanos sonidos de las trompetas de la caballería competían con amenaza siniestra. Sharpe se relajó. No se podían tomar decisiones, la batalla se estaba decidiendo con los miles de hombres detrás del humo de los mosquetes holandeses y la compañía ligera del South Essex había cumplido con su deber. Se volvió hacia Harper y sonrió.

—¿Está viendo lo mismo que yo?

Harper hizo una mueca, sus dientes parecían de un blanco brillante en el rostro negro de pólvora.

—Es muy tentador, capitán. Yo también lo estaba pensando.

A doscientas yardas, en el centro de la línea holandesa, había un águila. Bajo la luz brillaba como el oro, sus alas extendidas hacían sombra en el asta sobre la que estaba montada. Sharpe miró fijamente a las espaldas de la infantería holandesa que disparaban a un blanco invisible entre el humo.

—Daría mucho que hablar, seguro.

Sharpe arrancó un trozo de hierba y lo masticó, luego lo escupió.

—No puedo ordenarle que venga.

El sargento volvió a sonreír, una sonrisa amplia y feliz en una cara áspera.

—No tengo nada mejor que hacer. Se necesitan más de dos.

Sharpe sacudió la cabeza y sonrió burlón.

—Tal vez el teniente Gibbons nos echaría una mano.

Harper se giró y se quedó mirando a Gibbons que rondaba a cincuenta yardas detrás de la compañía.

—¿Qué quiere?

—Sabe Dios. Olvídese de él.

Sharpe se colocó delante de sus hombres y les miró. Estaban sentados en cuclillas sobre la hierba, tenían las caras sucias, los ojos hundidos a causa del humo de la pólvora y de la fatiga de la batalla. Lo habían hecho más que bien. Le miraron expectantes.

—Lo han hecho bien. Han estado bien y yo estoy orgulloso de ustedes.

Ellos sonrieron, turbados por la alabanza, agradecidos por ella.

—No les pediré nada más. El batallón viene hacia aquí y dentro de un minuto el

señor Denny se los llevará y les hará formar a la izquierda como siempre.

Estaban confusos, las sonrisas se esfumaron.

—El sargento Harper y yo no vamos con ustedes. Creemos que no está bien que nuestro batallón sólo tenga una bandera así que vamos a ir a buscar otra. Aquella.

Señaló hacia el águila y vio que los hombres miraban por detrás de él. Algunos hicieron una mueca, la mayoría parecían espantados.

—Vamos a ir ahora. El que quiera venir es tonto, pero será bienvenido. El resto de ustedes, todos si quieren, regresará con el señor Denny y el sargento y yo nos reuniremos con ustedes cuando podamos.

—¡Yo quiero ir, capitán! —protestó Denny.

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—Cualquiera puede venir, señor Denny, excepto usted. Quisiera que llegara a cumplir los diecisiete.

Los hombres sonrieron con burla, Denny se puso rojo, y Sharpe se alejó.

Oyó que Harper desenvainaba la bayoneta y luego le siguió el ruido de otras hojas que se encajaban. Empezó a caminar hacia el enemigo, con la espada bajada y oía los pasos tras él. Harper estaba a su lado y siguieron caminando hacia el confiado batallón.

—Vienen todos, capitán. Todos.

Sharpe le miró.

—¿Todos? —dijo girándose—. ¿Señor Denny? ¡Vuelva con el batallón! ¡Es una orden!

—Pero capitán...

—No, señor Denny. ¡Vuelva!

Observó cómo el muchacho daba la vuelta y daba unos pasos. Gibbons seguía sentado sobre su caballo mirándoles y Sharpe se volvió para preguntar qué hacía el teniente, pero era irrelevante; el águila lo era todo. Se dio la vuelta y siguió, rezando para que el enemigo no les advirtiera, rezando a lo que hubiera más allá del cielo azul enmarañado con humo para que tuvieran éxito. El águila era todo su afán.

El enemigo todavía no les miraba, todavía disparaba al humo, y el sonido de la batalla creció. Finalmente Sharpe oyó las descargas regulares del pelotón y supo que el segundo ataque francés se había enfrentado a la nueva línea británica y la espantosa monotonía de las cargas británicas luchaba una vez más con el hipnótico redoblar de los tambores. Las balas de los cañones de seis británicos tronaban por encima de sus cabezas y describían malas trayectorias en las invisibles columnas francesas pero los redobles se hacían más intensos, los gritos de «*Vive l'Empereur*» no disminuían, y de repente se encontraron a unas cien yardas del águila. Sharpe giró la espada en su mano y apretó el paso. ¡Seguro que el enemigo les vería!

Un muchacho que tocaba el tambor, redoblando con las baquetas en la retaguardia

de la línea del enemigo, se giró para vomitar y vio al pequeño grupo que se acercaba silenciosamente entre el humo. Gritó un aviso, pero nadie le oyó, volvió a gritar y Sharpe vio que un oficial se giraba. La tropa se movió, los hombres se giraban para enfrentarse a ellos pero tenían las baquetas a medio bajar en los cañones y todavía estaban cargando. Sharpe levantó su espada.

—¡Sigan, sigan!

Empezó a correr, sin pensar en nada que no fuera el águila y las caras espantadas del enemigo que se apresuraba desesperadamente a cargar los mosquetes. Alrededor de los portaestandartes Sharpe vio granaderos que llevaban altos gorros de piel, algunos de ellos iban armados con hachas, los protectores del honor francés. Un mosquete disparó y una baqueta dio una voltereta sobre su cabeza; Harper estaba a su lado, con la espada bayoneta en la mano, y los dos hombres gritaron el alto cuando los muchachos de los tambores huyeron a cada lado y los dos enormes fusileros se introdujeron en el centro de la línea enemiga. Los mosquetes explotaron con un chasquido terrible, Sharpe tuvo la impresión de ver a hombres vestidos de verde lanzados hacia atrás, pero no vio más que a un granadero alto que arremetía con pinchazos cortos y profesionales con una bayoneta. Sharpe se desvió a un lado, dejó que la hoja se deslizara más allá de él, agarró el cañón del mosquete con la mano izquierda y tiró al granadero sobre su espada afilada. Alguien le atacaba por la izquierda, un golpe bajo oscilante con un mosquete, y se giró de manera que éste cayó con un ruido sordo en su mochila y le lanzó sobre el cuerpo del granadero cuyas manos agarraban la espada hendida en su estómago. Un disparo le hizo ensordecen, y de repente se encontró libre y arrancando la hoja del pesado cadáver y gritando muerte a los hombres que protegían el águila. Harper se había abierto camino, al igual que Sharpe, entre la primera fila pero su bayoneta era demasiado corta y el irlandés era repelido por dos hombres con bayonetas. Sharpe los aplastó hacia un lado con su espada, cortando una gran astilla del mosquete más cercano y Harper saltó en la brecha, cortando a derecha e izquierda, mientras Sharpe forcejeaba al lado. Más mosquetes, más gritos, los casacas blancas les arañaban, les rodeaban, volviendo a cargar para destruir al diminuto grupo con fuego de mosquete que los machacaría sin piedad. El águila se retiraba, se alejaba de ellos, pero el portaestandarte no tenía otro lugar donde ir que hacia el fuego de mosquete de un batallón británico invisible que estaba en algún lugar entre el humo que chorreaba del estallido de la columna contra la línea. Uno de los hombres con hacha se dirigió hacia Sharpe; era un hombre enorme, tanto como Harper, y sonrió al tiempo que levantaba la inmensa hoja y la balanceaba con fuerza hacia abajo dando un golpe que hubiera partido la cabeza de un buey. Sharpe se tiró a un lado, sintió el aire producido por la hoja, y vio caer el hacha en el suelo empapado en sangre. Clavó la espada en el cuello del hombre, supo que le había matado y vio que Harper recogía el hacha del suelo y tiraba su bayoneta.

El irlandés gritaba en la lengua de sus antepasados y se le subió la sangre enfurecida, blandiendo el hacha en un círculo tan salvaje que incluso Sharpe tuvo que agacharse cuando Patrick Harper siguió; los labios torcidos en su cara ennegrecida, su chacó perdido, su largo cabello enmarañado con la pólvora, la gran espada plateada silbando en sus manos y usando el antiguo idioma, abriéndose paso entre el enemigo.

El portaestandarte saltó de la tropa para llevar la preciada águila a salvo hasta el batallón pero se oyó un chasquido, el hombre cayó, y Sharpe oyó el usual «cójalo» de Hagman. Entonces se oyó un nuevo ruido, más descargas, y el batallón holandés se estremeció como un animal herido al tiempo que el South Essex se acercaba a su flanco y empezaba a derramar sus descargas. Un oficial enloquecido estaba mirando a Sharpe, se abalanzó hacia él con una espada, falló, y gritó de pánico cuando Sharpe arremetió con la punta. Un hombre de blanco salió corriendo de la tropa para recoger el águila caída pero Sharpe estaba en la misma línea y le dio una patada en las costillas, se dobló, y cogió la cosa del suelo. Se oyó un grito deforme proveniente del enemigo, los hombres arremetieron contra él con bayonetas y sintió un golpe en el muslo, pero Harper estaba allí con el hacha y también Denny con su espada ridículamente delgada.

¡Denny! Sharpe hizo que el muchacho se agachara, balanceó la espada para protegerle pero tenía una bayoneta en el pecho y aunque Sharpe estrelló la espada en la cabeza del hombre notó que Denny se estremecía y se desplomaba. Sharpe chilló, balanceó el águila de cobre dorado hacia el enemigo, vio que el oro rasgaba el aire y le obligó a retroceder, volvió a gritar y saltó por los cuerpos con su espada ensangrentada buscando más. Los holandeses se replegaron aterrorizados, el águila les atacaba y ellos retrocedían ante los dos enormes fusileros que gruñían, se lanzaban hacia ellos, sangraban por una docena de cortes y seguían avanzando. ¡Eran inmortales! Y ahora venían descargas por la derecha, de frente, y los holandeses, que habían luchado tan bien para sus amos franceses, ya tenían bastante. Corrieron, al igual que los otros batallones franceses corrían, y entre el humo del valle del Portina los restos de batallones como el 48 y los hombres de la Legión y los Guardias que habían vuelto a formar y adelantaban para volver a luchar avanzaban sobre el terreno resbaladizo de sangre y embestían con sus bayonetas y obligaban a las enormes columnas francesas a retroceder. El enemigo se alejaba del acero chorreante, se retiraba de una escena que era como las imágenes más pavorosas del infierno. Sharpe no había visto nunca tantos cuerpos, tanta sangre derramada en un campo; ni siquiera en Assaye, que creía que era incomparable en cuanto al horror, había corrido tanta sangre.

Desde el Medellín, a través del humo, sir Henry observó que todo el ejército francés retrocedía, destruido una vez más por los mosquetes británicos, destrozado y sangrante, habiendo perdido una cuarta parte de sus efectivos; derrotados,

destrozados por la línea, por los mosquetes que podían hacer cinco disparos por minuto en un día bueno, y por hombres que no temían a los tambores. Y en su mente, sir Henry redactó una carta que explicaría cómo su orden de retirar al South Essex de la línea había sido el movimiento clave que había permitido la victoria. ¿Acaso no había dicho él siempre que los británicos ganarían?

CAPÍTULO 25

Todavía no había acabado, aunque estaba a punto de hacerlo. Cuando las tropas británicas en el centro del campo se hundían en líneas exhaustas junto a la orilla del descolorido arroyo Portina, oyeron ráfagas de disparos y los sonidos estridentes de las trompetas de la caballería provenientes del terreno al norte del Medellín. Pero poco más sucedió; los dragones ligeros del 23.º realizaron una carga suicida, los cañones de seis británicos pulverizaron a doce batallones franceses en cuadro y entonces los franceses se rindieron. Hubo un silencio en el campo. Los franceses estaban acabados, derrotados, y los británicos se habían hecho con la victoria y con el campo.

Y con éste, los muertos y los heridos. Se produjeron más de trece mil bajas, pero entonces nadie lo sabía. No sabían que los franceses no volverían a atacar, que el rey José Bonaparte y los dos mariscales franceses cabalgarían hacia el este durante la noche, así que los exhaustos y ennegrecidos vencedores se quedaron en el campo. Los heridos gritaban pidiendo agua, pidiendo a sus madres, pidiendo una bala, pidiendo cualquier cosa que no fuera el dolor y la impotencia bajo el calor. Y el horror no se conformaba con ellos. El sol había quemado implacable durante días, la hierba del Medellín y del valle estaba seca, y en algún lugar una llama prendió y se extendió por la hierba, quemando tanto a heridos como a muertos. El olor a carne quemada se esparció y se elevó en persistentes nubes de humo. Los vencedores trataron de mover a los heridos pero era demasiado pronto, y las llamas se extendían y los rescatadores maldecían y se dejaban caer junto al sucio arroyo Portina y apagaban su sed en sus aguas ensangrentadas.

Los buitres rodeaban las colinas al norte. El sol caía a plomo y sesgaba las sombras sobre los campos ardiendo, sobre los hombres que luchaban para escapar de las llamas, y sobre las tropas ennegrecidas que se revolvían para saquear a los muertos y mover a los heridos. Sharpe y Harper seguían su propio curso, dos hombres en las cortinas de humo y la hierba ardiendo, ambos sangrando pero con los rostros arrugados de íntima satisfacción. Sharpe sostenía el águila. No era gran cosa; una asta de ocho pies de largo de color azul claro y en su extremo el pájaro dorado con las alas abiertas y en su garra izquierda elevada, un rayo a punto de ser lanzado hacia los enemigos de Francia. No llevaba una bandera atada; como muchos otros batallones franceses los anteriores dueños habían dejado la bandera en el depósito y sólo llevaban el obsequio de Napoleón a la guerra. Era menos ancha que dos manos, y medía lo mismo de alto, pero era un águila y era suya.

La compañía ligera les había visto ir. Sólo Sharpe, Harper y Denny habían atravesado la tropa del batallón enemigo y cuando el ataque francés se derrumbó el resto de la compañía ligera había sido empujado a un lado por la avalancha de los supervivientes aterrorizados que huían de las puntuales descargas. El teniente

Knowles, con una bala en el hombro, observaba cómo los hombres seguían disparando a los franceses en retirada y entonces les había conducido de nuevo junto al batallón. Sabía que Sharpe y Harper estaban en algún lugar entre el humo y que ya aparecerían con o sin el águila.

El teniente coronel William Lawford montaba a caballo y miraba fijamente los cuerpos en el campo. Había dirigido al South Essex colina abajo y había observado cómo disparaban sus mosquetes, lentamente pero con calma, contra los enemigos vestidos con casacas blancas. Había visto la lucha por el águila pero el humo que se extendía provocado por las descargas del batallón le había tapado la escena y los supervivientes de la compañía ligera poco más pudieron decirle. Un teniente trajo a cuarenta y tres hombres sangrando y manchados, haciendo muecas como monos, que hablaban del águila pero ¿dónde estaba? Quería ver a Sharpe, quería ver la cara de su amigo cuando descubriera que su compañero en la prisión de Seringapatam era ahora su coronel, pero el campo se estremecía en llamas y humo, así que dejó de mirar e hizo que el batallón empezara la espantosa tarea de desnudar a los muertos y amontonar los cuerpos desnudos como si fueran leña para el fuego. Eran muchos los que había que enterrar.

Sir Henry Simmerson estaba acabado. Wellesley había maldecido brevemente pero con fluidez, y había enviado a Lawford a que se hiciera cargo del batallón. Lawford esperaba quedarse con el puesto, ya era hora de que mandara un batallón, y había mucho que hacer con éste. El comandante Forrest cabalgó hacia él y le saludó.

—¿Comandante?

—Excepto en la compañía ligera, hemos tenido pocas bajas.

—¿Cuántos?

Lawford miró a Forrest que sacaba un trozo de papel de la bolsa.

—Una docena de muertos, tal vez el doble de heridos.

Lawford asintió.

—Hemos salido bien parados, comandante. ¿Y la compañía ligera?

—El teniente Knowles trajo a cuarenta y tres, y la mayoría están heridos. El sargento Read se quedó con el bagaje y con otros dos; eso suma cuarenta y seis. Cinco hombres estaban demasiado enfermos para luchar y están en la ciudad. —Forrest hizo una pausa—. Eso hacen un total de cincuenta y uno sobre un efectivo de ochenta y nueve.

Lawford no dijo nada. Se inclinó adelante sobre su silla y miró por entre el humo que se elevaba. Forrest se aclaró la garganta nervioso.

—¿Usted no cree que...? —dijo sin terminar la pregunta.

—No, comandante, no. —Lawford se enderezó y se deshizo en cumplidos—. Conozco a Richard Sharpe desde que yo era teniente y él era sargento. Debía haber muerto una docena de veces, comandante, al menos una docena, pero no se sabe

cómo consigue escapar. —Lawford sonrió—. No me preocupa Sharpe, comandante. Es mucho mejor dejar que él se preocupe de usted. ¿Quién más falta?

—El sargento Harper...

—¡Ah! —interrumpió Lawford—. El legendario irlandés.

—Y el teniente Gibbons, coronel.

—¿El teniente Gibbons?

Lawford se acordó del encuentro en el cuartel general de Wellesley en Plasencia y de la petulante expresión en la cara del teniente rubio.

—Me gustaría saber cómo se las va a arreglar sin su tío.

Lawford apenas sonrió; Gibbons era lo que menos le preocupaba. Había todavía mucho que hacer, muchos hombres que rescatar antes que la gente de la ciudad se desparramara entre la carnicería para saquear los cuerpos.

—Gracias, comandante. Tendremos que esperar al capitán Sharpe. De momento, podría ir organizando un grupo que vaya a buscar agua para los hombres. Y esperemos que esos franceses muertos lleven comida en sus mochilas, si no vamos a tener una noche magra.

Los franceses sí llevaban comida, y oro, y Sharpe, como siempre hacía, repartía lo que había encontrado con Harper. El sargento llevaba el águila y miraba al pájaro pensativo.

—¿Vale dinero?

—No sé.

Para no perder la costumbre, Sharpe estaba recargando el rifle y gruñó cuando intentaba introducir la baqueta por el cañón sucio.

—Pero nos recompensarán, capitán, ¿seguro no?

—Eso creo yo —dijo Sharpe sonriendo burlescamente al sargento—. El valor patriótico habría de ser de cien guineas, ¿quién sabe? —dijo mientras volvía a colocar la baqueta en su sitio—. Tal vez sólo digan «gracias». Gracias, sargento Harper —dijo al tiempo que hacía una reverencia.

Harper le devolvió la reverencia torpemente.

—Ha sido un placer, capitán Sharpe. —Hizo una pausa—. Los muy bastardos harían mejor en pagar algo. Estoy impaciente por ver la cara de Simmerson cuando le entregue esto.

Sharpe se rió, estaba deseando ese momento. Cogió el águila a Harper.

—Vamos. Haríamos mejor en ir a su encuentro.

Harper tocó a Sharpe en el hombro y se quedó inmóvil, mirando por entre el humo sobre el arroyo. Sharpe no veía nada.

—¿Qué hay?

—¿No lo ve, capitán? —Harper hablaba en voz baja pero excitada—. ¡Allí! ¡Maldita! Se ha ido.

—¿El qué, por el amor de Dios, el qué?

Harper se volvió hacia él.

—¿Puede esperar, capitán? ¿Dos minutos?

—¿Un pájaro? —preguntó Sharpe haciendo una mueca.

—Sí. La urraca de cola azul. Ha sobrevolado el arroyo, no puede estar lejos.

Harper tenía la cara iluminada, había olvidado la batalla de repente, la captura del águila era una nimiedad frente al descubrimiento del extraño pájaro que tanto había deseado ver.

—Vaya. Le espero aquí —dijo Sharpe sonriendo.

El sargento se dirigió lentamente hacia el arroyo, dejando a Sharpe entre el humo que se elevaba de los cuerpos. Un caballo pasó al trote; absorto en su trabajo, con una masa de sangre en su flanco, y alejado tras las llamas, Sharpe oyó los clarines que llamaban a formar a los vivos. Se quedó mirando fijamente el águila, el trueno agarrado en la garra, el anillo que rodeaba el cuello del animal, y sintió una nueva ola de alborozo ante su captura. ¡Ahora no podrían enviarlo a las Indias Occidentales! Simmerson podía hacer todo lo que quisiera, pero el hombre que había traído la primera águila capturada a los franceses estaba a salvo de sir Henry. Sonrió, levantó el águila de manera que el sol le diera en las alas, y oyó un sonido de cascos tras él.

Su fusil estaba en el suelo y tuvo que dejarlo al rodar desesperadamente para evitar la carga de Gibbons. El teniente, con el sable curvo desenvainado, tenía los ojos enloquecidos y se apoyaba en la silla; la espada silbó sobre la cabeza de Sharpe, él cayó, siguió rodando, y se arrodilló para ver que Gibbons refrenaba al caballo, lo hacía girar con una mano, y volvía a lanzarlo adelante. El teniente no le daba tiempo a Sharpe ni siquiera de sacar la espada, en su lugar apuntaba el sable como una lanza y espoleó al caballo para que adelantara de manera que la hoja se clavara en el vientre de Sharpe. Éste se dejó caer y el caballo llegó como un rayo hasta su lado, se volvió sobre sus patas traseras, y Gibbons se encontraba por encima de él apuntando hacia abajo con el sable. Ninguno de los hombres dijo nada. El caballo relinchó, reculó y azotó con los cascos, y Sharpe se separó de un revolcón cuando el sable bajaba a pincharlo. Sharpe sacudió el águila apuntando a la cabeza del animal pero Gibbons era muy buen jinete y sonrió mientras esquivaba el golpe salvaje. El teniente levantó el sable en sus manos.

—Déme el águila, Sharpe.

Sharpe miró a su alrededor. El rifle cargado estaba a cinco yardas y corrió hacia él, a sabiendas de que estaba demasiado lejos, oyendo los cascos tras él, y entonces el sable cayó sobre su mochila y lo tiró al suelo. Cayó sobre el águila, rodó hacia la derecha, y el caballo hacía cabriolas por encima suyo, los cascos eran como martillos sobre su cara, y la hoja del sable una curva de luz tras las herraduras brillantes. Volvió a rodar, sintió un golpe paralizante cuando uno de los cascos le golpeó en el

hombro, pero siguió rodando alejándose del sable de Gibbons. Era inútil. La hierba se le metía por la nariz, el aire estaba lleno de los cascos volantes, el caballo estaba encima de él, pisando junto a él, esperaba que la espada le atravesara y le clavara en el suelo seco. Estaba enfadado consigo mismo, por haber sido atrapado, por olvidarse de Gibbons y se preguntaba cuánto tiempo había estado el teniente espiándole entre el humo.

Apenas podía mover el brazo derecho, todo él parecía estar paralizado por el golpe del casco, pero arremetía hacia arriba con el águila como si fuera una barra, intentado alejar los cascos de su cuerpo. ¡Maldita urraca! ¿No oía Harper la lucha? Entonces el sable se paró encima de su estómago y vio la cara sonriente de Gibbons sobre él.

—Ella se quedó satisfecha. Y me quedo con el águila también.

Parecía que Gibbons se reía de él, la boca del teniente se ensanchaba cada vez más, pero aún no le atacaba. Sus ojos se hicieron grandes y Sharpe se empezó a mover, se alejó del sable, se puso en pie y vio que de la garganta de Gibbons brotaba sangre y caía, lentamente, sobre el sable. Sharpe se seguía moviendo, balanceaba el águila, y el ala del trofeo francés golpeó la boca de Gibbons, le rompió los dientes, empujándole la cabeza hacia atrás, pero el teniente estaba muerto. El águila lo había obligado a echarse hacia atrás, pero el cuerpo estaba inclinado hacia Sharpe y en su centro, entre las costillas, había una bayoneta de un mosquete francés. El sargento Harper estaba en el otro extremo del caballo y sonrió a Sharpe.

El cuerpo de Gibbons cayó junto al caballo y Sharpe se quedó mirándolo fijamente, a la bayoneta y al extraño mosquete francés que había entrado limpiamente en los pulmones y estaba clavado allí, oscilando sobre el cuerpo. Miró a Harper.

—Gracias.

—Ha sido un placer.

El sargento sonreía con ganas como si le hubiera agradado ver a Sharpe luchando por su vida.

—Valía la pena estar en este ejército sólo para hacer esto.

Sharpe se inclinó sobre el águila, respiró hondo, aterrado ante la proximidad de la muerte. Sacudió la cabeza mirando a Harper.

—¡El muy bastardo casi me da!

Su voz parecía asombrada como si le pareciera increíble que Gibbons resultara vencedor.

—Primero hubiera tenido que acabar conmigo, capitán.

Lo dijo alegremente, pero Sharpe sabía que el sargento había dicho la verdad y sonrió en señal de gratitud y entonces fue a recoger su rifle.

Se volvió a girar.

—¿Patrick?

—¿Capitán?

—Gracias.

Harper hizo una señal como rechazando el agradecimiento.

—Sólo procure que nos den más de cien guineas. No se captura una maldita águila cada día.

Gibbons no llevaba gran cosa; un puñado de guineas, un reloj que se había roto con la caída y el caro sable que se veían obligados a abandonar. Sharpe se acercó a Harper y, arrodillándose junto al cuerpo caído, metió la mano por entre el cuello de Gibbons y encontró lo que medio esperaba: una cadena de oro. Muchos soldados llevaban colgado del cuello algo valioso y Sharpe lo sabía, si él muriera, algún enemigo encontraría la bolsa con las monedas colgada de su cuello. Harper levantó la mirada.

—Me olvidaba de esto.

Era un medallón en cuyo interior había la foto de una muchacha. Era rubia, como Gibbons, pero sus labios eran más gruesos que los suyos. Sus ojos, a pesar de lo pequeño de la miniatura, parecían mirar hacia afuera del medallón con vivacidad y alegría. Harper se reclinó.

—¿Qué pone, capitán?

Sharpe leyó las palabras en el interior de la tapa abierta.

—Dios te guarde. Con cariño, Jane.

Sharpe silbó suavemente.

—Es guapa, capitán.

Sharpe cogió el medallón y lo introdujo en la cartuchera y entonces volvió a mirar al muerto con la sangre brillante sobre su fina cara.

¿Sabía qué tipo de persona era su hermano?

—Vamos, sargento.

Caminaron sobre la hierba, por entre las llamas, hasta que vieron la bandera amarilla y solitaria del South Essex. El teniente Knowles fue el primero que les vio, gritó y de repente la compañía ligera estaba a su alrededor, dándoles palmadas en la espalda, diciendo palabras que ellos no oían y empujándolos hacia el grupo de jinetes que había junto a la bandera. Sharpe pasó la mirada por delante de un Forrest resplandeciente y miró a Lawford.

—¿Pero?

Lawford se rió ante la sorpresa de Sharpe.

—¿Si no me equivoco usted está al mando de mi compañía ligera?

—¿Suya?

Lawford arqueó las cejas. Estaba exquisito con el galón plateado.

—¿No lo aprueba, capitán Sharpe?

—¿Y sir Henry? —preguntó Sharpe sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—Digamos que sir Henry sintió un ardiente deseo de volver a las buenas villas de Paglesham —contestó Lawford encogiéndose de hombros.

Sharpe tenía ganas de reír. Había cumplido la promesa de Lennox pero sabía que la verdadera razón por la que se había abierto camino hacia el águila francesa era para salvar su propia carrera, ¿y había sido, a fin de cuentas, necesario? La muerte de Denny y de tantos otros, ¿todo para que no fuera a las Indias Occidentales? El trofeo estaba escondido entre la multitud de hombres, pero él lo levantó de manera que la estatuilla dorada resplandeciera de repente bajo la luz. Se la entregó a Lawford.

—La bandera perdida del batallón. Lo mejor que el sargento Harper y yo podíamos hacer.

Lawford se quedó mirando fijamente a los dos hombres, al cansancio bajo las manchas de pólvora, a las líneas de sus caras surcadas con sangre de las heridas de la cabeza, y a las manchas negras donde las bayonetas habían chorreado sangre en sus casacas verdes. Cogió el águila, incrédulo, sabiendo que era lo único que devolvería el orgullo al batallón y la elevó alto en el aire. El South Essex, durante tanto tiempo despreciado por el ejército, la vio y lanzaron gritos de júbilo, se dieron palmadas en la espalda, elevaron sus mosquetes al cielo, y jalearon hasta que otros batallones se detuvieron para ver el porqué de tanto ruido.

Encima de ellos, en el Medellín, el general Hill oyó el entusiasmo y dirigió su telescopio hacia el batallón que casi había echado a perder la batalla. Captó el águila con su lente y la boca se le abrió de un palmo.

—¡Que me maten! ¡Santo cielo! Qué cosa más extraña. ¡El South Essex ha capturado un águila!

Se oyó una risa seca a su lado y Hill se volvió para ver a sir Arthur Wellesley.

—¿General?

—Que me maten a mí también, Hill. Sólo le había visto maldecir otras dos veces —dijo Wellesley mientras le quitaba el telescopio a Hill y miraba a través de él pendiente abajo—. ¡Maldita sea! ¡Tiene razón! Vayamos a ver ese extraño animal.

EPÍLOGO

El vino en los vasos de cristal era de un color rojo oscuro, la maciza mesa pulida brillaba con la luz de una veintena de velas en candelabros de plata, las pinturas, cuyo antiguo barniz reflejaba el círculo de luz, mostraban a graves y eminentes antepasados de la familia española en cuya mansión de Talavera sir Arthur Wellesley hacía de anfitrión de la cena. Incluso la comida era la adecuada para tal ocasión. En la semana posterior a la batalla la situación del avituallamiento había empeorado, los españoles no habían cumplido sus promesas y las tropas recibían medias raciones escasas. Wellesley, como correspondía a un general, había hecho todo lo posible y Sharpe había sorbido caldo de pollo ligeramente aguado, había disfrutado con la liebre estofada, había comido a voluntad del cordero favorito de Wellesley y ahora escuchaba a los otros invitados quejarse de la dieta mientras bebían interminables botellas de vino. Papá Hill estaba allí, rubicundo y feliz, sonriendo continuamente a Sharpe, sacudiendo su cabeza y diciendo «Bendito Sharpe, un águila». Robert Crauford estaba sentado enfrente de Sharpe; Black Bob, a quien Sharpe no había visto desde la retirada de La Coruña.

Crauford se había perdido la batalla de Talavera por un día aunque había hecho marchar a su excelente compañía ligera cuarenta y dos millas en veintiséis horas para alcanzar a Wellesley. Entre las tropas que había traído de Inglaterra estaba el primer batallón de los fusileros del 95.º que habían recibido a Sharpe con gran barullo para celebrar su hazaña. Habían hecho más que eso. Le habían regalado un uniforme nuevo y él estaba sentado a la mesa con Wellesley, resplandeciente y vestido con ropa verde y elegante, cuero negro y adornos plateados. El uniforme viejo lo había conservado. Mañana, cuando el ejército se volviera a poner en marcha, preferiría llevar el mono de caballería manchado de sangre y las cómodas botas francesas mejor que este immaculado uniforme y el frágil calzado.

Black Bob Crauford estaba en forma. Era la persona más disciplinada del ejército, un tirano de cólera excesiva, amado y odiado por sus tropas.

Pocos generales exigían más de sus hombres, o lo recibían, y si sus exigencias se apoyaban en castigos salvajes, al menos los hombres sabían que la justicia de Crauford era imparcial. Sharpe recordaba que una vez Crauford había cazado a un oficial de compañía que se hacía llevar a cuestas para atravesar un arroyo helado en las montañas del norte.

—¡Déjelo caer! ¡Déjelo caer! —había gritado el general desde la seca seguridad de su caballo al sorprendido soldado y para deleite de la tropa sufridora, el oficial fue descargado sin ninguna ceremonia en el agua.

Ahora Crauford miraba a Sharpe con ojos cínicos y aporreaba la mesa sacudiendo el servicio de mesa de plata.

—¡Tuvo suerte, Sharpe, tuvo suerte!

—Sí, mi general.

—No me llame «mi general».

Sharpe vio a Wellesley mirándole divertido. Crauford alargó una botella de vino a Sharpe.

—¡Perdió a la maldita mitad de su compañía! Si no hubiera vuelto con el águila se hubiera merecido ser rebajado a soldado raso otra vez. ¿Tengo razón o no?

—Sí, general —contestó Sharpe inclinando la cabeza.

Crauford se reclinó satisfecho y levantó su vaso al fusilero.

—Pero estuvo muy bien, de todas maneras.

Se oyeron risas alrededor de la mesa. Lawford, como un confite de plata y galones que había sido confirmado, al menos temporalmente, como el comandante del South Essex, se reclinó y puso otras dos botellas abiertas sobre la mesa.

—¿Cómo está el excelente sargento Harper?

—Se está recuperando —contestó Sharpe sonriendo.

—¿Una herida grave? —preguntó Hill inclinándose hacia la luz de las velas con su cara redonda de granjero llena de preocupación.

—No, mi general. La tropa del sargento del primer batallón quiso celebrarlo con él. Creo que propuso la teoría de que un hombre de Donegal podía beber tanto como tres ingleses.

Hogan dio una palmada en la mesa. El ingeniero irlandés estaba alegremente borracho y levantó su copa a Wellesley.

—A nosotros, los irlandeses, no nos derrotan nunca. ¿No es así, mi general?

Wellesley arqueó las cejas. Había bebido menos que Sharpe.

—Yo no me considero irlandés, capitán Hogan, aunque quizá comparta con ellos esa característica.

—Caramba, señor —gruñó Crauford—. ¡Yo le he oído decir que porque un hombre haya nacido en un establo eso no lo convierte en caballo!

Se oyeron más risas. Sharpe se reclinó y escuchó la conversación alrededor de la mesa y dejó que la comida descansara pesadamente en su estómago. Los criados traían brandy y cigarrillos, lo que quería decir que la velada iba a terminar pronto, pero él lo había pasado bien. Nunca se encontraba a gusto en las comidas oficiales; no había nacido para eso, había estado en pocas, pero estos hombres le habían hecho sentir como en casa y habían fingido no darse cuenta de que él esperaba a que ellos cogieran los cubiertos primero para saber qué par de cubiertos era el adecuado para cada plato. Había explicado una vez más la historia de cómo Patrick Harper y él se habían abierto camino entre la línea del enemigo, la muerte de Denny y cómo se habían visto arrastrados por los fugitivos antes de abrirse paso con la espada y el hacha.

Sorbió el vino, retorció los pies dentro de sus zapatos nuevos y pensó de nuevo en su suerte. Recordaba su desánimo antes de la batalla, el pesar por las promesas que no podría cumplir; sin embargo todo había salido bien. Quizá sí era realmente afortunado, tal como decían sus hombres, pero le gustaría saber cómo conservar esa suerte. Recordaba el cuerpo caído de Gibbons, con la bayoneta bien clavada en su espalda, y la visión de Harper que volvía de observar al pájaro justo a tiempo para detener la caída del sable sobre Sharpe. Al día siguiente, todas las huellas del crimen se habían quemado. Los muertos, Gibbons entre ellos, habían sido amontonados en pilas desnudos y los vivos habían metido trozos de leña entre los cuerpos y les habían prendido fuego. Eran demasiados para ser enterrados; durante dos días se alimentaron los fuegos con madera y el hedor vagó por la ciudad hasta que las cenizas se esparcieron por el valle del Portina, los únicos signos de batalla fueron los restos de equipo que nadie se molestó en recuperar y la hierba abrasada allí donde las llamas habían rustido a los heridos.

—¿Sharpe?

Se sobresaltó. Alguien había dicho su nombre y se había perdido lo que decían.

—¿Señor? Discúlpeme.

Wellesley le sonreía.

—El capitán Hogan decía que está usted mejorando las relaciones anglo-portuguesas.

Sharpe echó una mirada a Hogan que arqueó las cejas de forma traviesa. Durante toda la semana el irlandés había estado muy alegre respecto a Josefina, y a Sharpe, con tres generales observándole, no le quedaba más remedio que sonreír y encogerse modestamente de hombros.

—La suerte está del lado de los valientes, ¿eh, Sharpe? —dijo Hill sonriendo.

—Sí, mi general.

Se reclinó y dejó que la conversación fluyera. La echaba a faltar. Sólo habían pasado unas dos semanas desde la noche en que él la había seguido desde el patio de la posada hasta la oscuridad junto al riachuelo y desde entonces sólo había pasado cinco noches con ella. Y ahora ya no habría ninguna más. Él lo había entendido en cuanto habían llegado a Talavera, la mañana después de la batalla, y ella le había besado y le había sonreído mientras por detrás Agostino llenaba las alforjas y doblaba los vestidos que no había tenido tiempo de verle puestos. Había caminado con él por la ciudad, colgada de su brazo, mirándole a la cara como si fuera una chiquilla.

—No hubiera durado, Richard.

—Lo sé —había dicho, aunque no pensara así.

—¿Seguro?

Ella quería que le dijera adiós con facilidad y era lo menos que podía hacer. Le explicó lo de Gibbons; la última mirada antes de que la bayoneta se vengara. Ella le

cogió fuerte por el brazo.

—Lo siento, Richard.

—¿Por Gibbons?

—No. Que tuvieras que hacerlo. Fue culpa mía, fui tonta.

—No.

Era extraño, pensaba él, cuando los amantes se dicen adiós se echan a sí mismos la culpa.

—No fue culpa tuya. Prometí que te protegería y no lo hice.

Caminaron hasta una pequeña plaza bañada por el sol y se quedaron mirando el convento que formaba uno de los lados de la plaza. Había mil quinientos heridos en el edificio y los cirujanos del ejército estaban en el primer piso. De las ventanas provenían gritos con claridad y junto con ellos, el flujo cartilaginoso de miembros amputados que se apilaban junto a un árbol; un montón cada vez mayor de brazos y piernas que vigilaban dos soldados aburridos cuyo trabajo consistía en ahuyentar a los perros hambrientos de la carne mutilada. Sharpe se estremeció al verle y rezó la oración de los soldados: que se librara de los cirujanos con sus sierras y sus delantales tiesos de sangre.

Josefina le había tirado del codo y se alejaron del convento.

—Tengo un regalo para ti.

—Yo no tengo nada para ti —había dicho él bajando la vista.

Ella parecía turbada.

—¿Le debes veinte guineas al señor Hogan?

—¡No me vas a dar dinero! —exclamó él mostrando su furia.

Josefina sacudió la cabeza.

—Ya le he pagado. ¡No te enfades!

Él había intentado separarse pero ella lo agarró.

—No puedes hacer nada, Richard. Le he pagado. Tú me hacías creer que tenías suficiente dinero pero yo sabía que lo estabas pidiendo prestado.

Ella le dio un papelito envuelto sin mirarle a la cara porque sabía que estaba turbado.

Dentro del papel había un anillo de plata con un águila grabada. No era el águila francesa con el trueno, pero de todas maneras era un águila. Ella levantó la mirada para mirarle, complacida al ver su expresión.

—Lo compré en Oropesa. Para ti.

Sharpe no había sabido qué decir. Le había dado las gracias tartamudeando y ahora, sentado con los generales, dejó que sus dedos sintieran el anillo de plata. Habían vuelto a casa y había un oficial de caballería con dos caballos más esperando fuera.

—¿Es él? ¿Y es rico?

—Mucho —había contestado ella sonriendo—. Es un buen hombre, Richard. Te gustaría.

—Lo dudo —había contestado Sharpe riendo.

Le quería decir lo poco que le hubiera gustado Claud Hardy, con su estúpido nombre sonoro y su uniforme rico y sus purasangres. El dragón les observaba cuando ella levantó los ojos hacia Sharpe.

—No me puedo quedar con el ejército, Richard.

—¿Así que vuelves a Lisboa?

Ella asintió.

—No vamos a Madrid, ¿no es así?

Él negó con la cabeza.

—Bueno, tiene que ser Lisboa.

Ella le sonrió.

—Tiene una casa en Belem; es grande. Lo siento.

—No lo sientas.

—No puedo ir detrás de un ejército, Richard —ella le estaba rogando para que la entendiera.

—Lo sé. Pero los ejércitos van detrás de ti, ¿no?

Fue un torpe intento de ser galante y a ella le había gustado pero ahora era el momento de separarse y él quería que se quedara. No sabía qué decir.

—¿Josefina? Lo siento.

Ella le tocó en el brazo y en sus ojos brillaron unas lágrimas. Parpadeó y se esforzó por parecer feliz.

—Un día, Richard, te enamorarás de la muchacha adecuada. ¿Me lo prometes?

Sharpe no había mirado cómo ella se iba hacia el dragón sino que se había dado la vuelta para unirse con su compañía entre la pestilencia de los muertos del campo de batalla.

—Los capitanes no deberían casarse —dijo Crauford golpeando la mesa y Sharpe saltó—. ¿No es así?

Sharpe no contestó. Suponía que Crauford tenía razón y decidió, de nuevo, borrar de su memoria a Josefina. Ella iba camino de Lisboa, a la gran casa, a vivir con un hombre que se iba a unir a la guarnición de Lisboa, a vivir una vida de bailes y diplomacia. Maldito todo. Se bebió el vino, alcanzó la botella y se obligó a escuchar la conversación que era tan triste como sus pensamientos. Estaban hablando de los mil quinientos heridos del convento que tenían que abandonar al cuidado de los españoles. Hill miraba con preocupación a Wellesley.

—¿Se ocupará Cuesta de ellos?

—Me gustaría poder decir que sí. —Wellesley sorbió de su vino—. Los españoles nos han fallado en todas las promesas. No era fácil dejar a nuestros heridos a su

cuidado pero no teníamos otra elección, caballeros, no había otra elección.

Hill sacudió la cabeza.

—La retirada no será bien recibida en Inglaterra.

—¡Maldita Inglaterra! —exclamó Wellesley con aspereza y con los ojos llenos de ira—. Yo sé lo que dirá Inglaterra; que una vez más nos han echado de España, y así es, caballeros, ¡así es!

Se reclinó en su silla y Sharpe percibió el cansancio en su rostro. Los demás oficiales estaban en silencio, escuchando atentamente, y al igual que Sharpe notaban en la cara de Wellesley la dificultad de la decisión que había tomado.

—Pero esta vez —dijo el general pasando el dedo por la copa de vino de manera que sonara—, pero esta vez nos han echado, no los franceses, sino nuestros aliados. —Dejó que el sarcasmo calara en sus palabras—. Un ejército hambriento, caballeros, es peor que no tener ejército. Si nuestros aliados no nos pueden dar de comer tenemos que ir allí donde nos podamos alimentar, y volveremos. Se lo prometo, pero volveremos con nuestras condiciones y no con las de los españoles.

Se oyeron murmullos de aprobación en la mesa. Wellesley bebió otro sorbo de vino.

—Los españoles nos han fallado en todo. Nos prometieron comida y no nos han proporcionado nada. Nos prometieron que nos protegerían del ejército norte de Soult y ahora me encuentro con que no ha sido así. Soult, caballeros, está detrás de nosotros y a menos que nos movamos ahora nos encontraremos con que somos un ejército rodeado y hambriento simplemente porque creímos en el general Cuesta y en sus promesas. Ahora ha prometido que cuidaría de nuestros heridos. —Wellesley sacudió la cabeza—. Ya sé lo que va a pasar. Insistirá en avanzar para enfrentarse a los franceses, le vencerán, y la ciudad quedará abandonada al enemigo. —Se encogió de hombros—. Estoy convencido, caballeros, que tratarán a nuestros heridos mejor que nuestros aliados.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa. Las velas parpadearon y reflejaron el brillo sobre la madera pulida. De algún lugar lejano llegaba el sonido de música pero se desvanecía con la brisa tras las pesadas cortinas. ¿Y qué pasaría con Josefina? Sharpe se llenó la copa de vino y le pasó la botella a Hill. Si Wellesley tenía razón, y la tenía, en cuestión de días los franceses serían los amos de Talavera y el ejército británico ya estaría bien de camino a Portugal y probablemente en Lisboa. Sharpe sabía que todavía la quería y se preguntaba qué pasaría si los agitados caminos de la guerra les volvían a reunir.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos y vio que un capitán del estado mayor entraba y le daba a Wellesley un papel sellado. Los oficiales hablaban, sacando temas de conversación de manera que Wellesley pudiera abrir el papel y hablar con el capitán en privado. Hill le hablaba a Sharpe del teatro Drury Lane.

¿Sabía que se había quemado en febrero? Sharpe sacudió la cabeza y sonrió, hizo los sonidos adecuados, pero miraba alrededor de la mesa, a los tres generales, a los aristócratas, y pensó en los orfanatos y prisiones que había conocido de niño. Recordaba el fétido cuartel donde dos hombres compartían el catre, las palizas, la lucha sin principios simplemente para seguir vivo. ¿Y ahora esto? Las velas bailaban en el aire, vino rico e intenso, y se preguntaba hacia dónde los llevaría el camino que habían de tomar mañana en el frío amanecer. Si Bonaparte había de ser vencido la marcha al día siguiente podría durar años antes de que terminara a las puertas de París.

El capitán se fue y Wellesley dio unos golpes sobre la mesa. Las conversaciones se cortaron y miraron a su general con nariz ganchuda que levantó el papel en el aire.

—Los austríacos han firmado la paz con Bonaparte. —Esperó a que se apagarán las exclamaciones—. Efectivamente, caballeros, estamos solos. Podemos esperar más tropas francesas, tal vez a Napoleón en persona, e incluso más enemigos en casa.

Sharpe pensó en Simmerson, ya de vuelta a casa, planeando conspirar en el Parlamento y en los salones llenos de humo de Londres contra Wellesley y el ejército británico en la Península.

—Pero, caballeros, hemos derrotado a tres mariscales este año, ¡así que dejemos que vengan los demás!

Los oficiales aporrearon la mesa y levantaron las copas. En la ciudad un reloj dio las ocho, y de repente, sir Arthur Wellesley se puso en pie y levantó su copa.

—Veo que los cigarros están aquí y que la velada continúa. Mañana partimos pronto, caballeros, así que, ¡por el rey!

Sharpe echó la silla hacia atrás, cogió la copa y se unió al murmullo.

—Por el rey, Dios lo bendiga.

Estaba otra vez sentado, esperando con placer el brandy y uno de los cigarros del general, cuando se dio cuenta de que Wellesley todavía estaba de pie. Se puso en pie, maldiciendo su falta de educación y esperando que los otros no se hubieran dado cuenta de que se había puesto rojo. Wellesley le estaba esperando.

—Recuerdo otra batalla, caballeros, que casi iguala nuestra reciente victoria en carnicería. Después de Assaye tuve que dar las gracias a un joven sargento; hoy saludamos al mismo hombre, ahora capitán.

Levantó su copa hacia Sharpe que estaba descompuesto de vergüenza. Vio a los oficiales que le sonreían, levantaban la copa hacia él, y bajó la mirada hacia el águila de plata. Le hubiera gustado que Josefina le viera en ese momento, que pudiera oír el brindis de Wellesley. Él apenas lo oyó a medias.

—Caballeros. Por el águila de Sharpe.

NOTA HISTÓRICA

Sir Arthur Wellesley (que pronto se convirtió en vizconde Wellington de Talavera, gracias a los acontecimientos del 27 y 28 de julio de 1809) tuvo 5.365 bajas durante la batalla, entre muertos y heridos. Un quince por ciento de estas bajas murió. Las bajas francesas sumaron 7.268 y también habría que añadir a la lista de la carnicería a 600 españoles. Los franceses también perdieron diecisiete cañones pero, desgraciadamente, ninguna águila. La primera águila que capturaron los británicos en la guerra de la península fue conseguida por el alférez Keogh y el sargento Masterman del 87.º, un regimiento irlandés, en la batalla de Barosa, el 5 de marzo de 1811. Keogh murió a causa de las heridas pero Masterman sobrevivió y fue recompensado con un ascenso uniéndose así al pequeño número de oficiales del ejército peninsular, quizás un 5 por ciento del total, que habían ascendido desde la tropa. Espero que los fantasmas de Keogh y Masterman, así como los modernos sucesores del 87, los Royal Irish Rangers, me perdonen por adueñarme de su hazaña.

No existe ningún lugar llamado Valdelacasa, tampoco hubo nunca un regimiento South Essex, pero aparte de estas invenciones la campaña de Talavera sucedió en gran parte tal y como se describe en esta novela. En el relato de la batalla, sólo las aventuras del South Essex y la captura del águila son ficticias; había un batallón holandés luchando con los franceses y me tomé la libertad de moverlo de su posición frente a las fortificaciones españolas y ofrecérselo como sacrificio a Sharpe y Harper. El relato del ejército español desgraciadamente no es inventado; huyeron la víspera de la batalla, asustados por su propia descarga y durante días el general Cuesta les condujo a la derrota total. Talavera fue abandonada a los franceses que, tal como Wellesley predice en la novela, trataron a los heridos británicos con amabilidad y consideración. La ineptitud del ejército español se veía más que compensada con la bravura de los guerrilleros que hicieron que Napoleón comparara España con una herida sangrante en sus ejércitos.

Muchos de los detalles del libro están tomados de cartas y diarios contemporáneos. Escenas como la de los montones de brazos y piernas a las afueras del convento de Talavera desafían la imaginación y sólo pueden provenir de los relatos de testigos. Además de estos relatos he recurrido con frecuencia al trabajo de Michael Glover *The Peninsula War*, de Jac Weller *Wellington in the Peninsula* y de lady Elizabeth Longford *Wellington: The Years of the Sword*. Estoy en deuda con los tres autores.

Richard Sharpe y Patrick Harper son, desgraciadamente, ficticios.

Espero que los actuales Royal Green Jackets, que habían marchado como fusileros del 95.º, no se avergüencen de ellos ni de sus aventuras picarescas en el largo camino que les llevará finalmente a Waterloo.